JUAN FCO. DÍAZ NAVARRO
LA CONEXIÓN ITALIANA
malbec
EDICIONES

LA CONEXIÓN ITALIANA

Juan Fco. Díaz Navarro

Malbec ediciones

MALBEC EDICIONES
Editor: Javier Salinas Ramos
© 2022, Juan Francisco Díaz Navarro

Primera edición: junio de 2022
Fotografía de portada: @Ginés Sánchez
Diseño de cubierta y maquetación: Santiago González Prieto

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la
información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico,
mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad
intelectual.

El secreto de la estabilidad, para que la vida funcione, es ser feliz.
Y yo quiero dar las gracias a mi familia por darme esa estabilidad.

PREÁMBULO

Tensión desde el kilómetro cero. Como si fuésemos sobre un Fórmula 1 a punto de llegar a meta (y de forma constante).

LA CONEXIÓN ITALIANA, segunda novela de Juan Francisco Díaz Navarro, nos lleva por caminos de curvas continuas, de baches inauditos que nos proporcionan trompicones extraordinarios, saltos extravagantes y nos azuza a seguir dirigiendo nuestro vehículo con más velocidad si cabe. Y no podremos parar, aunque como os obvio, llegaremos a nuestra meta.

Lector, prepárate para adentrarte en un thriller policíaco de alta tensión y de emociones capaces de traspasar las páginas del ejemplar que tienes entre manos a través de una trama que nace en un pasado que trasciende el presente y que marcará el futuro inmediato de sus personajes, como la vida misma.

Juan Francisco Díaz Navarro perfila una historia mediterránea que tiene como punto de partida un robo, un excelso atraco a un gran banco italiano, que conllevará que sus protagonistas tengan que tomar decisiones arriesgadas durante todo su periplo vital y no solo en el preciso instante del suceso en sí.

El creador de *LA CONEXIÓN ITALIANA* nos hace viajar no solo por diversas ciudades como Livorno o Cartagena. Se establece en su querida Águilas para hacer que de nuevo esta bella y extraordinaria localidad de la costa de la región de Murcia nos haga partícipes de crímenes, amores, violencias, desmanes y desplantes; de persecuciones, asesinatos sangrientos y, por encima de todo, del intento de supervivencia del bien sobre el mal; de lo justo sobre lo injusto, pero con perfiles grises, de esos que a veces se escurren sobre el tenso alambre, capaces de surcar líneas rojas; o de perfiles más oscuros aún incapaces de otear luz en el camino de la vida.

Esta novela, un thriller de mucha acción, suspense, policías, ladrones, sangre y mafia italiana, supone el regreso de Juan Francisco Díaz, pero de forma mucho más madura y en compañía de Malbec Ediciones, una editorial cartagenera que lo acoge con los brazos abiertos para llevar esta ingeniosa historia de viejos amigos y

enemigos, de traiciones, de odios y venganzas, a cotas que esperemos sean las deseadas por todos.

Por ello, querido lector, tienes entre las manos el largo trabajo de un brillante creador, pero también el esfuerzo a veces imperceptible de las editoriales pequeñas que cada vez deben arriesgar más y trabajar más para sacar adelante novelas como las de Juan Francisco Díaz.

Quiero anticiparme y lo hago aquí y ahora, en pleno mes de junio de 2022, rodeado de grados de calor y de soledad tardía: *LA CONEXIÓN ITALIANA* llegará lejos porque su autor así lo querrá, porque se trata de un libro que posee todos los ingredientes para tocar al público y agradar a las masas: calidad literaria, diálogos ágiles e ingeniosos, personajes bien dibujados, descripciones directas y atractivas, y muchísima emoción, tensión y acción.

Llega el momento. Pasa página y comienza a descubrir quiénes son Sergio, Toño, Ángelo, don Carlo, Sonia o Trini.

Todo el equipo de *LA CONEXIÓN ITALIANA* te espera. Abre bien los ojos y ten cuidado no vaya a ser que alguno de estos «inquilinos» osen saltar a tu realidad para perpetrar alguna de las suyas.

Un verdadero placer…

Y, querido lector, que disfrutes de *LA CONEXIÓN ITALIANA*…

Javier Salinas Ramos
Editor de MALBEC EDICIONES

CAPÍTULO I
LOS AMIGOS
(Italia, 1961)

I

Concluía la estación estival y las vacaciones llegaban a su fin. Habían sido unos meses maravillosos que pudieron destinar a jugar por las calles de la ciudad, siempre y cuando no tuviesen que ayudar a sus familias en las labores de la casa, aunque ahora debían volver a la rutina del colegio.

Francesco y Salvatore se dirigían andando hacia el centro de estudios en el inicio de un nuevo curso escolar. Eran primos. Sus familias vivían en dos modestos apartamentos, el uno al lado del otro, en el barrio de Garibaldi, en Livorno desde donde se desplazaban sus padres todos los días a la zona del puerto a cargar y descargar las mercancías de los barcos. Era el principal sustento de las familias. También ganaban algo de dinero con el trapicheo de pequeños objetos que escaseaban en la ciudad y que llegaban a través de las embarcaciones; los vendían a los vecinos del barrio para poder subsistir.

A ninguno de los dos les gustaba ir a clases. No entendían para qué querían aprender a hacer cuentas si eso no les iba a servir para nada. Francesco y Salvatore no iban a salir maestros ni iban a realizar ninguna carrera para la que necesitaran estudios. En cuanto pudieran, pensaban empezar a trabajar en alguna fábrica y así conseguir algo de dinero que llevar a casa. Tenían ya nueve años por lo que no les quedaba demasiado tiempo para seguir aguantando el infierno de tener que aprender tonterías a diario. Don Luciano, su maestro, era una persona bastante severa y disfrutaba cuando los dos primos se equivocaban, castigándolos de rodillas contra la pared o dándoles algún palo con la regleta mientras los miraba con aire de autosuficiencia como si se considerara un ser superior porque era una persona con estudios. Lo odiaban con todas sus fuerzas. Desde que lo

contrataron para dar clases sustituyendo a doña Caterina, que había enfermado, las horas en el colegio se les hacían eternas. Desde entonces, todo había ido a peor en sus vidas. La paciencia y la dulzura de Caterina contradecían las maneras crueles del maestro que solo parecía disfrutar cuando veía las caras de miedo de los alumnos.

Francesco y Salvatore se encontraban ya en la puerta del colegio cuando contemplaron a tres de sus compañeros pegando a un chico que no conocían; eran los matones del centro escolar que se dedicaban a quitar la comida y las cosas que gustaban a los chicos más débiles. El niño agraviado sería nuevo y, por la ropa que vestía, se notaba que era de buena familia; un vestuario de estreno y demasiado bien planchado. Los tres intentaban quitarle la mochila que llevaba colgada. Como el chico se defendía, de vez en cuando lo golpeaban o lo tiraban al suelo. El nuevo no podía hacer nada contra ellos; simplemente intentaba que lo zurraran lo menos posible, misión que no le estaba resultando demasiado fácil.

—No podemos permitir eso, Salvatore —dijo Francesco mientras avanzaba hacia el grupo que estaba peleándose con el paso decidido de quien no se amilana ante nadie—. Le van a hacer daño.

—No nos metas en líos —advirtió Salvatore que era bastante más tranquilo que su primo y menos valiente a la hora de buscar pelea. Francesco no dudaba nunca en enfrentarse a quien fuera, pero él no se sentía tan valiente—. Es Aldo. Si nos enfrentamos a ellos vamos a tener problemas todo el año —sabía que Francesco no entraría en razón. Sin embargo, tenía que intentarlo.

—No podemos dejar que le peguen. Tenemos que hacer algo antes de que lo destrocen esos animales —manifestó su primo mientras se dirigía con paso firme al grupo.

—Estate quieto, Francesco, por favor. A nosotros no nos importa lo que están haciendo —intentó Salvatore convencer a su primo en un último intento de hacerlo razonar.

—¡Vosotros! —expresó Francesco sin escuchar la voz de su primo —. Dejadlo en paz. Aldo, no te metas con el crío, ¿no ves que se encuentra asustado?

Aldo lo miró irritado. No le gustaba que lo cuestionaran delante de otros, aunque respetaba a Francesco. Sabía que era bastante fuerte y que, si no dejaba de pegar a aquel chico debilucho, tendría que pelearse y ahora el número se había equilibrado; ya eran tres contra tres. Francesco no era un niño que se metiera en problemas habitualmente. No obstante, sabía que cuando lo hacía, iba hasta el final, pasara lo que pasara.

—Si me da sus galletas, lo dejaré en paz —dijo Aldo, intentando que no se observara que Francesco lo intimidaba y que no quería tener que pelearse.

—Niño —expresó Francesco—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ángelo —declaró el crío bastante asustado y todavía de rodillas en el suelo llorando de rabia.

—Dale tus galletas a Aldo y se marcharán. ¿Verdad, Aldo, que lo dejaras en paz?

—Sí. Si nos da las galletas, nos iremos.

—Ángelo, dáselas.

Ángelo abrió la mochila y sacó unas galletas que le había preparado la criada que tenía su familia en casa. Las llevaba liadas en un papel de periódico para que no se le cayeran. Le daba rabia tener que dárselas, pero no quería tener problemas con aquellos niños que usaban la violencia contra él. Extendió la mano y se las ofreció. Aldo las cogió con gesto triunfante y abrió la hoja del periódico. Dentro se encontró con unas deliciosas galletas recién hechas. Tomó una y le dio un bocado, mostrando la cara de satisfacción por el premio conseguido.

—Están muy buenas, tontaina —dijo mientras repartía el resto de dulces con sus amigos y se marchaba del lugar riéndose tras haber conseguido su objetivo.

Los dos primos ayudaron a levantarse a Ángelo que estaba a punto de ponerse a llorar. Tenía la ropa llena de tierra por las veces que lo habían arrastrado por el suelo. Francesco le dio unos golpes a sus ropas para intentar quitarle el polvo que llevaba encima.

—Ángelo, me llamo Francesco y este es mi primo Salvatore.

Los tres críos se dieron un apretón de manos sellando una amistad que solo la vida podía quitar. A veces, las mejores amistades se conocen en las circunstancias más extrañas.

—No te había visto por aquí nunca —dijo Salvatore—. ¿Eres nuevo en la clase?

—Sí. He estado estudiando en casa con profesores, pero mi padre quiere que este año me relacione con otros críos de mi edad y que empiece a conocer el mundo. No obstante, esto es horrible, prefiero dar clases en casa y no estar con estos salvajes.

—Hay de todo —manifestó Francesco—. Todos los niños no son como estos. Hay gente muy buena aquí. Seguro que te lo vas a pasar muy bien, ya verás como haces muchos amigos. Aldo no es muy popular por aquí y creo que por ningún sitio.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Esto no me gusta nada. Pensaba que iba a ser otra cosa. Como todos los días sean iguales, esto va a ser un suplicio.

—Vamos dentro que llegamos tarde —gritó Salvatore mientras aceleraba el paso—. Ya sabes que don Luciano no perdona que lleguemos tarde a clase.

—Ten cuidado con el maestro —advirtió Francesco—. Es un

auténtico cabrón que le gusta hacernos la vida imposible.

—Anda que me lo estáis pintado bien negro —manifestó Ángelo cabizbajo y sumido en sus propias dudas.

—Siempre está esperando que cometamos algún error para castigarnos —expresó Salvatore—. Parece que disfruta haciéndolo.

—Esperemos que no la tome conmigo —señaló Ángelo, que empezaba a notar que su mundo se desmoronaba por momentos ante el relato de sus nuevos amigos.

—Tú eres de buena familia —mencionó Francesco—. Él, con la gente de buena familia, no se mete, únicamente se mete con los que somos pobres. En el fondo, es un cobarde que solo sabe abusar de los más débiles.

—¿Y por qué sois pobres? —pregunto Ángelo. Todas las personas que él conocía vivían lo suficientemente bien como para no pasar apuros.

—Porque nuestros padres trabajan en el puerto haciendo trabajos de carga y descarga —respondió Salvatore— y ganan lo justo para ir viviendo sin muchos lujos.

—Corre y no preguntes más —dijo Francesco— e intenta no entrar el último. El profesor siempre castiga al último de la clase.

Echaron a correr hacia la puerta del colegio donde ya casi no quedaban niños; habían entrado todos dentro del mismo.

Esa fue la manera en que se conocieron los tres y desde entonces sus vidas se unieron para siempre volviéndose inseparables, ya fuera en lo bueno como en los malos tiempos. Pero siempre los tres juntos.

Ese día, cuando terminaron las clases, Ángelo se dirigió directamente a casa para contar a su familia los amigos que había conocido. Se encontraba excitado por todas las cosas que le habían pasado a lo largo del día. Su madre lo escuchó con suma paciencia y lo abrazó un par de veces al verlo tan feliz. El chico preguntó si estaba su padre en casa. Le dijeron que se hallaba reunido con un representante del banco BCI y que no podía ser molestado en ese momento, que ya tendría tiempo para contarle todo... Pero Ángelo, impaciente, se acercó hasta la puerta de madera del despacho de su padre. Estaba a punto de coger el picaporte para abrir cuando las voces altas que procedían del interior lo frenaron. Su progenitor no era una persona que se alterara fácilmente; la persona que estaba dentro lo tenía que haber sacado de sus casillas. Pegó el oído a la puerta; sabía que no estaba bien escuchar las conversaciones ajenas, pero aquellos gritos lo tenían intrigado.

—Publicaré lo que me dé la gana —oía la voz de su padre—. No me voy a callar por muchas amenazas que me hagáis. No vais a salir impunes de esto.

—Es mejor que nos des los papeles y que te olvides de publicarlo

—la otra voz no le resultaba conocida y sonaba amenazante—. Tienes una oportunidad de arreglar las cosas. No la desaproveches.

—No os tengo miedo —conocía a su padre y aunque su voz intentaba ser firme, se le notaba nervioso.

—Deberías tenerlo. Ni la Cosa ni el BCI vamos a dejar que publiques nada. Si no me das los papeles ahora mismo, la próxima vez no te los voy a pedir tan amablemente. Piénsatelo, tienes una familia que se puede quedar sin nada y tenéis unas vidas que podéis perder muy fácilmente. Te crees importante, pero tú simplemente eres un pequeño insecto al lado de la gente para la que trabajo. Créetelo.

—Márchate de mi casa, no tolero que me amenaces y menos en mi casa.

—No es una amenaza, amigo mío. Es un consejo —advirtió la otra persona.

—Si te doy los papeles, soy hombre muerto —se estremeció cuando escuchó esa palabra en la voz de su padre.

—Y si no me los das, también. De la otra forma tienes posibilidades de que te perdonen, siempre que prometas que te olvidarás del asunto. Ellos son hombres de palabra y si te manifiestan que no te van a tocar, lo harán. Sin embargo, si no lo haces, ya sabes cuál será tu final.

—Vete y les dices que no encontrarán nunca esos papeles por mucho que los busquen. Algún día alguien contará los negocios que tienen juntos. Si me matáis, todo eso saldrá a la luz, tarde o temprano. Ya me encargaré de dejárselos a alguien que no os tenga miedo.

—Tú has querido que sea así, ya no vas a tener otra oportunidad. Esto es una despedida, aprovecha bien el tiempo que te queda porque sabes que ellos, cuando dicen una cosa, van en serio. Te han dado una oportunidad y tú la has desaprovechado.

—Espera —escuchó la voz de su padre rogándole a la otra persona.

—Dime qué quieres.

—Menciónales que no voy a publicar nunca esos papeles, que no le hagan nada a mi familia. Si nos dejan en paz, esos papeles no saldrán nunca.

—Ya sabes que lo que ellos quieren son los papeles. Hablaré con ellos, pero no te prometo nada. Sin papeles no sé si estarán dispuestos a perdonarte.

Ángelo se ladeó de la puerta al escuchar que los pasos se acercaban a ella. Vio a la persona salir. Lo primero que le sorprendió es lo joven que era. No habría cumplido todavía los veinte años. Iba elegantemente vestido con un traje bien cortado a medida y llevaba un fino bigotillo que resaltaba en aquella cara de crío. ¿Cómo alguien tan joven podría darle tanto miedo a su padre? Cuando pasó junto a

él, se paró un momento a su lado.

—¿Tú eres el hijo pequeño de Luigi? —preguntó el joven.

—Sí, señor.

—Estás hecho un hombre —dijo mientras se marchaba y le acariciaba el pelo—. Tu padre tiene que estar muy orgulloso de ti.

—Sí, señor. Lo está —manifestó Ángelo muy orgulloso

Cuando su mano tocó el pelo, sintió un estremecimiento de miedo que le recorrió todo el cuerpo; era como si lo hubiera tocado una serpiente venenosa. No conocía a aquel joven, pero su presencia conseguía intimidarlo. Y no solo a él porque había notado cómo su padre le tenía también miedo.

Finalmente, Ángelo se alejó de la puerta del despacho para que su padre no sospechara nunca que había sido testigo de aquella conversación.

II

El padre de Ángelo pasó los días siguientes metido en el despacho, trabajando. Únicamente salía para ir al baño. Apenas comía, ni bebía. Se mostraba ofuscado y deseoso de acabar lo que tuviera entre manos. Nunca lo había visto de aquella manera. Solía ser una persona muy trabajadora. Sin embargo, procuraba estar el tiempo que pudiese con su familia. Y desde la llegada de aquel joven solamente se le oía de vez en cuando hablar por teléfono.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntó a su madre un día que la vio triste mirando la puerta del despacho

—Hay alguna cosa que lo tiene muy preocupado en los últimos meses. Se pasa las noches despierto y por el día anda como un loco nada más pensando en su trabajo. La verdad, hijo, es que no sé qué le pasa porque no me cuenta nada.

—Es que está muy raro desde que lo visitó aquel joven, mamá.

—¿Qué joven? —preguntó su madre extrañada.

—Un joven que vino hace unos días, no sabría decirte, pero papá estaba muy alterado.

—Sería el señor tan amable que vino de parte del banco para hablar con él. Era un chico encantador.

—Papá se puso muy nervioso ese día, lo escuché sin querer cuando fui a hablar con él.

—No le menciones que lo escuchaste. Sabes que tu padre eso no lo tolera. ¿Has hecho los deberes?

—Sí, mamá —respondió el niño con resignación.

—Vete con tus amigos a jugar un rato, pero no regreses muy tarde.

—Gracias, mamá.

—Y no te metes en ningún lío con esos amigos tuyos.

—No, mamá.

—Y…

—Adiós, mamá —dijo mientras salía lo más deprisa que pudo para no seguir escuchando la multitud de recomendaciones que su madre le ofrecía y que todavía se podían alargar si continuaba allí.

Conforme iba acercándose a donde vivían sus amigos, las preocupaciones que tenía se fueron transformando en alegría. A pesar de las muchas horas que pasaban en el colegio, no se cansaba de estar con ellos. Al pasar junto al parque que había cerca de la casa de los primos, observó a Aldo con sus amigos. Pegaban a un niño más pequeño que ellos y que lloraba desconsoladamente mientras los dos niños que estaban con él se marchaban corriendo para no tener problemas con aquellos matones. Por un momento pensó en interceder para ayudarlo, pero eso no le hubiera traído nada bueno y más ahora que las cosas estaban calmadas entre ellos. Desde aquel día, no se había vuelto a meter con él y eso era un alivio. Aldo era un mal bicho que se aprovechaba de todos los críos del colegio. Nadie lo soportaba salvo los tres amigos que llevaba siempre detrás de él. Sin embargo, nadie se atrevía a plantarle cara, salvo Francesco y Salvatore que no se amilanaban ante nadie.

Ángelo pasó por allí cerca de ellos dando un pequeño rodeo sin que se dieran cuenta de su presencia; en un momento se encontraba llamando a sus amigos para jugar al balón. El tiempo, si se está bien, se pasa rápidamente y aquella tarde no fue una excepción. Cuando volvió a su casa, su padre seguía metido en su despacho sin salir. Su madre lo llamó para que saliera a cenar, pero dijo que le llevara algo al despacho porque debía terminar una cosa que era de suma importancia y que no podía dejarla a medias.

Aquella noche cenaron a solas como muchas de las últimas noches. Desde aquella visita a su casa, su padre se había convertido en un fantasma al que solo escuchaban cuando se acercaban a la puerta de su despacho para hablar con él. Veía en la cara de su madre que la situación también le preocupaba. No comentaba nada delante de sus hijos, pero Ángelo la observaba apagada y sin muchas ganas de hablar con nadie.

Cuando terminaron de cenar, la sirvienta recogió la mesa y después de estar un rato jugando a un juego de mesa se acostaron para ir al día siguiente al colegio.

Por la mañana, cuando se levantó, observó que su padre seguía dentro de la habitación haciendo esa cosa tan importante que no le decía a nadie. Se imaginó que serían los famosos papeles. Si su padre temía que les pasara algo, se imaginaba que estaría escondiéndolos de

alguna forma en aquella habitación para que nadie pudiera encontrarlos. ¿De qué hablarían esos papeles? Le intrigaba mucho, pero si su padre no quería contar nada, él no era nadie para preguntarle sobre ese tema.

Había estado varias veces tentado de contar lo que había pasado a sus amigos. Sin embargo, no quería que lo tomaran por un blandengue que se preocupaba por cualquier cosa. Sabía que sus amigos lo aconsejarían bien, pero tampoco quería que se preocuparan por algo que a lo mejor solo eran imaginaciones suyas. Es lo que tiene ser crío: las cosas, igual que vienen, uno las agranda, pero con el tiempo se olvidan y no le das más importancia...

Y con el tiempo se olvidó de todo aquel asunto, hasta que las circunstancias se lo volvieron a recordar.

CAPÍTULO II
EL REGALO

I

Pasaron unos años y un día antes de que se marchara al colegio, su padre lo llamó a su despacho. Cuando entró, vio que tenía unas ojeras bastante profundas, como si llevara varios días sin dormir porque alguna cosa en su cabeza lo atormentara. En tan solo tres años, desde la visita de aquel joven, parecía que había envejecido más de veinte. Se le observaba viejo, abatido y sin fuerzas. Y el hombre que antes era un dechado de energía, ahora deambulaba como un alma en pena.

—Ángelo, pasa —dijo su padre mostrando una tibia sonrisa en su cara.

—Dígame, padre .

—Te estás haciendo mayor y pronto será tu cumpleaños —comentó.

—Faltan todavía unas semanas, padre.

—Lo sé, pero quería regalarte una cosa —habló misteriosamente bajando la voz para que nadie pudiera escucharlo.

—Puede hacerlo cuando llegue el día, no hace falta que lo haga ahora —objetó Ángelo un poco temeroso por el secretismo que su padre parecía tener con el regalo.

—No —dijo levantando la voz—. Perdona, hijo. Es que estoy un poco nervioso por todo el trabajo que tengo.

—No se preocupe, padre —Ángelo se encontraba preocupado por las reacciones de su progenitor. No parecía que estuviera muy bien. Igual algo no funcionaba en su cabeza.

—Mira —dijo sacando una chaqueta de color marrón—. Es un regalo para ti. Quiero que la tengas siempre cerca de ti por mucho tiempo que pase. Esta es una chaqueta muy especial y debes cuidarla mucho.

—Pero, padre… ¿Y cuando se quede pequeña?, ¿entonces tendré que tirarla?

—Hijo, esta chaqueta —sentenció de forma misteriosa— puede ser la fina línea que está entre la vida y la muerte. Guárdala contigo, ocurra lo que ocurra.

—No lo entiendo.

—Lo sé. Sin embargo, quiero que sepas que por esta chaqueta mucha gente mataría. Tú ahora no lo comprendes y no sabes de qué estoy hablando. Seguro que pensarás que tu padre se ha vuelto loco y no sabe de lo que habla. Sin embargo, cuando seas un poco mayor lo comprenderás. Nunca se la dejes a nadie y nunca la des. ¿Me lo prometes?

—Sí, padre, ¿pero por qué es tan importante esa chaqueta? —preguntó el niño intrigado.

—No te lo puedo decir por tu bien, hijo. Pero tú eres un chico listo y sé que cuando se pasen los años entenderás de lo que te estoy hablando.

—No sé si alguna vez lo comprenderé.

Miró la chaqueta y no lograba entender qué tenía de especial. Era como muchas otras que llevaban los niños en el colegio. Igual su padre se estaba haciendo mayor y estaba perdiendo la cabeza.

—Hijo —dijo su padre con un hilo de voz.

—Sí, padre.

—Quiero que sepas que te quiero y que quiero a tu madre y hermana. Escucharás muchas cosas, pero no te creas nada. Piensa por ti mismo y no te dejes influir nunca por los demás.

—Lo que usted diga, padre. Me tengo que marchar al colegio que no voy a llegar —quería salir de aquella habitación y dejar atrás esa conversación tan rara.

—Ven —solicitó su padre mientras lo abrazaba y le daba un beso —. Corre que llegas tarde y la puntualidad es muy importante en esta vida.

—Sí, padre —le dijo, mirándolo con lástimas.

II

Los días fueron pasando en ese extraño convencimiento que tienen los niños de que el tiempo no avanza y los días transcurrian lentamente. Pero llegó el momento en que Ángelo cumplió los doce años sin que su padre le volviera a mencionar ningún tema extraño relacionado con la chaqueta y lo especial que esta era.

Llevaba ya varios años en el colegio. Se había acostumbrado a tratar con otros niños y se había convertido en un chico muy popular. Todos los niños querían ser sus amigos, todos menos el grupo de Aldo. Admiraban su inteligencia y simpatía, aunque los dulces que todos los

días traía de casa y compartía con ellos también tenían mucho que ver en su popularidad. Lo que para él era la cosa más normal del mundo, para aquellos chavales era un auténtico lujo que no poseían en sus casas.

Ese día había estado jugando con sus amigos Francesco y Salvatore como hacía casi siempre que tenían un rato libre desde que se conocieron. En esos años se habían convertido en amigos inseparables. Iban juntos a todos lados a pesar de pertenecer a clases diferentes. Ángelo era de una familia acomodada, su padre era el propietario de una imprenta donde se imprimían folletos y periódicos. Algunos no eran muy populares entre los actuales dirigentes del gobierno. Era una persona justa que intentaba que sus empleados vivieran de la mejor manera posible y eso hacía que todos lo quisieran como jefe.

Ese día, cuando llegó a casa, vio un gran revuelo en la puerta de la vivienda. No sabía qué estaba sucediendo dentro por lo que empezó a preocuparse. Sus padres no recibían a tantas personas juntas nunca. Intentó acceder a la vivienda, pero lo sujetaron para que no pasara al interior.

—No entres, mi niño —le dijo Antonella, la criada que tenían en casa desde pequeño y que había sido la encargada de cuidarlo desde que era un bebe. Ella era como una segunda madre para él. No sabía por qué no quería que pasara. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo? Su preocupación empezó a crecer por momentos—. Pobre niño mío.

—¿Por qué no puedo pasar, Antonella?, ¿qué ocurre? —preguntó el niño preocupándose aún más. ¿Qué es lo que ocurriría para que aquella mujer tan buena estuviera tan triste y abatida?

—Ha pasado una desgracia muy grande, mi pequeño niño —manifestó intentando abrazarlo—. Es mejor que te quedes aquí y que no entres. Su madre saldrá en un momento y se lo contará todo.

—Déjame pasar —solicitó Ángelo intentando zafarse de aquella mujer recia a la que quería tanto. «¿Qué desgracia habrá pasado? ¿Por qué no puedo entrar? Voy a pasar y nada ni nadie me lo impedirá». Por su mente pasaban muchas ideas y ninguna buena.

En un descuido de la mujer, Ángelo accedió a su hogar. Su madre y su hermana mayor estaban llorando desconsoladamente en la puerta de la habitación que su padre utilizaba como despacho. Había unos *polizia* en la puerta que no dejaban que nadie entrara. Su madre intentó sujetarlo, pero no lo consiguió; en un momento se encontró en el despacho lleno de libros, santuario particular de su padre y donde pasaba gran parte del tiempo. De pronto, lo vio: su cara blanca, la cuerda alrededor del cuello colgada a la viga del techo, el balanceo ligero de su cuerpo. Esa imagen se quedó grabada en su cerebro para el resto de su vida. No podía creérselo. Era imposible que su padre,

capaz de enfrentarse a cualquier persona que se le pusiera por delante, se hubiera quitado la vida. Lloró, lloró desconsoladamente y pensó salir corriendo hacia la calle para intentar escapar de aquella casa, cuando algo que contempló le llamó la atención. En la silla que su padre había utilizado para colgarse se encontraban dos letras escritas con tinta: BC. No pudo aguantar más y se marchó a toda velocidad de aquel sitio. Escuchaba la voz de su madre y de su hermana gritando para que no se fuera.

—Ángelo, hijo. No corras. Ven, por favor —lo llamaba su madre entre sollozos—. Ángelo, espera.

Pero él no podía quedarse allí. Las lágrimas le acompañaban en cada zancada que daba, necesitaba correr lo más rápido posible, alejarse de la casa. Aquello no podía estar pasando. ¿Por qué iba su padre a querer quitarse la vida? En su cabeza no cabía que eso pudiera pasar; su padre no era una persona que se asustara ante nadie, no era ningún cobarde para irse de este mundo de esa manera.

Sin darse cuenta, sus pasos lo llevaron hasta la puerta de las viviendas de los dos primos. No quería llamarlos, pero necesitaba llorar y que lo consolara una persona amiga. Se sentía débil y prefería que no lo contemplaran de esa manera, alguien hundido por las circunstancias que estaba viviendo. Francesco, que estaba asomado a una ventana de la vivienda esperando la llegada de su padre, lo vio y bajó rápidamente.

—¿Qué te pasa, Ángelo?, ¿por qué lloras? —preguntó inocentemente el niño viendo a su amigo de esa forma.

—Mi padre, mi padre —balbuceaba el niño sin poderse controlar y sin que las palabras salieran con nitidez de su boca.

—¡Te ha pegado! —exclamó Francesco airadamente—. Eso es normal. Mi padre también me pega cuando no me porto bien o cuando recibe las quejas de don Luciano diciendo que en clase no hago nada. Son cosas de padres y hay que comprenderlo. Todo eso lo hacen por nuestro bien.

—No es eso —dijo Ángelo entre sollozos—. Mi padre no me ha pegado en toda la vida.

—Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Francesco preocupándose aún más por lo que le estuviera pasando a su amigo.

—Es mi padre. Se ha matado —y a continuación el niño se puso en cuclillas metiendo la cabeza entre el pecho y las piernas. Y siguió llorando desconsoladamente soltando todos los sentimientos que tenía dentro y que no podía controlar.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Francesco poniéndose a su lado y echándole la mano por encima del hombro para atraerlo hacia él y sintiendo una enorme pena por lo que estaba viviendo su amigo.

—No lo sé. Cuando he ido a casa no querían que entrara y cuando

he podido entrar, estaba muerto en su despacho. Se había colgado. Pero no lo entiendo, él era muy fuerte, no le tenía miedo a nadie. ¿Por qué lo habrá hecho?

—No sé qué decirte —respondió Francesco, no comprendiendo qué podría mover a una persona a hacer algo así, dejando a su familia abandonada a su suerte.

—¿Qué le habrá ocurrido? —pregunto Ángelo—. ¿Es que no nos quería?

—¡Claro que os quería! —exclamó Francesco—. Algo muy gordo tiene que haber pasado por su cabeza para que haya hecho algo así. Igual no la tenía muy bien; hay personas que están bien y de pronto se les empieza a ir la cabeza. A uno de mis tíos le pasó una cosa parecida y al final se murió. A las personas mayores les suceden esas cosas de vez en cuando. Pero eso no quiere decir que no quieran a sus familias.

—Pero él estaba bien. Hace unas semanas me llamó a su despacho, estaba muy raro y me regaló esta chaqueta y me dijo que le prometiera que nunca la perdería. No le conté la conversación a mi madre y tenía que habérsela contado. Ella hubiera sabido qué hacer.

—Eso era porque su cabeza no estaba bien ya —señaló Francesco —. Si no fuera así, ¿por qué te iba a decir esas cosas por una chaqueta?

—No lo sé, estaba asustado. Solo lo he visto una vez de esa manera y fue hace unos años cuando vino una persona a amenazarlo por unos papeles que quería la mafia y un banco. Ese día se asustó mucho y no volvió a ser nunca más como era antes.

—Igual lo ha matado la mafia —dijo inocentemente Francesco.

—No lo sé, pero en la silla que utilizó para matarse había escritas dos letras —dijo derrumbándose Ángelo.

—¿Qué letras? —la curiosidad de los niños hace que lo pregunten todo.

—BC, no sé qué pueden significar —respondió Ángelo mientras se echaba a llorar.

—¡Igual eran las iniciales del nombre de su asesino! —exclamó Francesco pensativo.

—Pero nadie vio a ninguna persona en la casa. Si mi madre supiera algo se lo hubiera dicho a las autoridades.

—Es muy raro todo.

—Y si se ha matado él, ¿por qué escribió esas palabras? Además, tenía tinta en la mano.

Al momento, bajó Salvatore, que había visto a sus dos amigos abrazados en el suelo llorando. No sabía qué pasaba, pero tenía que ser algo muy malo para que los dos se encontraran de esa manera y llorando. Pasara lo que pasara, tenía que estar junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Salvatore.

—Su padre se ha matado o lo han matado, la cosa es que está muerto —dijo Francesco entristecido por la situación y sin saber muy bien cómo explicarlo.

Salvatore abrazó con fuerza a su amigo. Se imaginó todo el dolor que él sentiría si hubiera sido su padre el que lo hubiera hecho y comprendió que su amigo lo estaba pasando muy mal. Tenía que apoyarlo, aunque no sabía cómo hacerlo. Se sentía impotente por no poder hacer otra cosa, nada más que estar junto a él.

—Estamos aquí para ayudarte —aseguró Salvatore—. Necesites lo que necesites, nos tienes junto a ti para todo.

—Nunca dejaremos que te pase nada —afirmó Francesco—. Te protegeremos siempre.

—¡Somos amigos para siempre! —gritó Salvatore sintiéndose un poco ridículo después de haberse mostrado tan efusivo.

Las palabras de sus amigos lo reconfortaron en aquel momento de dolor. Nunca había sentido un daño tan grande en su vida. No es que su padre jugara demasiado con él, ni que estuvieran demasiado ligados puesto se pasaba la vida trabajando… Pero siempre le había demostrado que lo quería. Por las noches, cuando venía tarde de trabajar, se pasaba por su habitación y lo tapaba y le daba un beso. A veces, cuando despertaba en medio de un sueño, lo había visto a los pies de la cama mirándolo con mucho cariño. Eso ya no volvería a pasar. Su padre se había marchado y ya no iba a estar para poderlos proteger. Y ahora, ¿qué sería de ellos? ¿Qué iba a pasar con su familia? ¿Serían pobres?, se preguntaba en el silencio de sus pensamientos.

III

Los días fueron avanzando lentamente desde la muerte de su padre. Ángelo intentaba adaptarse a su ausencia. La *Polizia* había dictaminado que su progenitor se había quitado la vida y que no veían ninguna causa extraña…

Una mañana llegó una carta del banco BCI, uno de los más importantes de Italia, comunicándoles que su padre les debía mucho dinero y que, si alguien no pagaba las deudas antes de un mes, el banco se quedaría con la imprenta y la casa. Su madre intentó mediar con la entidad para lograr aplazamientos; las finanzas de la casa siempre las había llevado su marido. El BCI no dio opciones: o pagaba o se lo quedaban todo. Después de aquella conversación, la mujer se pasó el día llorando. Ese y todos los que vinieron. Pero como hay cosas que son imposibles de evitar, llegó ese día en el que, por última vez, estuvieron dentro de aquella casa donde habían sido tan felices.

El dolor estaba presente en todos ellos cuando cruzaron la puerta que separaba la calidez de su antiguo hogar a la fría calle. Allí dentro se habían quedado las risas y las lágrimas; recuerdos que ahora solo guardarían en sus mentes. Se llevaron las pocas cosas que cogieron en las maletas y el poco dinero que habían encontrado en casa. Su madre reservó una habitación en una pensión y se mudaron a lo que ahora sería un nuevo hogar. Su vida de privilegios se marchó para siempre…, como su padre.

Su madre empezó a trabajar para una familia de gente rica que conocía su situación y se apiadó de ella para ofrecerle un empleo como sirvienta. Ese día, Ángelo se juró que algún día el banco pagaría todo el mal que les había hecho. La vida ya jamás volvió a ser la misma; tuvo que empezar a trabajar como aprendiz de cocina en un restaurante para poder mantenerse y llevar algo de comer a casa. ¡Cómo podía cambiar la vida de una persona en un solo momento! Cuando tenía un rato, el muchacho lo aprovechaba para ver a Francesco y a Salvatore y olvidarse de su dramática situación. Se tomaban unas *chinotto* (bebida italiana muy popular en aquellos años) en alguna taberna mientras hablaban de lo difícil que eran sus vidas. Sus amigos y su familia era lo único quedaba; lo que antes era felicidad, ahora se había transformado en tristeza.

—Algún día me vengaré de ese banco —sentenció Ángelo—. Se van a acordar de mí durante toda su vida. Sé que ellos fueron los culpables de lo que le pasó a mi padre.

—No digas tonterías —dijo Salvatore—. ¡Qué vas a hacer tú contra ellos! Son demasiado poderosos para intentar nada. Nosotros somos solo tres para plantarles cara.

—¡Tonterías! —gritó indignado Ángelo—. Ellos tienen la culpa de todo lo que le ha pasado a mi familia. Algún día se acordarán de mí. No van a poder olvidar mí nombre nunca.

—Nosotros te ayudaremos —aseguró Francesco—. Nos la van a pagar. Te ayudaremos a vengarte de todo el daño que te han hecho. Puedes contar con nosotros.

—Pero vosotros estáis locos —medió Salvatore—. ¿No veis que no podemos hacer nada contra ellos? ¿Qué vamos a hacer nosotros contra todo su poder?

—Darles donde más duele —aseveró Ángelo—. Les quitaremos su dinero.

—¿Somos amigos? —preguntó Francesco—. Pues si somos amigos, los amigos estamos para ayudarnos y si hay que vengarse, lo haremos todos juntos como hemos hecho siempre.

—Sí, lo somos —sentenció Salvatore sintiéndose pequeño por haber dudado durante unos segundos de apoyarlos—. ¿Pero cómo?

—Seguro que Ángelo ya sabe lo que tiene que hacer y nosotros lo

ayudaremos sea como sea —la voz de Francesco sonaba bastante enfadada—. Pero no podemos dejar solo a nuestro amigo en lo que tenga pensado.

—Tengo un plan en mi cabeza —afirmó Ángelo—, pero todavía no os lo puedo contar porque no lo tengo definido. Me faltan todavía unos cuantos datos, aunque me queda menos para tenerlo todo listo.

Con esas palabras sellaron un pacto de venganza que con el paso de los años parecía olvidado y que solo fue el calentón de un momento. Los jóvenes crecieron y se iniciaron en el mundo laboral. Los años pasaron sin que jamás se volviera a mencionar aquella conversación. La palabra venganza no volvió a repetirse; parecía que todo se había quedado en el deseo de una persona herida que, con el tiempo, se había olvidado de sus promesas.

Pasó algún año más y Salvatore empezó a trabajar en la limpieza de las alcantarillas de la ciudad. Era un trabajo que no le llenaba para nada pero que, al menos, le permitía comer. Francesco encontró trabajo en una fábrica de explosivos y Ángelo comenzó a trabajar en el casino de la ciudad donde consiguió conocer a mucha gente interesante relacionada con múltiples actividades, lo que le permitió hacer amistades en diferentes sitios.

CAPÍTULO III
EL PLAN

I

La mente de Ángelo seguía pensando en la manera de poder vengarse. No había olvidado ni un solo día todo el daño provocado a su familia; el deseo de que los responsables pagaran sus cuentas cada día era más fuerte. Le echaba la culpa al banco y a la mafia, sin olvidarse de aquel tipo joven que estuvo en su casa y que le pareció ver un día en el casino hablando con el director de la sala de juegos. Durante todos estos años, el joven había dado mil vueltas a su cabeza con la idea de trazar un plan que, si le salía bien, podía ser un duro golpe para el banco y la familia obtendría el suficiente dinero para no tener que preocuparse más por trabajar.

Ángelo se había acostumbrado a tener las cosas guardadas en una maleta por si, cuando llegara el momento, tuviera que escapar y no le pudiera dar tiempo a prepararlas. Desde que de pequeño había tenido que irse de su casa, no había querido cogerle cariño a ninguna de las viviendas por donde había pasado.

Su madre había muerto hacía unos pocos meses. El dolor por el fallecimiento de su padre y el haber perdido el estatus de vida que siempre había llevado, la habían consumido poco a poco. Su hermana se había casado con el dueño de un bar, un buen hombre del que se había enamorado, por lo que tenía la vida resuelta.

Y Ángelo contaba ya con veinticuatro años. No estaba casado, ni tenía ninguna novia, por lo que pensaba que era el momento de actuar. Iba a sentir mucho no poder volver a ver a su hermana porque sabía que, cuando llevara a cabo su plan, tendría que huir del país; lo estarían buscando por todos lados. Durante los últimos años, había visitado las oficinas del banco para hacer un pequeño ingreso del dinero que cobraba en el casino todas las semanas y de esa manera había conseguido saber dónde se encontraban todas las cosas. Dar el golpe con el banco abierto era muy peligroso por la presencia constante de guardias; se arriesgaban a que los mataran o a llevarse

una cantidad demasiado pequeña porque la mayoría del dinero estaba en una impresionante caja fuerte que había en el interior. La había visto un día mientras iba al baño. No tenía que ser fácil conseguir abrirla.

Un buen día, Ángelo miró distraídamente el armario y allí estaba la pequeña chaqueta que le dio su padre. Hacía muchos años que no se la ponía; se le había quedado pequeña. Le había hecho a su padre una promesa antes de morir que ahora estaba pensando en romper ya no podía cargar con cosas que no le fueran útiles cuando tuviera que huir. Se sentía avergonzado porque era el único recuerdo que aún conservaba de él. La cogió y se disponía a tirarla cuando vio que, por un roto que llevaba en una costura, asomaba un papel. Lo agarró con mano firme y comenzó a leerlo. Estaba escrito con la letra de su padre, pero tampoco es que dijera mucho. Era el principio de un artículo. De repente, una idea se abrió paso en su cabeza. ¿Y si su padre le estaba hablando desde el otro mundo? Rasgó el forro interior de la chaqueta con sumo cuidado y allí empezaron a aparecer numerosos papeles que su padre había escondido. Posiblemente aquellos eran los papeles que aquel hombre le estaba pidiendo recuperar aquel día y que tanto interés tenían para la mafia como para el banco.

Los leyó con suma atención y no dio crédito a lo que sus ojos veían. La mafia era una de las dueñas del banco y lo utilizaba para blanquear el dinero que hacía con sus sucios negocios. En los papeles, se explicaban muchos de esos negocios y cómo hacían para limpiar grandes cantidades económicas. Había varios papeles que lo señalaban, pero por lo que decía su padre, la mayoría de pruebas se encontraban dentro la caja fuerte del banco en la oficina central que tenía en la ciudad. La rabia le llenó por dentro y golpeó la almohada de su cama con furia. ¡Por aquellos papeles había muerto su padre! Posiblemente, él no los utilizaría jamás, pero ellos siempre tendrían el miedo en el cuerpo ante la posibilidad de que alguien destapara su secreto. Ahora más que nunca, sabía que tenía que robar aquel banco con todo lo que tuviera dentro, aunque eso significara que tendría que vivir con la muerte a sus espaldas... Porque ellos no iban a parar nunca hasta encontrarlos.

Ángelo comentó a sus amigos lo que había descubierto y lo que pensaba hacer. Pero no quería que ellos se vieran involucrados porque tendrían que dejar a sus familias atrás y corrían el riesgo de ir a la cárcel o morir. Ninguno de los dos quiso dejarlo solo en aquella labor. Se lo habían prometido cuando eran unos críos y ahora les tocaba cumplir.

II

Al casino iba todos los días uno de los trabajadores del BCI. Se trataba una persona prepotente que se gastaba todos los días un dineral en el juego. Se había entrampado y ya no le daban más crédito. Había recibido varias palizas y amenazas para que devolviera el dinero. Sabía que, si no lo hacía, le podría costar incluso la vida o peor aún que le hicieran algo a su familia. Ángelo pronto se hizo amigo de Marco, que era como se llamaba el muchacho. Lo conocía de verlo en el banco y saludarlo, pero nunca habían hablado. No sabía cómo podría involucrarlo en su plan. Si se lo decía, podía denunciarlo y acabar en la cárcel, por lo que poco a poco fue metiéndole en la cabeza la idea de robar el banco para que pareciera que era cosa suya.

—Con los problemas que tienes de dinero y trabajando en un banco, si fuera yo, ya lo hubiera robado.

—No te creas que es tan fácil —dijo Marco—. Pero con todo lo que hay allí metido, sí que me solucionaría la vida a mí y a varias personas más.

—¿Y tan difícil es entrar?, porque yo me apunto. Estoy cansado de estar trabajando para señoritos que no me valoran nada. Ahora quiero ser al que sirvan.

—Anda que no te apuntas fácil —comentó Marco riéndose—. Si supiera cómo hacerlo, te aseguro que ya lo hubiera realizado. No sabes tú la falta que me hace a mí ese dinero.

—Eso es cuestión de pensarlo y ejecutarlo. ¿No te parece? —manifestó Ángelo de manera jovial.

—Si se te ocurre algo, cuenta conmigo —dijo Marco riéndose—, pero me parece que tú vas a seguir poniendo copas durante muchos años y yo voy a seguir viendo dinero que no es mío.

Ángelo lo había comentado a Francesco y Salvatore. El primero, como siempre, lo veía todo muy claro y estaba de acuerdo en entrar en acción. El segundo, más prudente, puso mil y una objeciones para que no hicieran algo así. Al final, cedió tras ver la terquedad de sus amigos. Además, con él o sin él, lo iban a hacer igual.

Con la ayuda de Marco, pronto se trazó un mapa del banco en donde se indicaban todos los puntos claves, incluso la caja fuerte. Marco se conocía las contraseñas para poder acceder al interior; sería bastante fácil coger lo que hubiera dentro y huir. Sabía cuándo sería el momento en el que el banco tendría más dinero; se esperaba una importante remesa de fondos y ese fin de semana era el momento más adecuado para llevarlo a cabo. Pero unos días antes, Marco comentó que el director había cambiado las contraseñas de la caja fuerte y que habría que esperar. Nadie estaba dispuesto a perder más tiempo. Tenían que hacerlo ahora que era cuando la mafia iba a blanquear el dinero procedente de sus negocios. Buscaron una manera alternativa

de poder abrir esa caja. La harían explotar y huirían lo más rápido posible antes de que llegara la *polizia di stato* al banco.

—No podemos esperar más tiempo —comentó Ángelo—. Sabemos cómo funcionan ahora las cosas dentro del banco, pero no sabemos si cambiarán el procedimiento; tendríamos que planear otra cosa. Eso nos retrasaría mucho más tiempo y el tiempo es fundamental para que nuestro plan salga bien.

—Yo lo tengo todo perdido —aseguró Marco—. Están pensando echarme. Desapareció un poco de dinero y se piensan que he sido yo.

—¿Y no fuiste tú? —preguntó Francesco antes de echarse a reír.

—Que no, os lo juro. Y no por falta de ganas, porque esos cabrones están forrados, pero aprecio demasiado mi trabajo para jugármelo por tan poco. Otra cosa es lo que nosotros vamos a llevar a cabo. Eso ya son palabras mayores.

—Me gustaría apuntar una cosa —dijo Salvatore—. Si a alguno lo pillan, hay que prometer que se ayudará a la familia del que se quede atrás. No podemos dejar que lo pasen mal por nuestra culpa.

—Eso no lo dudes —dijo Ángelo—. Creo que en eso estamos de acuerdo todos.

Los demás hicieron gestos con la cabeza de asentimiento, por lo que aquello quedó bien claro. Si uno caía, los demás ayudarían a que su parte llegara a su familia… De esa manera, el plan fue tomando forma.

Salvatore, que trabajaba en las alcantarillas, había indicado dónde se encontraba el punto más cercano hasta el suelo del banco. Desde allí, tendrían que cavar unos cuantos metros hasta situarse justo debajo. Se habían pasado meses cavando el túnel que los acercaba hasta el objetivo. Se iban turnando para poder realizarlo. Fue un arduo trabajo porque, además de cavar, había que apuntalarlo todo para no cayera encima o se derrumbara pasado un tiempo.

A pesar del cansancio y de la falta de sueño, todos deseaba terminar sus trabajos para acercarse al túnel y cavar en una carrera contra el reloj. Después de esperar tanto y con el miedo a que alguien los descubriera, por fin llegó el día señalado para que se cumpliera la deseada venganza y para que fueran todos ricos. Y es que había que reconocer que cuando se mezclaba el odio con el dinero las cosas funcionaban bastante mejor. A Ángelo le hubiera dado exactamente igual no llevarse ni una lira, pero le alegraba que sus amigos pudieran disfrutar y salir de las penurias que habían sido sus vidas.

Francesco robó una furgoneta del trabajo y la cargó con algo de explosivos para volar el suelo y poder entrar. Sabían que, los fines de semana, el banco no tenía vigilancia. ¡Quién se iba a atrever tan siquiera a intentarlo!, lo normal era que, si robaran, lo hicieran cuando el banco estuviese abierto, por lo que, si nada salía mal,

tendrían el suficiente tiempo como para salir de allí con una buena suma de dinero en los bolsillos. Aunque lo que Ángelo más deseaba era poder echarle mano a aquellos papeles que había mencionado su padre. Cuando vieran que les faltaban, iban a mover cielo y tierra por recuperarlos y más cuando leyeran la nota que les iba a dejar: «Recuerdos de mi padre». No creía que cayeran demasiado rápido en lo que significaban aquellas palabras, aunque algún día las descifrarían; cuando lo hicieran, no dejarían en paz a Ángelo.

Todos estaban impacientes por acceder y dejarlos sin blanca. Ángelo recordaba todavía que, por culpa de ellos, su padre se había quitado la vida o, peor aún, lo habían matado. Porque, si lo hubiera hecho él, para qué iba a escribir aquellas dos letras con tinta que solo podían significar BCI. Tampoco podía olvidarse de los posteriores años de sufrimiento que pasó la madre trabajando para intentar sacar adelante a sus dos hijos. Y todo por culpa de aquel banco y de la mafia que los había dejado en la ruina sin apiadarse de nadie.

La ejecución del plan estaba marcada en domingo. Las noches de los sábados, la gente salía a beber y se recogía tarde, por lo que pensaban hacerlo por la mañana, que era cuando menos gente había por las calles y el banco evidentemente se encontraba cerrado y había menos seguridad.

Aparcaron la furgoneta junto a la tapa de alcantarilla desde donde habían entrado disfrazados de operarios todos los días mientras realizaban aquel túnel. Estaba situada muy cerca del banco, pero a la vez en una calle estrecha con edificios viejos donde no había demasiado tránsito. Bajaron las escaleras que ya conocían hasta los túneles y desde allí fueron caminando hasta el punto donde habían empezado a excavar. Quitaron las maderas que tapaban su entrada de la vista curiosa de cualquier operario que por allí pasara y se adentraron por la pequeña galería que habían construido hasta el subsuelo del banco. Ahora venía la parte complicada. Se puso una carga de explosivos para que no destrozara demasiado el suelo del banco y no cediera todo encima de ellos. Era complicado, pero Francesco llevaba ya muchos años manejando explosivos y lo vio todo muy sencillo. Cuando al final explotó y vieron el agujero, accedieron uno a uno dentro de él. Marco guio a todos por las dependencias del banco hasta una sala protegida por unos barrotes, donde se veía una impresionante caja fuerte que era lo que los separaba de ser ricos o seguir en la vida de miseria. Metió una llave dentro de la puerta con barrotes y esta se abrió en un momento. Ahora venía el principal escollo: abrir aquella monstruosidad para poder acceder al interior y arramblar con todo en el menor tiempo posible. Posiblemente, el ruido de la explosión haría que pronto tuvieran una desagradable visita. Francesco preparó la carga con sumo cuidado calculando los

explosivos necesarios para conseguir volar la entrada y acceder al dinero y a los secretos que había en su interior. Todos se encontraban bastante nerviosos; nunca habían realizado nada parecido.

—Todavía podemos marcharnos —manifestó Salvatore que se encontraba bastante nervioso por lo que estábamos realizando—. Si nos vamos ahora nadie sabrá que hemos sido nosotros.

—Ni los sueñes —dijo Marco—. Vamos a ser ricos. Ahí hay guardado mucho dinero. Se nos van a acabar las preocupaciones para el resto de la vida.

—¿La explosión sonará mucho? —pregunto Ángelo preocupado.

—Hombre, ruido va a hacer —reconoció Francesco poniendo en su cara una sonrisa maliciosa.

—Tendremos que darnos prisa en coger todo lo que podamos y en salir por las alcantarillas porque como alguien la escuche vamos a tener aquí a toda la *polizia* de la ciudad buscándonos.

—¡Lo estamos haciendo! —exclamó Francesco eufórico—. Esto va a ser sonado, vamos a salir en todos los periódicos del país.

Los cuatro colocaron mesas de despacho para parapetarse de la explosión y Francesco miró al grupo sonriendo. Parecía encontrarse en su salsa poniendo toda aquella cantidad de explosivos en la puerta de la caja fuerte.

—Voy a pegarle fuego. Tiraos al suelo porque con estas cosas nunca se sabe...

A su voz, todos se lanzaron al suelo por si salía despedido cualquier objeto. Por la cabeza de Ángelo pasó la imagen bondadosa de su padre. Pensó que, si viera lo que estaba haciendo, podría descansar en paz. Nunca se hubiera imaginado que su hijo unos años después de su muerte iba a acabar robando un banco para vengarlo.

Habían preparado papeles falsos para los cuatro por si tenían que salir de país. Si lo conseguían, sería peligroso quedarse por aquella tierra. Con la ayuda y complicidad de un amigo, habían falsificado los documentos necesarios para poder escapar sin levantar ninguna sospecha.

Y sonó la explosión. El ruido había sido más grande lo que se habían imaginado, por lo que mucha gente cerca del banco lo habría oído y seguro que estarían llamando a los *carabinieri* o a la *Polizia*. Había que correr lo más rápidamente posible. La puerta cedió y con la fuerza de una palanca consiguieron abrirla para poder entrar. Aquello parecía la cueva de Alí Babá llena de billetes, letras, bonos y numerosos tesoros metidos en cajas.

Abrieron los macutos y los llenaron hasta que ya no les cogía nada más. Cuando se disponían a huir, escucharon ruidos de sirenas bastante cerca de ellos por lo que corrieron hacia el agujero que los llevaría al exterior del banco donde tenían la furgoneta aparcada para

poder escapar. Salvatore fue el primero en entrar. Luego saltaron Francesco y Ángelo. Marco no aparecía por ningún lado, no sabían dónde se había quedado rezagado. La última vez que lo habían visto había sido entrando a los servicios del banco. ¡Menudo momento escogió para meterse allí! Y la puerta se abrió y entraron los *carabinieri* con las pistolas en la mano buscando a los atracadores. Mientras, estos colocaron una alfombra encima del agujero y por debajo pusieron una madera apuntalada con travesaños para que costara descubrir el sitio de la huida y también para impedir que les resultara fácil seguirlos. Y escaparon lo más deprisa que pudieron de aquel sitio con la tristeza de haber perdido a uno de sus compañeros.

Cuando consiguieron salir de la alcantarilla sin que nadie los viera, observaron mucho trajín de vehículos policiales y policías a pie parando coches. Al principio, asomaron la cabeza por donde tenían la furgoneta, pero vieron que por allí no podían salir. Del interior del banco vieron salir a los *polizia* con una persona. La reconocieron enseguida. Era Marco. Las cosas estaban saliendo peor de lo que ellos habían pensado.

Salvatore los condujo por aquellas alcantarillas, donde el olor era nauseabundo, hasta un lugar bastante alejado. Por allí salieron a la calle y se perdieron entre la gente. El problema era que no podían ir a sus casas; seguro que Marco cantaba y contaba quiénes habían sido sus cómplices en todo este asunto. Decidieron refugiarse en la antigua imprenta que antes pertenecía a la familia de Ángelo. Se encontraba abandonada; ahora era un edificio en ruinas. Las ratas campaban a su antojo por lo que antes era un lugar lleno de vida donde trabajaba mucha gente.

Allí descansaron unos días pensando en la forma de escapar. La furgoneta que tenían preparada, todos imaginaban que ya la tendrían en su poder cuando hubieran comprobado que era robada. La *Polizia* no paraba de recorrer las calles buscando a los responsables del robo. Posiblemente habían puesto a todos sus efectivos a buscarlos. Los tres eran unos fugitivos y tenían que escapar de la ciudad antes de que los pillaran. Contaban con setenta millones, más todos los papeles que se habían llevado. Dinero más que suficiente para vivir toda la vida sin tener que trabajar demasiado. El problema era salir y romper los numerosos controles: no podían escapar en tren, ni en autobús porque las estaciones estaban vigiladas las veinticuatro horas del día.

Y cerca de donde se encontraban las oficinas abandonadas, los tres pudieron otear un circo que estaba recogiendo sus cosas para marcharse. Aprovecharon parar ofrecer su ayuda. De esa rocambolesca manera, consiguieron escapar sin que nadie los pillara. Con el paso de los días, los atracadores tenían el pelo y la barba larga y eso los hacía irreconocibles hasta para cualquier persona que los hubiera conocido

antes.

Los periódicos hablaban ya como del mayor robo que se había cometido en Italia. Decían que había sido una banda muy preparada y que había cometido más robos por el país, pero no salían fotos de ellos. En cambio, sí dijeron que habían pillado a uno de los atracadores que era un empleado del banco y que lo estaban interrogando para que delatara a sus cómplices. Era un padre de familia con dos hijos pequeños. No sabían que Marco tenía familia, ni nada por el estilo. El pobre estaba aguantando y, de esta manera, otorgaba a sus tres colegas algo de tiempo para que pudieran huir. No lo esperaban por su parte, pero se lo agradecieron porque eso les permitía encontrarse cada día más lejos.

CAPÍTULO IV
EL CIRCO

Estuvieron los tres más de un año circulando de un lugar a otro por toda Italia siempre con el miedo de que en cualquier pueblo los pudieran pillar. Debían tener bastante cuidado para no cometer un error porque, aunque ya había pasado bastante tiempo, seguían buscándolos. Aprendieron la vida del circo y todos empezaron a amarla. Les gustaba cuidar a los animales y ver las atracciones que todos los días se montaban sobre la pista e ir de un pueblo a otro, conociendo el país, sin estar demasiado tiempo en ninguno.

Había días en los que participaban en los espectáculos; cubrían alguna baja con los payasos o con alguno de los ayudantes de las atracciones principales. Estaban a punto de salir del país en ruta hacia Francia donde había un tour por varias de las ciudades más importantes. La vida en el circo era dura. A pesar de la fama que tienen, se trabajaba mucho para poder sacarlo adelante.

Los atracadores no terminaban de estar tranquilos; alguien podría reconocerlos. Sus fotos habían salido en los periódicos. Marco no fue capaz de aguantar por más tiempo y después de los días de interrogatorio, se derrumbó y lo contó todo. Bastante bien se había portado. En el circo, o no se dieron cuenta de quiénes eran o puede que les tomaran cariño, pero nunca dijeron nada y los seguían tratando como si fuesen parte de su familia. Pero ya no era posible la tranquilidad tras la presencia constante de sus fotos en diversos periódicos. Había llegado el momento de cambiar de estrategia y de tomar decisiones.

—Nos tenemos que marchar —comentó Ángelo un día en el interior de la caravana donde dormían los tres—. Estar aquí ya se está haciendo peligroso, cualquier persona nos puede reconocer y entregarnos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Francesco—. Cuando crucemos a Francia, abandonaremos el circo y nos perderemos para siempre convirtiéndonos en fantasmas. Nadie volverá a saber nada de nosotros

jamás.

—Yo me quedaría —habló Salvatore—. Ya sabéis que estoy saliendo con Giorgia y no quiero dejarla, me he enamorado.

—¿Entonces nos vas a dejar? —preguntó Francesco a su primo; estaba a punto de echarse a llorar, siempre habían permanecido juntos.

—No sé qué hacer, me resulta muy difícil pensar ahora en lo que me conviene. Resulta muy doloroso tomar una decisión porque la quiero a ella, pero vosotros sois mi familia.

—Tenemos que ir a un país nuevo, a un pueblo que no sea muy conocido y allí tenemos que separarnos. Estaremos cerca por si pasa cualquier cosa para poder protegernos, pero no podemos seguir juntos los tres. Cambiaremos de nombres y empezaremos una vida nueva. Nunca nadie sabrá quienes fuimos. ¿Quién piensa como yo? —pregunto Ángelo—. Creo que, si no queremos que nos pillen, es lo mejor que podemos hacer.

—Yo pienso lo mismo que tú, la vida en el circo me encanta —dijo Francesco—. Me gusta dar de comer a los animales, ver la cara de asombro o risa de las personas que vienen a verlos, pero tenemos que marcharnos. Salvatore, no puedes quedarte aquí, es muy peligroso para ti. Si lo haces, al final te pillarán.

—Dejadme unos días más para que pueda despedirme de ella —la voz de Salvatore sonaba decaída y triste pensando en la posible partida.

—No puede saber a dónde vamos, ni al país, ni al sitio. Nos pondría en peligro —remarcó Ángelo.

—No se lo diré a nadie. Y si ella quisiera ¿podría venirse con nosotros? —preguntó Salvatore desolado.

Lo vieron tan desesperado y tan enamorado que pensaron que no podían ser tan egoístas como para romper aquel noviazgo que había surgido debajo de la carpa del circo. Dejarían que se lo dijera y que ella tomara la decisión que considerara mejor. Giorgia era trapecista en el circo, tenía veintiún años y era una chica estupenda. Si lo quería, se vendría con él y de esa manera podrían tener más fácil el acceso a los sitios sin que sospecharan de ellos.

Durante ese año, habían seguido el caso por la prensa. Sabían que a Marco le habían caído veinte años de cárcel. De una manera u otra, deberían hacerle llegar el dinero a su mujer y a sus hijos, porque ahora les iba a hacer falta. No sabían cómo, pero tenían que ayudar a esa familia a salir adelante. Habían metido en sobres en alguno de los pueblos por donde pasaban algunos billetes y se los habían enviado a la mujer para que aguantara una temporada. Siempre lo hacían el día en el que el circo iba a marcharse para que no pudieran pillarlos y no sospecharan de ellos.

Esa noche, Salvatore se quedó a solas con Giorgia después de la función y se la llevó fuera del circo bajo la luz de la luna a un sitio donde no pudiera escucharlos nadie y allí se disponía a mostrarle sus sentimientos y a confesarle el gran paso que iban a dar.

—Giorgia, tengo que decirte una cosa muy importante.

—Sí.

—¿Sí, que? —preguntó Salvatore extrañado porque todavía no le había dicho de que se trataba.

—¿No ibas a pedirme matrimonio? —preguntó Giorgia poniéndose muy seria.

—Sí, pero no —dijo lleno de alegría y a la vez desesperado Salvatore.

—¿Cómo que sí, pero no? Cuéntame qué es lo que te pasa.

—Venía a decirte que me voy a ir del circo —sentenció Salvatore a quien le dolía cada palabra que iba saliendo de su boca.

—¿Es que no me quieres? —preguntó ella a punto de echarse a llorar.

—Te quiero mucho más de lo que te imaginas y por eso te lo digo a pesar de que me juegue que me metan en prisión.

—Sé quién eres —dijo ella quitándose unas lágrimas que le caían por las mejillas.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es posible?

—Vi tu foto en un periódico de los que se quedan en las sillas del circo y allí ponía lo que habías hecho, lo sé hace tiempo y no me importa.

—No te creas todo lo que dicen —aseveró Salvatore no sabiendo cómo justificarse.

—¿Y ahora me vas a dejar?

—No. Lo que quería es que te vinieras conmigo. Queremos dejar de huir y establecernos en un sitio donde no nos busquen. Me gustaría hacer una familia contigo, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, pero es muy egoísta por mi parte pedírtelo porque vamos a tener que estar huyendo. Pero te quiero y no quiero perderte.

—Ni yo a ti tampoco. Me iré contigo, pero tengo que decírselo a mis padres.

—Vale —dijo el alegremente—. Soy el hombre más feliz del mundo.

Se dieron un apasionado beso bajo el cielo estrellado de esa noche y miraron con nostalgia la carpa del circo que posiblemente no volverían a ver nunca más. A él le costaba abandonarlo, pero ella tenía su vida y su familia dentro de aquel lugar. De pronto, vieron a varios coches de *Polizia* que se dirigían, con las luces puestas, hacía donde estaban. Corrieron para avisar a sus compañeros y, en el silencio de la noche, se marcharon portando sus macutos y sin, al

final, despedirse de nadie.

Los habían localizado después de tanto tiempo. Igual alguien de dentro había dado el chivatazo para llevarse la recompensa que entregaban por ellos.

CAPÍTULO V
HUIR, SIEMPRE HUIR

Fueron unos días muy duros, cogiendo autobuses que iban por rutas poco transitadas donde había menos controles de la *Polizia* y por donde pudieron cruzar a Francia donde se sintieron algo más tranquilos. Vivieron allí unos pocos meses, pero no terminaban de acostumbrarse a la vida y maneras de aquella gente, además de que tenían la extraña sensación de que alguien los seguía. No obstante, no creían que ninguna autoridad italiana hubiera pasado a aquel país. En un periódico se comentaba que el banco había contratado a una agencia de detectives para buscarlos y que ofrecían una recompensa para quien ofreciera información. Los cuatro estuvieron unas semanas en Niza, una ciudad preciosa y encantadora, y de ahí se fueron Saint Tropez, un sitio que estaba en su apogeo turístico. Se hospedaron en una modesta casa durante unas cuantas semanas. Un día, Ángelo los reunió en una de las habitaciones.

—Nos siguen —soltó de pronto.

—¿Cómo van a seguirnos? —preguntó Francesco—. Eso es imposible, nadie puede habernos encontrado tan pronto.

—Lo he visto varias veces y es mucha coincidencia que sea la misma persona. Cuando estuvimos en Niza lo vi y ahora también lo he visto aquí.

—¿No te equivocarás? —preguntó Giorgia.

—Estoy seguro. Vamos a hacer una cosa. La persona que veo que nos sigue tendrá sobre los treinta años, tiene estatura media y complexión delgada, poco pelo y un bigote prominente. La cara no la he podido ver bien porque cuando intento fijarme siempre se esconde. Estad atentos y dentro de unos días hablamos para ver si veis lo mismo que yo. Si es así una de estas noches nos marcharemos y cruzaremos la frontera hacia España, allí es más complicado que alguien pueda seguirnos. ¿Os parece bien la idea?

—España es un país complicado —sentenció Salvatore—. Allí tienen una dictadura y las cosas pueden ser muy duras para unos extranjeros como nosotros.

—A Franco ya no le queda mucho y cuando él no esté, la dictadura se terminará. El príncipe no creo que siga manteniendo el mismo régimen; las cosas serán diferentes. Además, en los últimos años se está abriendo mucho a otros países, ¿no veis que quieren traer gente al país? En unos pocos años allí se vivirá muy bien —aseguró Ángelo.

—Si tú lo ves tan fácil, yo me apunto —dijo Francesco—. Aunque lo difícil será cruzar la frontera; ya sabes que controlan todas las entradas.

—Pero primero comprobemos que ese hombre nos está siguiendo, porque en este país se vive muy bien, su gente es un poquito estirada —recalcó Giorgia—, pero no quiero cambiar este país por otro en el que hay una dictadura y nuestros hijos no tendrían tantos derechos como los que hay aquí.

—Vamos a estar bien, Giorgia. Ya lo verás —comentó Ángelo con la esperanza de que sus palabras fueran ciertas y de que sus amigos no se lamentaran del lío en que los había metido. Se sentía responsable de todo lo que estaba pasando porque ellos lo único que habían hecho es seguirlo en sus ideas desde que eran pequeños—. Allí ahora es muy complicado que puedan encontrarnos y dentro de unos años se vivirá bastante bien.

Los días posteriores, los cuatro fueron vigilando, como el que no quiere la cosa, a todas las personas que se iban tropezando. Cuando se sentaban en una terraza para tomar café miraban a las que había cerca. Todos alguna vez vieron a esa supuesta persona escondiéndose de sus miradas, aunque siempre en algún lugar cercano. Francesco un día intentó atraparlo, pero salió corriendo y desapareció de su vista, con lo cual confirmaron que efectivamente alguien se encontraba muy cerca de pillarlos. Así que tocaba volver a viajar.

El grupo alquiló un coche y en la frontera con España se dejó abandonado para que lo encontraran. Y cruzaron a ese país que había permanecido medio aislado del mundo durante muchos años y que ahora parecía que quería volver a abrirse. Luego, fue ir de un lugar a otro hasta que por fin encontraron el sitio perfecto donde empezar una nueva vida. Se habían cerciorado antes de que la persona que los había seguido hasta Francia ya no los seguía, que por fin se habían podido deshacer de él.

La vida empezó a tornarse más tranquila y comenzaron de nuevo a disfrutar de las pequeñas cosas; buscaron con ansiedad el sitio donde echar raíces y comenzar esa nueva vida...

CAPÍTULO VI
LA MUERTE DE UN PIZZERO

I

Federico llevaba en España ya muchos años. Vino como otra mucha gente en los años 60 y montó una pequeña pizzería que, con el tiempo, se había hecho muy famosa por los buenos ingredientes que siempre se utilizaban y por la masa que ponía a sus pizzas. Era un secreto de familia que guardaba como si fuera un tesoro. La pizzería había ido creciendo por lo que había comprado el local que tenía al lado y había ampliado el negocio. Federico era una persona abierta, de buen carácter, que entretenía a los clientes cantando canciones de amor italianas lo que hacía que el restaurante estuviera siempre lleno, o bien de otros italianos que allí se sentían como si estuvieran en casa, o de personas de todas las partes de Europa que cuando, pasaban por Águilas, se acercaban a comer los platos deliciosos que se preparaban y de paso escucharlo cantar.

Federico había conocido y se había casado con Maruja, una muchacha aguileña. Tenían una hija. Su pasado era todo un misterio porque nunca nadie de su familia vino a verlo jamás. Se había adaptado a la vida de aquel pueblo de pescadores que paulatinamente había ido creciendo hasta convertirse en uno de los mejores lugares de la costa de la región de Murcia y todos sus habitantes lo veían como si hubiera nacido allí.

Era un martes cualquiera de abril del año 2000. Federico, cuando cerraba el local, solía hacer la caja a solas. Había noches que se quedaba con algún amigo italiano tomando algunas cervezas, pero siempre se recogía a una hora prudente. Aquella noche eran ya las cuatro de la mañana y Maruja se encontraba preocupada. No era normal que aquel hombre no hubiera regresado a casa. Lo había llamado a la pizzería, pero nadie le había cogido el teléfono y eso la tenía todavía más nerviosa. Últimamente notaba a su marido un poco preocupado, como temiendo algo que no le terminaba de contar. Le

había preguntado en numerosas ocasiones, pero no quería hablar del tema. Unas semanas antes estuvo con varios amigos en el local tomando unas copas y cuando ella se acercó, se produjo un silencio que la hizo sospechar que estaban escondiendo alguna conversación. Igual eran tonterías suyas, pero que esa noche no estuviera ya en casa no le gustaba nada. Se vistió y llamó a la Policía.

—Policía Local, dígame —sonó la voz ronca de Patricio al otro lado del teléfono.

—Buenas noches. Soy Maruja, la mujer de Federico, los de la pizzería Napoly. ¿No sé si me conoce?

—Sí, dígame, señora. ¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Patricio intentando despejar su mente del sueño que empezaba a afectarle.

—Estoy un poco preocupada. Mi marido normalmente se queda a hacer la caja cuando cierra el negocio. Se suele tomar un par de cervezas, pero como mucho a las dos de la mañana suele estar en casa los días de semana. Son las cuatro, todavía no ha venido y estoy preocupada porque tiene que haberle pasado algo. No me atrevo a ir sola porque no sé lo que me puedo encontrar. ¿Puede mandarme a alguien para que entre conmigo?

—Voy a decírselo al cabo para que le mande una pareja. Usted váyase para la puerta de su negocio que enseguida van los compañeros para el lugar.

—Muchas gracias. Me quedo esperando en la puerta a que vengan.

El teléfono dejó de hablar y Patricio pensó que tampoco era tan raro, que igual aquel hombre se había ido a echar una cana al aire. Lo conocía hacía tiempo y sabía que era una persona bastante decente; pensaba que no era de ese tipo de personas, pero cuando uno llega a ciertas edades a veces se cometen tonterías y puede que esa noche estuviera cometiendo alguna.

Cogió la emisora y llamó a la persona que estaba de jefe de servicio.

—Cabo Labores, ¿está a la escucha? Cabo Labores, ¿me recibe?

—¿Qué quieres? —dijo una voz medio dormida al otro lado de la emisora.

—Me ha llamado la mujer de Federico, de Pizzería Napoly. Su marido no ha llegado a casa y teme que le hayan hecho algo. Solicita que se acerque una pareja para que entre con ella al local.

La emisora se quedó durante un rato en silencio mientras el cabo Labores pensaba en lo que iba a decir, él tenía muy claro que no se iba a acercar por el lugar. No tenía ganas, a esas horas, de salir corriendo detrás de ningún ladrón que estuviera por allí. Tampoco es que pensara correr detrás de nadie. Para eso había gente más joven y en mejor forma que él. Por lo que enseguida tomó una decisión.

—Morales, Navarro habéis escuchado —dijo la voz del cabo.

—¿Nos está mandado que nos acerquemos, cabo? —preguntó por la emisora, aunque ya sabía desde que Patricio había mencionado el servicio a quién le tocaría ir.

—¿Es que hay más Morales y más Navarros esta noche de servicio? —preguntó el cabo Labores con un tono de voz un poco enfadando en el que se le mezclaba el sueño con el conocimiento de que en cierta manera se le estaba tomando el abundante pelo que tenía—. Porque, que yo sepa, no hay ninguno más aquí que tenga esos apellidos.

—De acuerdo, cabo —dijo intentando parecer que momentos antes no había intentado bromear—. Vamos Toño y yo para el sitio. Era solo para concretar que éramos nosotros.

—Navarro, no me toques las narices a estas horas —dijo enfadado Labores—, que no tengo el horno para bollos.

—Perdone usted, cabo. Es que a estas horas tengo la mente algo adormilada. Se ve que me falta un café.

—Cuando lleguen al sitio y vean lo que hay, me informan de lo que está pasando.

—No se preocupe que, en cuanto veamos la situación, le pasamos novedades.

La emisora se quedó en silencio mientras el coche se dirigía a gran velocidad hasta el lugar donde esperaba la mujer de Federico. De pronto, se escuchó la voz de un compañero.

—Pareces tonto, Sergio —dijo Toño Morales, el veterano compañero que ya había visto de todo en su vida—. ¿Qué te esperabas?, ¿que fuera él?

—Si era por tomarle el pelo un poco —rio durante unos segundos —. Este hombre no va a cambiar en la vida. Pega más capotazos que los toreros. El día que eligió la profesión yo creo que se equivocó. De torero hubiera sido un auténtico fenómeno.

—Es un poco raro que Federico no esté en su casa a estas horas. Yo lo conozco desde que se vino a Águilas y me he tomado más de una cerveza con él cuando cierra el local, pero cuando llegan las dos de la mañana es puntual como un clavo para marcharse. ¿Te apuestas a que le han robado y se lo han cargado?

—No seas gafe, Toño, que seguro que el hombre se ha estado tomado más de una cerveza y se le ha pasado el tiempo sin darse cuenta de la hora que es.

—Estás cada día más tonto, chaval. Desde que te dejó tu novia y la gitana no das una. Federico quiere demasiado a su mujer y sabe que quedarse una hora u hora y media más tomando algo, ella no se lo va a tener en cuenta, pero nunca se le harían estas horas para irse a su casa por el temor de tener problemas.

—Ya está el listillo —dijo un poco enfadado—. Como si tú lo

supieras todo de las mujeres.

—Tú muy listo tampoco fuiste porque mira que hubieras sido un buen cónyuge para la concejala. Lo dejáis y se mete en el ayuntamiento. Tú acuérdate que esa acaba de alcaldesa, si no al tiempo. Que entre el padre y lo lista que es, esa al final la tenemos de jefa.

—Pues yo que me alegro por ella. Además, seguimos siendo amigos —el tono intentó ser lo más neutral posible para que su compañero no notara los sentimientos que todavía pasaban por su cabeza.

—¿Y qué piensa su nuevo novio? —preguntó Toño—. Porque anda que no ha tenido mal gusto en cambiarte a ti por el ricachón ese. Porque más tonto no lo hacen.

—Ni lo sé, ni me importa. Ahora nos llevamos casi mejor que cuando estábamos juntos, por lo menos no discutimos por cualquier tontería. Lo que haga con su vida es asunto suyo, ya te lo he dicho varias veces.

—Lo que necesitas, Sergio, es venirte de fiesta un día conmigo. Te iba a presentar a unas amigas que se te iban a quitar todas las bobadas que tienes en la cabeza y mira que tienes muchas y son difíciles de quitártelas. Que ya no eres ningún crío, Sergio.

—Ya nos haremos alguna fiesta. Tú no te preocupes, es que ahora no tengo muchas ganas de salir.

—Pero si es que te estás amariconando. En cuanto te presento una amiga me sales corriendo para el lado contrario.

—A lo mejor es porque la amiga más joven que me presentas tiene diez años más que yo.

—Sergio, esas son las mejores. ¿No ves que no se andan con tonterías como las niñatas que te gustan a ti? Esas saben lo que quieren y van directas al grano, no hay que estar haciendo el tonto con ellas, como haces tú. En la vida hay que ser práctico y no estar dando rodeos de un lado a otro.

—Si tú lo dices, será. Pero igual yo estoy buscando otra cosa… Ya hemos llegado. Allí está el coche de la mujer con alguien dentro.

II

En la puerta del local estaba el Renault Megane de color gris que conducía la mujer de Federico. La pizzería se encontraba en las afueras del pueblo en los bajos de un edificio en el que durante el invierno no vivía nadie; todos sus propietarios eran gente de otras localidades que venían a pasar el verano por lo que, en el invierno, y por mucho ruido que se hiciera en el interior del bajo, nadie se

hubiera enterado de si pasaba algo porque no había nadie que pudiera quejarse. El Seat Córdoba verde del dueño se encontraba también aparcado en la puerta.

El local se veía a oscuras, salvo por una pequeña luz que había en el interior y que no se sabía de donde procedía. La farola de la puerta ofrecía una luz tan pobre que apenas iluminaba la puerta de la pizzería por lo que, hasta que no estuvieron frente a ella, los policías no pudieron darse cuenta de que se encontraba abierta.

—Dios mío —dijo Maruja compungida—. Temo lo peor.

—Póngase detrás de nosotros —dijo Toño enfocando con su linterna el interior del local y echando mano a la culata de su gran revolver del 45 que lo acompañaba a todas partes.

La luz de linterna enfocó el interior. No se veían ni mesas, ni sillas tiradas por el suelo, nadie había roto nada a simple vista. La barra se encontraba con la caja cerrada por lo que de un robo no se trataba. Sobre ella, dos vasos con restos de cerveza, además de un cenicero con numerosas colillas de cigarros. La radio sonaba bajita con música de Nicola di Bari, un cantante que había triunfado muchos años antes en Italia y que era conocido en otros muchos países. Pero no se veía ni rastro del propietario. La luz que había encendida provenía del interior de la cocina.

—Federico, Federico —llamó Maruja, pero nadie respondía a las llamadas angustiadas de la mujer que empezó a ponerse todavía más nerviosa.

Con gran cautela, los policías se dirigieron hacia la cocina sin saber qué era lo que se encontrarían dentro. Lo más probable es que a Federico le hubiera dado algún mareo o alguna otra cosa parecida, aunque en este tipo de servicios siempre hay que mantener las precauciones porque nunca se sabe lo que un policía se puede encontrar.

Pero ni en los peores pensamientos podían pensar lo que hallarían. Al entrar en la cocina, sobre la isla central, se encontraba el cuerpo sin vida de Federico. Lo habían atado de pies y manos y le habían quitado la parte de arriba de la ropa y con algún tipo de hierro caliente lo habían torturado. Posiblemente el asesino había estado intentando sacarle algún tipo de información. Pero ¿qué le podía decir aquel hombre de quien no se había oído nunca nada malo en el pueblo? ¿Qué secreto tendría para que alguien hubiera cometido un acto tan atroz con una persona tan buena?

Al entrar, los agentes notaron un olor familiar. Era el olor a carne quemada como las que hay en cualquier casa cuando se realiza una barbacoa. En este caso, no se había realizado ninguna o, en cierta manera sí que se había realizado; algo macabro que el asesino utilizó para torturar a la víctima. Pero había algo todavía más sorprendente

que dejó paralizados a los policías y sin poder reaccionar. Al principio no observaron aquel detalle. No era posible que alguien hubiera podido realizar algo así. La mano derecha de Federico no se encontraba junto a su cuerpo. Alguien la había cortado y posiblemente se la había llevado porque no la vieron por el suelo de la cocina ni por ningún otro rincón de aquel restaurante. Maruja gritó desconsoladamente y comenzó a llorar.

—¡Noooo! Federico, mi amor. ¡No es posible! ¿Quién te ha podido hacer algo así?

Sus gritos y sus llantos rompieron el silencio de la noche y los corazones de los que estaban allí. Era una escena desgarradora. La mujer intentó abalanzarse sobre el cuerpo que yacía tirado sobre la mesa, desangrándose. Toño la sujetó antes de que llegara hasta su marido y pudiera estropear alguna prueba que hubieran dejado sus asesinos.

—Maruja, Maruja, escúchame. No puedes tocarlo, ¿lo entiendes? Tienen que venir ahora los compañeros de la Judicial para ver si encuentran algo en su cuerpo que nos lleve hasta la persona que le ha hecho esto. Sé que quieres abrazarlo, que lo necesitas, pero no puede ser, se podría perder algún tipo de prueba.

—¿Por qué, Toño?, ¿por qué?, era muy buena persona, todo el mundo lo quería. ¿Por qué le han hecho esto? —preguntó mientras se sentaba en una silla totalmente abatida por lo que estaba pasando aquella noche en su vida.

—No lo sé, Maruja. Sea quien sea, lo pillaremos. Te doy mi palabra de que vamos a pillar a quien lo ha hecho.

Mientras le decía eso, su mirada se posó en el compañero con gesto de preocupación. La última vez que hicieron esa promesa, dieron con el culpable, pero aquello parecía el trabajo de un profesional. Aunque también es verdad que con los crímenes que cometió Lucio el año anterior, a la Policía le costó un poco más de lo esperado resolver el caso, pero al final lo consiguieron.

—Cabo, ¿me escucha? —advirtió uno de los agentes por la emisora.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó el cabo Labores con voz preocupada.

—Está muerto.

—¿Algo natural? —preguntó con un hilo de voz—. ¿O es alguna muerte violenta?

—Alguien se lo ha cargado. Lo han torturado y le han cortado una mano. Necesitamos que avise a la Judicial para que vengan a ver esto.

—Cojones, es que los atraéis, no sé cómo lo hacéis, pero es que llamáis a los muertos. Voy a llamar al cuartel para que manden a alguien lo más rápidamente posible. Vosotros estaos quietos, si es que

sabéis hacer eso, que parece que encantáis los problemas. Tengo unas ganas de jubilarme y perderos ya de vista, que no lo sabe bien nadie.

—Una pregunta, cabo —la pausa sonó durante una décima de segundo—. Me imagino que viene usted para el lugar…

—Y qué remedio me queda, Sergio. Tendré que acercarme para coordinar todo aquello. No toquéis nada, por Dios os lo pido. Y por una vez en la vida, hacedme caso.

—Toño, el cabo ya está avisado y van a llamar al cuartel para que manden a su gente.

—Muy bien, chaval —respondió Toño—. Maruja, ¿te encuentras bien?, ¿llamo a alguien de tu familia para que venga a estar contigo?

—No avises a nadie, ¿y ahora cómo se lo voy a decir a mi hija, Toño? Pobrecita, con lo que quería a su padre. La voy a matar de dolor.

—Es muy difícil, Maruja, pero tienes que ser fuerte por ti y por tu hija. ¿Sabes si había tenido algún problema con alguien en los últimos tiempos? —preguntó Toño.

—Toño, tú lo conocías. Tenía un carácter fuerte, pero era todo corazón. Todo el mundo lo quería y no tenía ningún enemigo. Ya sabes que daba la vida por sus amigos. No podía haber en el mundo una persona más buena que él.

—¿Has notado que falte alguna cosa por aquí?

—No lo sé, Toño, no lo sé. No me he fijado. Lo siento, pero ahora no estoy para fijarme en esas cosas, perdóname.

—Nada, mujer. No te preocupes. Perdona tú que sea tan burro en estos momentos, pero es que no me gustaría que se quedara sin castigo el culpable —señaló, intentando disculparse.

—Gracias, Toño.

Maruja ya no podía aguantar más el dolor y su cara parecía un río donde las lágrimas corrían hacia el suelo. Al momento, empezaron a llegar coches a la puerta del local. Primero fue el cabo Labores que ahora tenía de compañero a Manolo. Hacían una pareja muy peculiar. Labores no llegaría al metro setenta ni de coña; un misterio el saber cómo consiguió dar la altura en su momento para poder entrar en la Policía. Manolo pasaría del metro noventa. Parecían el punto y la coma. Unos minutos después llego un coche camuflado de la Guardia Civil donde iban dos policías de la Judicial, la cabo María, una guardia civil muy competente que había ayudado en otros casos y un guardia que habían trasladado hacía poco a Águilas: Felipe Terrones. Tendría unos treinta y tantos años y venía de Almería donde había estado trabajando en la capital.

El cabo Labores estuvo hablando con los policías antes de dirigirse a la mujer guardia civil para informarlos de qué era lo que habían encontrado en el interior de la pizzería y ver la manera en que podían

ayudar.

—Jolines, sin son mis dos policías favoritos —dijo María jovialmente—. Nos vemos en los mejores sitios como siempre. A ver si en puesto de en estos casos nos vemos un día fuera del trabajo para tomar unas cervezas en un bar.

—Eso es hacer las ganas y que nos juntemos todos un día que para encontrarnos en estos sitios siempre estamos a tiempo —apuntó Sergio.

—¡Es que os juro que no sé cómo os la arregláis para estar en todos los saraos! —exclamó María—. Porque mira que por aquí no tenemos muchos casos de estos. Pero cada vez que hay uno, ahí estáis vosotros. Sois como un imán para los muertos.

—Quita, quita —se oyó de fondo la voz del cabo Labores—, que estos me van a amargar los últimos años antes de jubilarme. Cuento los días para perderlos de vista.

—No sé si es cuestión de suerte o de mala suerte —comentó Sergio recordando como acabó la última vez que tuvieron una situación similar—. Es que somos cuatro gatos y casi siempre nos toca a los mismos.

—Cabo —dijo María— se viene conmigo a echar un vistazo a ver cómo esta todo por ahí dentro.

—Id vosotros delante, que ahora os pillo. Tengo que hacer unas llamadas para informar de lo que está pasando al oficial —dijo mientras cogía su teléfono para hacer la llamada.

María se adentró con su compañero en la pizzería y estuvo examinando la puerta en silencio sin decir nada. Vio los vasos medio vacíos, los cogió entre sus manos y los olió durante un momento apartando la nariz de ellos.

—Huele, pero no toques —dijo a Sergio mientras el policía se acercaba uno de los vasos que llevaba cogido en un trapo a la nariz.

—Huele raro. No sé a qué, pero esta cerveza estaba pasada o le ocurre algo raro.

—A la cerveza no le pasa nada, le han echado algún producto a la bebida —dijo mientras sonreía—. Felipe, mete los vasos en una bolsa y el líquido de este vaso llévatelo también para que lo analice el laboratorio.

—Ahora mismo, María. Voy a empezar a guardar cosas —apuntó Felipe.

—¿Le han echado algo en la bebida? —preguntó Sergio inocentemente, asombrándose de todo lo que aquella mujer sabía en el proceso de investigación de un crimen.

—Le han echado algún tipo de veneno o algo parecido, ya nos lo dirá el laboratorio. Puede que por eso no se defendiera, motivo por el que le hicieron todo eso. La persona responsable no sería la primera

vez que estuvo con él bebiendo, por lo que tenemos que averiguar quiénes se solían quedar en el bar. La esposa ahora no estará para hablar mucho, pero cuando se pasen unas horas, hay que preguntarle por todas los que se quedaban a beber con su marido. ¿Es muy fuerte lo que hay ahí dentro? —preguntó María.

—Una cosa es que yo te lo cuente y otra cosa es que tú lo veas, pero te aseguro que no es plato de buen gusto lo que tenemos hay dentro.

—Vamos a echar un vistazo, tampoco será para tanto —sonrió mientras empujaba la puerta y se adentraba en la cocina. Su cara empezó a tornarse un poco lívida cuando vio el dramático escenario del crimen, a pesar de lo acostumbrada que estaba a ver muertos

—¿Qué te parece?

—Es lo más fuerte que he visto en mucho tiempo.

De pronto, se escuchó el ruido de la puerta de la cocina que se abría por la entrada de una persona.

—Hostias, aquí huele a carne. Lo que daría yo por comerme ahora un bocadillo de lomo —era Manolo, que había entrado para ver qué era lo que había pasado y se había encontrado con el panorama—. A estas horas llevo un hambre…

—Joder, Manolo. No nos des estos sustos —advirtió María, mirándolo de mal humor.

—No te me enfades, mujer, que luego se tiene que quitar.

—¿Qué se me tiene que quitar? —preguntó María a punto de reventar y de decirle cuatro cosas a Manolo.

—Pues el enfado, mujer —dijo con su eterna sonrisa en la cara—. Si aquí estamos todos para lo mismo o ¿es que no estamos todos en el mismo barco?

—Sergio, si no te importa, podéis saliros que vamos a echar un vistazo dentro de la cocina y a hacer unas pruebas para ver si encontramos algún tipo de huellas. Y cuantos menos estemos circulando por aquí, mejor.

—Claro que sí. Además, el cabo seguro que estará encantado de que os quedéis vosotros solos y nos marchemos para otro sitio.

Abandonaron la cocina y salieron con la sensación de que posiblemente todavía se producirían más muertes en la localidad. La persona que había realizado aquello no había terminado su trabajo. Estaba buscando algo y parecía que allí no lo había hallado, por lo que volvería a actuar en algún otro sitio. Todos deberían estar atentos.

CAPÍTULO VII
EL ENTIERRO

La fachada blanca del cementerio se divisaba nada más encarar el puente que separaba Águilas con el barrio sin ley. Se le llamaba así porque era uno de los principales focos de la droga del pueblo manejado por Los Marianos, un famoso clan gitano que ejercían su poder en el pueblo, aunque se repartían el negocio de la droga con una misteriosa persona que había ocupado el lugar que antes tenía su rival, el Lucio, que ahora estaba disfrutando de unas vacaciones en la cárcel. Nadie sabía quién era la persona que ahora ocupaba su lugar; era un misterio para todos.

Toño esa mañana había comentado a Sergio que tenían que acercarse a mostrar sus respetos a la familia del muerto. En principio le extrañó un poco. Sabía que eran amigos y que se conocían desde hacía muchísimos años; era raro que no lo hubiera hecho en el tanatorio y se hubiera esperado al último instante. No era típico de él.

—¿Qué pasa, Toño?, porque me resulta muy extraño que vengas a dar el pésame a este sitio.

—Ya estuve anoche en el tanatorio, pollito —dijo mostrando una sonrisa debajo de su bigote—. Estuve un buen rato por allí acompañando a la familia.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Sergio extrañado.

—Sergio, Sergio, ¿es que no te he enseñado nada? —preguntó con cara de preocupación.

—¿A qué te refieres? —volvió a preguntar mientras Sergio pensaba qué sucedía por la mente del compañero.

—Piensa…

—No sé a qué te refieres. Déjate de tonterías y dime qué buscamos —respondió mientras empezaba a cabrearse tras reconocer que Toño iba unos pasos por delante de él, como casi siempre.

—Yo estuve anoche en el velatorio, lo primero, por respeto, porque era mi amigo. Y lo segundo, para ver quién estaba por allí y comprobar sus reacciones. Y esta mañana venimos a su entierro para lo mismo. El asesino puede perfectamente encontrarse entre la gente

que está ahí. Mira bien a todas las personas que conozcas y, sobre todo, a las que no conozcas. Fíjate bien en las que parecen más afectadas; esas, sin descartarlas, las dejaremos para el final. Y, por último, tendremos que ir interrogándolos uno a uno para ver si podemos sacarles algo.

—Me quito el sombrero contigo, maestro. No dejas de sorprenderme, es una gran idea.

—Lo sé, por eso sigo siendo el maestro y tú un buen alumno, aunque últimamente andas algo distraído.

—Pero no te lo creas demasiado que se te sube a la cabeza.

El aparcamiento a esas horas todavía estaba medio vacío. Ya lo había calculado Toño para llegar veinte minutos antes de que llegara el coche fúnebre con todos sus acompañantes. Estacionó debajo de uno de los grandes cipreses que había en la puerta y esperó tranquilamente mientras se fumaba uno de sus pequeños cigarrillos puros que tanto apestaban y que cuando entraba a algún local hacía que todos se quedaran mirándolo.

En unos pocos minutos, llegó el coche con diversas personas acompañando al difunto; varios vehículos que iban detrás empezaron a ocupar el aparcamiento del cementerio. Cuando todo el mundo entró, Toño hizo un gesto a Sergio para seguir a la comitiva. No fue un entierro multitudinario por lo que era fácil observar a todas las personas. Por un lado, se hallaban Maruja y su hija, las dos vestidas totalmente de negro y con signos en sus caras de no haber descansado demasiado en las horas previas; acompañadas por los dos hermanos de Maruja con sus respectivas familias. Por otro lado, se encontraba Basilia, la cocinera de la pizzería, ya cercana a los sesenta años. Llevaba más de veinte años trabajando para la familia. Al parecer, Federico la había traído desde Italia con sus dos hijos para darle a los platos de su cocina el auténtico sabor de Italia y lo había conseguido porque en ningún restaurante en Águilas se comía como allí. Basilia se mostraba destrozada y abrazaba a Maruja, que era como una hermana para ella. Cerca se situaban los hijos de la cocinera: Aurelio, un joven de unos veintiocho años, de metro ochenta, moreno, guapo y con bastante don de palabra; las chicas estaban locas por él. Y su hermana Delia, que era un año más joven, de pelo castaño, ojos verdes, bajita, pero bastante guapa. Los dos hermanos regentaban un restaurante de comida rápida en el Paseo de la Colonia. En verano, el restaurante funcionaba de maravilla por su amplia terraza que daba al mar, lo que hacía que siempre estuviera llena. En invierno, el restaurante contaba con su gente habitual que gustaba del buen trato que los dos hermanos dispersaban a los clientes.

—Observa —dijo al oído la voz de Toño.

—Pero ¿qué quieres que observe? —preguntó Sergio mirando

disimuladamente a todas las personas que allí estaban.

—Todo. Quédate con todo lo que veas. Fíjate bien en su ropa, en sus caras, en cualquier pequeño detalle, por si a alguno no conocemos y preguntarle luego a Maruja. Cualquier cosa, por pequeña que te parezca, puede ser importante. Mira allí al fondo, ¿ves a aquella mujer rubia?

—¿La del sombrero negro? Es difícil no fijarse en ella a pesar de los años que tiene. Parece una estrella de cine.

—¿La conoces? —preguntó Toño visiblemente nervioso.

—Es más de tu quinta. No tengo ni idea de quién puede ser.

—Oye, más respeto, que yo no he llegado a los cincuenta y esa mujer, aunque está muy bien conservada, estará fácilmente cerca de llegar a los sesenta —dijo empezando a cabrearse—. Te gusta tocarme las narices.

Sergio comenzó a mirarla con disimulo. Se trataba de una señora que, posiblemente, tendría cincuenta y muchos, pero que podía pasar perfectamente por una mujer de cuarenta y pocos. Llevaba un vestido negro que acentuaba un cuerpo bien conservado por el ejercicio, un sombrero negro de ala ancha y unas gafas que impedían ver el color de sus ojos. En cambio, sí se podía observar una melena rubia que contrastaba con el color del vestido y que la hacía resaltar aún más en aquel lugar. Por sus movimientos, se podía ver que estaba acostumbrada a que la miraran. Se acercó durante un momento y le dio el pésame a la familia y, a posteriori, pasó a un segundo plano, dejando el protagonismo del momento para quien debía tenerlo.

—Entonces, ¿no sabes quién es? —insistió Toño, como no dando crédito a que Sergio no conociera a aquella persona que para él era tan importante.

—Joder, Toño. No la conozco, qué quieres que te diga.

—Es Sonia Ricci —sentenció y se quedó mirando a Sergio esperando una respuesta—. Ya lo que me faltaba…, ¿no me digas que no sabes quién es Sonia Ricci?

—No, que quieres que te diga, no sé quién es.

—Sergio, que no nos llevábamos tantos años, por Dios. Yo trabajé con esa mujer en un *spaghetti western* rodado en Almería. Se llamaba *La muerte vino a visitarle* y esa mujer era una diva.

—Me suena la película, pero ahora no caigo.

—Era la rubia que estaba para romperse. Ella no se acordará de mí porque yo hacía un pequeño papel de forajido. Me mataron en el primer duelo que tuve con el protagonista. Ya era muy famosa en aquellos tiempos. Había sacado un par de discos en Italia y varias películas. En sus últimos años se ha dedicado a presentar y a escribir libros. Tiene varios escritos. Igual te suena *El mayor robo jamás contado*. Es del robo que se produjo en Italia al BCI y fue todo un éxito

de ventas... La verdad es que todavía está de muy buen ver para su edad.

—Hostias, Toño. No le haces asco a nada.

—¿No me digas que no está bien todavía?, no sabía que estaba en Águilas. Mira que es raro que esté por aquí y más que haya venido al entierro.

—Su punto tiene —respondió Sergio mientras la observaba detenidamente. Para la edad que tenía, la mujer no estaba nada mal, y un poco raro sí que era que estuviera allí siendo tan famosa.

Como si se diera cuenta de que hablaban de ella, su rostro se volvió hacia los policías y se quedó mirándolos fijamente. Toño se llevó la mano a la gorra en una especie de saludo y la mujer se bajó las gafas dejando ver unos ojos de color azul cielo y sonrió.

—Igual te ha reconocido —dijo Sergio a Toño.

—No creo. Con la cantidad de personas interesantes que ha conocido en su vida, no creo que ella se acuerde de mí. ¿Sabes que estuve enamorado de ella?, creo que como casi todo el mundo en aquellos años. Hubo un tiempo en el que no tenía nada que envidiarle a Raffaella Carrá. Serán las dos más o menos de la misma quinta y por aquellos años rivalizaban por ser la rubia más famosa de Italia.

—No conocía esos gustos tuyos tan italianos —comentó Sergio sonriendo hasta que vio a unas personas al fondo—. Oye, aquellos dos me suenan también de algo.

—Son los hermanos Lucas y Silvio Giordano —confirmó Toño poniéndose serio—. Es raro que esos dos estén por aquí.

—¿Esos no son los mafiosos?

—Sí, su familia pertenecía a la mafia italiana y la gran mayoría están metidos en la cárcel, pero sobre estos no hay nada. Ya he estado preguntado sobre ellos y, aunque parezca increíble, están limpios.

Sergio los miró y la verdad es que tenían el aspecto de dos auténticos mafiosos. Estarían sobre los sesenta años. Lucas era más alto, sobre metro ochenta, pelo negro con algunos mechones de cabello gris y delgado. Silvio, algo más bajo, rondaría el metro setenta y cinco, calvo, un poco más recio. Los dos, con sus trajes a rayas y sus gafas negras tapándoles los ojos, como sacados de alguna película americana de gánsteres. No se les conocía negocios, ni legales ni ilegales, salvo que poseían varios pisos que tenían alquilados.

También en una esquina, un poco apartado del resto y con rostro compungido por el dolor, se encontraba el camarero que más tiempo llevaba junto a Francesco: Enrico. Había empezado a trabajar con él hacía unos ocho o diez años, pero desde entonces se había convertido en su mano derecha por lo que deberían estar muy unidos. Tendría unos años más que Federico, aunque Enrico aparentaba ser un poco más joven. No se le conocía familia ninguna, ni aquí en Águilas ni

fuera. Las malas lenguas decían que estaba enamorado de su jefe y que le gustaban los hombres, pero en épocas de su vida estuvo con alguna que otra mujer por lo que esa hipótesis no se sabía lo cierta que podía ser.

—Fíjate —susurró Toño al oído de Sergio— en todas las personas que conozcas y memorízalas o anótalas.

—Estás en todo.

—Pero hay algo todavía más importante —dijo, dejando el misterio en el aire.

—¿Qué?

—Lo más importante es lo que ya dije antes. Fíjate en todas las personas que no conozcas.

—¿Y qué vamos a hacer con ellas? —preguntó Sergio ingenuamente.

—Pararlas cuando salgan del cementerio y pedirles la identificación.

—¿Para qué? —preguntó Sergio sin llegar a entenderlo del todo.

—¿Cómo que para qué? Sergio, despierta… Pues para saber quiénes son y dónde viven e interrogarlos cuando pase todo esto. No sabemos quién lo mato y a lo mejor esa persona se encuentra aquí buscando algo o alguien que no encontró cuando mató a Federico.

—Tienes razón, compañero. Abriré bien los ojos.

Sergio observó s su alrededor y allí estaba Fazio con su oronda figura. Por la expresión de su cara, se le veía bastante afectado por la muerte de su amigo. Fazio había llegado a España hacía muchos años y había montado una heladería en plena Plaza de España. Como el sitio era uno de los mejores de Águilas, siempre lo tenía lleno fuera verano o invierno. Hacía tiempo que no trabajaba en el local, aunque todos los días se acercaba por él para echar un vistazo. A su lado, se encontraba su mujer, Evelina, una italiana bajita con un carácter muy alegre que había sido la que había levantado el negocio junto a su marido. Con su enorme simpatía había logrado que el local siempre estuviera lleno. Los dos andarían por los cincuenta y muchos años y eran conocidos en todo el pueblo porque siempre participaban en todos los actos benéficos y en eventos en los que se pudiera ayudar a cualquier causa.

Paco y Carmen, camarero y cocinera del local, también se hallaban allí, como bastante gente conocida de la localidad que había venido a mostrar su respeto al difunto. Entre ellos, Bruno Serra, conocido fotógrafo y reportero en Águilas del periódico más famoso de la región: *La Noticia*. Estaba cubriendo la muerte de Federico y ya se había pasado por el cuartel para preguntar al oficial por las novedades que se iban produciendo. Era un hombre bajito, sin mucho pelo y con perilla que se había presentado por Águilas hacía varios

años y había montado un estudio de fotografía. Desde el principio, la gente había tomado muy bien su negocio y le iba bastante bien. Su principal fuente de ingresos eran las bodas, comuniones y bautizos, pero se había hecho un nombre trabajando para el periódico.

Sergio también observó a dos tipos algo apartados del resto y que no había visto nunca. Vestían con trajes de color oscuro y a primera vista de buena calidad.

—Oye, Toño. Mira junto a la papelera que hay a tu izquierda.

—No los había visto nunca —dijo Toño adelantándose a mi pregunta—. Nos vamos de aquí como el que no quiere la cosa hacia la puerta y cuando salgan, los identificamos.

—¿Has visto a alguien más que no conozcas?

—No. Hay que preguntar a estos dos y a Sonia que son los únicos que no sé muy bien qué pintan aquí. Vamos para la entrada. Cada uno identificamos a uno.

—Te dejo la italiana para ti y yo me encargo de los otros dos —dijo Sergio sonriendo—, para que veas que soy un buen amigo.

—Qué buena persona que eres y qué lástima que te conozca porque, si no fuera por eso, pensaría que eres un angelito y no un auténtico cabrón —respondió aguantándose la risa.

Poco a poco, comenzaron a salir los allí presentes. Maruja con su hija, Basilia con sus dos hijos Delia y Aurelio, Enrico, Fazio y Evelina y unas cuantas personas más…, hasta que salió ella. Su figura desprendía el glamur de las estrellas. Sergio vio a varios hombres volver la cabeza para observarla ante las miradas severas de sus mujeres. Toño permanecía al lado de Sergio con la boca un poco abierta y sin atreverse a acercarse. Le dio un codazo disimuladamente.

—Espabila, hombre, que se marcha y nos quedamos sin saber qué hace aquí y dónde vive.

—Sí —respondió Toño de forma escueta; se dio cuenta de que, durante unos segundos, no había sabido reaccionar.

Finalmente, Toño se acercó a la mujer. Mientras, Sergio seguía esperando a que aparecieran las dos personas que estaban junto a la papelera. Por primera vez en su vida vio a su compañero nervioso. Llevaban muchos años trabajando juntos y nunca en la vida lo había visto dudar. Pero aquella mujer lo alteraba.

—Buenos días, señorita Ricci —dijo titubeando un poco.

—Buenos días, pero, por favor, mejor Sonia —dijo mientras mostraba una amplia sonrisa en su boca.

—Pues yo que la llamo Sonia, faltaría más. Yo me llamo Toño, ¿puedo hacerle unas preguntas, Sonia?

—Entre compañeros de profesión puedes preguntarme lo que quieras.

—¡Cómo! —exclamó Toño totalmente descolocado ante las

palabras de ella.

—Tú y yo hemos trabajado juntos en alguna película. Si mi memoria no me falla fue en algún *spaghetti western* de los que se rodaban en Almería. Pero no me hagas mucho caso porque me estoy haciendo mayor y a veces confundo las cosas.

—No te equivocas. Trabajamos en una —dijo Toño sin poder apartar la vista de ella—. Y estás igual que antes. No has cambiado nada con los años, si acaso para mejorar.

—Qué galante. Ya no quedan hombres como tú —dijo mostrando unos dientes perfectos—. ¿Qué querías preguntarme, querido?

—¿Conocías al fallecido? —preguntó Toño a aquella mujer que lo tenía fascinado.

—Lo conocía, pero si quieres, podemos hablar otro día más tranquilamente en mi casa —dijo Sonia mientras le daba un papel—. Este es mi número de teléfono. Me he comprado una pequeña casa en las afueras. Si quieres puedes pasarte y ya hablamos de Federico y de lo que te apetezca.

—Sí, claro. Te llamo —a Sergio le pareció verlo tragar saliva por el rabillo del ojo mientras aquella mujer se alejaba de su lado.

Los dos hombres aparecieron en ese momento por la puerta. Uno era alto, cerca del metro noventa, con pelo castaño claro y rondando los cuarenta. El otro era moreno, un poquito más bajo: uno ochenta y cinco y algo mayor. Sergio se acercó disimuladamente hasta ellos, se identificó y les preguntó si podían hablar.

—Sí, claro —dijo el más alto.

—Los he visto por el cementerio, en el entierro de Francesco.

—Sí —respondió el hombre alto que parecía llevar la voz cantante.

—Entonces ¿lo conocían?

—No —dijo escuetamente.

—¿Y qué hacían allí?

—Estábamos visitando a un familiar y, como hemos visto el entierro, hemos parado un momento para ver de quién se trataba. ¿Eso es un delito?

—No, por supuesto que eso no es un delito. Delito sería matar, robar, cosas así, pero venir al cementerio a mostrar el respeto a las personas queridas nunca ha sido delito. ¿Me dejan su documentación?

—¿Por qué? —preguntó el más bajo.

—Aparte de porque se lo estoy pidiendo amablemente, como estará comprobando, porque nos gusta saber qué personas vienen a nuestro pueblo de vacaciones. Porque estarán de vacaciones, me imagino.

—Sí —contesto el otro—. Hemos venido a pasar unos días en el pueblo. Mi abuela era de aquí, pero se marchó hace muchos años y

quería conocer dónde había nacido. Marcelo, enséñale la documentación.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su cartera para mostrar sus credenciales. Su compañero reaccionó igual. Sergio tomó notas en la libreta que siempre llevaba en el bolsillo. Los dos eran de nacionalidad italiana. El más bajo se llamaba Marcelo y el más alto respondía al nombre de Lorenzo. Demasiado extraño que dos italianos vinieran al entierro de otro italiano al que supuestamente no conocían.

—Muy bien. Muchas gracias y una última pregunta: ¿dónde se están hospedando y cuánto tiempo van a estar por aquí?

—Vamos a estar un par de semanas —contestó Lorenzo— y nos encontramos hospedados en el hotel Valencia. Si tiene que localizarnos este es el número de teléfono que tenemos. Si necesita cualquier cosa de nosotros siempre estaremos dispuestos a ayudar a la autoridad.

—Muy bien, ya hablaremos —dijo Sergio mientras comprobó que Toño se había colocado a su lado.

—Si no necesitan nada más, nos marchamos —sentenció Lorenzo.

—Nada más —asintió Toño, que se había incorporado a la conversación—. Ya hablaremos otro día con más calma.

—Muy bien, agentes —dijo Marcelo—. Nos veremos pronto.

CAPÍTULO VIII
VUELTA AL LUGAR DEL CRIMEN

I

Habían transcurrido unos días desde la muerte de Federico. La pizzería estuvo cerrada durante ese tiempo y los agentes no quisieron molestar a Maruja de forma prematura, pero como tampoco podían dejar pasar demasiado tiempo, la llamaron y la mujer confirmó que esa tarde abriría el restaurante.

Casualmente, Toño no vino al trabajo ese día. Llamó unas horas antes; se encontraba enfermo y con fiebre en cama. Debía hallarse realmente mal. Era el primer día que faltaba a su cita con el trabajo.

Ese día, a Sergio le tocó hacer el servicio con Ricky. Le comentó su plan y le pareció estupendo. Mientras llegaban a la pizzería, salió el tema de Lucio y lo poco que faltó para que ese día muriera y lo emocionante que fue todo lo que pasó unos meses antes. Cuando quisieron darse cuenta, ya estaban entrando por la calle que llevaba hasta la puerta del establecimiento. Eran las siete de la tarde, una buena hora para poder hablar con todos los empleados puesto que no habría ni clientes ni demasiados pedidos que preparar.

Las puertas de madera que daban al local se encontraban cerradas, pero había coches y motos en la puerta. Ricky intentó abrirla. Imposible porque habían echado la cerradura por dentro así que tocó con fuerza para que lo escucharan. Al momento, apareció Paola, la hija de Maruja, que los acompañó hasta donde se encontraba su madre. Pasaron junto a la larga barra de la entrada, al lado de las mesas y las sillas del primer comedor. Sergio pensó en las muchas veces que había comido allí junto a Raquel. A continuación, otro comedor donde se hallaba la dueña montando las mesas para los clientes que pudieran llegar después. Había perdido un poco de peso en los últimos días y se veía con cara de llevar un tiempo sin poder descansar demasiado. Ya más adentro se encontraba la puerta de la cocina donde había sucedido todo. A Sergio se le pusieron los pelos de punta al recordar el terrible suceso. Maruja, al ver a los policías, dejó

de montar las mesas, los saludó y se sentó junto con su hija en una de las sillas del salón.

—Siento mucho lo que le ha sucedido —dijo Ricky nada más ver a las dos mujeres.

—Muchas gracias —respondieron las dos mujeres casi a la vez.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó Sergio—. El otro día no era el momento para hacerles unas preguntas. Siento mucho por todo lo que están pasando. ¿Creen que hoy podrán respondernos?

—Todavía estamos muy afectadas por lo de mi padre —dijo Paola a punto de echarse a llorar—, pero haremos todo lo posible para ayudarlos a pillar a su asesino. Su muerte no puede quedar sin castigo.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos —comentó Ricky a la vez que le apoyaba una mano sobre el hombro—. Su padre era una gran persona. Ha sido una lástima lo que le ha ocurrido.

—¿Han visto si le han quitado algo? —preguntó Sergio rompiendo ese momento—. Por pequeña que sea la cosa y aunque no le den demasiada importancia nos podría venir bien para la investigación.

—No se llevaron el dinero. Estaba todo en su cartera, ¿puede ser por venganza? —preguntó Maruja—. No lo entiendo, porque si no era para robarle, no comprendo por qué alguien pudo hacer algo así.

—Parece más bien una venganza, porque si hubieran venido a robar se hubieran llevado el dinero y si no han tocado nada, ese motivo tenemos que descartarlo —afirmó Ricky pensativo—. ¿Les falta algo?

—Fotos —afirmó Paola echándose a llorar y siendo consolada por su madre.

—¡Fotos! —exclamó Sergio incrédulo—. Eso es lo único que han tocado. Es bastante raro, para que os voy a engañar. ¿Qué tipo de fotos?

—Fotos antiguas —respondió Maruja—, de cuando vivía en Italia: fotos con sus padres, con amigos, cosas sin importancia para nadie, nada más que para él.

—¿Y tiene en su casa alguna foto más de su marido con sus amigos o con su familia? —preguntó Ricky adelantándose a la siguiente pregunta que iba a hacer Sergio.

—Aquí solo tenía unas pocas, el resto las tiene mi padre en casa metidas en cajas —dijo Paola.

—De los amigos que salen en las fotos, ¿habéis conocido a alguno en estos años?

—No, Sergio. Nunca vinieron a visitarlo —aseguró Maruja—. La vida de mi marido es un misterio para todos, incluso para mí. Sé que sus padres están muertos; me dijo que tenía un primo con el que se llevaba muy bien, pero nadie de su familia ha venido a visitarlo. Siempre que intentaba hablar con él sobre su vida pasada, lo evitaba.

Me decía que no quería recordar todas las cosas malas que había vivido. Que él había nacido de nuevo cuando me había conocido y se había venido a vivir a Águilas.

—¿Las fotos que tiene en casa podría mañana traerlas para llevarnos alguna? —preguntó Ricky—. Igual podemos por las fotos sacar la identidad de algunos amigos.

—Mañana os las traigo, Ricky. No hay ningún problema —la voz de Maruja se entrecortaba por la emoción cada vez que hablaba—. Pasad y os las dejo

—Enemigos no tenía, ¿verdad? —preguntó Sergio, imaginándose la repuesta.

—No. Mi padre era muy bueno, se llevaba muy bien con todo el mundo.

—Yo tampoco conozco que Federico tuviera ningún enemigo —dijo Maruja apoyando a su hija—. Él solo sabía ayudar a todas las personas que lo necesitaban. Tenía un corazón grandísimo. Cuando alguien venía a pedir dinero o comida, él siempre estaba dispuesto a ayudar. Decía que lo había pasado bastante mal cuando era niño y sabía lo que era tener necesidades y que, por eso, había que ayudar a los demás. Porque cualquiera podía pasar por un mal momento.

—¿A qué hora se fue usted del local el día del suceso? —le preguntó a Maruja.

—Esa noche no había demasiado trabajo. En esta época del año, trabajamos más los fines de semana por lo que me fui temprano. No miré el reloj, pero igual eran las doce de la noche.

—¿Viste a alguna persona extraña en el local o en la calle? —volvió a preguntar Sergio con cierto reparo puesto que veía lo que Maruja seguía sufriendo; no le quedaba más remedio que recopilar toda la información que pudiera.

—No vi a nadie que me pareciera raro. Tampoco es que me fijara mucho porque me encontraba cansada. Pero no hubo nadie que me llamara la atención.

—¿Su hija estaba esa noche aquí? —preguntó Ricky

—Yo no vengo por aquí los días de semana porque estoy estudiando —respondió Paola—. Solo vengo a ayudar los fines de semana.

—¿Podemos hablar con sus empleados? —preguntó de nuevo Ricky—. No vamos a quitarle demasiado tiempo, pero lo mismo alguno sabe alguna cosa importante y nos la puede contar.

—Voy a avisarlos y que vayan pasando de uno en uno para que podáis preguntar —comentó Paola.

II

Salió de la sala y al poco entró con Enrico. Lo conocía de las veces que había estado allí. Era una persona no muy alta, siempre bien vestido y educado en el trato. A Sergio le había dado la impresión de que no pegaba mucho como camarero porque sus modales eran de una persona con bastante educación. Se le veía un poco nervioso o tal vez se encontraba afectado por la situación. Al entrar se quedó de pie frente a la mesa donde estaban todos.

—Por favor, siéntese —dijo Ricky mientras le señalaba una silla.

—Buenas tardes, Enrico —añadió Sergio—. Queríamos hacerle unas preguntas sobre Federico. Estamos investigando su muerte y cualquier información nos vendría muy bien. Me imagino que ya sabes que lo mataron de manera brutal. Quien lo hiciera, tenía que sentir mucho odio hacia él.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudarles, lo haré —dijo con voz afectada—. ¿Qué necesitan saber?

—¿Lleva usted mucho tiempo trabajando aquí?

—No recuerdo muy bien en qué fecha entré. Pero hará ya unos ocho años que empecé a trabajar con Federico y Maruja. Ellos necesitaban a una persona para quitarse un poco de responsabilidad y confiaron en mí para que los ayudara a llevar el negocio.

—¿Lo conocía de antes de empezar a trabajar con él? Lo digo porque como son los dos italianos…

—No lo conocía de nada. Había estado cenando alguna vez aquí y vi un anuncio para un puesto de camarero. Yo no tenía trabajo, por lo que se lo pedí. Y aquí estoy desde entonces.

—¿Y nunca se habían visto antes? —realizó la misma pregunta Ricky.

—No y me hubiera gustado conocerlo antes porque era una persona maravillosa con una bondad como no he visto en nadie. Una pena muy grande la manera en la que ha terminado su vida.

—¿Ha visto a alguna persona sospechosa en los últimos días por el local?, ¿esa noche vio a alguien que le pareciera extraño?

—Esa noche fue normal. El local no se llenó y los clientes eran todos conocidos. En estas fechas no suele venir durante los días de semana gente de fuera —aseguró Enrico haciendo una pausa y pensando cómo seguir—. Pero sí que estuvieron por aquí dos hombres italianos. Hablaron con él y lo noté un poco nervioso.

—¿Eran dos hombres de unos cuarenta años más o menos y bastante altos? —Sergio describió a los dos tipos que había visto en el cementerio—. Pasarán del metro ochenta y tienen el pelo castaño.

—Sí. Los dos hombres estarían en los cuarenta años, elegantemente vestidos y bastante altos. Los escuché hablar y eran italianos; parecían dos mafiosos. Le estaban diciendo que les diera

algo que le pertenecía a su jefe, pero no pude escuchar nada más. Federico les aseguraba que se estaban equivocando de persona.

—¿Ese día los vio por aquí? —preguntó Ricky.

—Después de ese día nos lo he vuelto a ver por el pueblo —hizo una pausa antes de seguir—. Hasta el entierro.

—¿Estuvieron en el cementerio? —preguntó Sergio.

—Había mucha gente ese día, pero me pareció verlos.

—Entonces van a ser los mismos hombres que yo me imaginaba.

—¿A qué hora se marchó el día de la muerte? —siguió preguntando Ricky.

—Fui el último en verlo con vida, salvo sus asesinos. Cuando me fui eran la una de la madrugada y Federico se quedó a solas tomando una copa. Todas las noches hacía la caja y se quedaba un rato por aquí, pero eso ya lo saben ustedes porque alguna vez han entrado a tomar un café cuando el local ha estado cerrado. Pues igual que vosotros, había conocidos suyos que lo sabían y venían a tomarse algo con él.

—¿Qué amigos? —siguió Ricky—. ¿Puede decirnos el nombre de algunos de ellos?

—Algunas veces venía Aurelio, el hijo de Basilia. A ese chiquillo lo quería como si fuera su hijo. Silvio y Lucas, que son dos italianos que tienen propiedades, también venían de vez en cuando. Bruno Serra, el fotógrafo. Antón, el gitano que tiene la radio también, se pasaba por aquí, pero lleva unos días ingresado. Tu compañero Toño alguna vez se ha acercado… Y no sabría decirle porque de vez en cuando caía alguien diferente.

—¿Y algún enemigo?

—En los años que llevo trabajando aquí no he visto que nadie tuviera nada malo contra él. Al contrario, la gente lo quería mucho.

—Muchas gracias, Enrico —dijo Sergio—. Ha sido de mucha ayuda. Si lo necesitamos para preguntarle alguna otra cosa, ya lo avisaremos. Puede pasar otra persona.

A continuación, entró Paco, el otro camarero; un tipo joven cercano a los treinta años y con un carácter bastante alegre. Normalmente siempre tenía una sonrisa en su cara, pero en esta ocasión se mostraba bastante serio.

—Buenas tardes, señores —dijo nada más entrar.

—Buenas tardes, siéntese. Queríamos hacerle unas preguntas —apuntó Sergio.

—Pregunten ustedes que yo contesto —dijo con tono despreocupado.

—La noche en la que murió Federico, ¿lo vio usted nervioso o preocupado por algo? —preguntó Sergio observando la reacción de su cara.

—Esa noche no lo vi nervioso. El jefe los tenía bien puestos y no era de los que se amilanaba ante nadie. Solo lo vi nervioso hace unas noches con dos extranjeros que le dijeron que querían una libreta que tenía de ellos. Está mal que lo diga, pero puse el oído porque vi al jefe un poco apurado. Y me preparé por si tenía echarle una mano con aquellos hombres.

—¿Y escuchaste algo más? —preguntó Ricky mostrándose excitado por lo que creía una pista.

—Empezaron a hablar más bajo y ya me costó seguirles, pero escuché algo de un robo y que la Cosa quería sus papeles. No sé a qué se referían, pero el jefe se puso muy pálido y decía que se estaban equivocando, que él no era, pero no pude escuchar nada más.

Robo, la Cosa, pinta de mafiosos… La cabeza de Sergio empezó a dar vueltas. ¿Habría robado Federico algo en Italia y por eso se había escondido en España huyendo de quien lo buscara? Sonaba a película, pero ¿y si fuera eso y lo hubieran encontrado y por eso los dos hombres se habían dirigido a él? ¿Y si la Cosa era la Cosa Nostra y fuera la mafia italiana la que hubiera matado a Federico porque había robado algo importante? Una voz en la cabeza del policía lo devolvió a la realidad.

—¿Habló con alguno de vosotros de esos dos hombres? —preguntó Ricky—. ¿Os dijo quiénes eran?

—Don Federico no hablaba de los problemas que tenía, por lo menos con nosotros. Enrico lo vio un poco nervioso y se lo llevó a un lado de la barra y le puso una copa, pero no comentó que le hubiera contado nada sobre el asunto. Sí que me acuerdo de que estuvo haciendo unas llamadas con el móvil y hablando con alguien. Parecía bastante asustado.

—¿Alguna cosa que te llamara la atención? —preguntó Sergio.

—Bueno, sí que recuerdo una cosa. Uno se llamaba Marcelo. Al otro se le escapó el nombre y el tal Marcelo se cabreó bastante. Le dijo que no volviera a decir su nombre.

—¿Hay alguna otra cosa que creas que debes decirnos?

—Ahora mismo no recuerdo nada que les pueda ayudar.

—Muchas gracias —añadió Ricky—. Dígales a sus otros compañeros que vayan pasando. El detalle del nombre puede ser de gran importancia.

—Por ayudar a los que le hicieron esto al jefe, lo que sea —comentó Paco mientras una lágrima aparecía en su ojo—. Me ha ayudado siempre mucho y les debo mucho a esta familia.

—Si no os importa —apuntó Maruja—, nosotras vamos a seguir haciendo cosas que pronto empiezan a llegar los pedidos y hay que estar preparados.

—Sigan haciendo lo que deban —manifestó Ricky—. Nosotros

terminamos pronto y ya no os molestamos más.

—No es molestia, Ricky —habló Paola dulcemente—. Vosotros estáis haciendo vuestro trabajo y nosotras os estamos muy agradecidas por el interés que mostráis para atrapar a los culpables.

Sergio notó que Ricky se ponía un poco nervioso ante las alabanzas de la muchacha y se quedó un poco parado sin saber qué decir, hasta que fue un poco tarde puesto que Paola salió por la puerta con su madre mientras él se quedaba mudo. Era raro que su cerebro no hubiera contestado algo a tiempo; siempre tenía salidas para todo. Al momento, entró Basilia la cocinera, una autentica mujer italiana que cocinaba de maravilla y que, a pesar de los muchos años que llevaba en nuestro país, todavía seguía chapurreando el español.

—*Buona será, signori* —dijo nada más entrar.

—Buenas tardes, Basilia, tenemos que preguntarle unas cosas del señor Federico —dijo Sergio—. Siéntese si está más a gusto.

—Tengo que volver a la *cucina* —respondió en su mezcla de español e italiano—. Mucho trabajo *stanotte*.

—Me imagino que cuando la trajo de Italia el señor Federico es porque se conocían de allí. ¿Sabe si tuvo algún problema en Italia que luego haya podido repercutir en lo que ha pasado después?

—Yo, al *signore*, no lo conocía de nada, mi *marito* cometió *qual cosa di molto serio y éstato*… Perdón, llevo muchos años en el país y todavía sale el italiano, lo mataron *in* cárcel. Salió en el *periodici* y el señor lo vio, y como le dio lastima, puso contacto para venir a España a trabajar. Yo tenía *bambini piccoli*, perdón, niños pequeños, y *vini* a trabajar con el *signore*.

—¿Nunca hablaron de por qué realizo un acto tan noble sin conocerla de nada? —preguntó Ricky—. Porque habiendo tantas personas para trabajar aquí en el pueblo, es un poco extraño que la trajera desde Italia y más si no la conocía.

—No *parlare* nunca de esto.

—Ha dicho que su marido cometió un acto muy grave —la voz de Sergio debió sonar llena de curiosidad antes de realizar la pregunta—. ¿Qué acto cometió?

La mujer permaneció durante unos segundos mirando a los agentes con cara avergonzada, como si hubiera sido ella y no su marido quien hubiera realizado el acto. Bajó la cabeza y con un hilo de voz empezó a hablar.

—Mi *marito* robó banco en Italia. *Prigioniero* y murió en cárcel.

—¿Qué banco?

—BCI en Livorno, Banco Central de Livorno. Salió en periódico, libros, hasta cine. Mis hijos y yo marcados para siempre en Italia.

—¿Y conoció a alguno de los que robaron el banco con él? —mientras preguntaba un estremecimiento recorrió el cuerpo de Sergio

al pensar en la mafia. ¿Y si en el banco había algo que les pertenecía? No era normal que hubiera tantos italianos dando vueltas por la población en las últimas semanas.

—No conocí a nadie, lo siento —comentó Basilia compungida.

—Muchas gracias, Basilia. Ricky, ¿tienes alguna pregunta más para la señora? —preguntó Sergio pensando en el embolado que podían tener encima; puede que todo estuviera relacionado. Y si Federico era uno de los ladrones, puede que los demás también se hubieran escondido en Águilas. Y si se lo habían cargado por algo que querían, hasta que no lo encontraran no iban a parar, por lo que se avecinaban más muertes en Águilas. Las preguntas sin respuestas se iban agolpando a gran velocidad.

—Ninguna, Sergio —añadió con una media sonrisa. Se le veía feliz por el gran caso que tenía delante. Su compañero se encontraba enormemente preocupado porque si todo era como imaginaba, la cosa podía ser demasiado grande—. Dígale a Carmen que entre.

Basilia salió a paso rápido, posiblemente por las muchas cosas que tenía que preparar en la cocina y el retraso que llevaba por los minutos que había perdido. Al momento, entró una mujer bajita y gruesa que respondía al nombre de Carmen.

—Buenas tardes, señores. Con su permiso, me siento un rato que me duelen los pies de tantas horas que paso en la cocina.

—Siéntese —dijo Ricky—. Es para hacerle unas preguntas. ¿A qué hora se fue el día de la muerte de su jefe?

—Ese día salimos temprano, pasadas las doce más o menos

—¿Y todo se quedó normal en el local? —preguntó Sergio.

—Aquí los días son siempre iguales. Unas veces corremos más y otras veces menos, dependiendo del día de la semana, pero no varían demasiado.

—¿Vio al señor Federico más nervioso de lo normal en los últimos días?

—El señor Federico raramente se ponía nervioso. Era muy tranquilo y no solía perder la calma nunca, tenía mucha paciencia con todo el mundo y buenas maneras con nosotros.

—¿Cree que puede contarnos alguna cosa que nos pueda ayudar en la investigación de su crimen? —era la voz de Ricky la que sonaba.

—No sé en qué podría ayudarles, pero si me acuerdo de alguna cosa, se lo digo.

En esos instantes, por la emisora policial sonó la voz de Patricio comentando que un pescador llevaba en su barca algo que quería que viéramos. No le había dicho exactamente qué era, pero se le notaba muy nervioso mientras hablaba por teléfono. El cabo Labores mandó a Ana y Dani para que se acercaran al puerto a comprobar qué pasaba. Mientras, Ricky y Sergio se despidieron de Maruja y las demás

personas que estaban en el local. Ambos se marcharon con más dudas en la cabeza que certezas.

—¿Qué piensas? —preguntó Ricky mientras se montaban en el coche.

—Nada —respondió su compañero pensando en todo el lío de cosas que por su cabeza circulaban y que no sabía cómo ordenar para que tuvieran sentido.

—No jodas, tío. Tú piensas lo mismo que yo. Tú piensas que se lo ha cargado la mafia y que en lo del robo ese a Italia estuvo metido Federico. Tenemos que investigar qué atraco fue ese de Livorno y averiguar si sus cómplices están por aquí, porque si no se lo cargó la mafia se lo cargaron sus compañeros, ¿no crees?

—No sé. Tendríamos que ir atando cabos, pero sí que estoy de acuerdo con lo que tú dices; es lo más probable que haya ocurrido.

—Lo sabía —afirmó Ricky mientras se montaba en el coche con una sonrisa en la cara.

CAPÍTULO IX
UNA PESCA MACABRA

I

El cabo Labores esa tarde se sentía agobiado. Los servicios no paraban de entrar, parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para quejarse ese día. Y cada vez que escuchaba la voz de Patricio por la emisora algo se removía dentro de su estómago. El caso de Federico lo transportaba a unos meses antes cuando estuvo a punto de perder a uno de sus compañeros y tuvo que jugarse la vida entrando con el revólver en la mano para detener a unos mafiosos. Él no era un hombre de acción, le gustaba hablar con la gente, solucionarles sus problemas, pero sobre los líos siempre había pensado que, cuanto más lejos, mejor. Y este caso tenía una pinta incluso peor que el anterior lo que hacía que no consiguiera dormir demasiado por las noches y que su humor se agriara por momentos.

—Cabo, ¿está a la escucha? —la voz de Patricio volvió a sonar esa tarde por la emisora.

—Adelante —dijo Pepe sin mucho entusiasmo.

—Ha llamado Jacinto el Araña. Me dice que estaba pescando con su barca y que ha encontrado una cosa bastante macabra…, que si puede mandar a alguien al puerto. En unos diez minutos está entrando por la bahía.

—Ana, Dani… Acercaos a echar un vistazo y si es algo jodido, llamáis al cuartel que para eso están. Que bastante tenemos nosotros con nuestras cosas como para estar haciendo el trabajo de otros.

Dani y Ana eran dos de los nuevos fichajes que había realizado el ayuntamiento; llevaban trabajando menos de un año, habían realizado su academia en Murcia y ya ejercían en la calle. Dani era de Lorca; un tipo abierto y simpático que sabía ganarse a la gente con su don de palabra. Tenía veintisiete años, alto, moreno y, a pesar del poco tiempo en la plantilla, parecía como si llevara toda su vida. Ana, en cambio, era más reservada. Había aprobado muy joven, con veintidós años, y toda su vida había vivido con su familia. Poseía un carácter

fuerte que hacía que a veces chocara con las personas sobre todo porque no se callaba una.

Tras recibir la orden del cabo, ambos se dirigieron hacia el puerto sin saber qué se podrían encontrar exactamente. El muelle estaba lleno de barcos, con pescadores que hacían los preparativos para salir esa noche a faenar. Algunos curiosos se acercaban a mirar o a hablar con algún pescador amigo. Águilas había contado con una de las más importantes flotas pesqueras del Levante, pero era raro que todos los años no se diera de baja algún barco por la falta de ingresos y por las pocas ayudas.

Los jóvenes policías dejaron el coche en la explanada del puerto y comenzaron a hablar mientras oteaban el horizonte ante la llegada de algún barquillo. La luz del sol había ido desapareciendo poco a poco y la oscuridad empezaba a hacer acto de presencia. A los minutos vieron cómo un barco no muy grande entraba hacia el muelle. Se dirigieron andando hacia el lugar porque tenía que ser la persona que estaban esperando.

II

Jacinto el Araña era un antiguo pescador jubilado que salía todos los días a echar un rato y con lo que pillaba complementaba la pequeña pensión que le había quedado. Dani y Ana lo esperaron pacientemente junto al filo del muelle mientras veían cómo la embarcación se balanceaba por las pequeñas olas hasta que su propietario terminó de amarrarlo.

—Buenas tardes —saludó Ana—. ¿Es usted Jacinto?

—Sí, señora agente —dijo un poco nervioso—, pero en el pueblo todos me conocen como el Araña. Me lo pusieron de joven por cómo tejía las redes para los barcos.

—Se nota que era usted bueno. ¿Ha llamado al cuartel para que nos acercáramos? —preguntó Dani.

—Sí, porque he llamado a la Guardia Civil, pero me han dicho que os llamase a vosotros, que ellos ahora no podían porque estaban con un robo, que llevarais al cuartel la cosa que he encontrado, que María se haría cargo en cuanto termine con lo que está haciendo.

—Joder con estos civiles. Ahora tenemos que llevarle el pescado a domicilio —dijo Dani sonriendo—. Si es que nos tienen como los chicos de los recados.

—Hombre, pescado precisamente no es lo que he sacado del agua —advirtió Jacinto mientras su oscuro rostro curtido por el sol se ponía pálido pensando en lo que llevaba en su pequeño barco.

—Ni que hubiera encontrado usted un cadáver —dijo Ana

intentando no reírse de aquel hombre que a pesar de su apariencia dura se mostraba tan nervioso.

—Un muerto precisamente no es, pero tampoco se queda muy lejos...

—A ver dónde ¿está la cosa? —preguntó Ana.

—La tiene usted ahí metida en la nevera —respondió Jacinto señalando una pequeña nevera que se encontraba en la popa del barco —. Está en hielo, aunque algo dañada por el tiempo que ha pasado en el agua.

Los dos policías se subieron al barco intentando no caerse por el movimiento de las olas y se dirigieron al lugar donde había señalado Jacinto. Allí se encontraba una pequeña nevera de color azul, la típica que casi todo el mundo tiene en su casa. La mirada dudosa de los dos se cruzó por un momento, preguntándose internamente quién sería el primero que iba a abrirla. Ana dio un par de pasos al frente y se plantó delante de la nevera. Se agachó y cogió la tapa con gesto precavido no sabiendo qué encontraría. La destapó con sumo cuidado y cuando la abrió levemente, la soltó de golpe y dio un respingo mientras se incorporaba.

—¡Joder! —dijo Ana poniéndose pálida de golpe—. Hostia, Jacinto. Podía haber avisado de lo que tenía ahí guardado.

—Señorita, que yo me he asustado más que usted. No se me ha ocurrido avisarle —dijo Jacinto un poco arrepentido al no haber pensado en decir lo que era.

—Ya será menos —afirmó Dani con su habitual tono jovial—. Os acojonáis por nada. Voy a ver qué es. Ya me habéis puesto los dientes largos.

Cuando terminó de abrir la tapa, la cara de Dani se fue poniendo pálida por momentos y se acercó a uno de los costados del barco a punto de vomitar. Lo que había visto dentro de aquella nevera le había impresionado de tal forma que su carácter alegre y juvenil se fue oscureciendo.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó Ana, recomponiéndose un poco de su anterior estado.

—La he encontrado detrás del Cabezo de Cope. Cuando la he sacado del agua en la red, junto a los pescados, del susto que me he llevado, he estado a punto de caerme al agua.

—No me extraña —sentenció Dani—. He estado a punto de caerme yo y venía un poco preparado, así que usted, que no se la esperaba, como para no asustarse. Ana, llámate al cabo y dígale lo que tenemos.

—Cabo Labores, ¿está recibiendo? ¿Me recibe, cabo?

—Ya sabes —apuntilló Dani—, como dicen los viejos: sigue intentándolo que hasta la quinta vez no te contesta

—Sí, recibo —se escuchó la voz dubitativa del cabo por la emisora —. ¿Qué es esa cosa tan importante que han encontrado?

—¡Una mano! —exclamó Ana estremeciéndose al pensar en lo que había metido en aquella nevera con hielo.

—¡No jodáis! —se escuchó la voz de Manolo, el compañero del cabo—. ¿Pero una mano de persona?, ¿una mano de carne y hueso?

—¿Y de qué va a ser? —planteó Ana medio mosqueada. Aquel tipo la ponía nerviosa con su manera tan peculiar de decir las cosas.

—Llevadla para el cuartel —se escuchó la voz del cabo por la emisora— y que se encarguen ellos de ese tema.

—Pero —dijo Jacinto pensativo sin saber si terminar la frase—, me devolverán la nevera me imagino porque a mí me hace mi apaño para guardar la comida.

—No se preocupe —respondió Dani mientras pensaba en cómo aquel tipo iba a guardar la comida en aquella cosa; solo de intuirlo, le estaban entrando nauseas otra vez. Si fuera suya la tiraría directamente nada más que se la devolvieran.

—Cabo —se escuchó la voz de Sergio por la emisora.

—Os escucha —dijo Manolo al otro lado.

—Ricky y yo, con su permiso, nos vamos a acercar al cuartel para verla. Porque la mano puede ser la del muerto, me refiero a Federico, el que mataron hace unos días.

—Ya sé quién es Federico. Pero, joder, que ya estamos otra vez con las peliculitas —la voz del cabo sonaba enfadada—. No sé cuántas veces os voy a tener que decir que esos asuntos no son cosa nuestra. Si queríais más acción, en puesto de en la Local haberos metido a la Policía Nacional.

—Ya, Pepe —la voz por la emisora intentaba ser lo más conciliadora posible—, pero es que María, la cabo de la Judicial, nos pidió ayuda en este caso.

—Venga, acercaros al cuartel —se escuchó la voz del cabo—. Si al final vais a hacer lo que os dé la gana.

—Cabo, me escucha —era la voz de Dani.

—Dime —respondió Labores que en ese momento estaba pensando que no pasaría nada si el mundo se lo tragara.

—Le he dicho a Jacinto que en cuanto pueda, tiene que acercarse al cuartel para que hable con María.

—Habéis hecho lo correcto. Menos mal que por lo menos alguien en este turno hace lo que le digo y no lo que le da la gana.

—Cabo ¿se va a acercar usted a mirar la mano? —preguntó Ricky

—Tienes muchas ganas de coña, no me toques los cataplines que no tengo el horno hoy para bollos —soltó enfadado—. ¡No tengo yo cosas más importantes que hacer que ir a mirar una mano!

—No se cabree, mi cabo. Ya le decimos lo que veamos —sonó la

voz de Ricky—. Cualquier novedad, la comentamos.

Cuando llegaron ante la puerta del cuartel vieron a los compañeros junto a una pareja de guardia; visualizaban el interior de la pequeña nevera. Cuando se acercaron vieron también la mano. Le faltaban trozos de carne que habían sido comidos por los pescados, pero para el tiempo que llevaba en el mar, se encontraba en mejor estado de lo que esperaban. El apéndice coincidía totalmente con la mano que faltaba en el lugar del asesinato por lo que aquella era la del muerto. Los policías comentaron a los compañeros de la Guardia Civil que la metieran en otra nevera mientras llegaba María y se hicieran cargo de aquella prueba y que, cuando supieran algo, que los llamasen para comentar los avances de la investigación.

CAPÍTULO X
EL GRAN ROBO

Pocos días después, Toño recibió una llamada de María. Le pedía que se pasara por el cuartel para hablar sobre lo que habían ido descubriendo. Mientras iba en el vehículo policial junto a Sergio, ambos permanecieron inmensos en sus pensamientos. Sergio, centrado en la noche anterior, cuando Raquel, su antigua novia y ahora concejala del Ayuntamiento de Águilas, se acercó a su casa preocupada por las cosas que había ido leyendo en los periódicos sobre el caso. Hacía varios meses que habían terminado, pero seguían manteniendo una muy buena relación que a pesar del nuevo novio. El policía, no obstante, a veces acababa debajo de las sábanas de la cama de Raquel; no terminaba de olvidarse por completo de ella.

Las puertas del cuartel se mostraron ante los policías. Por más veces que Sergio iba a aquel lugar, siempre que pasaba por debajo del arco de su entrada se impresionaba. Saludaron al agente que estaba de puertas y se dirigieron por un largo pasillo hasta el despacho que ocupaban los Judiciales. En la oficina se encontraba Felipe sentado detrás de una mesa y, un poco más al fondo, estaba María que, en cuanto los vio, se acercó a ellos.

—Se lía la cosa —dijo a modo de saludo.

—No será para tanto —respondió Toño—. Cuando estuve en el Sáhara trabajando, hubo una muerte parecida y al final fue todo por un tema de venganza. Y esto os digo yo que es por eso.

—Puede ser, pero este asunto tiene mucha chicha y no es tan fácil como parece. Ya nos han mandado los resultados de la cerveza.

—¿Qué era al final? —preguntó Sergio.

—Según el laboratorio era una saxitoxina proveniente de un alga marina.

—¿Y puede haberse envenenado por casualidad al tomar algún alimento sin darse cuenta?

—No me seas pollo —soltó de pronto Toño—. Alguien se lo echó en la bebida.

—Tienes razón, Toño —interrumpió María—. Efectivamente, alguien se lo colocó en la bebida. No hemos encontrado ningún tipo

de huellas; se encargaron de limpiarlas con sumo detalle. Intentamos localizar a la persona que vendió la sustancia, pero no avanzamos con la investigación…

—¿Y la mano? —preguntó Sergio—. ¿Hay algún avance con ella?

—La mano… —suspiró María—. Ese asunto sí que es gordo.

—¿Cómo de gordo? —preguntó Toño relamiéndose interiormente ante el pensamiento de tener un gran caso entre manos.

—Muy gordo —repitió María sin soltar prenda.

—Una bomba —se oyó la voz de Felipe desde detrás.

—Pero lo soltáis ya, hostia —dijo Toño empezando a ponerse nervioso— o id llamando a la ambulancia porque a mí me va a dar un infarto.

—La mano era de Francesco, no de Federico Gentile, el dueño de la pizzería. Era de Francesco Martelli.

—¿Y quién coño era Francesco Martelli? —el apellido le había parecido oírlo alguna vez a Sergio, pero no recordaba ni cuándo ni dónde.

—¿Federico, era Francesco Martelli? —preguntó excitado Toño—. ¡Qué fuerte! ¿Pero estáis seguros de que eso es así?

—Y tan seguros —aseguró Felipe.

—Se han repetido las pruebas varias veces. Lo primero, por el tiempo que se ha tirado la mano en el agua —explicaba María mientras veía las reacciones de los presentes—. Y lo segundo, porque los datos que tenemos de él son muy antiguos. En Italia nos han facilitado todo lo necesario para poder hacer la comprobación.

—Madre mía, María —la voz de Toño sonaba eufórica—. Es muy gordo.

—Ya os lo he dicho antes.

—A riesgo de quedar como un bobo —apuntó Sergio sintiéndose un poco raro porque no terminaba de comprender la excitación de todos ellos—, ¿me podéis decir quién era el tal Martelli?

—¿No has visto la película? —pregunto María.

—¿Qué película?

—*El gran robo italiano* —siguió hablando María—. Parece ser que está basada en un libro que escribió una tal Ricci que creo que antes fue actriz.

—Pues no —respondió Sergio un poco mosqueado—. El cine italiano no me va mucho.

—En el año 1976, en Livorno, robaron uno de los bancos más importantes de Italia. Los ladrones fueron cuatro jóvenes: Francesco, Salvatore, Paolo y Marco. Estuvieron durante varios meses excavando un túnel que los llevaría desde las alcantarillas de la ciudad hasta debajo del banco. Volaron la caja fuerte y se llevaron un montón de millones, pero también letras y documentos que había dentro de las

cajas. Algunos de estos documentos, al parecer, pertenecían a una de las familias mafiosas más importantes de Italia. Los ladrones consiguieron huir. Todos menos uno. Un tal Marco, al que pillaron dentro del banco.

—El túnel por donde escaparon no se descubrió hasta pasadas varias horas, por lo que les dio tiempo a escaparse —quien hablaba era Toño—. A Marco lo metieron en la cárcel, pero al principio no dijo nada. Pasado un tiempo y con la promesa de que le caería una condena más pequeña, al final habló. No le sirvió de mucho porque lo mataron dentro de la cárcel. Las hipótesis apuntan a que fue la familia mafiosa. Al director y subdirector del banco, que eran padre e hijo, los echaron. El padre se suicidó, pegándose un tiro. El hijo desapareció y nunca más se supo. Los ladrones se escondieron y jamás los lograron encontrar. Se dice que se escondieron en algún lugar de España o Portugal. Nadie ha sabido más de ellos hasta ahora. Parece que teníamos escondido a uno en el pueblo… Y si tenemos a uno, no hay que descartar que alguno más este escondido por aquí también. Se escribió un libro sobre el tema y una película basada en el libro puesto que fue el mayor robo realizado en Italia. Allí todavía se habla con admiración de estos jóvenes. A pesar de que su foto salió en todos los periódicos del país, consiguieron escaparse. Alguien los denunció en la frontera con Francia; parece ser que se habían puesto a trabajar en un circo para conseguir escapar. Como uno de ellos se lio con una de las trabajadoras, un antiguo novio dio el chivatazo. Cuando llegaron los policías, se encontraron ya se habían marchado y que se habían llevado a la muchacha. Ella ya nunca más apareció por lo que, o la mataron, o acabó escapándose con ellos y los ayudó para que no los pillaran. Esta última es la hipótesis más razonable.

—¡Joder! —exclamó Sergio—. Esto parece un guion sacado de una película.

—En este caso es real —habló María—. Puede que la mafia lo encontrara después de tanto tiempo y quisiera sacarle dónde estaban los papeles y la identidad de los que robaron el banco. Esos no se andan con tonterías y, si tienen que cagarse a alguien, lo hacen sin despeinarse. Además, por lo que me dijisteis, hay varios italianos por el pueblo que no están viviendo aquí.

—En el restaurante nos comentaron que dos tipos italianos se acercaron a hablar con Francesco unos días antes de morir y que, por lo visto, se puso bastante nervioso con la visita —señaló Toño.

—Tenemos que intentar localizarlos, por lo menos para saber quiénes son.

—Ya fuimos nosotros —apuntó Felipe— al hotel donde estaban alojados y han desaparecido. Se han hecho gota de agua y nadie sabe por dónde paran. Los datos que dieron eran falsos, por lo que no

tenemos cómo cogerlos. Pero volverán a aparecer. Esos, si no han terminado su trabajo, no pueden andar muy lejos. Tenemos que estar atentos.

—De todas formas, podéis acercaros por el hotel Valencia y volver a preguntar y echar un vistazo a la habitación por si han encontrado algo —apuntó María—. Nosotros estamos liados a tope. Llevamos seis casos en estos momentos y solo somos cuatro personas para todo lo que va saliendo.

—No te preocupes, chiquilla —dijo Toño— que nosotros vamos a verlo, que ya sabes que estamos para ayudaros en todo.

—Lo sé, Toño. Si no fuera por vuestra ayuda iríamos todavía más agobiados.

—¿Y no te resulta extraña una cosa, Toño? —preguntó Sergio.

—Lo de la italiana —dijo mostrándose poco efusivo.

—¿Qué es lo de la italiana? —preguntó María.

—La autora de libro, la tal Ricci, se encuentra en Águilas.

—Muchas casualidades —se escuchó la voz de Felipe.

—Eso tendremos que investigarlo —advirtió María pensativa ante la nueva información que estaba recibiendo.

CAPÍTULO XI
BUSCANDO UNA AGUJA EN UN PAJAR

La conversación con María y Felipe había dejado asombrados a los policías. ¿Quién podría imaginar, tras una llamada nocturna, que se verían implicados en un asunto tan turbio y con tantos recovecos? Sabiendo ya que Francesco era el autor del mayor robo de Italia, cualquier persona podía ser su asesino: desde la mafia, la familia de Marco que metieron en la cárcel y que luego mataron o alguien contratado por el banco para vengarse. Muchas posibilidades abiertas y sin ninguna respuesta. A Sergio otra pregunta le pasaba por su cabeza: ¿cómo habían dado con él después de tantos años?, ¿y por qué ahora? El policía había leído en algún periódico que, por lo visto, en la cúpula de la mafia había una guerra interna para ocupar el puesto de «Don» y puede que los papeles que se llevaron fueran trascendentales para ellos.

Toño y Sergio se dirigieron a la zona centro de Águilas, que se encontraba como siempre repleta de los coches de los trabajadores municipales, y de los bancos y negocios que había por la zona. Por ello, tuvieron que dar varias vueltas para encontrar un aparcamiento cerca del hotel Valencia que ocupaba las dos primeras plantas de un edificio de seis pisos. Sus propietarios eran valencianos. Cuando visitaron Águilas se quedaron tan enamorados de la zona que decidieron abrir un negocio. Tenían las habitaciones continuamente ocupadas. Al no ser un hotel demasiado grande y ante la escasez de plazas hoteleras, cuando alguien pensaba en quedarse a dormir, era siempre la primera opción que se elegía por encontrarse en pleno centro.

En la recepción, detrás del mostrador, se ubicaba Javi, unos de los hijos de la dueña que leía un periódico deportivo. Al ver entrar a los agentes apartó su mirada del periódico y lo depositó encima de la mesa con sumo cuidado.

—Toño, Sergio, ¡cuánto tiempo sin veros! —dijo a modo de saludo.

—Cuando sea viejo quiero trabajar en lo mismo que tú —

respondió Toño sonriendo—. Es que no paras.

—Tócate los huevos, que no solo es estar aquí atendiendo a la gente, que aparte de esto, tengo otras muchas cosas que hacer.

—Que es broma, hombre —la risotada de Toño sonó por toda la recepción del hotel.

—Vamos al bar y os tomáis algo, y ya me preguntáis por los italianos, ¿porque es eso por lo que estáis aquí? Porque ya he tenido a los guardias husmeando y me imagino que vosotros estáis por el mismo motivo.

—A eso veníamos —aclaró Sergio.

El bar del hotel, que también hacía las veces de restaurante, se encontraba situado junto a la recepción. A esas horas solo había dos mesas ocupadas con cuatro personas que tomaban su café con sus tostadas. A pesar de que detrás de la barra había un camarero, Javi entró.

—¿Qué tomas, Sergio? Tu compañero ya sé lo que desayuna. No necesito preguntarle.

—Ponme un café con leche.

—Volando —dijo sonriendo mientras ponía la cafetera a funcionar. Cuando terminó, preparó un par de vasos con su hielo para, de inmediato, dejar listos dos cubatas de whisky con Coca-Cola. Las personas que estaban desayunando se quedaron mirándonos, pero a Toño parecía que le diese igual—. Me voy a unir a tu desayuno, Toño, que llevo ya varias horas levantado y no creo que me afecte demasiado.

—¿Qué puedes decirnos de los dos italianos? —preguntó Sergio mientras le daba un sorbo al vaso de cristal con su líquido humeante y caliente.

—Aparte de que eran unos maleducados y unos groseros —dijo Javi alterándose un poco—, os puedo decir que serían de tu edad, Toño. Más o menos cincuenta y algo.

—Oye, jovencito. No me toques las narices que para los cincuenta todavía me queda camino y a esos también, que estuve hablando con ellos.

—Joder, qué mal os cuidáis —dijo sonriendo—. Yo os hubiera echado unos pocos años más.

—Porque eres un tipo generoso que, de otra forma, te iba a mandar donde amargan los pepinos —bromeó Toño.

—Como te he visto tan bromista, solo te he devuelto la gracia —se rio forzadamente Javi—, pero no te mosquees, hombre… Bueno a lo que vamos. Eran altos y rondarían los dos sobre los ochenta kilos. Uno llevaba una marca como de una soga en el cuello y el otro parecía que no podía doblar el dedo pequeño de la mano izquierda.

—Joder, cómo te fijas en las cosas —apuntó Sergio, asombrado

ante la capacidad de percepción que tenía aquel muchacho.

—¿Y se fueron así, de repente, sin decir a dónde iban? —preguntó Toño.

—Algo tuvo que pasar porque tenían pagados siete días más. Se marcharon sin avisar. Tardé un par de días en darme cuenta de que ya no estaban alojados y a mí estas cosas no se me escapan tan fácilmente.

—¿Y lógicamente no sabrás dónde se fueron? —preguntó Toño

—No, pero sí te puedo decir que una noche me pidieron una botella de vino. En la habitación hablaban de visitar a unos amigos que viven aquí y que por lo visto tienen algún piso para alquilar. Cuando toqué la puerta, se callaron. Lo sé, soy un poco cotilla, pero es que me intrigaban estos dos.

—A nosotros nos ha venido de perilla que seas un poco chismoso —bromeó Sergio—. La habitación que tenían, ¿cómo se encuentra?

—Está vacía porque todavía la tienen pagada y no me gustan los líos, no tengo ganas de que aparezcan por aquí y me la líen.

—¿Puedes enseñarla?

—Claro, hombre, pero espérate que tu compañero acabe la copa, que todavía le queda.

—Vamos para arriba —comentó Toño mientras daba un largo trago al vaso dejando tan solo los cubitos.

Subieron por las escaleras hasta el primer piso donde había un largo pasillo mal iluminado, con varias puertas de entrada a varias habitaciones. Cuando se plantaron delante de una de las últimas puertas, Javi sacó un buen fajo de llaves y abrió la puerta.

—La habitación, salvo por la limpieza, está igual que la dejaron.

Toño se puso un par de guantes. La habitación tenía dos camas de noventa que se encontraban hechas, separadas por una mesita con una pequeña televisión sobre una cómoda. Los muebles eran más bien escasos y un poco antiguos. Los cajones del dormitorio se encontraban totalmente vacíos. Sobre la cómoda había una libreta para apuntes en blanco. Toño cogió un lápiz y rayó sobre la primera hoja y allí misteriosamente apareció lo que parecía un nombre con un número de teléfono. LU-S 6-2-3-8. Arrancó la hoja y se la metió en el bolsillo. En el resto de la estancia no hallaron nada que pudiera ayudar a localizarlos.

—Bueno —dijo Toño—, pues aquí está todo visto. Puedes cerrar ya cuando quieras y el desayuno no me ha sentado nada bien con las prisas por subir.

—Eso es tan fácil como que vuelvas a desayunar otra vez.

—Eso estaría bien porque me ha sabido a poco. Esta mañana me he quedado con hambre.

Sergio comenzó a ponerse nervioso. A su compañero le daba

totalmente igual si alguien miraba o no. Era demasiado buen policía para que, por una copa, tuvieran una mala opinión de él.

—Toño, tenemos que irnos.

—Pollito, no tengas tanta prisa, que esto en diez minutos está despachado.

—Déjalo, hombre —habló Javi— que no pasa nada porque se tome uno.

En ese momento, pasó Raquel con otro concejal del ayuntamiento al bar del hotel para desayunar. Nuestras miradas se cruzaron durante un momento. Estaba guapa, cada vez que la veía, Sergio se preguntaba cómo era posible que hubieran durado tanto tiempo. Demasiado buena para él, al menos eso pensaba el policía.

—Buenos días —dijo Raquel mirando la copa que tenía en la mano mi compañero—. ¿Tomando algo, Toño?

—Buenos días, Raquel. Hemos parado a investigar una cosilla y aquí estamos, con una Coca-Cola. Bueno yo, porque el muchacho es más de cafés, ya lo sabes tú.

—Es muy formal, cuando él quiere —respondió mientras acercaba su boca al oído de Sergio para que no escuchara nadie—. Llévatelo que está el alcalde a punto de venir y no le va a hacer ninguna gracia.

—Gracias, Raquel. Te debo una.

—Ya me pagarás el favor otro día —susurró bajito.

—Toño, nos vamos que ha salido un servicio.

—Que aguafiestas que eres, hijo —masculló entre dientes a la vez que se despedía de todo el mundo.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se dirigían al coche.

—Viene el alcalde… ¿Qué has visto en el papel?

—El principio de un nombre y algún número suelto que sería de algún teléfono. Creo que el nombre era Lucas. Vamos a buscarlo y a preguntarle, aunque no creo que nos diga nada.

Lucas a esas horas solía estar siempre en el mismo bar. Tenía la costumbre de desayunar frente al mar con vistas a la playa, con la imagen del maravilloso puerto y el castillo de fondo que hacía que las vistas parecieran sacadas de una postal.

Como es normal no dijo nada a los agentes aparte de que no conocía a esas dos personas, pero sus gestos demostraban que estaba nervioso y que mentía. Si alguien sabía dónde estaban escondidos, ese era él. Debían tenerlo en cuenta por si, de alguna manera, se ponían en contacto. Los policías se despidieron de él y continuaron con la rutina del trabajo diario.

CAPÍTULO XII
UNA APARICIÓN INESPERADA

I

Pasaron unos días sin ningún avance en la investigación. Parecía que los dos italianos se habían hecho gota de agua. Y aunque Toño y Sergio siguieron a Lucas en distintas ocasiones, no hallaron lugar alguno relacionado con el paradero. María confirmó que tampoco localizaban a la persona que había vendido el veneno; las pistas los habían llevado hasta caminos sin salida donde los resultados fueron nulos. Había que seguir investigando.

Ese día, Bruno, ejerciendo sus labores de periodista, se había pasado por el cuartel para entrevistar al oficial y al cabo Labores con el fin de recabar nuevos daros sobre la muerte de Federico. Era raro no tropezárselo allá por donde iban los agentes… Como buen periodista, cuando algún caso importante caía en sus manos, le sacaba todo el jugo periodístico que podía. Y aquel caso era todo un chollo para él. El oficial esa mañana había llamado a los policías para que le pasaran las novedades, aunque se encontraban en un punto muerto. Los dos sospechosos seguían desaparecidos…

Al día siguiente, en la prensa apareció la noticia de que la Guardia Civil y la Policía sospechaban de dos personas de origen italiano y que estaban buscándolos para interrogarlos como sospechosos. Eso no ayudaba para nada a su posible localización. Si antes ya era difícil, ahora sería una labor casi imposible; permanecerían en su madriguera hasta que tuvieran que volver a actuar.

Llegó uno de los días de descanso para Sergio. Había intentado desconectar del trabajo, aunque su cabeza no se lo estaba poniendo fácil. Esa tarde había quedado con Carmen para tomar un café que se alargó un rato. Carmen era una joven Guardia Civil que había llegado hacía unos meses al cuartel de Águilas. Era una muchacha muy simpática, aparte de guapa. Y pronto conectaron. De vez en cuando los dos quedaban para tomar algo y hablar; existía una amistad especial entre ambos. Se despidieron a media tarde porque ella

empezaba a trabajar en unas horas.

La noche comenzaba a hacer acto de presencia. Las luces de las farolas todavía no se habían encendido y el sol ya había perdido su intensidad; la oscuridad se estaba adueñando de las calles. Sergio se dirigía caminado hacía el piso que tenía alquilado para descansar. Le había parecido ver un Audi A6 de color negro con los cristales tintados pasar varias veces por delante de él, aunque no le había prestado la atención suficiente. Se encontraba introduciendo la llave en la cerradura del portón cuando notó algo parecido a una navaja apoyarse en su espalda. De pronto, escuchó el sonido de una voz que le puso los pelos de punta.

—¿Te alegras de verme, payo? —el tono de voz sonaba de manera irónica.

Sergio giró la cabeza ligeramente sin mover el cuerpo y lo primero que vieron sus ojos fue aquella verruga en una cara sonriente que ya conocía. Junto a él, otras dos personas con las navajas en la mano. La reunión no parecía haber empezado con buen pie.

—Cuánto tiempo sin saber de ti, José —dijo Sergio, recordando que no hacía mucho tiempo aquel hombre trabajaba para la persona que quiso quitarle la vida—. No te voy a decir que me alegro de verte porque te mentiría.

—Yo también me alegro —sonrió mostrando su blanca dentadura —. Nos tienes que acompañar hasta aquel coche para hacer un viaje. ¿Te gusta viajar?

—No te lo tomes a mal —respondió intentando que su voz sonara serena—, pero no tengo ninguna reserva. Así que, si no te importa, mejor declino la invitación.

—Va a ser que no —su cara empezó a ponerse seria de repente—. No me caes tan mal como te crees, Sergio. Pero tú sabes que si tengo que quitarte de en medio no lo voy a dudar ni un momento.

—No me esperaba menos de ti. Entonces si me resisto, ¿me matarías?

—Y no será mejor que lo hagas fácil. El jefe no quiere que te hagamos nada. Te aseguro por mis hijos que igual te viene bien subirte a ese coche. Que es por tu bien. Que, aunque no te lo creas, lo que queremos es ayudarte.

—¿Y quién es el jefe ahora? Como cambias tanto de jefe ya he perdido la pista...

—Es mejor que te subas y lo averigües tú mismo, ¿no crees? —se estaba empezando a impacientar.

—¡Que te subas ya! —exclamó el más gordito de los dos acompañantes—. Si no fuera porque no quieren que te toquen un pelo, ya estarías dentro del coche.

—No te pongas así, hombre —Sergio empezó a tranquilizarse al

saber que no querían hacerle daño, porque de aquellos tipos no se fiaba ni un pelo—. Si me lo estáis pidiendo de esta forma, no podré negarme… Y así me entero de quién es la persona que manda ahora. Que siempre es bueno saber quién maneja ahora los negocios sucios en este pueblo.

II

Caminaron los cuatro como si se conocieran de toda la vida los metros que los separaba hasta el coche negro que se hallaba aparcado al otro lado de la calle, con sus ventanas tintadas bajadas y con la incertidumbre de saber qué es lo que quería de Sergio el nuevo jefe. Conforme iba acercándose al vehículo por la cabeza le iban pasando cientos de ideas. Antes de lo que pensaba, ya estaba junto a la puerta. José la abrió y la persona que había dentro dejó al agente con la boca abierta. Nunca se hubiera imaginado que quien se había quedado con los negocios de Lucio fuera la que tenía delante. Estaba como siempre: deslumbrante y con un vestido blanco que se ajustaba de manera perfecta a su cuerpo. Su pelo rizado negro caía por detrás de la espalda y en la tez morena de su cara lucía una espléndida sonrisa blanca.

—Payito —dijo sonriendo—. Parece que has visto a un fantasma.

—Trini —acertó a susurrar. Allí estaba casi un año después del último encuentro. La mujer que más problemas le había traído en la vida: Trinidad Pacheco Rodríguez, una de las mayores traficantes de todo con lo que se pudiera hacer dinero en el Levante y la mujer que lo había vuelto loco casi toda su vida—. Veo que sigues prosperando. No sabía que eras tú quien estaba manejando los negocios de droga en Águilas. Con razón Los Marianos no han puesto problemas a quien ha ocupado el lugar de Lucio.

—Ya sabes que yo soy una mujer de negocios —dijo sonriendo— y los negocios, cuando salen, hay que aprovecharlos. Te veo muy bien. ¿Me has echado de menos?

—Desde que el teléfono dejó de sonar por las noches, hace un par de meses, ya ni me acordaba —mientras hablaban, Sergio ya se había introducido en el vehículo y al lado de ella—. ¿Qué es lo que quieres, Trinidad?

—Dejando al margen que no te crees ni tú lo que dices —apuntó mirando fijamente al policía—, vengo a ayudarte. Creo que estás buscando a una persona que vendió un veneno.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó un poco incrédulo, aunque al momento cayó en que aquella mujer tenía cientos de contactos.

—Hay que tener amistades en todos sitios. Sergio y vosotros

parecéis que no os enteráis de por dónde os llegan los tiros. Por eso he venido: para abrirte los ojos.

—Me suele pasar a menudo lo de tener los ojos cerrados. Hay veces que se confía en las personas en las que no se puede confiar —dijo dolido pensando en lo que ocurrió unos meses antes.

Se estremeció durante un momento y su cara demostró el dolor que le hacían aquellas palabras. Sus dos manos se apoyaron una en cada lado de su cara, volviéndola hacia ella para que la mirara. Sergio notó que un estremecimiento recorría todo su cuerpo ante el contacto de sus manos.

—No sabía lo que iba a pasar —aseguró muy seria—. Te lo juro. Nunca te haría daño.

—Cualquiera lo diría.

—Sergio, mírame —su cara se había entristecido—. ¿Me crees capaz de hacer eso?

—Trini, yo contigo ya no sé qué creer —la miró y no pudo evitar desear abrazarla—. No quiero más mentiras.

—Te dije —se mostraba muy seria— que yo a ti no te engañaría.

—Para no querer engañarme lo haces bastante bien.

—¿Te gusta viajar? —preguntó de pronto rompiendo los pensamientos de su interlocutor y volviendo a mostrarse otra vez como la mujer segura de sí misma que era.

—Depende. La verdad es que me gustan más los viajes organizados.

—Déjate llevar, chiquillo —su alegre risa sonaba dentro del coche —. José, arranca que nos vamos y di a los otros que se vengan detrás.

El coche marchó en dirección a Lorca, desviándose en la salida de la vieja carretera llena de curvas que llevaba a Mazarrón. Sergio permaneció en silencio observándola y recordando las veces que había besado aquellos labios antiguamente sin importarle quién era ella. De pronto, Trini lo miró fijamente y sonriendo.

—Hazlo —dijo susurrando como si hubiera estado leyendo su mente.

—¿El qué? —preguntó el policía sabiendo que ella siempre tenía el poder de saber lo que pensaba.

—Tú lo sabes —su voz le estaba haciendo perder la cabeza.

—No sé de qué me hablas —la voz sonaba a rendición antes de salir de mi boca.

De pronto, Sergio notó que Trini se había pegado a él en el asiento del coche. Su cara mostraba la satisfacción de quien sabe que pronto va a conseguir su objetivo. Notó su mano apoyándose en la rodilla mientras su otra mano se enredaba en el pelo del agente que sintió la respiración de la mujer junto al oído. Sergio se había rendido antes de empezar tan siquiera la guerra. Su perfume le estaba volviendo loco. Y

de pronto se dio cuenta de que no la había olvidado, que tan solo había engañado a su corazón haciéndole creer que no sentía ya nada por ella, que por fin había logrado no recordarla. Pero era mentira.

—Dilo —su voz jugaba con la mente de Sergio.

—¿Qué?

—Di lo que deseas.

Ya no pudo aguantar más y la cogió, atrayéndola hacia él para intentar besarla. Había perdido la razón. Su mente ya solo era capaz de pensar en ella. Ya no podía pensar ni en crímenes, ni en nada que no fuera aquella cara preciosa que estaba a su lado. Ella puso las manos en el pecho y lo apartó suavemente.

—No.

—Trini —la voz salía sorprendida de la boca de Sergio.

—Di lo que deseas —repitió mientras acercaba su boca a la del policía.

—A ti…

Sonrió mostrando sus dientes perfectos y antes de que se diera cuenta, su boca ya estaba besando la de Sergio mientras el coche seguía circulando hacia su destino.

—Te he echado de menos, payito —sonaba cariñosa—. He pensado mucho en ti. Eres el primer hombre que no consigo sacarme de la cabeza.

—Y yo en ti. Pensaba que había pasado página, pero yo tampoco consigo olvidarme de ti.

Los labios volvieron a buscarse callando las palabras que pugnaban por salir; tanto los cariños como los reproches se quedaron mudos ante la pasión del momento. Aquella mujer era una perdición y ya una vez casi le había costado la vida a Sergio esa obsesión que sentía por ella. Pero en esta vida a veces había que morir por algo y no era la peor manera de hacerlo.

La mirada de Sergio se fijó, en un momento, en la zona por la que transitaba el coche. Se dio cuenta de que Mazarrón se había quedado atrás y que subían las cuestas que llevaban hasta Cartagena. ¿Sería ese el destino final del viaje o tal vez irían más lejos? Los pensamientos volvieron a desaparecer perdidos en aquellos labios que lo atrapaban y no le dejaban pensar con claridad.

CAPÍTULO XIII
LA MUERTE DE UN TESTIGO

I

Virgen de la Caridad, más conocida como Las 600, era uno de los peores barrios de la región. Y ahora se encontraba ante mis ojos. Enclavado en pleno centro de Cartagena, era uno de los sitios donde frecuentemente aparecían los drogadictos de la ciudad para pillarse la dosis; numerosos puntos de venta se encontraban escondidos en sus pisos. En cierta manera, a Sergio le recordaba al Barrio sin Ley, que era la versión aguileña de aquel sitio. Es verdad que en Cartagena había sitios peores como Los Mateos o Lo Campano, pero en aquella barriada era raro el día en que no ocurría alguna cosa.

El coche se fue metiendo por sus calles como pez en el agua, como si fuera algo común a lo que estuvieran acostumbrados sus conductores. Unos jóvenes se encontraban junto a uno de los edificios bebiéndose una litrona y fumando mientras cantaban al ritmo de una guitarra. Cuando divisaron las luces del coche, pararon en su actividad y se acercaron al vehículo para ver quiénes eran las personas de su interior. El primero en bajarse fue José. Al verlo, los jóvenes se echaron hacía atrás en un gesto de respeto.

—Buenas noches —dijo José saludando alegremente por el miedo que veía en las caras de las personas que se habían acercado—. Veo que el trabajo va bastante bien.

—Buenas noches, señor José —contestaron.

—Ya sabe cómo son las cosas por aquí —dijo un joven que no llegaría a la mayoría de edad y que parecía el más lanzado de todos—. El trabajo es más bien escaso.

—Vengo con la señora Trinidad para ver a el brasileño, ¿lo habéis visto? —mientras decía esto, ella y Sergio bajaban del coche ante las miradas de aquellos jóvenes.

—Buenas noches, señora —dijeron todos con una mezcla de admiración y temor. Trinidad se estaba haciendo un nombre entre toda aquella gente.

—Hace ya un par de días que no lo vemos —comentó el mismo joven que parecía el más espabilado de todos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto José.

—Me llamo Samuel para lo que necesite usted y la señora Trinidad.

—Samuel. Veo que tú vas a llegar lejos —dijo Trini—. Un joven como tú me vendría bien para mi negocio, no abundan mucho las personas listas.

—Lo que usted necesite, señora Trinidad —respondió Samuel lleno de orgullo ante el elogio de la mujer a la que admiraba tanto.

—Llévanos a la casa del brasileño —solicitó José de manera impaciente, deseando ver a la persona que buscaban lo más rápidamente posible.

—Seguidme.

—¿Quién es el brasileño? —preguntó Sergio a Trinidad con curiosidad—. ¿Y por qué por aquí te conocen tanto?

—El brasileño, es un brasileño. Ya sabes de los que nacieron en el mismo sitio que Pelé, Roberto Carlos y todos esos —bromeó Trini—. Me imagino que a esos los conoces.

—No me tomes por tonto, Trini, que ya sé dónde está Brasil. Lo que te pregunto es ¿por qué crees que es el brasileño?

—Si alguien ha vendido el veneno, ese es él. No lo encontráis porque vosotros os centráis en tiendas de santería y cosas por el estilo. Y este hombre es como un fantasma. Hoy puede estar viviendo por aquí y mañana se ha marchado para otro sitio. Pero si alguien quiere matar a alguien y desea que no aparezca nunca la procedencia del veneno, te digo yo que recurre a él.

—¿Y tú cómo sabes todas esas cosas?

—Mejor que no preguntes, pero no te preocupes que a ti no te voy a envenenar, por lo menos con líquidos de esos.

Su mirada divertida se posó un rato sobre Sergio, antes de echarse a reír mientras caminaba por aquellas calles como si fuera una reina acompañada por sus súbditos. Las personas que se tropezaban por el camino la saludaban con respeto como si la conocieran y supieran que ella era una de las que mandaban en aquella barriada. Y posiblemente así era porque sus tentáculos se extendían exponencialmente. Qué distinta aquella mujer que manejaba su organización con mano de hierro, de aquella chica divertida e inocente que conoció Sergio cuando eran unos críos. La verdad es que había tenido una vida bastante dura y eso le había cambiado el carácter haciéndola más dura.

Samuel se metió en un portón que se encontraba tristemente iluminado y que otorgaba un aspecto sombrío a aquel lugar. Detrás de él, iba José, luego Trini que iba con Sergio y, por último, los dos sicarios. Por las escaleras, la comitiva se encontró con algunos papeles o colillas de cigarrillos tiradas por el suelo. Varias puertas se abrieron

en el camino, cerrándose con la misma velocidad que se había abierto. Samuel se paró delante de una puerta e indicó que era allí donde se encontraba el brasileño. Cuando José tocó la puerta, esta dio la impresión de caerse al suelo. Pero los golpes no dieron resultado porque allí nadie aparecía para abrir.

—¡Brasileño! —anunció Trini—. Abre la puerta. Tengo que hablar contigo.

El silencio fue la respuesta a sus palabras. Un joven subió las escaleras fumándose un porro y al ver al grupo delante de la puerta intentó salir corriendo en dirección hacia las escaleras. Pero antes de que pudiera subir, José ya lo tenía cogido de la camisa.

—Espera —dijo con voz fuerte.

—Señor José, yo no quiero saber nada —dijo el joven con cara de asustado.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves al que vive aquí? —preguntó José ante el asombro de Sergio por sus dotes para preguntar. No hubiera sido mal policía si hubiera elegido ese trabajo.

—Hace un par de días que no sale de casa, desde que estuvieron por aquí los tipos esos.

—¿Qué tipos? —preguntó Sergio.

—Dos tipos que, según se escucha por aquí, lo estaban buscando. Vinieron hace como unos tres días —el joven estaba bastante inquieto deseando terminar. Para tranquilizarse, le dio una calada a lo que llevaba en la mano.

—¿Cómo eran esos tipos? —preguntó Trini de manera seca.

—Señora Trinidad, yo le juro que no lo sé porque no los he visto. Se oye por aquí que eran italianos, de mediana edad y con pinta de mafiosos. Pero no he escuchado nada más, se lo juro. ¿Puedo marcharme?

—Lárgate —sentenció Trini de manera despectiva—. Braulio, tira la puerta. Malditos italianos. Ellos en Italia serán los dueños, pero aquí mando yo y no me gusta que vengan a molestar a mi gente.

El más joven de los dos secuaces no necesitó que le dijeran más para pegarle una patada. La puerta cedió abriéndose de par en par. Con una mirada, Sergio pudo observar que había sido forzada y solo se aguantaba con el pestillo. Al pasar al interior, la oscuridad los acompañó junto con aquel maldito olor que unos días antes también había alterado el olfato del policía. Alguien tropezó con algo y el ruido se escuchó por todo el piso. Instintivamente le puso una mano en el hombro a Trini intentando protegerla de un enemigo invisible.

—Quédate aquí —pidió Sergio a Trini—. Es mejor que esperes.

—¿Llevas arma, payito? —preguntó mientras sacaba del bolso una pistola—. Porque si tú no llevas, yo sí.

—No —dijo avergonzado—. Llevar no llevo.

—Entonces es mejor que te pongas detrás de mí —dijo con esa sonrisa que tanto le gustaba a Sergio.

De pronto, alguien atinó con la luz y eso dio al grupo un poco más de seguridad en el avance por las estancias de aquella vivienda. Se veían muebles tirados por todo el suelo y ruidos de animales. Sergio deseó con todas sus fuerzas que estuvieran encerrados. Pero de la nada apareció una serpiente que mediría más de metro y medio. Si aquel tipo la tenía y se dedicaba a hacer venenos, aquel bicho no podía ser muy bueno. Todos quedaron paralizados al ver al bicho avanzar con su movimiento lento en dirección hacia ellos. Trini, instintivamente, dio un paso hacia atrás y se colocó tras Sergio. Los otros también retrocedieron lentamente hacia la puerta. Aquel reptil llevaría varios días sin comer nada y la recién llegada comitiva no parecía un mal bocado. Cuando la víbora iba a atacar, cayó al suelo partido en dos mitades. Nadie lo vio de lo rápido que pasó todo. José se había colocado detrás de la serpiente y con un machete la partió en dos. Se quedó mirando a los allí presentes durante un momento mientras agarraba al animal que todavía se movía y lo lanzó por una ventana.

—Ya podemos seguir —dijo José con la voz más tranquila del mundo, como si no hubiera pasado nada un momento antes—. Trini, no te va a gustar lo que vas a ver.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella llena de curiosidad.

—Es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos —añadió José avanzando hacía el comedor del piso.

II

Dentro del comedor había una mesa con diversos recipientes; debían ser los diversos venenos que el brasileño preparaba para sus clientes. Varios animales se encontraban metidos en sus jaulas bastantes nerviosos por las horas que llevaban sin comer. Junto a la puerta del balcón, el grupo vio la figura de un hombre que tendría sobre unos cuarenta y tantos años. Estaba tirado en el suelo rodeado de sangre seca; se lo habían cargado y le habían cortado el cuello. Alguien no quería que hablara con nadie y la mejor manera de hacerlo había sido matándolo. Aquel pobre desgraciado, que tantas vidas había quitado con sus venenos, ahora se hallaba muerto y sin poder confesar quién le había comprado el mejunje que habían utilizado para matar a Federico.

—Este ya no va a poder decirnos nada —masculló entre dientes Trini—. Vámonos que aquí ya no pintamos nada.

—Tendríamos que llamar a alguien —dijo Sergio preocupando por lo que allí dentro había.

—Samuel —dijo Trinidad—, ¿quieres ganarte un dinero?

—Claro que sí, señora —respondió Samuel abriendo los ojos ante esa posibilidad.

—Toma doscientos euros y llama a la Policía. Hazlo desde una cabina y no te identifiques. ¿Tienes claro lo que debes hacer?

—Sí, señora. Por usted haré lo que sea.

—Hazlo bien y no te faltará trabajo conmigo —afirmó Trini mostrando una amplia sonrisa—. Necesito gente inteligente a mi lado.

—Samuel —dijo José con voz seria.

—Sí, señor José.

—No hace falta que te diga lo que puede pasar como se te vaya la boca.

—No diré nada, señor José —aseguró el muchacho.

Finalmente, salieron de aquella barriada lo más rápidamente posible, antes de que llegaran los compañeros de la Policía de Cartagena. Las sirenas de los coches se escuchaban a lo lejos, acercándose hasta donde estaban. Habían sido más rápidos de esperado.

—Alguien se nos ha adelantado —apuntó José—. Posiblemente fueron los dos italianos que estuvieron por aquí.

—Puede ser —dijo enigmáticamente Trini—. Lo siento, Sergio. Al final no nos vamos a enterar de quién ha sido. Lo que me preocupa es que la mafia esté rondando por aquí; con esos hay que tener cuidado.

—Ha sido mala suerte —respondió Sergio apesadumbrado—. Si hubiéramos venido un par de días antes igual lo hubiéramos encontrado vivo y sabríamos quién fue el que adquirió el veneno, pero ya hemos perdido esta pista. No me gustaría Trinidad que, por mi culpa, tuvieras problemas con los italianos.

—¡Qué guapo te pones cuando estás serio! —exclamó riéndose y dándole un beso rápido en la boca—. Tú, preocúpate de que no te pase nada a ti, que de lo mío ya me encargo yo.

—¿Y tú por qué estás tan contenta? —preguntó el policía ante su cambio de humor tan repentino.

—¿Es que te parece poco que nos hayamos vuelto a ver después de tanto tiempo? —preguntó poniéndose seria. La verdad es que tenía una facilidad pasmosa para cambiar la expresión de su cara según las circunstancias que la rodearan.

—No creo que sea para tanto —Sergio intentó quitarle importancia a aquel momento. Sabía que se mentía. También se alegraba de tenerla delante—, pero si a ti te alegra que nos hayamos vuelto a ver…

—¿Es que a ti no te alegra verme?

—Claro que sí, cómo no me voy a alegrar.

—Me estabas enfadando. Y tú no sabes lo que soy capaz de hacer

cuando alguien me enfada —dijo metiendo la mano en el bolso y poniendo a Sergio en guardia porque de ese mismo lugar un rato antes había sacado una pistola—. Toma, es un regalo para ti.

—¿Y eso que es? —preguntó extrañado mirando la pequeña libreta cuadriculada que le estaba ofreciendo.

—La libreta donde el brasileño tenía apuntadas las ventas que hacía. Se encontraba sobre la mesa del comedor y la he cogido. La he estado mirado por encima y no será fácil que saques nada en claro. No hay nombres, solo palabras sueltas que para mí no tienen ningún significado, pero tú eres un tipo listo e igual sacas algo de ella.

—Joder, ni te he visto cogerla —Sergio se quedó totalmente asombrando porque no se había separado de ella ni un solo momento.

—¿Que te crees? Yo sé hacer muchas cosas, aunque esta noche no voy a poder mostrártelas porque tengo una reunión de negocios. Pero tú y yo tenemos unas cuantas cosas pendientes. No cambies de móvil que ya te llamaré un día de estos.

E igual que unas horas antes recogieron a Sergio en Águilas, igual le dejaron, aunque con una libreta llena de signos ininteligibles y un hombre que, en cuanto se había dado cuenta de que solo le quedaban unos segundos de vida, había intentado salir al balcón para tirarse. Pero ni tan siquiera pudo llegar a tiempo de hacer eso. La persona o personas que estaban con él lo mataron antes para que no pudiera hablar con nadie y contar su secreto.

CAPÍTULO XIV
LA HISTORIA DETRÁS DE DELIA Y AURELIO

I

Una mañana, mientras Toño y Sergio desayunaban, se acercó Julio. Había entrado a la academia junto a Sergio, que lo conocía desde mucho antes de empezar a trabajar en esta santa profesión. Era un tipo serio, hijo del Cuerpo. Su padre también había sido policía, aunque ya se encontraba retirado. Julio se dedicaba a realizar los numerosos informes que entraban todos los días en el cuartel, pero como le gustaba su trabajo siempre que había cualquier cosa importante, allí que se presentaba para ayudar.

—¿Cómo lo lleváis? —preguntó mientras sacaba un paquete de donut de chocolate con su correspondiente batido. Siempre fue un misterio saber dónde iban a parar aquellas calorías, porque por más dulces que comía, no cogía ni un gramo de peso.

—Si te digo la verdad —habló Toño— nos encontramos estancados. Este tuvo una buena pista entre sus manos, pero mataron a la persona que podía haber resuelto el caso. Y nos encontramos en el mismo punto en el que estábamos.

—¡Hostias! Eso sí que es mala suerte. Yo venía a deciros dos cosas; no se si serán importantes para vosotros. Ya las valoráis vosotros.

—¿Qué cosas? —preguntó Toño dejando por un momento el bocadillo que se estaba comiendo y poniendo toda la atención en las palabras del compañero.

—La primera es que os traigo una lista de todos los italianos que están residiendo en Águilas. No sé si os puede servir para algo. Pero aquí la tenéis —dijo mientras nos daba unas hojas de papel dobladas que sacó de su chaquetón.

—Muchas gracias, Julio —señaló Sergio—. Cualquier cosa nos puede venir bien.

—Y la segunda puede que os interese un poco más —añadió, dejando que sus palabras penetraran en nuestras cabezas como un martillo clavando un clavo.

—¿Qué es? —pregunto Toño.

—Esto —dijo sacando una hoja arrugada del mismo chaquetón. Se trataba de un periódico que, por su estado, debía tener unos cuantos años.

—¡Pretendes que leamos ahora noticias de hace diez o quince años! —exclamó Toño de manera sarcástica.

—¿Diez o quince años? —se empezó a reír sin parar mientras las lágrimas le caían por los ojos—. ¡No! Esta noticia tiene unos cuantos años más.

—A ver la noticia tan importante —comentó Sergio presa de los nervios.

Julio fue desdoblando la hoja de periódico con una tranquilidad pasmosa que hacía que el corazón de Sergio se acelerara y estuviera a punto de explotar. En la hoja había una noticia con la foto de una mujer y dos niños pequeños. Rezaba así: «Muere en la cárcel el atracador que pillaron en el robo del siglo en Italia. Entrevistamos a su viuda». El periódico apuntaba a que había fallecido en extrañas circunstancias dejando a una viuda y dos hijos pequeños. La viuda aseguraba que nunca había sabido nada del robo. Que su marido siempre había sido un poco ligero de cascos, pero que quería bastante a su familia. Que se había enviciado en el juego y los había dejado en la ruina.

—¿Qué os parece? —preguntó Julio expectante, esperando una respuesta.

—¿Y en que puede ayudarnos esta noticia? —preguntó Toño, mostrando una notable decepción.

—Mi padre tenía recortes de periódicos con todos los delitos importantes que ocurrían en el mundo. Hay quien colecciona sellos y a él le dio por coleccionar recortes de periódicos. Cuando era un crío me gustaba mirarlos y leerlos pensando en que algún día yo sería quien pillaría a todos esos delincuentes. Por eso cuando me enteré de la noticia de que Federico parecía ser uno de los atracadores, algo en mi mente me recordó la noticia y le pedí a mi padre que me dejara ver todos sus recortes. Después de varias horas buscando entre los centenares, por no decir miles, de recortes que tiene guardados, allí estaba lo que buscaba.

—¿Y cómo está el viejo truhan? —preguntó Toño que había sido compañero suyo durante varios años—. ¿Sigue con su afición a las emisoras?

—Está mejor que tú y que yo, pero no es eso de lo que estamos hablando, ¿no veis nada raro?

—Veo una viuda que acaba de perder a su marido y a dos críos pequeños muy tristes, pero nada destacable —la mirada de Toño volvió a echar un rápido vistazo a aquella hoja vieja.

—Estás perdiendo facultades, viejo zorro —dijo riéndose—. Mira

bien a ver qué es lo que encuentras.

Los dos policías se abalanzaron sobre la hoja del periódico repasando cada palabra escrita. De pronto, los ojos de Sergio se volvieron a posar en aquella fotografía de tres personas que reflejaban todo el dolor que sentían en sus caras. Un destello de luz se abrió, de repente, en su cerebro. No podía ser. Algún parecido había, pero cómo eran posibles tantas coincidencias. Miró a mi compañero y vio en su cara que no se había dado cuenta de lo que allí pasaba.

—Toño —señaló mostrando la excitación en que se encontraba tras ver un hilo en todo aquel asunto—. Ya sé a qué se refiere Julio. Fíjate en la mujer.

Mientras Sergio hacía estas afirmaciones, observó cómo la cara de su compañero cambiaba por completo.

—Joder, si es Basilia —la voz de Toño sonaba sorprendida—. Y los críos tienen que ser Aurelio y Delia. Muchas coincidencias veo yo aquí. Vamos a tener que acercarnos para hablar con ellos.

—Pues ya estamos tardando —apuntó Sergio que se levantó de la silla, dejando lo que quedaba de la empanadilla sobre la mesa—. ¿Te vienes, Julio?

—No se me ocurre nada mejor que hacer —sonrió mientras se dirigía hacia la puerta.

II

Cruzaron la Plaza de España dejando atrás el Ayuntamiento de Águilas con su fachada impresionante y en la que no se fijaban mucho las numerosas personas que tenían que hacer gestiones en el edificio. Por el rabillo del ojo, a Sergio le pareció ver a Raquel con su nuevo novio. Iban caminando agarrados de la mano en dirección hacia una de las cafeterías de la zona. Continuaron circulando por la calle Conde de Aranda, una de las arterias principales de la población y que los llevó directos hasta la Avenida Juan Carlos donde aparcaron el coche y se dirigieron hasta el local que regentaban los dos hermanos.

A esas horas, el Paseo de la Colonia estaba repleto de personas. Las mesas del restaurante se encontraban llenas de grupos de mujeres y jubilados que desayunaban distendidamente, aprovechando los rayitos de sol. Delia despachaba mesas junto a una camarera mientras su hermano permanecía detrás de la barra del local.

—Tenemos que hablar contigo y con tu hermano —apremió Toño impaciente por aclarar las cosas—. Veo que estáis bastante liados. ¿Es posible que podamos charlar ahora?

—Sin problema ninguno —dijo mostrando una sonrisa perfecta y hablando un perfecto español donde el acento italiano apenas se

distinguía—. Le digo a Paco, nuestro cocinero, que salga a echar una mano a Rosa y nos sentamos en una de las mesas del fondo. ¿Qué vais a tomar?

—Un refresco de cola —dijo Sergio.

—Para mí otro —se escuchó la voz de Julio a su lado.

—Para mí una cervecita, guapa —añadió Toño guiñándole un ojo —, y si tienes unos frutos secos o algo parecido para acompañar… Eso sería ya lo máximo.

Delia se acercó a su hermano y le dijo algo al oído. Momentos después entró en la cocina y salió acompañado de un hombre del interior; el tal Paco. En menos de cinco minutos ya estaban todos en la mesa ubicada junto a la cocina del local. Paco trajo los frutos secos junto con las bebidas que Toño pidió y salió a la calle para servir a los clientes de la terraza.

—Queríamos hablar sobre unas cosas de su pasado —dijo Julio adelantándose a todos.

—¿Qué necesitan saber? —preguntó Aurelio. Por el tono de su voz se le notaba a la defensiva.

—Hemos averiguado que su padre fue uno de los integrantes de la banda que robó el banco BCI en Italia y tras la muerte de Federico nos han surgido unas dudas —continuó hablando Julio—. Les importarían aclarárnoslas.

—Mi padre fue un vicioso que se gastó todo el dinero que tenía y el que no tenía también, dejándonos en una situación de miseria —habló con tristeza Delia—. Mi madre, la pobre, tuvo que trabajar como una burra para poder sacarnos adelante durante toda la vida.

—¿Su madre llegó a conocer a los otros integrantes de la banda? —preguntó Toño esperando la respuesta de los dos hermanos.

—Ella, la pobre, nunca llegó a conocerlos. Pero sí les puedo decir que todos los meses nos llegaban paquetes con cantidades de dinero que nos permitieron poder comer cuando mi madre se quedaba sin trabajo. Ser la mujer de un atracador no ayudaba mucho para que mantuviera los trabajos —la voz de Aurelio sonaba apagada mientras contaba la historia—. Nunca supimos quién los mandaba porque venían desde diversas ciudades. En los últimos años, los envíos siempre se hacían desde pueblos cercanos a Águilas. Nos imaginamos que eran los compañeros de mi padre que estaban de alguna manera intentando compensar lo que había ocurrido.

—¿Y nunca se pusieron en contacto con su madre? —preguntó Sergio algo incrédulo.

—Nunca. Si lo hubieran hecho, mamá nos lo hubiera contado —aseguró Delia—. Pasados unos años, mi madre se quedó sin trabajo y misteriosamente recibió una oferta para trabajar en España en la cocina de una pizzería. Al principio, no sospechamos nada. Pero a

pesar de que don Federico había cambiado de imagen, pronto nos dimos cuenta de que era unos de los compañeros que salían en las fotos de los periódicos junto a la de mi padre. Se portó con nosotros como si fuéramos de su familia y cuando quisimos montarnos por nuestra cuenta, nos pagó todos los gastos del local.

—¿Y sabéis quienes eran los otros dos? —preguntó Julio.

Los dos hermanos se miraron en silencio durante un rato y Aurelio le hizo un leve gesto de asentimiento a su hermana.

—Nunca lo hemos sabido —afirmó Delia—, pero sospechamos que posiblemente otro de los que estaban en el robo fue Enrico, el camarero, porque nunca se separaba de don Federico para nada; el tercero no lo tenemos tan claro porque no hemos visto a nadie por el que mostrara tanto cariño.

—Y la noche de su muerte, ¿dónde estabais vosotros? —preguntó Toño para, acto seguido, romper el hielo con una de esas cosas tan propias de él—. Y si no es mucha molestia, si me rellenas el vaso te lo agradezco.

—Nosotros no lo matamos —aseguró Aurelio levantando la voz—. Para nosotros fue como el padre que nunca tuvimos. Siempre estuvo pendiente de nosotros para que estudiáramos, para que tuviéramos un trabajo. Era una persona maravillosa. Ese día cerramos sobre la una de la mañana y luego nos quedamos con unos amigos tomando unas cervezas. Si necesita sus nombres yo se los doy para que lo comprueben. Se nos hicieron más de las tres de la mañana con ellos.

—Bueno, pues eso es todo por el momento —dijo Toño apurando de un trago la nueva cerveza que le habían traído—. Si os acordáis de algo que creáis que nos puede ayudar, avisadnos.

—Si nos viene algo a la cabeza, ya os llamamos —comentó Delia —. Y ahora, si no necesitáis nada más, vamos a seguir con nuestro trabajo, que tenemos mucha gente que atender. Y por favor, encuentren al asesino. No dejen que se quede sin su castigo.

—Nada más —dijo Julio mientras nos levantábamos de la mesa para marcharnos—. Y esté segura de que haremos todo lo posible para atraparlo.

Se despidieron de los dos hermanos y caminaron mientras el sol de la mañana les daba en la cara. Mientras se acercaban al vehículo iban comentando la posibilidad de que Enrico fuera otro de los miembros de la banda. Habría que investigarlo. Pero si era así y con los años que llevaban juntos, él no podía desearle ningún mal a su amigo. Y si hubiera sabido algo, lo hubiera dicho.

CAPÍTULO XV
EL MUERTO DE CARTAGENA

Desde que estuvo Sergio en Cartagena no sabía si pensaba más en el muerto y en la información perdida o en Trinidad. Después de aquel día, no había vuelto a tener noticias de ella. Posiblemente se había olvidado del policía, que era lo mejor que podía pasarle porque, por mucho que le gustara aquella mujer, siempre acababa trayendo problemas a su vida.

Miró el horizonte que se divisaba desde la explanada que subía al castillo y se maravilló ante las vistas que se podían disfrutar. El puerto, con sus barcos entrando y saliendo de él, las gaviotas revoloteando por el cielo, el club náutico con sus veleros… De pronto, algo empezó a vibrar en su bolsillo; era el sonido del móvil. Miró el número en la pantalla con la esperanza de que fuera ella, pero la llamada venía desde el móvil de María.

—Sergio —se escuchó la voz al otro lado.

—Hola, María. Dime.

—¿Puedes pasarte por el cuartel para comentar unas cosas? —su voz sonaba más seria de lo que era habitual en ella, por lo que, fuera lo que fuera, lo que iba a comentarle no tenía que ser demasiado bueno.

—En diez minutos estoy por allí.

Ese día conducía Manolo que parecía interrogar con la mirada a Sergio. Para ser una persona que hablaba bastante, permanecía callado, esperando instrucciones sobre la ruta.

—Manolo, nos vamos.

—¿Para dónde vamos? —preguntó por fin.

—Vamos para el cuartel.

—¡No irán a detenerte! —exclamó con su peculiar sentido del humor.

—Espero que no. Voy a llamar a Toño —dijo mientras marcaba el número de su compañero que cogió el teléfono al tercer tono.

—Dime, compi.

—Toño, vamos para el cuartel. Ha llamado María. No sé qué es lo que quiere, ¿a ti no te ha llamado?

—No. ¿Y por qué te ha llamado solo a ti?

—Te acuerdas de lo que te conté que me pasó hace unas tardes… Igual saben algo.

—Ya sería mala suerte. Pero que tú tranquilo que tampoco hiciste nada malo.

—Pero tenía que haber llamado.

—No le des más vueltas al asunto. Cojo a Ricky y nos acercamos en un momento.

—Vale por allí estoy —señaló mientras colgaba el teléfono.

—¿Qué ocurre, Sergio? —preguntó preocupado Manolo después de haber escuchado la conversación que manteníamos.

—Nada serio —las palabras no salieron con mucho convencimiento de su boca.

—Si tú lo dices. Pero si necesitas algo ya sabes lo que te dije una vez: los compañeros estamos para apoyarnos tanto en lo bueno como en lo malo.

—Gracias, Manolo.

El cuartel se divisaba por la carretera. Conforme se acercaban, la preocupación de Sergio crecía por momentos. ¿Qué es lo que sabría María? ¿Y por qué lo habría llamado a él solo? Al entrar, Sergio dijo al agente de puertas que avisara a María, que se encontraban allí. En unos segundos les dijo que podían pasar. En un momento, estaban dentro de su despacho. Ella cerró la puerta y permaneció observando a Sergio con mirada inquisitiva. Iba a hablar cuando unos golpes en la puerta sonaron y al momento aparecieron Toño y Ricky.

—¿Estamos ya todos? —preguntó sarcásticamente.

—Todos, jefa —dijo Toño también con un poco de sorna.

—Me hubiera gustado hablar con Sergio a solas, pero si a él le da igual que estéis aquí a mí tampoco me importa —afirmó muy seria.

—Por mí que se queden —respondió Sergio muy pensativo—. Tampoco tengo nada que ocultar.

—Tanto como que no tienes nada que ocultar… Hace cuatro días te metieron en un coche a punta de navaja unos gitanos. Al parecer, dentro del coche iba una gitana muy guapa. Me imagino que si te metieron así en el coche fue porque no estabas muy de acuerdo.

—Tampoco es que fuera de esa manera. Eran unos amigos que estaban gastándome una broma.

Sergio notó las miradas de Ricky y Manolo atravesándole la nuca. Toño estaba al tanto de todo lo que había pasado, pero para ellos tenía que ser una auténtica sorpresa estar enterándose de todo esto.

—¿Fue Trinidad? Sé que has tenido un pasado con ella. Pero tú sabes que es una de las principales cabecillas de la droga en todo el Levante español. Su organización es hoy una de las más fuertes que existen. Toca desde la droga, a mujeres o cualquier tipo de negocio que le reporte dinero. Llevamos tiempo detrás de ella y algún día

caerá, pero la jodida es muy lista y no hemos podido pillarla todavía. ¿Dónde fuisteis? Y no me digas que a ningún sitio porque os vieron y os siguieron hasta Cartagena.

—¿Quién nos vio? —preguntó Sergio, rebobinando a la noche en que pasó todo e intentando hacer memoria por si alguna persona conocida lo pudiese haber visto.

—¿Te pusieron una navaja? —preguntó Ricky—. ¿Y por qué no nos lo has contado?

—Tampoco le demos más importancia —intentó mediar Toño con tono conciliador.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —volvió a preguntar Ricky mientras Manolo permanecía en silencio, aunque atento a todo lo que estaba pasando.

—Vamos a ver —interrumpió Sergio el interrogatorio de Ricky—. Es cierto que me monté en el coche con Trinidad, pero tampoco veo que tuviera mayor importancia. Antes te he hecho una pregunta, María. ¿Cómo lo sabes?

—Te vio Bruno, el fotógrafo —confesó María—. Nos llamó esa noche preocupado porque había visto cómo unas personas te habían metido en un coche a punta de navaja. Le dijimos que te siguiera y nos fuera indicando por dónde iba el vehículo para ir detrás. Os siguió por la carretera de Mazarrón hasta Cartagena, pero una vez que llegasteis, desaparecisteis. Se lo comentamos a la Guardia Civil de la zona, pero no localizaron el vehículo. ¿Dónde fuisteis?

—Fui siguiendo una pista —la cabeza de Sergio intentaba pensar de la manera más rápida posible. Ese Bruno estaba metido en todos los berenjenales, parecía como si quisiera saber antes que la propia Policía quién era el asesino. Había algo sospechoso que se había pasado por alto. Él era italiano. Había venido a Águilas hacía unos cuantos años y nadie sabía nada de él. ¿Y si él era el culpable y por eso mostraba tanto interés? «Céntrate, Sergio. A ver qué dices ahora cuando te pregunten».

—¿Una pista? —habló Manolo—. Tú sigue sin decirnos las cosas que algún día te caerás por el barranco y no podremos acudir a salvarte.

—Contesta a lo primero que te ha dicho tu compañero —dijo María estupefacta por las palabras de Manolo—. Lo del barranco ni me he enterado ni me importa lo que significa.

—Pues me refiero…. —empezó a hablar Manolo.

—Es que no me has oído. He dicho que no me importa —sentenció María poniéndose seria—. Esto no es ninguna broma. Tenemos un muerto y posiblemente tengamos otro relacionado con el caso. ¿No es cierto, Sergio?

—Estaba ya muerto, María —respondió Toño—. El chico se lo

encontró de esa manera cuando llegó al lugar.

—Me parece increíble que, si paso todo eso, no lo contéis —dijo Ricky enfadado—. Estamos todos metidos en el mismo asunto y si ahora vamos a estar con secretismos no iremos por buen camino.

—¿Qué sucedió, Sergio? —volvió a preguntar María.

Un sudor helado empezó a recorrer la frente del interrogado a pesar de que más bien hacía frío ese día. Sabía perfectamente que no había realizado nada que no se pudiera perdonar y sabía que Trini simplemente había pretendido ayudarlo y lo último que quería es que tuviera problemas. Bastante tenía ella con resolver sus propios asuntos como para cargar con los de ellos por querer hacer algo bueno.

—Fuimos para ver si una persona en Cartagena era la que había vendido el veneno —dijo dándose por vencido y confesándolo todo—. Parece ser que tenía todas las papeletas de ser el vendedor y queríamos saber quién se lo había comprado. Cuando llegamos, llevaba muerto un par de días. Alguien se encargó de rajarle el cuello para que no hablara. Pero no sé nada más.

—¿Y cómo sabía ella quién vendía este tipo de pócimas? —preguntó bastante enfadada.

—Ella es conocedora de todas las cosas que pasan. Y me imagino que sabía quién está moviendo este tipo de productos.

—Esto va por todos —dijo mostrando su mal humor—. Si estamos en esto juntos, quiero saberlo todo de aquí en adelante. Si no sois capaces de hacerlo, decidlo para que sean mis compañeros quienes sigan con la investigación.

En ese momento las miradas de todos se cruzaron por un momento. Casi todos se fijaban en Sergio. Querían saber cuál sería su respuesta.

—No volverá a pasar. Ha sido por no meter en problemas a Trinidad. Lo único que ha intentado es ayudarnos. Pero no os preocupéis que será la última vez que ocurra. Pero te voy a pedir un favor, María.

—Dime.

—No la llames para preguntarle nada de esto. Ella no sabe nada aparte de lo que ya te he contado.

—Cualquiera diría —dijo María mirando a Sergio de manera seria — que estás enamorado de ella. Te voy a dar un consejo y tú si quieres lo tomas, que ya eres mayorcito. Ten cuidado con ella. Estáis en mundos diferentes y eso no puede funcionar.

Debió el policía mirarla de manera bastante dura porque se quedó muda de repente. María lo observó con una mezcla de lastima y de escepticismo. Y la podía comprender perfectamente porque ni Sergio entendía por qué seguía defendiéndola. El caso es que, desde la primera vez que Trini se había reído de él siendo una cría, el policía

siempre había sentido algo por ella y por más años que pasasen no terminaba de dejar atrás. Solo hubo un momento en el que sintió una rabia tremenda contra ella y fue cuando se jugó la vida creyendo que la suya peligraba, hasta que comprobó que ella formaba parte del plan de un asesino con el que además hacia el amor. En ese momento se juró a sí mismo que ella no volvería a engañarlo. Pero después de volverla a ver, toda esa rabia se había pasado.

Salieron del cuartel, pero cada uno con un estado de ánimo. El de Sergio era de pesadumbre y culpa por no haber contado a sus compañeros lo que pasaba. En Toño, Sergio vio una mirada de compresión. La mirada de Manolo no supo cómo interprétala, pero sí que pudo ver el cabreo que llevaba Ricky.

El ruido del móvil desvió la atención de los rostros de sus compañeros. El número que lo llamaba no lo conocía, pero, aun así, lo cogió.

—Sí, dígame.

—¿No habrás contado nada? —la voz del otro lado la conoció al momento.

—Nada que pueda perjudicaros.

—Mejor así, no me gustaría que empezáramos a tener problemas —la voz sonaba amenazante y la ira empezó a resurgir en Sergio.

—Nunca la metería en problemas, José. Si te ha mandado ella ya se lo puedes decir, aunque saben que ella me acompañó hasta Cartagena.

—Ella no sabe que te he llamado. Es buena tía a pesar de todo lo que lleva encima. No la metas en líos.

—¿Cómo te has enterado de que estábamos en el cuartel?

—Es mejor que no lo sepas —dijo mientras colgaba el teléfono.

CAPÍTULO XVI
UNA ESTRELLA DE CINE EN PELIGRO

I

El asesino o asesinos estaban actuando de manera muy rápida. Había dos muertos y la Policía tenía el presentimiento de que la cosa no había hecho nada más que empezar. Se estaban moviendo muy rápido en busca de algo que no lograban ver todavía y lo peor es que se manejaban muy bien para tapar todas las pistas.

Sonia Ricci había estado en Águilas hacía bastante tiempo. Preparaba una novela que, si todo salía como ella tenía previsto, sería un éxito de ventas. Años atrás escribió un libro donde explicaba cómo había sucedido el famoso robo, pero ahora llevaba años siguiendo la pista de los integrantes de la banda. La marcha de Basilia a España unos años antes le había mandado un rayo de lucidez a su cerebro. Y había estado siguiendo aquella pista durante mucho tiempo. Sabía que Federico era uno de los integrantes. Cuando habló con él hacía unos años, ni se lo había negado, ni afirmado. No obstante, ella tenía muy claro que era así y que por eso había contratado a la mujer. Sonia continuó con las averiguaciones para descubrir al resto de los integrantes. Creía saber que Salvatore era Fazio y tenía la sospecha de que Ángelo posiblemente era Enrico. Cuando consiguiera juntar todas las piezas, aquello sería un auténtico bombazo. Por eso se había comprado una pequeña casa en el campo y se había establecido en la localidad en busca de las pruebas definitivas que la llevaran a conseguir su objetivo.

Sonia se hallaba sentada en su pequeña terraza con una copa de vino en la mano observando las luces de la población en la oscuridad. La imagen era preciosa desde el lugar donde ella se encontraba. Había elegido una casa situada en un pequeño montículo desde donde divisaba toda la población. Su criada, Lucinda, retiraba en esos instantes los restos de la cena en el interior de la vivienda. El perro guardián que tenían suelto había ladrado varias veces, pero no había escuchado ni oído nada que le hiciera pensar que hubiera nadie cerca, por lo que seguramente le estaría ladrando a algún conejo. El animal se había callado hacía un rato y la tranquilidad había vuelto a aquel

remanso de paz.

De pronto, Sonia escuchó el grito de su empleada. Sonó tan solo durante unos segundos y luego oyó lo que parecía un golpe seco en el suelo. Se asustó. Se encontraba demasiado sola y lo que antes le parecía un paraíso ahora le daba miedo; se arrepentía de no haber colocado una alarma. Cogió el teléfono y llamó antes de entrar en la vivienda. La persona con la que habló le dijo que se acercaba lo más rápido posible. Vació el vino que quedaba en la botella en una maceta y con ella como única arma cruzó la puerta que la introducía hasta su casa.

El silencio era su acompañante. Llamó varias veces a Lucinda, pero nadie respondía. Eso le produjo más nerviosismo. De pronto, en el suelo de la cocina vio los pies de una persona que se encontraba tirada detrás de la mesa. Un estremecimiento de miedo recorrió todo su cuerpo. Sin ver el resto del cuerpo sabía perfectamente a quien pertenecían esos pies. Empezó a retroceder lentamente intentando escapar hacia su dormitorio para encerrarse en él. Escuchó entonces un suave ruido. Intentó volver la cabeza, pero no le dio tiempo. Notó cómo una mano le rodeaba el cuello mientras le ponía un trapo en la nariz con algo que olía extremadamente mal. Y luego ya no escuchó nada. La oscuridad penetró en su cabeza.

Cuando abrió un poco los ojos, se dio cuenta de que alguien la había trasladado hasta el sofá del salón. Le pareció ver a Basilia y se alegró enormemente de que estuviera viva. Los ojos se le cerraban sin poderlos controlar, pero, poco a poco, las ideas fueron apareciendo en su mente. Y luego vio que, junto a su doncella, había otra persona. Era la persona que había llamado antes de que sucediera todo. Y allí estaba. Su rostro bronceado por el sol translucía un gesto preocupado que, cuando consiguió mantener los ojos abiertos, se transformó en una enorme sonrisa.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya voy despejándome. Gracias, Toño por venir.

—Por ti, lo que haga falta —dijo galante.

—¿*Cosa a pasado*? —preguntó en una mezcla de español e italiano, sin tener todavía la mente demasiado clara.

—Señora —dijo Lucinda—. Alguien entró por la puerta de atrás y me sorprendió en la cocina. Intenté gritar, pero me tapo la boca y me puso algo en la nariz que olía horrible. Eso es todo lo que sé.

—¿Viste algo? —preguntó Toño—. Una cara, la ropa, algún tatuaje o señal.

—No. Solo unos guantes negros tapándome la boca para que no siguiera gritando. Y la persona que me sujeto tenía que ser un hombre por la fuerza que poseía. Intenté soltarme, pero me fue imposible.

—Menos mal que no os han hecho nada a vosotras, que es lo más

importante —dijo Toño—. Aunque antes de que yo llegara, les ha dado tiempo a husmear en toda la vivienda y llevarse lo que vinieran buscando.

—Pero ¿qué se han llevado? —preguntó Sonia intentando recuperar la lucidez.

—No lo sé, señora, yo acabo de despertarme. Cuando lo he hecho, el caballero ya estaba aquí delante de mí. Luego cuando me he recuperado hemos salido a buscarla y nos la hemos tropezado.

—Hay papeles tirados en el suelo —informó Toño—. Cuando he llegado ya no había nadie. Me ha parecido oír el ruido de un coche marcharse, pero no he visto ninguna luz cuando he salido a mirar.

Con gran esfuerzo, Sonia se levantó del sofá y el miedo se apoderó de su mente. Sus pasos se dirigieron hasta su pequeño despacho donde guardaba todos los documentos de las investigaciones que llevaba a cabo. La mesa del despacho se encontraba con todos los cajones abiertos y muchos de los papeles, tirados por la habitación. La persona que accedió a la vivienda nos buscaba robar joyas o dinero sino información. Esa información que ella tenía y con la que lograría otro bombazo de ventas. Pensaba cambiar los nombres de los protagonistas y sus localizaciones para que esas personas no estuvieran en peligro, aunque ahora podrían estarlo. Pero ¿cómo habían llegado a la conclusión de que ella tenía esa información? Nunca había dicho, ni siquiera a él, que poseía esa información.

II

Toño, cuando recibió la llamada, se quedó perplejo, sorprendido. No se había atrevido antes a llamar a Sonia a pesar de que ella había insistido en que lo hiciera cuando se vieron en el cementerio. Aquella mujer le fascinaba desde la primera vez que la vio. Sería posiblemente diez años mayor que él, pero todavía la encontraba increíble. No había perdido ni un ápice de su belleza con el paso de los años. Luego, la voz asustada del otro lado del teléfono le preocupó. Al principio pensó que no sería nada importante, pero, por si acaso, cogió su segunda arma y tras ponerse una chaqueta subió a su coche y se dirigió rápidamente a la dirección que Sonia le había facilitado. Iba un poco perdido, pero al final logró encontrar la casa. Las luces se encontraban encendidas. Había un perro tirado en el suelo junto a un trozo de carne. Se acercó y comprobó que estaba durmiendo. Sacó la pistola y la preparó para lo que se pudiera encontrar dentro. Si alguien había hecho eso con el animal, a saber qué intenciones tendría si lo veía aparecer. No vio ningún vehículo. No obstante, su oído pareció escuchar el motor de un coche moviéndose en la oscuridad. Se asomó

al camino, pero no vio nada.

Desde dentro de la vivienda no se percibía ningún ruido, aunque la puerta de atrás que daba a la cocina se encontraba abierta. Allí vio a una mujer tirada en el suelo y se preocupó. Se dio cuenta que no era Sonia. La cogió con sus manos y le puso unos trapos con agua fría sobre la frente, lo que hizo que la mujer empezara a reaccionar.

—No me mate, por favor —fueron sus palabras—. La señora es rica, pero yo no tengo nada.

—Mírame.

—No, no quiero mirarle. Yo no he visto nada. Por favor, tengo hijos. No me mate. Yo no he visto su cara, déjeme vivir.

—Yo no vengo a matarla, vengo a ayudar a la señora. ¿Dónde se encuentra?

—¿La señora? —dijo intentando aclarar sus ideas.

—Sí. Sonia.

—La última vez que la vi se encontraba sentada en la terraza.

—Debemos ver dónde y cómo se encuentra. ¿Vio a la persona que la atacó?

—No vi nada. Me sorprendió en la cocina.

—¿Nada? —insistió Toño—. ¿Ni escuchó llegar a ningún coche?

—Nada, lo siento. Estaba escuchando música y no oí nada.

—¿Se encuentra bien para acercarnos a la terraza?

—Sí.

Juntos salieron de la cocina y no hizo falta andar mucho para localizar a Sonia tirada en el suelo. El pelo rubio se encontraba esparcido en el suelo como si estuviera anunciando algún champú de alguna marca de cosméticos. El policía le tomó el pulso y comprobó que también estaba viva. La cogió en peso y la trasladó, con sumo cuidado, hasta el sofá de color azul turquesa situado en el salón. Paulatinamente, el agua fría empezó a hacer su trabajo y sus impresionantes ojos azules fueron abriéndose. Toño en ese instante pensó en que le parecía un sueño estar junto a ella. Cuando era joven se había presentado como voluntario para hacer una película del Oeste, solo porque ella actuaba, con la esperanza de poder tropezársela algún día por alguno de aquellos escenarios. Y lo había conseguido. Le gustaba aquella mujer mucho antes de conocerla; cuando la vio cantar en la televisión por vez primera quedó completamente enamorado. Y ahora la tenía allí delante y le seguía pareciendo un ángel.

Cuando Sonia despertó, se sintió sobresaltada ante el posible estado de sus papeles y mostró un interés desmesurado por entrar en su despacho. Y comprobó lo que había sucedido, el tono más bien claro de su piel palideció aún más.

—Es un desastre, es un desastre —repetía.

—¿Qué pasa, Sonia?

—Se han llevado mis papeles. ¡Qué horror!

—Los papeles se pueden remplazar.

—Pero puede ser un desastre, Toño. ¿No lo comprendes? —dijo al borde de un ataque de ansiedad.

—¿Tan importantes son?

—Lo son, Toño. No solo para mí. Puede que, por culpa de esos papeles, la persona que los ha cogido averigüe la identidad de los compañeros de Federico y puede que haya más asesinatos. Por *mia* culpa igual descubrieron su identidad y solo me faltaba que ahora les pasara algo a ellos.

—Pero ¿sabes quién son?

—Creo que sí. Llevo demasiados años investigando este caso y tenía mucha información recogida, aunque no me explico cómo se enteraron ellos.

—Pues tienes que contarme todo lo que sabes.

III

Hacía frío cuando salieron a la terraza donde comenzó todo, aunque a Sonia parecía no importarle. Se sentó en uno de los sillones de teka dejando que el aire que soplaba esa noche moviera su pelo. Aún sin arreglar, a Toño le pareció preciosa. La criada apareció al momento con una botella de vino y dos copas que puso delante y las llenó. Sonia parecía abatida, sumida en sus pensamientos. Su voz de pronto empezó a dejarse oír suavemente. Le costaba sacar las palabras que tenía en la cabeza por el aturdimiento que todavía le afectaba.

—Llevo muchos años investigando este robo. Cuando sucedió, yo era muy joven, pero salió en todos lados. Para la gran mayoría de los italianos estos jóvenes fueron unos héroes. Como ya sabes, empecé a actuar y a cantar muy joven, aunque pasados unos años pensé en escribir un libro. Contraté a unos detectives que estuvieron siguiendo los pasos del caso. Hablaron con las personas de su entorno, con la gente del circo con la que estuvieron trabajando, pero perdieron la pista en Francia. Les resultó extraño que la mujer del que estaba en la cárcel abandonara Italia para marcharse a trabajar fuera del país. Les costó mucho trabajo localizarla, pero al final dieron con ella aquí. Hace años vine para poder hablar de su marido y de sus amigos. Ella, la pobre, no sabía mucho más que lo que habían dicho los medios de comunicación. La primera vez que estuve no vi a Federico, pero cuando volví la segunda vez, lo vi y enseguida supe que era él. Había visto cientos de veces su foto y lo tenía ahora delante de mí. Cuando se lo dije, lo negó. Insistí tanto que ya no pudo negarlo más y se

derrumbó. No quiso decirme quiénes eran sus compañeros, pero me contó cómo se organizó el atraco al banco. Los detectives que contraté estuvieron durante mucho tiempo en el pueblo y me mandaron un informe de todas las personas con las que se relacionaba. Y creo que Fazio y Enrico eran los otros dos, por lo que ahora puede que sus vidas peligren. Me informaron de que la mafia había instalado personas en el pueblo y se asustaron. Me dijeron que abandonaban el caso, puesto que sentían que sus vidas peligraban. Por ello decidí comprar esta casa y de vez en cuando vengo a Águilas. He seguido intentando averiguar la identidad de estas personas, no para sacarlo en ningún periódico o libro, solo por curiosidad y para que me cuenten sus vidas. Pero ahora con el robo, sé que están en peligro. ¡Tienes que protegerlos!

—No te preocupes Sonia, que lo comentaré en el cuartel y estaremos atentos para que no les ocurra nada. Tampoco te puedo prometer demasiado porque vamos cortos de efectivos. Haremos lo que podamos y seguiremos investigando para poder atrapar a quien te ha hecho esto porque tiene que ser la misma persona que está detrás de todos los crímenes.

—Mil gracias, Toño. Eres un cielo. Tengo que agradecerte tanto… Si no hubieras venido esta noche tan rápido, posiblemente no estaríamos vivas.

—Por ti, lo que haga falta, Sonia. Posiblemente vieron las luces de mi coche y por eso se marcharon antes de lo que pensaban. ¡La lástima es no haberlos pillados! Me da mucha rabia lo que te han hecho.

—Ay, Toño. Eres mi héroe. ¡Qué lástima no haberte conocido antes!

—Nos conocíamos.

—Pero poco. Tú sabes.

—Tú siempre has sido una diosa para mí. Cuando trabajé en aquella película me apunté porque salías tú y quería conocerte.

—Ya ves que soy de carne y hueso —dijo sonriendo—. ¿De verdad fuiste por mí?

—Fui por ti y no estaría muy seguro de que no fueras una diosa que ha bajado a la Tierra.

—¡Qué galante! —exclamó soltando una carcajada.

—Creo que siempre he estado pillado por ti a riesgo de parecer tonto.

—No cielo —dijo mientras su mano hacía un gesto y acariciaba la cara de Toño.

Las miradas de los dos mantuvieron un duelo para ver quién era el primero que la apartaba. Toño se sentía fascinado. Por primera vez en su vida no sabía cómo actuar con una mujer. Sonia abrió levemente su

boca y el no pudo resistirse; acabó besándola. Había pensado tantas veces en cómo sería besar a aquella mujer y ahora lo estaba haciendo. De pronto, notó las manos de ella cogiéndole la cara y apartándosela.

—No, por favor.

—Lo siento —respondió Toño sin saber qué había pasado.

—No es que no quiera, perdona tú. Es que no puedo dejar de pensar en todo lo que está pasando. Me gustaría que me visitaras otro día si tú quieres y cenáramos algo.

—Lo dices en serio, Sonia.

—Por supuesto que sí. Tendrás que marcharte.

—Si quieres que me quede, dímelo.

—No creo que vuelvan a entrar en mi casa. Muchas gracias, pero tenemos que descansar —dijo depositando un ligero beso en la mejilla de Toño.

CAPÍTULO XVII
PIEZAS DEL TABLERO

I

Bruno llevaba pocos años en la población y su vida era un auténtico secreto. Nadie sabía de dónde había venido, pero sí de su buen arte como fotógrafo y su don de gentes que le hacían ser muy querido por todo el mundo. Vivía solo en la trastienda de su tienda de fotos y había comenzado a trabajar para un periódico cubriendo las noticias que ocurrían en Águilas, lo que le había dado acceso a las personas importantes de la población. Todo lo que ocurría, lo sabía él casi antes que nadie. La muerte de Federico había sido un duro mazazo por la amistad que los unía y se había propuesto ayudar en todo lo que pudiera en aquella investigación. Se había enterado de lo que le sucedió a Sonia y estaba deseando investigar sobre el tema. Sabía que aquella mujer tenía mucha información sobre los ladrones de Livorno y sabía que su fama ahora se encontraba en horas bajas por lo que seguramente intentaría lanzar un segundo libro sobre aquel tema. El primero lo había leído y había visto la película y tenía muchas cosas que se parecían a lo que en verdad debió haber pasado. Aunque en el cine y en la literatura todo se exagera.

Bruno vio a Toño y al cabo Labores por la Plaza de España. Sabía que Toño había estado en la casa de la actriz por lo que decidió abordarlo.

—Cabo Labores, Toño —dijo a modo de saludo.

—Buenos días, Bruno. ¿Que se te ofrece? —preguntó Pepe, acostumbrado a hablar con la prensa.

—Hoy no quería hablar contigo, quería hablar con Toño. ¿Nos sentamos y nos tomamos un café?

—Claro que sí. Justo ahora tenemos unos minutos. Ya sabes que estamos muy ocupados, pero como tenemos un rato por convenio para tomar café, aprovechemos.

—Sí, claro —la sonrisa escéptica de Bruno se dibujó en su cara a pesar de que su bigote le tapaba parte de la boca.

En la Plaza de España había numerosos bares con sus mesas

repletas de clientes disfrutando de un aperitivo, pero pronto encontraron una vacía y se sentaron. Un camarero tomó la comanda: dos cafés y una cerveza. Labores fulminó con la mirada a Toño cuando pidió la cerveza, pero este no se dio por enterado y el cabo prefirió no darle más importancia. No le gustaba que bebiera estando de servicio. Eso era algo innato en él y nadie había controlado en todos estos años. A Labores no le gustaba y menos en aquel sitio, cerca del ayuntamiento donde cualquier concejal o el alcalde podían verlo. No se atrevía a decirle nada. Lo primero, porque sabía que era un gran policía. Lo segundo, porque al final iban a tener que discutir para nada. Toño no iba a cambiar nunca, para lo bueno y para lo malo.

—¿Y qué te interesa a ti tanto? —preguntó Toño que le mosqueaba ya demasiado que aquel tipo estuviera metido en todos los fregados. Le resultaba raro que hubiera aparecido tan solo hacía unos años por la población y que, tras su llegada, hubieran empezado a aparecer gentes relacionadas con la mafia y ahora incluso muertos. Tenía sospechas de que podía estar metido en el ajo, pero debía disimular para que no se diera cuenta de que lo consideraba sospechoso en todo este asunto.

—Ya sabes que estoy cubriendo la muerte de Federico y cualquier cosa que pueda publicar es importante para mis lectores. Hace un par de días, por lo visto entraron, en la casa de la famosa actriz Sonia Ricci, quien además escribió un libro sobre Federico. ¿Qué pasó exactamente?

—¿No lo sabes? —preguntó Toño.

—Me han dicho algo —dijo sin terminar de pronunciarse—, pero por eso pregunto.

—Pues alguien entró en su casa y después de dormir al perro, durmió a la criada y a ella. Pudo haberlas matado, pero le robaron varios papeles relacionados con Federico y con los que podían ser sus compañeros en el robo de Italia. Se escaparon y no sabemos quién pudo ser. Tú que estás informado de todo, ¿no sabrás algo?

—No sé nada —la cara de Bruno intento mantenerse calmada, pero si uno se fijaba un poco se veía que estaba bastante nervioso—. ¿Por qué voy a saber yo algo?

—Hombre, porque eres periodista —respondió el cabo Labores— y vosotros lo sabéis todo.

—No sé nada, por desgracia, y me gustaría ser el primero en publicar la noticia. Y en los papeles, ¿se sabe quiénes eran los compañeros de Federico?

—Parece que algo de eso ponía —manifestó Toño bajando la voz para que no lo escucharan las personas que estaban en las mesas de al lado—. Sonia lleva muchos años investigando el robo y estuvo hablando con Federico varias veces... Pero de esto no vayas a sacar

nada.

—No te preocupes que no escribiré nada —dijo mientras el color de su piel se iba tornando cada vez más blanca.

—Y cuando hagas tu gran artículo, acuérdate de mencionarnos —añadió el cabo Labores— que para eso te estamos ayudando.

—Claro que sí, Pepe —aseguró Bruno antes de pagar y marcharse —. No te preocupes que te mencionaré cuando termine la noticia.

Al pasar junto a una mesa, los tres vieron a una pareja conocida que estaba tomándose el aperitivo y que cuando se acercaron, el hombre se levantó y abrazó a Toño efusivamente.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo mientras estrechaba la mano del cabo Labores.

—Buenos días, don Francisco —dijo el cabo Labores un poco nervioso al encontrarse ante la persona que estaba delante—. Doña Asunción.

—No me llames don Francisco, coño. Que aquí soy Paco. Sentaos y tomaros unas cervezas con mi mujer y conmigo.

—Paco —dijo Toño— sabes que yo no rechazo nunca una cerveza, pero hoy no puedo. Tenemos trabajo.

—Voy a estar en el pueblo un par de días porque salgo para Italia a hacer una película. Como tienes mi teléfono, hazme una llamada.

—Eso está hecho, Paco —la sonrisa de Toño antes de despedirse de aquel hombre demostraba el cariño que le tenía. ¿Quién en el pueblo no se lo tendría tras triunfar en todo el mundo? Además, seguía siendo igual de cercano con su gente—. No te voy a dejar ir sin que nos tomemos alguna.

—Aunque ya sabes que yo soy más de vinos —dijo riéndose Paco mientras se despedían. ¿Quién podría imaginar en ese momento que le quedaba tan poco tiempo de vida, viendo su sentido del humor y la energía que mostraba?

II

Fazio se encontraba en su negocio tomándose un café. Todos los días se pasaba por allí para supervisar el trabajo. No hacía falta porque su hijo llevaba bastante bien el local, que además funcionaba ya de por sí solo… Ya había que hacer las cosas mal para que un negocio en plena Plaza de España de Águilas no funcionara. De pronto, le sonó el móvil. Era un número que no conocía, pero decidió cogerlo. Desde la muerte de su amigo, Fazio se sentía muy nervioso. Sabía que igual el próximo en morir podía ser él. Se había comprado una pequeña pistola y la llevaba siempre encima. No era legal pero la vida de su mujer y la suya valía mucho más que lo que le pudiera pasar si lo pillaban.

—Dígame —dijo intentando calmar sus nervios.

—Salvatore…

—Diga —al principio no reconoció la voz por el ruido que había dentro. Cuando escuchó su auténtico nombre le entró un escalofrió por la espalda. Hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba así y cuando alguna vez Federico lo hacía, se sentía extraño escuchándolo. Esa parte de su vida la tenía medio olvidada. La muerte de su primo le había afectado mucho. Habían estado muy unidos desde pequeños. Más que primos habían sido como hermanos. Él siempre había sido el hombro donde se había apoyado toda la vida y ahora que faltaba, notaba que una parte de su vida se había marchado junto con él. Sentía miedo, mucho miedo. Pero también sentía odio, un odio que cada día era más fuerte y que le hacía desear la muerte de la persona que había cometido aquel acto—. ¿Quién es?

—Quién va a ser. Soy yo.

—Amigo mío —dijo emocionándose—. Es muy fuerte lo que le han hecho a Francesco. ¿Sabes quién ha sido?

—No lo sé, amigo. Debéis tener mucho cuidado. Es posible que sepan quiénes somos y vengan a por nosotros —se escuchó al otro lado la voz preocupada de la persona que hablaba—. Tienen que ser ellos que nos han encontrado después de tanto tiempo.

—Si vienen me encontrarán preparado. Alguno me llevaré por delante. Me he comprado una pistola por si se atreven a intentar algo.

—No digas tonterías. Pareces un viejo chocho, como dirían en este pueblo. Haz un viaje. Márchate un tiempo fuera hasta que se cansen.

—No se van a cansar. Si no lo han hecho en todo este tiempo no lo van a hacer ahora. Ellos quieren los papeles y, vaya donde vaya, me encontrarán tarde o temprano. Mira si nos hemos escondido bien y al final han acabado por saber dónde estamos.

—Si ves que tu vida peligra, llámame. Iré lo más rápido que pueda.

—Por cierto, ¿sigues teniendo los papeles?

—Están a buen recaudo. No los encontrarán nunca y es mejor que tú no sepas donde se encuentran.

—No me lo digas. Tienes razón, no quiero saberlo. Si supiera donde están y a mi familia le hicieran algo, no tengo muy claro que no hablara. Y no sabiéndolo, hay una posibilidad de que podamos aguantar en caso de que la cosa se ponga mal.

—Si alguno ve algo peligroso o algo raro debe poner en aviso al otro, como hemos hecho toda la vida.

—Con lo que cambias de teléfono, me va a ser difícil poder localizarte. ¿No crees? Porque desde que recuerdo, has tenido muchos números.

—Puedes localizarme en este. No lo voy a cambiar hasta que todo

esto pase.

—De acuerdo. Cuídate, amigo.

—Tú también. ¿Sabes lo peor de todo esto a parte de la muerte de Francesco lo que ha sido?

—¿Qué? —preguntó Fazio.

—No poder haber seguido juntos, como hemos estado siempre. Solo nos hemos visto algún momento suelto y no hemos podido disfrutar de todos los acontecimientos que hemos tenido a lo largo de nuestras vidas.

—Eso ha sido muy duro, amigo.

—Espero que no nos localicen y que las autoridades hagan su trabajo. Pero te acuerdas lo que te dije en Francia hace muchos años.

—Sí.

—Si escapamos con vida hay que pensar en desaparecer; ahora por lo menos para ti es más difícil. Yo, al fin y al cabo, no tengo a nadie. Pero tú tienes una familia detrás de ti.

—Lo pensaré.

La llamada se cortó. En los últimos años había hablado en contadas ocasiones con él. Con Francesco había estado más en contacto. Pero él siempre había sido como un fantasma moviéndose de un sitio a otro, sin fiarse nunca de que lo pudieran descubrir, hasta que hace unos pocos años decidió establecerse en Águilas, cansado de deambular de un sitio a otro. Había estado cerca de Francesco, aunque con él había tenido menos contacto estos años. Se lo había tropezado por su heladería alguna vez. Le hubiera dado un abrazo, pero había que mantener las formas para que nadie que pudiera estar observando se diera cuenta.

Por quien temía era por su hijo y por su mujer; no podría soportar que les pasara algo. Ella había sido el amor de su vida. Lo había abandonado todo siempre siguiéndolo de un lado al otro. No era tonta y sabía el peligro que corrían, pero cómo iba a decirle que igual tenían que abandonarlo todo y volver a escaparse. Ella no se iba a marchar. Tenía su vida allí y su hijo. Y por nada del mundo la iban a sacar de su casa. Sus pensamientos se fueron volviendo más oscuros conforme iba pensando en todo aquel asunto.

III

Enrico se estaba volviendo loco. Desde la muerte de Federico, su mente no podía dejar de pensar en lo que estaba ocurriendo. Eran muchos años los que llevaba corriendo de un lugar a otro y, ahora que había encontrado el sitio adecuado para poder vivir, posiblemente dentro de muy poco tiempo tendría que volver a dejarlo todo. Y esta

vez sería para siempre. Porque lo iban a perseguir. Lo sabía. Valdría la pena y ya procuraría que no averiguaran su paradero jamás. Los pocos años que le quedaban, pensaba vivirlos alejado de todo. Desde muy joven había tenido que hacer cosas que no le gustaban, con la edad era consciente de ello. Ahora, cuando parecía que haber encontrado la paz que tanto ansiaba, los nuevos y terribles sucesos amenazaban con volver a destruirla.

Cuando Maruja llamaba a las autoridades para saber cómo avanzaba el asunto, un estremecimiento recorría el cuerpo de Enrico porque la veía sufrir. Había pasado mucho tiempo con ella y se consideraba culpable del dolor que vivía en esos instantes. Enrico se había acostumbrado a su nueva vida como camarero, pero sabía que eso estaba llegando a su final. Antes de marcharse debía hacer un par de cosas, pero si todo salía bien, las tendría resueltas en muy poco tiempo.

—¿Enrico, estás bien? —escuchó la voz de Maruja hablándole.

—Perdona. Pensaba en todo lo que ha pasado en estas semanas y me encontraba un poco distraído.

—No me lo recuerdes. Todavía no me hago a la idea de que Federico no esté conmigo.

—Y lo peor de todo, Maruja, es que no avanzan las investigaciones.

—Pregunto todos los días y no hay progresos. Va todo muy lento. No tengo esperanzas de que consigan pillar al asesino de Federico —dijo mientras se echaba a llorar.

—No llores, mujer —intentó calmar Enrico a Maruja mientras la abrazaba—. Ya verás como al final lo atrapan.

—Ojalá sea así. No me puedo imaginar la clase de monstruo que hizo eso a mi marido.

—La vida es muy complicada… Federico tenía un largo pasado que nunca te contó.

—¿Qué sabes tú de eso, Enrico?

—Nada, mujer. Alguna cosita que me confesó sobre alguna cosa muy mala en Italia y ya sabes qué cosa es porque ha salido en todas las televisiones.

—Ha sido un palo muy grande saber que mi marido era un ladrón que había robado un banco y que estaba escondido en España.

—Todos tenemos en nuestras cosas; si pudiéramos, las evitaríamos. Pero ya no tienen solución. La vida raras veces nos da la oportunidad de enmendar nuestros errores.

—A veces somos una caja de sorpresas, Enrico. Pero Federico era tan bueno que nunca me lo hubiera imaginado.

—No te fíes nunca de nadie, Maruja. Eres muy buena y la gente no lo es tanto como tú te crees. Hay muchos lobos en el mundo con

disfraces de ovejas y a esos es muy difícil verlos venir.

—Muchas gracias por ser nuestro amigo, Enrico. No sé qué hubiéramos hecho sin ti.

—No se merecen y ahora a seguir trabajando. Alegra esa cara, mujer.

—Es muy complicado concentrarse en el trabajo en estos momentos.

—Debes seguir peleando por tu hija y por todo lo que habéis construido. A Federico no le gustaría que te rindieras.

—Tienes razón, amigo mío.

CAPÍTULO XVIII
LA CENA

I

El servicio se había hecho bastante largo. Toño y Sergio no pudieron centrarse en la investigación que llevaban entre las manos junto a la Guardia Civil. Era lo que tenía hacer las cosas en los ratos donde no salía ningún servicio. Ese día se había celebrado una prueba deportiva y Sergio tuvo que mantenerse vigilante en un cruce sin poder moverse. Al finalizar, quiso llamar a Manolo para tomar una cerveza o a Ricky, pero la cosa estaba todavía un poco tirante. Más con Ricky, que poseía un carácter un poco fuerte. Así que lo mejor que podía hacer era ir a casa, pegarse una buena ducha, prepararse algún bocata y poner la televisión. Echaba de menos las cenas preparadas que le dejaba su madre cuando vivía con ella y poder charlar con alguien cuando llegaba a casa. Ahora la única que le esperaba era Melisa, la gata angora que se había comprado para que le hiciera compañía.

Al entrar en la vivienda, Sergio notó algo raro. Al principio no lo supo distinguir, pero luego su olfato se puso de acuerdo con su mente y le vino la imagen de Trinidad a la cabeza. Olía su perfume. Se estaba volviendo loco ante su silencio en los últimos días: sin llamadas, sin su presencia. Igual estaba enfadada por la visita al cuartel.

A Sergio le resultó curioso que la gata no se acercara a la puerta a recibirlo; siempre lo hacía en cuanto sentía su mera presencia. Sin embargo, escuchó sus maullidos de satisfacción provenientes del comedor. ¿En que estaría entretenida aquella pillina para que ese día prefiriera hacer lo que estuviera haciendo? El policía se acercó hasta su querida mascota felina y se quedó sorprendido ante lo que vieron sus ojos.

—No me habías dicho que tenías una cosa tan bonita en casa. Me voy a poner celosa ante una chica más guapa que yo —dijo la persona que se encontraba dentro de la vivienda, mientras jugaba con la gata en el sofá.

—¿Cómo has entrado? —preguntó asombrando porque no había visto ningún destrozo en la puerta.

—He entrado por la ventana, como las brujitas, pero me he dejado

la escoba en el balcón para no asustarte —respondió riéndose, mientras Sergio no podía evitar dejar de mirarla.

—Pensaba que ya no querías saber nada de mí. Como no me llamas.

—¿Es que me has echado de menos?

—No, para nada. Ni he pensado en ti en estos días. ¿Cuántos han sido sin saber de ti? Doce o trece.

—No seas mentiroso, que no has podido dejar de pensar en mí ni un día.

—No me seas creída —apuntó Sergio antes de que ella soltara a la gata y su boca se juntara con la suya en un beso que se le hizo demasiado corto.

—Como no me has echado de menos, si quieres me voy —dijo haciendo el gesto de levantarse para marcharse.

—No —pidió mientras la abrazaba—. No te vayas.

—No pensaba irme, tonto.

—Si ya lo sé.

—Pero que si quieres lo hago. Te sienta muy bien el uniforme. Y ya sabes que yo no soy muy amiga de los uniformes. Debes ser el único policía que me guste.

—Pues mira qué suerte tengo —Sergio se mostraba feliz teniéndola en aquella habitación—. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a sacarte a cenar. Porque me he imaginado que te ibas a quedar en casa comiéndote un triste bocadillo. ¿Me equivoco?

—No. Pero si quieres nos quedamos y te preparo otro a ti.

—Ni de coña. Tengo ya reservada la mesa en la Gamba Levantina. Ya puedes ponerte guapo que nos vamos.

—Pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Me tienes que decir cómo has conseguido entrar.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque si te contara mi secreto, tendría que matarte —dijo echándose a reír.

—Voy a darme una ducha.

—Si quieres me ducho contigo.

—Tú misma, pero ya sabes que, si te duchas conmigo, igual hoy no cenamos.

—De eso nada. Yo quiero cenar. Y los postres me gustan tomármelos cuando termino de comer, no antes —dijo sonriendo.

Sergio se dirigió a la ducha recordando que no había visto a José cerca, ni a los amigos que llevaba siempre; no podían estar muy lejos, porque ella no se arriesgaba a que la pillaran sola. Y ahí fuera había demasiada gente queriendo obtener el lugar que ella ocupaba ahora.

II

Sergio se arregló lo mejor que pudo y marchó junto a Trinidad por el ascensor. Y como imaginaba, al momento apareció un grupo de cuatro personas entre las cuales estaba José.

—Sergio —dijo a modo de saludo.

—José.

—Hoy voy a ser vuestro acompañante.

—Pues qué bien. Pensaba que era una cena romántica entre los dos.

—Y lo va a ser —recalcó Trini—. Ni te enterarás de que él se encuentra comiendo en otra mesa.

—Joder, Trini. Llevas más escoltas que el presidente del Gobierno.

—También tengo más enemigos. Pero no te preocupes que esto es una cena para nosotros dos.

Todos montaron en el mismo coche en el que unos días antes los llevó a Cartagena en dirección a uno de los mejores restaurantes de Águilas, situado en el Paseo de Parra. Sergio todavía no lo había visitado, aunque varias veces había pensado en ir. Y ahora era el momento para hacerlo y comprobar si era merecedor de la fama que tenía.

Al local se subía por unas pequeñas escaleras que llevaban hasta una impresionante terraza desde la cual se observaba toda la bahía y que ahora estaba vacía porque el tiempo no acompañaba. Conforme entraron al restaurante, detrás de la barra, un camarero los saludó amablemente. Al momento, se acercó otro, elegantemente vestido, que los guio hacia unas mesas que se encontraba reservadas.

El local no tenía demasiadas mesas ocupadas. Posiblemente porque su precio tampoco estaba al alcance de todo el mundo. Sergio observó al director de un banco con su mujer, al dueño de una empresa agrícola con una chica más joven que él y que no conocía y a… unos ojos llenos de rabia que lo miraban desde una mesa cercana donde estaba cenando acompañada por un tipo vestido con traje, de unos treinta y tantos y con pinta de estirado. Era Raquel, estaba preciosa, como siempre, a pesar de su cara de enfado.

—¡Qué suerte! —exclamó Trinidad—. ¿Aquella no es la payita con la que salías?

—Si te refieres a Raquel, sí que lo es.

—Qué suerte tenemos. Podíamos decirle al camarero que nos junte una mesa junto a ellos y hacer una cenita de parejas. Vamos a sentarnos —pidió mientras se acomodaba en una silla. Al momento, llegó un camarero que tomó nota de las bebidas.

—Sí que es casualidad —comentó Sergio, que miraba de vez en cuando en dirección a Raquel. Ella también lo miraba; se encontraba furiosa por la situación y eso hacía que estuviera todavía más bella de lo que acostumbraba.

—Nosotros a lo nuestro. ¿Cómo vais con la investigación?

—No hemos avanzado mucho. Espero que no te trajera problemas el viajecito que hicimos a Cartagena.

—Para nada.

El camarero llegó con una cubitera de donde sacó una botella, la descorchó con gran parsimonia ante las miradas de los comensales y sirvió a Sergio un poco en la copa mientras lo miraba expectante. El policía se preguntaba por qué aquel tipo no se marchaba de su lado. Resultaba incómodo verlo allí plantado con la botella en la mano sin moverse.

—Tonto, ¿quieres probarlo? Mientras no lo pruebes y des el visto bueno, no se va a ir.

—Ah, perdona —dijo dándole un largo sorbo a la copa—. Está muy bueno.

—Gracias, señor. Ahora les mando al compañero para que les tome nota de la comida.

—Muchas gracias —asintió Trinidad.

En esas, Sergio vio por el rabillo del ojo que Raquel se levantaba de la mesa en dirección al baño. Antes pasó por la mesa de su exnovio. Llevaba un vestido por encima de las rodillas que resaltaba su espléndida figura. Esa figura que tantas veces había acariciado el policía en otros tiempos.

—Buenas noches, Sergio y compañía —dijo marcando mucho la palabra «compañía».

—¿A que te quedaba perfecto el bikini?, ya te dije que mejor que a mí —dijo Trinidad con una sonrisa.

—Parecía hecho para mí —respondió Raquel—. Tenías razón. A mí me quedaba mejor. A ti posiblemente te hubiera resaltado demasiado las caderas.

—No sé yo, ¿tú crees, Sergio, que me hubiera hecho muchas caderas? —preguntó con cierta malicia.

—A mí en vuestros líos no me metáis —sentenció Sergio, intentando escabullirse de aquella conversación que sabía que no iba a terminar nada bien.

—Veo, Sergio —comentó Raquel— que ahora te gustan más rellenitas.

—Oye, guapa. Gorda estará tu madre, porque ya te gustaría a ti tener el cuerpo que tengo yo.

—No, gracias. Ya estoy bien como estoy. Pero que disfrutes de este —dijo señalando a Sergio.

—Ya lo hago, ¿no te dará envidia? —la sonrisa de Trini ponía todavía más nerviosa a Raquel. No era una persona que perdiera fácilmente los papeles, pero ese día estaba a punto de estallar.

—¿Envidia de ti? Ninguna. No me gustaría vivir como vives tú —apostilló Raquel levantando un poco la voz y haciendo que varias personas se quedaran mirando—. Relacionándote con lo peor de la sociedad, metida en todos los chanchullos que puedes y a saber en qué más estás metida.

—Pues mira qué bien. Lo que tienes que hacer es dejarlo en paz. Si ya no estáis juntos, dedícate a tu novio, monina, y que no te preocupe tanto con quién están otros hombres.

—Eso hago, guapa —su voz sonaba un poco enfadada—. Te estás luciendo últimamente, Sergio. Sabía que te relacionabas con gentuza cuando nos conocimos, pero no me esperaba esto.

—Oye, que fuiste tú quien terminó. Yo no tengo que darle explicaciones a nadie. No como tú ¿verdad? —la pregunta se quedó en el aire, recordando que unas semanas antes se había presentado en casa de Sergio.

Raquel miró a Sergio durante unos segundos con una mirada llena de rabia para a continuación darse la vuelta y dirigirse al baño. Pero antes de que diera un par de pasos, el policía escucho la voz de Trinidad dirigiéndose a ella.

—Oye, bonita. Tómate lo que quieras. Esta noche te invito a ti y a tu novio por lo salada que eres.

—Antes me quedo sin cenar —respondió Raquel dándose la vuelta y siguiendo su camino.

—Qué desabría que eres y mira que en Benidorm me caíste muy bien.

—Trini —dijo Sergio mirándola a los ojos—. Déjalo ya.

—No seas aguafiestas, Sergio, que no le he dicho nada a la muñequita. Solo me estoy divirtiendo.

La cena continuó sin ninguna incidencia destacable. La comida, espectacular, y valía cada billete que se pagaba por ella. Después de una botella de vino, cayó otra botella. La sensación de incomodo se fue pasando conforme iban bebiendo. Sergio sentía que se hallaba junto a una mujer increíble, aunque muy peligrosa. Y cerca tenía a otra mujer maravillosa, pero que hacía unos meses había decidido que sus caminos se separaran.

III

Trini y Sergio se dirigieron a casa del policía en el coche que conducía José quien había permanecido en el restaurante sentado en una mesa

junto a un compañero, cenando tranquilamente. Los tres iban en silencio, cada uno pensando en sus cosas. Raquel se había puesto un poco celosa. Sergio pensó que igual todavía seguía sintiendo algo por él porque la reacción que tuvo no fue muy normal para una mujer con sus modales.

Al llegar a la vivienda, el agente escuchó el maullido de Melisa que esperaba junto a la puerta. Cuando entraron, la gata empezó a pasearse rodeando las piernas de los presentes y acariciándose con ellas. José se quedó discretamente fuera, en el interior del vehículo junto al que se situaba otro coche con más personas. Era todo muy romántico, pensó Sergio sarcásticamente.

—Me vas a tener que regalar a la gata, es una preciosidad —comentó Trinidad mientras la acariciaba y esta mansamente se dejaba hacer, maullando y estirándose.

—La gata es como de la familia. No la regalo.

—Que desabrido eres cuando quieres.

—Si tú quieres una, yo te la compro y te la regalo, pero esta no.

—Déjalo. A mí me gusta esta.

—Y si quieres una copa de vino, empiezo una botella, pero te advierto que no está tan bueno como el que hemos tomado antes.

—Sabes que no soy delicada para estas cosas, que yo he tomado de todo —respondió sonriendo—. Y, además, ahora viene lo mejor de la noche.

—¿El qué? —preguntó Sergio haciéndose el interesante.

—Ahora viene el postre. ¿O es que no quieres comer postre? —la cara mostraba una sonrisa de picardía que hacía que la cabeza de Sergio no dejara de pensar en lo que podía venir después.

Llevaba muchos años esperando aquel momento; por fin podía estar con aquella mujer que lo había vuelto loco desde joven. La miró con deseo antes de dirigirse a la cocina para buscar algo para beber. Tuvo que abrir varios armarios porque Sergio no era de tomar vino; el único que tenía era el que te regalan para Navidad. Le quitó el tapón y se dirigió con ella al comedor. Cuando llegó, estaba vacío. Dejó las cosas encima de la mesa y se dispuso a darse la vuelta para buscarla. Cuando la vio aparecer por el pasillo, vestida solamente con una camisa de policía, que extrañamente le resultaba conocida… La llevaba sujeta solo con tres botones, dejando adivinar lo que se encontraba debajo de ella. Estaba arrebatadora con su melena negra rizada cayéndole a la altura de la cintura.

—A ver esa copa —solicitó alegremente mientras se dejaba caer en el sofá.

—Te la pongo ahora mismo —respondió mientras llenaba las dos copas y le ofrecía una.

—Sí que es malo —bromeó después de darle un trago.

—Es un regalo que nos hacen todos los años a la Policía. Como ningún año me la tomo, no sabría decirte.

—Pues eso es que quieren mataros a todos y no saben cómo hacerlo —dijo riéndose—. Sí que os tienen manía.

—¿Tan malo está? —le dio un trago y el licor entró en su garganta, quemándola—. Pues tienes razón, esto no hay quien se lo beba.

—Trae la copa.

Se levantó para dejar la copa en la mesa de centro y se agachó para coger la mía y colocarla al lado de la suya. La visión que apareció ante los ojos de Sergio cuando se inclinó lo dejó con la boca abierta. Era un espectáculo de mujer. Levantó los ojos y vio que Trinidad lo miraba con una sonrisa en la boca.

—¿Te gusta lo que ves?

—Mucho —dijo sin poder articular muchas más palabras

—Y ¿qué estas esperando?, ¿a que te de una invitación de boda?

—No —respondió mientras la besaba y acariciaba aquel cuerpo que no podía quitarse de la cabeza—. Te deseo tanto...

—¿Sí? —preguntó con una voz tan dulce que parecía en ese momento un ángel—. ¿Me deseas?

—No lo sabes bien.

Sergio no podía dejar de mirarla mientras Trinidad se situaba sobre él. Por su cara, la mujer parecía que también lo estaba pasando bien. No sabía ya el tiempo que llevaban haciendo el amor, pero no quería que se acabara nunca.

Del sofá fueron a la cama. Cada rincón del cuerpo de Trinidad era una aventura para Sergio; lo quería recorrer una y mil veces. Había deseado durante tanto tiempo estar con ella que se hubiera quedado así para siempre. ¡Y valía la pena! Valía la pena cada día que había esperado para que llegara aquel instante.

Llegó un momento en el que la pareja ya no podía más; lo que antes era una pasión sin fin ahora se transformó en una sensación de cariño donde sus bocas se juntaban interrumpiendo la conversación que mantenían mientras se abrazaban. Y Sergio se sentía bien con ella a pesar de que sabía que aquello era una auténtica locura: una mafiosa y un policía. ¡Menuda pareja!

De pronto, el teléfono de ella sonó, rompiendo la magia del momento. Se levantó de la cama y paseó por la habitación hablando con alguien mientras Sergio admiraba aquel cuerpo lleno de curvas, un cuerpo que antes había sido suyo. Cuando colgó el teléfono, Trinidad lo miró con una infinita tristeza. Por un momento, ella estaba pensando lo mismo que él. Que era imposible que pudiera funcionar esa extraña pareja.

—Payito, me tengo que ir.

—No te vayas, Trini

—Me ha llamado José. Hay un asunto al que tengo que ir sin falta. Lo siento.

—¿Negocios? —preguntó con cierta tristeza.

—Más o menos. Alguien que me la ha estado jugando en Torrevieja y tengo que hacerle una visita para que no vuelva a hacerlo. Te juro que se me parte el corazón por tener que irme esta noche y dejarlo de esta forma.

—No te preocupes. Lo primero son los negocios. Ya sabes el dicho: el trabajo no puede esperar.

—No es eso, Sergio. Pero tengo que ir. De otra manera, demostraría debilidad. Tú no puedes entenderlo y es mejor así. Pero donde yo estoy no puedo consentir ciertas cosas. Si lo hiciera, me quitarían de en medio enseguida. Te lo recompensaré, te lo prometo —dijo mientras se vestía y daba a Sergio un beso en la boca antes de salir—. Nos veremos pronto, te lo prometo.

—Pues nada Trini, cuando tú quieras —respondió el policía cuando la puerta ya se cerraba a sus espaldas.

Al día siguiente, leyendo el periódico, el policía se encontró una noticia que le llamó sumamente la atención. Estuvo tentando de llamar y preguntar, pero pensó que era mejor no comentar nada. «En qué lío me estoy metiendo, qué estoy haciendo», pensaba Sergio mientras leía lo que habían escrito en la prensa: «Traficante de drogas muerto a balazos en la puerta de su vivienda en Torrevieja. Se desconoce quiénes fueron sus asesinos, pero testigos vieron un coche darse a la fuga con varias personas dentro».

«¿Y si ese era fuera el asunto por el que me había dejado aquella noche?», se preguntaba Sergio. No podía haber otra explicación, tenía que ser ella o alguno de sus hombres. Debía cortar con todo aquello, no podía seguir con una mujer que el día menos pensado acabaría en la cárcel o en el cementerio. Y lo peor de todo, que era capaz de mandar matar a alguien y seguir haciendo su vida normal. Igual ella era capaz, pero Sergio no podía llevar eso sobre su conciencia. Debía zanjar la relación a pesar de que sabía que sentía demasiadas cosas por ella y que le iba a costar demasiado, cuestión que no tenía demasiado clara que pudiera conseguir.

CAPÍTULO XIX
LA CABEZA SE VA

I

Llevaba Sergio dos días sin encontrarse a Raquel por ningún lado. La había llamado a su teléfono durante este tiempo para aclarar lo ocurrido la noche de la cena. Ello lo ignoraba y no le cogía el teléfono. El policía sentía cierta intriga; qué le había pasado por su cabeza para actuar de esa manera.

Al fin, el agente la vio; Raquel se dirigía al Ayuntamiento de Águilas. Cruzaba la Plaza de España y se fijó en que más de un hombre se quedaba mirándola. Llevaba un vestido negro ajustado que le quedaba espectacular y unas enormes gafas negras que cubrían su rostro. Sergio esperó en la puerta para intentar hablar, pero ella intentó esquivarlo.

—Tenemos que hablar, Raquel.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar —dijo sin parar de andar—. Lo tenemos ya todo hablado.

—Pero espera un momento. No creo que, porque pierdas dos minutos conmigo, te pase nada.

—Tengo mucho trabajo —dijo subiendo el primer peldaño de las escaleras del interior del consistorio—. Ahora no puedo hablar.

Sergio observó que las gafas ocultaban un golpe en su cara y se le empezó a encender la sangre pensando que su novio podía haberla golpeado. Ella no era una persona que se dejara intimidar por un hombre, pero tampoco tenía la fuerza suficiente para poder pararlo si es que había sido él. La cogió del brazo y se soltó de manera brusca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con cierta ira.

—Nada que te importe —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Ha sido él? —la cabeza no era capaz de pensar con claridad. Habían estado demasiado tiempo juntos y a él le importaba todavía demasiado para que aquello no le afectara.

—No ha sido él, Sergio. No vayas a hacer algo que te meta en problemas.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Al salir de la bañera me resbalé y me golpeé en la cara —la estaba escuchando y sabía que le estaba mintiendo. Sergio la conocía demasiados años y sabía cuándo no me decía la verdad; en aquella ocasión hubiera jurado que lo estaba haciendo.

—¿Por qué me engañas?

—No te estoy engañando. Pero, aunque lo hiciera, tú y yo ya no somos nada. Así que déjame en paz —reiteró de manera enérgica y recuperando la compostura.

—Ya no somos nada. Tienes razón en parte. Tú has sido muy importante para mí y creo que seguimos siendo amigos.

—Los somos, Sergio. Perdona.

—Pues yo a los amigos no dejo que les pase nada si puedo evitarlo.

—Me di un golpe en la bañera. Eso es todo. No vayas a crearte una historia en tu cabeza donde no hay nada.

—Si te hubiera pegado. ¿Me lo dirías?

Bajó la cabeza durante una décima de segundo, el tiempo suficiente para saber que se sentía humillada y que no quería que nadie conociera la realidad. Nunca reconocería la verdad ante nadie porque no quería que nadie la viera como una persona débil. Ella era una triunfadora y no quería que esa imagen se viera manchada por algo así. En cambio, Sergio solo veía la cara de él en su mente y rumiaba la manera en que se lo iba a hacer pagar. Raquel se debió dar cuenta de lo que pensaba. Eran muchos años juntos…

—No lo hagas —me pidió de pronto.

—¿El qué?

—Lo que estás pensando —dijo muy seria.

—Raquel, no sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien, Sergio. Mis problemas los resuelvo yo. No necesito a ningún caballero que me los solucione. Los caballeros ya se extinguieron hace unos cuantos años.

—Todavía queda alguno suelto.

—¿Quién?, ¿tú? —preguntó mientras sonreía por primera vez en mucho tiempo.

—Yo no. Me conoces bien y yo de caballero tengo poco.

—Pues no hay ninguna damisela en apuros. Así que déjalo pasar, si es que te he importado alguna vez.

—¿Lo dudas? —preguntó sintiéndose mal.

—No. Entonces hazme caso. Solo te puede traer problemas. Déjame a mí que yo lo resuelva a mi manera.

—No sé si podré aguantarme sin partirle la cara si me lo tropiezo en algún lado.

—Por eso no te he cogido el teléfono estos días. Porque te conozco. Tenía la esperanza de no tropezarme contigo.

—Es lo malo que tienen los pueblos chicos que, aunque quieras evitar tropezarte con una persona, al final lo haces.

—Suele pasar, que incluso en los restaurantes te tropiezas con quien no quieres.

—¡Raquel!

—Sigue con ella que hacéis muy buena pareja y a mí me dejas en paz. Y no te metas en los asuntos donde no te han llamado.

Se dio la vuelta y subió las escaleras con gran rapidez sin que el policía pudiera quitar la mirada de ella hasta que desapareció. En ese momento, él sintió un vacío interior; empezaba algo con Trinidad, pero no sabían hasta dónde le podía llevar. Y aquella mujer, Raquel, le importaba demasiado como para dejar aquel asunto en paz. Sabía el lío en que se podría meter, pero le daba absolutamente igual. No podía permitir que ningún desgraciado le pusiera la mano encima.

II

—Cartero comercial. ¿Me abre?

—Si. Espere un momento.

La puerta se abrió dejando paso al edificio donde trabajaba el novio de Raquel. Sergio no podía subir a su despacho y liarse a hostias con él. No porque no tuviera ganas sino porque allí trabajaban más personas y eso hubiera supuesto su ruina. Pero sí podía esperarlo en el aparcamiento del edificio donde tenía su impresionante coche.

La puerta que daba acceso al garaje estaba abierta. Buscó el flamante Mercedes que no tendría más de dos meses entre los coches que se encontraban allí aparcados. No fue demasiado complicado dar con él porque destacaba entre el resto. Aquel tipo manejaba billetes e intentaría joderle la vida a Sergio, aunque antes se la iba a joder él por haber tocado a Raquel. De todos los imbéciles del pueblo había elegido a uno de los más grandes.

Miraba al vehículo mientras esperaba. Los minutos parecían no correr en el reloj. No se sabe por qué lo hizo, pero el agente sacó la navaja que llevaba en el bolsillo y le pinchó las cuatro ruedas del coche. En el fondo, había sido siempre un pinta; se había criado entre lo mejorcito del pueblo. Por eso había caído tan bien en la familia de don Mariano, el principal capo de la droga en Águilas, quien lo había acogido durante un tiempo como un miembro de la familia. Y aunque Sergio sea policía, esas cosas se quedan dentro y a veces le provocan hacer cosas que no son las más adecuadas por la profesión que uno tiene.

Escuchó el ascensor bajar y se agachó detrás del vehículo. No era él. Era una mujer de unos sesenta años que vivía en el edificio y que bajó a meter unas cosas en el maletero del coche. No se dio cuenta de

su presencia. Si hubiera encontrado a alguien en el garaje posiblemente le hubiera dado un infarto a la pobre mujer.

Por un momento, Sergio pensó en qué estaba haciendo allí escondido como un delincuente. Podría haber subido al despacho y haber tenido una conversación con él. Pero no era eso lo que buscaba; era otra cosa. Volvió a oír otra vez el ascensor y de nuevo se agachó. Lo vio aparecer por la puerta, ahora sí, con su pelo engominado, su traje y zapatos caros y con la misma cara de imbécil que ya llevaba dentro de la mente de Sergio cuando pensaba en la manera en la que le iba a golpear.

Cuando el tipo, ya justo a su Mercedes, vio el estado de las ruedas del coche, se puso a gritar desesperadamente.

—¡Hijos de puta! ¿Quién me ha hecho esto?

Sergio salió detrás de él y notó cómo temblaba con el ruido que hizo. Se volvió muy lentamente y cuando vio que era el ex de Raquel, su cara se relajó.

—¿Has sido tú, cabrón? —preguntó visiblemente cabreado.

—Para ser una persona de estudios, menuda boca tienes.

—Te va a caer una buena —dijo de manera prepotente—. Te voy a quitar el traje por lo que has hecho.

—Igual vas a tener que añadir alguna cosa más. Como le vuelvas a poner una mano encima más a Raquel, te la corto.

—Lo que yo haga con mi novia a ti no te importa.

—Ese es el problema —dijo, notando cómo la cabeza se le empezaba a ir—, que sí que me importa lo que le hagas.

—Tú eres el problema de todo. No te acerques más a ella. Por tu culpa tenemos todas las discusiones.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—No sé cómo puede seguir gustándole un patán como tú. Eres una escoria y a ella se ve que eso le pone.

—¡Cierra la boca! —exclamó con ira, mientras en su cabeza sonaban las palabras que había dicho el tipo: «no sé cómo puedes seguir gustándole». Raquel todavía pensaba en él a pesar de que lo había dejado.

—Eres muy chulo. Siempre has ido por la vida de chulo. Pero sin la pistola y la placa no eres nadie. Te voy a joder la vida y a ella le voy a hacer lo que me dé la gana.

Cuando Sergio se dio cuenta de lo que había hecho, el tipejo ya se encontraba en el suelo. Instintivamente y sin poder controlarse, le había pegado un puñetazo en la cara y se encontraba sangrando por la nariz. Se levantó e intento golpear a su rival. Uno de sus puñetazos alcanzó a Sergio en el estómago, lo que hizo que todavía se cabreara ante el dolor que sintió. Respondió volviéndole a golpear en la cara y el novio de Raquel de nuevo cayó al suelo.

—¡Como vuelvas a ponerle una mano encima, te mato! ¿Me has oído?

—Te has buscado la ruina —dijo desde el suelo.

—¿Qué dices? —respondió Sergio acercándose a él mientras se arrastraba por el suelo para alejarse. Parecía un escorpión retrocediendo.

—No me pegues más, por favor.

—Pero ¿has odio lo que te he dicho?

—Sí —dijo desde el suelo lleno de rabia.

—Pues procura que no tenga que volver a buscarte. Y como vuelva a ver a Raquel con un solo rasguño, ya te puedes perder del pueblo porque te voy a buscar.

Tras estas contundentes palabras, el policía abandonó el aparcamiento con sentimientos encontrados. Por un lado, sabía que el estirado se lo merecía por pegar a Raquel. Por otro lado, sabía que aquel tipo intentaría joderle la vida; no iba a parar hasta que lo consiguiera. Sergio había sido un experto en crearse enemigos y ya podía apuntar uno más a su larga lista…

El policía, ya en la calle, respiró el frío aire de ese día, intentando calmarse mientras se marchaba a paso ligero.

III

No tuvieron que pasar demasiadas horas hasta que empezó a cumplir su promesa: le iba a joder la vida. Sergio vio el número de teléfono y ya intuía que había estado en el cuartel para cumplir su amenaza.

—Sergio. Soy María. He preferido llamarte yo antes de que los compañeros.

—Dime, María.

—Tienes que pasarte por el cuartel a declarar.

—¿Sobre qué? —preguntó haciéndose el tonto.

—Ha venido el novio de tu antigua novia a denunciarte porque le has pegado y le has destrozado el coche.

—¿Cuándo ha sido eso? —pregunté como si no lo supiera.

—A las 13:30, cuando salía de su despacho. Pero me imagino que tú también lo sabrás.

—No miró mucho el reloj últimamente.

—Vente antes de que manden a alguien a buscarte.

—Voy ahora mismo.

Por el camino, Sergio pensaba en la excusa que debía poner para escapar de aquel marrón en el que se había metido solito y en el que se volvería a meter como la volviera a tocar. Aparcó el cocho y se encaminó hacia la entrada del cuartel. Cuando se dirigió al guardia de

puertas, observó que se encontraba con alguien conocido que no esperaba encontrar.

—Pollito. Has tardado mucho en aparecer.

—¿Qué haces por aquí, Toño?

—Me llamó María para contarme tus andanzas. Pero ya le he dicho que eso era imposible que a esa hora estabas conmigo.

Sergio lo miró sin saber qué estaba haciendo. Él me lo había buscado y Toño no tenía por qué meterse en un follón mintiendo para que saliera indemne de aquel lío. Al momento, salió el guardia que estaba en la oficina tomando declaración.

—Sergio, puedes pasar.

—Te importa que entre con el compañero. Te lo digo porque como Sergio y yo estábamos juntos en ese momento.

—Pasa y sentaos… ¿Sabes porque estás aquí? —preguntó a Sergio.

—Me han dicho que por lo visto me han denunciado por pegarle a una persona.

—Han interpuesto una denuncia por agresión y por daños.

—¡Eso no es posible! —intervino Toño—, porque a esa hora nos encontrábamos los dos juntos y como no tenga la facultad de estar en dos sitios a la vez.

—Toño, sabes que, si mientes y lo demuestran, estarás cometiendo un delito.

—Compañero, parece mentira que nos conozcamos hace unos años. ¿Cuándo he mentido yo?

Unos golpes en la puerta rompieron la conversación. Detrás de ella apareció la figura del guardia de puertas para comunicar alguna cosa que estaba ocurriendo.

—Tienes aquí a una persona que quiere declarar.

—Que espere como todo el mundo —levantó un poco la voz el agente encargado de tomar la declaración—. ¿No ves que ahora estoy con ellos?

—Es que es la novia del que ha puesto la denuncia. Ya sabes, la concejala. Y quiere pasar ahora.

—No quiero que tengáis enfrentamientos —dijo el guardia de oficina dirigiéndose a Sergio.

—No va a pasar —respondió sorprendido ante la presencia de Raquel.

—Casi que es mejor que salgáis. No quiero que la cosa se complique y que encima te caiga un marrón más grande del que tienes ya.

Detrás de la puerta apareció la figura de Raquel con el mismo traje negro que llevaba puesto por la mañana. Todos se habían quedado mirándola.

—No hace falta que se vayan, pueden escuchar lo que voy a decir.

—Voy a traerle una silla —dijo el guardia.

—Le dejo yo la mía, señora concejala —Toño se levantó ofreciéndole la silla a Raquel que se sentó en ella sin siquiera mirar a Sergio.

—Me han dicho que mi novio le ha puesto una denuncia a Sergio por pegarle.

—En eso estamos. Estoy intentando tomarle declaración… Entonces ¿tú estabas con Sergio? —preguntó el guardia a Toño.

—Yo estaba con él.

—Bien.

—Y yo también estaba con él —añadió Raquel mirando la ventana que daba al patio del cuartel sin hacer demasiado caso a los que allí estaban.

—Como dice la señora concejala, estábamos los tres reunidos —matizó Toño.

—¿Y dónde se encontraban? —preguntó el guardia.

—Hablando de unos asuntos del ayuntamiento —respondió ella—. En la administración siempre tenemos cosas nuevas y se las estaba comentando.

—Entonces, ¿por qué su novio ha denunciado al compañero? ¿Qué motivo puede tener para poner una denuncia falsa?

—Usted sabe que Sergio y yo fuimos novios durante muchos años. A él eso le molesta y le tiene un poco de inquina. Como no sea para hacerle daño, la verdad es que no lo entiendo —su voz, para quien no la conociera, parecía totalmente sincera—. Últimamente cada vez que lo ve se pone fuera de sí.

—¿Y los golpes que lleva en la cara y las ruedas pinchadas? ¿Sabe cómo ha podido suceder?

—No sabría decirle —dijo Raquel quitándose las gafas y mostrando el moratón que llevaba debajo del ojo—. A veces se sufren accidentes como este que llevo yo. Cualquiera podría pensar que me han pegado. Pero ya ve. Ha sido un golpe en la ducha. Igual a él le ha pasado algo parecido y ha querido aprovecharse de la situación para denunciar a Sergio. Vaya usted a saber.

—¿Y todo eso lo firmaría? —volvió a preguntó el guardia.

—En cuanto lo tenga escrito —respondió Raquel volviendo a ponerse las gafas.

—Voy a empezar a escribir y damos esto por zanjado.

Nada más terminar las manifestaciones, Raquel se marchó despidiéndose de todos y sin prestar a Sergio demasiada atención. Luego más tarde se enteró por Toño que María lo había llamado a él y él había hecho lo mismo llamando a Raquel para que supiera lo que había pasado.

IV

Sergio se encontraba ya en su piso, dándole vueltas a la cabeza sobre la decisión tomada por Raquel: había declarado a favor de él y en contra de su novio. Pudiera ser la forma que tenía de devolverle las hostias recibidas. O puede que sintiera algo todavía por Sergio, como decía su novio actual. Y en esas, el teléfono sonó.

—¿Harías lo mismo por mí? —dijo la voz del otro lado.

—Tú sabes que ya lo he hecho. ¿Se te escapa algo a ti de lo que sucede en este pueblo?

—Solo lo que yo quiero que se me escape. Pero si se refiere a ti, intento que no se me escape nada.

—Tienes ojos en todos lados.

—Pues ya sabes. Ten cuidadito con lo que haces, payito.

—Lo tengo.

—¿Está bien ella? —preguntó Trinidad cambiándole el tono de la voz.

—Sí. Con la cara un poco hinchada pero bien.

—Tendrían que córtasela a los que tratan así a las mujeres. —Ella sabía bien de lo que hablaba. En su vida había pasado por todo. Abusos por parte de su familia, maltratos, prostitución. Cualquier otra persona no hubiera conseguido superar aquello, pero ella lo había conseguido y ahora era la mujer más fuerte que el policía conocía. Todas esas cosas, o hunden a una persona o la hacen muy dura, como a ella—. Me he enterado de que ha declarado a tu favor.

—Sí, se presentó en el cuartel.

—¡Ole su coño! Esa no te ha olvidado.

—No digas tonterías, Trinidad.

—Tonto no eres. La escena que montó en el restaurante y ahora esto lo demuestran.

—Yo ya no estoy con ella.

—Y que no se te ocurra porque os saco los ojos a los dos —dijo riéndose al otro lado del teléfono, aunque Sergio sabía que era capaz literalmente de hacerlo—. ¿Sabes que tengo ganas de volver a estar contigo?

—Y yo contigo. ¿Quería preguntarte una cosa?

—Pregunta.

—Lo de Torrevieja ¿fuiste tú? —llevaba ya demasiado tiempo dándole vueltas a la cabeza a aquel asunto.

—Qué romántico eres, hijo. Te estoy hablando de acostarme contigo y me sacas el tema de un muerto.

—¿Pero fuiste tú?

—Sergio, estoy un poco harta de esta vida. Hay cosas que no puedo contarte. Mejor que no preguntes.

—No puedo quitármelo de la cabeza.

—Yo no mato a nadie que no se lo merezca. Si lo hubiera hecho, que no te digo que sea así... Si lo hice, sería porque tenía que ser de esa forma.

—La muerte no es la solución.

—La vida es muy complicada, Sergio. En mi mundo, las cosas no son tan fáciles. Y déjate ya de muertos porque quería visitarte y hacerlo contigo, pero me estas quitando las ganas.

—Es que a veces creo que no te conozco.

—En el fondo sigo siendo la misma que era cuando me conociste cuando éramos unos chiquillos, solo que ahora hay que escarbar un poco para encontrar a esa mujer.

—Sé que lo has pasado mal.

—¿Te importo igual que te importa ella?

—Sí y lo sabes.

—Entonces no le des más vueltas al tema. Te llamo otro día.

Trinidad dejó a Sergio con la palabra en la boca. El policía supo con certeza, aunque no lo hubiese reconocido tajantemente, que la orden de Torrevieja había salido de ella.

CAPÍTULO XX
SUCESOS QUE VAN ATANDO PISTAS

I

Varias personas vestidas de negro forzaron la puerta de uno de los chalés de la zona de El Hornillo. La noche se encontraba avanzada y a esas horas no había ningún movimiento por allí. Muy pocas personas se movían por Águilas a esas horas salvo por alguna urgencia o porque fueran buscadores de la noche; las personas que aprovechaban la oscuridad para cometer sus delitos.

Un coche de Guardia Civil pasó por la puerta en esos momentos, pero no se percató de las personas que estaban dentro de la vivienda que pertenecía a un matrimonio italiano que por suerte no se encontraba allí; se habían marchado unos días antes para hacer un pequeño viaje. Los asaltantes recorrieron todas las estancias, registraron cada rincón de la vivienda sin obtener los resultados deseados. Cuando sus propietarios llegaron, se encontraron toda la ropa tirada por el suelo y todos los cajones abiertos. Nadie escuchó nada, ni vio a las personas que lo hicieron. Pero el matrimonio sabía lo que buscaban. Posiblemente, si se hubieran encontrado esa noche en el chalé, ahora no estarían vivos ninguno de los dos.

A Fazio se le veía intranquilo mientras esperaba en el pequeño cuarto que tenía la Guardia Civil como sala de espera. Miraba a su mujer Evelina y se sentía hundido nada más que de pensar que pudiera pasarle algo. En el fondo, sabía que su amigo tenía razón y que habían dado con ellos. Tal vez, lo mejor que pudieran hacer era marcharse. No quería acabar como el pobre Francesco. El teléfono sonó en su bolsillo. Era el mismo número que unos días antes lo había llamado.

—¿Cómo estáis? —preguntó aquella voz que tanto apreciaba.

—Estamos bien. Si acaso yo estoy peor que Evelina. Ella está muy tranquila. Ya sabes que es dura.

—Te acuerdas de los dos tipos aquellos que estuvieron en el entierro de Francesco.

—Sí, claro que sí. Me fije en cómo nos miraban a todos.

—Pertenecen a la mafia. Estoy convencido de que fueron ellos los que le hicieron eso a nuestro amigo y ahora vienen a por nosotros.

—Si han dado con nosotros, lo vamos a tener complicado para poder escaparnos.

—Es más, amigo. Creo que llevan tiempo entre la población esperando su momento. Pienso, sin temor a equivocarme, que se han ido introduciendo en el pueblo para llevar a cabo su plan y ahora lo están ejecutando.

—Pero ¿cómo es posible que nos hayan encontrado?

—Muy fácil. Francesco era muy bueno y a veces hacía las cosas más con el corazón que con la cabeza. El día que contrató a Basilia cometió un error y cuando apareció esa actriz metida a periodista creo que la mafia supo dónde estabais. ¿No os habéis dado cuenta de que desde entonces han venido demasiados italianos a la zona?

—Puede ser casualidad.

—¿Igual que el robo de tu casa? No, amigo. Lo saben. Y alguien de aquí los está ayudando con todo esto. Te vuelvo a dar el consejo que te di hace poco: márchate. Coge a tu familia y vete. Yo lo voy a hacer muy pronto. Me hubiera gustado seguir por aquí, pero si quiero seguir vivo, me tendré que marchar. Tengo que hacer unas cosas antes, pero en cuanto las tenga solucionadas, me largaré. Y tú tienes que hacer lo mismo. No me gustaría perderte como a Francisco.

Fazio notó que, al otro lado del teléfono, la persona se encontraba llorando. Sabía que lo estaba pasando tan mal como él, aunque siempre demostraba haber tenido más cabeza de los tres. Porque los había metido en todo aquel lio y ahora temía perderlo a él también. Si alguna vez se había arrepentido de haberlo hecho, aquellas dudas se disiparon cuando conoció a su mujer. Si no fuera por aquel maldito robo, nunca hubiera acabado en el circo; solo por eso había valido la pena todo lo sucedido después.

La voz del Guardia Civil diciéndole que ya podían pasar, hizo que tuviera que despedirse apresuradamente de su amigo.

—Hablamos, que me están llamando para entrar.

—Ten cuidado. No quiero perderte también a ti.

—Lo tendré.

Accedieron un pequeño cuarto presidido por dos mesas con sus sillas en donde se encontraba un guardia para tomarles declaración sobre el suceso. A mitad de la manifestación, entró aquella guardia civil que de vez en cuando tomaba café en su heladería: María.

—Fazio, Evelina. ¿Qué os ha pasado?

—Entraron en nuestra casa —comentó Evelina apesadumbrada—. Menos mal que no nos estábamos dentro.

—¿Y se han llevado algo importante? —preguntó intentando recabar información sobre lo que habría en aquella casa que llamara

tanto la atención de unos ladrones.

—Nada de valor. Solo unos papeles —la voz de Evelina sonaba extrañamente tranquila—. Lo registraron todo, pero no se llevaron nada importante.

—Es muy raro y más teniendo cosas de valor en casa. Porque me imagino que las teníais.

—Teníamos joyas y dinero, y no la han tocado. Tampoco es que tuviéramos demasiado en casa.

—Muy extraño —dijo María—. ¿Conocían bien a Federico?

—Era un buen amigo —intervino Fazio que se puso en guardia por lo que pudieran preguntarle.

—¿Cuánto de bueno? —volvió a preguntar María de manera casi insolente.

—Tanto él como Maruja eran muy buenos amigos —apuntó Evelina—. Ya sabe que nacer en un mismo país une bastante. Usted no lo sabrá porque no está fuera de su país.

—Pues os daría un consejo si queréis aceptarlo —la voz de María sonaba seria.

—¿Qué consejo? —preguntó Fazio.

—Os recomendaría que tuvierais cuidado y que, si sabéis algo relativo a la muerte de Federico, como quién pudo ser, lo digáis antes de que sea tarde. Porque la persona que lo hizo ya lleva dos muertes a las espaldas, al menos que sepamos.

—Si supiéramos algo, ya lo hubiéramos dicho —la voz de Fazio sonaba alterada por todos los recuerdos que le venían a la mente—. Queremos más que nadie que se detengan a esos asesinos.

—Estaremos en contacto. Cualquier cosa que recuerden, nos avisan. Ya le habrá dicho el compañero que no hemos encontrado ninguna huella en su vivienda.

—Sí. Lo ha comentado justo cuando ha entrado usted —afirmó Evelina.

Algo allí no estaba del todo claro. Estos dos podrían estar implicados de alguna manera en la muerte de Federico. Los que registraron la casa, seguro que buscaban algo que no habían encontrado; seguramente sería por lo mismo que torturaron a su amigo.

María tenía la sospecha de que volverían a la casa. Por eso descolgó el teléfono y realizó una llamada.

—Quiero un coche camuflado vigilando a estos dos las veinticuatro horas del día. Que no los pierdan de vista porque creo que están metidos en el ajo. Algo tienen que ver en todo este asunto. Si han entrado en su vivienda, no hay que descartar que vuelvan a hacerlo y que se conviertan en las próximas víctimas… Paco —llamó ahora al guardia que estaba tomando la declaración.

—Dígame, cabo.

—Coge este bolígrafo y manda a que analicen las huellas. A ver si hay suerte con mis sospechas.

—Ahora mismo.

II

Marcelo y Lorenzo se encontraban escondidos como si fueran conejos en su madriguera donde tenían todas las comodidades del mundo; Silvio y Lucas les habían facilitado una casa en el campo apartada de todos los curiosos. Sabían que los estaban buscando por las muertes de Federico y por la del brasileño y sabían que tenían que acabar con aquel asunto lo más rápido posible; los jefes se estaban poniendo nerviosos. Cada día se hallaban más cerca de conseguir lo que buscaban, aunque la visita a la casa de Fazio no había dado resultado. Su contacto, la persona que había mandado el gran jefe hacía unos años, les había estado informando de todos los movimientos; hasta el momento todo era en balde. Ellos eran hombres de acción y estar encerrados en aquella vivienda exacerbaba sus nervios. Pronto tendrían que volver a salir, ya se habían enterado de que Fazio había vuelto y si él no poseía los papeles, los tendría su amigo Ángelo. Desconocían el nombre bajo el que se escondía ahora, pero si volvían a actuar contra su amigo, este saldría de su escondite.

Marcelo y Lorenzo debían tener más cuidado porque ahora vigilaban la casa de Fazio las veinticuatro horas del día. Matar a un guardia tampoco es que les preocupara demasiado y no iba a ser peor que los trabajos que ya habían realizado. Se trataba de lograr sus objetivos y escapar a tiempo. Esa noche volverían a actuar y si no pasaba nada raro pronto se acabaría todo. Tenían ganas de volver a su país donde se encontraban protegidos por la familia y no en aquel pueblo de mala muerte donde, si se descuidaban, podían acabar incluso muertos.

Llevaban mucho tiempo detrás de sus objetivos buscándolos por todos lados. Hasta que por fin hacía unos años habían recibido la llamada confirmando su localización. En ese momento pensaron que iban a actuar pronto, pero el gran jefe tenía otros planes. Contaba con personas que seguían al objetivo. El motivo: quería saber quiénes eran los otros dos, porque solo conocía la identidad de uno de ellos. Pero el tiempo fue pasando y los informantes no aportaban más datos…

Pocos meses atrás, el jefe los había llamado a su presencia. Estaban nerviosos porque aquel hombre que tenía metidos sus tentáculos en media Italia y parte de Estados Unidos era una persona despiadada y no sabían que pretendía. Cuando Marcelo y Lorenzo

llegaron ante su impresionante casa, sus guardaespaldas los registraron como si fueran unos simples desconocidos, a pesar de que habían estado en aquel lugar docenas de veces. Podían ser precauciones o simplemente que el jefe tuviera para ellos algún siniestro plan. No creían haberle fallado; con aquel hombre nunca se sabía. Habían oído historias de compañeros que nunca volvieron a ver. Ellos no querían ser los próximos.

Los llevaron ante su presencia en el despacho ostentoso donde solía recibir a sus visitas. Dentro de aquella casa que parecía un castillo, vigilada por decenas de hombres, no se sentían demasiado cómodos. Dos de sus guardaespaldas se quedaron junto a la puerta, de pie.

Un sudor frío empezó a recorrerles todo el cuerpo. Allí estaba elegantemente vestido. El jefe tendría ya los sesenta y algunos años, de entradas prominentes que intentaba disimular peinándose hacía un lado. Vestía con un traje a rayas un tanto estrecho por el volumen que había cogido en los últimos años. Su hijo mayor se encontraba a su lado. Decían que todavía era más cruel que su padre, por lo que cuando heredara el negocio no le iba a temblar el pulso para quitarse de en medio a quien fuera.

—Sentaos, amigos míos —dijo el jefe embozando lo que para él debería ser una sonrisa, pero, para las personas que lo miraban, era una mueca que causaba terror porque conseguía deformar su cara poco expresiva debido a una antigua parálisis facial.

Se sentaron en dos grandes sillas de madera que había frente a la mesa de roble macizo tras la que se situaba el inquisidor.

—Buenos días, jefe —dijo Marcelo—. ¿Qué necesita de nosotros?

—El asunto que llevamos entre manos está empezando a oler mal. Llevo varios años esperando a que las personas que tengo en Águilas me den información nueva para poder actuar. Pero todo sigue igual. Ese maldito Francesco no soltó prenda.

—Le dijimos hace unos años… —la mirada fría de don Carlo hizo que Lorenzo se quedará mudo de miedo.

—Mi paciencia se ha acabado. Traje a Adriano de América para que lo vigilara y me llevara hasta ellos. Pero ni él ni los otros que tengo allí ha conseguido nada. He mandado a una persona de confianza y ahora quiero que actuéis. Me da igual cómo, pero quiero esos malditos papeles de una vez por todas. ¡Quiero resultados!

—Sí, jefe —afirmó Marcelo—. ¿Podemos usar cualquier método?

—Cualquiera siempre que consigáis lo que yo quiero.

—No se preocupe que lo tendrá —respondió Marcelo que pensó en que lo mejor era no disgustar al jefe.

—Eso es lo que quiero oír.

—¿Tendremos apoyo por si las cosas se complican? —preguntó

Lorenzo, arrepintiéndose al momento de haber hablado.

La mirada dura de don Carlo lo atravesó como un hierro caliente mientras cogía un puro cubano de la caja que tenía sobre la mesa y se lo encendía. Le dio un par de caladas y echó el humo al aire.

—Coged un puro —dijo amablemente mientras les ofrecía la caja.

Los dos aceptaron con un poco de temor; se miraron de reojo. Tanta cordialidad no era propia de él. De pronto, don Carlo cogió el mechero y dio la vuelta a la mesa. Le encendió el puro a Marcelo que le dio una gran calada. Era un auténtico habano traído de Cuba expresamente para el jefe.

—¡Los mejores! —exclamó don Carlo.

—Sin duda, don Carlo.

Acto seguido, se dio la vuelta con su puro en la boca y su media sonrisa de pez muerto. Cogió el mechero para darle fuego a Lorenzo y ante la estupefacta mirada de este le cogió la mano y lo encendió. El olor a carne empezó a impregnar la habitación. Lorenzo rabiaba de dolor; quería apartar la mano para evitar más sufrimiento, pero sabía que eso podía costarle la vida. Gritó. Ya no era capaz de soportarlo por más tiempo...

—¡No vuelvas a hablar más! —exclamó don Carlo soltándole la mano para de inmediato encenderle el puro—. Todo está previsto.

—Perdone, don Carlo —gimoteó Lorenzo.

—Si todo va bien, os recompensaré como merecéis.

—Muchas gracias, don Carlo —tragó saliva Marcelo pensando en lo que podía pasar en caso contrario.

—Pero si falláis... —dejó la palabra en el aire el hijo de Don Carlo que no había hablado hasta ahora.

—No le fallaremos, no se preocupe. Tendrá lo que quiere —habló Marcelo.

Salieron de aquella casa sabiendo que ahora más que nunca tenían que terminar aquel maldito trabajo que le habían encargado.

III

Toño llevaba muchos días dándole vueltas a la cabeza. No había recibido ninguna llamada de Sonia ni él tampoco la había realizado. Aun así, estaba deseando verla. Finalmente, a media tarde cogió el coche y se dirigió por el campo hacia la vivienda de ella. Al llegar, vio los dos coches que ella utilizaba para bajar a la población. Pero junto a ellos, un Peugeot de color negro que no le sonaba de nada. Igual la iba a pillar en mal momento, quizás tuviese compañía. Le pareció ver, durante un instante, la figura de un hombre detrás de las cortinas que desapareció al momento. Pensó que igual se había hecho ilusiones y

que aquella mujer salía con otra persona. Por un momento estuvo tentado en dar la vuelta y marcharse. Pero quería saber lo que pasaba allí dentro; podían tratarse de los que asaltaron el chalé.

Toño se acercó con precaución y miró por una de las ventanas. Solo vio a la criada que estaba tranquilamente limpiando, así que se decidió a tocar la puerta. Al momento, apareció la mujer con un gesto de preocupación en la cara.

—Buenas tardes, señor.

—Hola, buenas tardes. ¿Está la señora?

—Sí, señor. Se encuentra trabajando en su despacho. Si se espera un momento en el salón, la llamo.

—Sí, claro. La espero.

Observó que sobre la mesa de la terraza había una botella con tres vasos a los que todavía le quedaba algún líquido. Sonia debía haber tenido alguna visita reciente. Escuchó un ruido de pasos y se quedó mirando la entrada del comedor por donde apareció la figura de ella con un elegante vestido blando y cinturón a la cintura. Estaba esplendida como siempre. Parecía salida de una película.

—*Buona sera*, Toño —dijo luciendo una sonrisa.

—Buenas tardes, Sonia. He venido para saber cómo te encuentras. Como no nos hemos visto desde que te pasó todo aquello.

—*Scusare*, Toño. Perdón, Toño. Me sale el italiano sin querer.

—No te preocupes. A mí me encanta tu italiano —dijo Toño sonriendo—. ¿No te habré pillado en mal momento? Me ha parecido que tenías visita.

—No, para nada. Me encuentro muy sola y me alegro mucho de tu visita —respondió con una sonrisa—. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza me vendría bien.

—¿No quieres algo más fuerte?

—Pues un whisky cola me vendría todavía mejor, si no es mucha molestia.

—Ponte cómodo que en un momento te lo traigo —señaló mientras le echaba una mirada seductora.

Sus pasos se alejaron durante unos minutos que a Toño le parecieron eternos hasta que volvió con un vaso lleno y una copa de vino. Se lo ofreció a Toño y se sentó a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Toño—. Te veo un poco nerviosa.

—Con muchas preocupaciones en mi cabeza. Pero todo bien, Toño.

—He pensado mucho en ti estos días. Estás muy guapa. Aunque me imagino que eso te lo dirán todos los días.

—Ya no tanto como antes —respondió dejando caer la palabra de manera suave—. Me estoy haciendo mayor.

—Que vas a estar mayor, estás estupenda. Espero que no te moleste que te diga lo preciosa que eres.

—No, para nada, me encanta que me lo digas. Ya no lo escucho demasiado.

—No me lo puedo creer porque estas estupenda. Seguro que tendrás un montón de pretendientes.

—No te creas. Soy muy mayor ya y no se fijan en mí.

—Pero qué dices, mujer. ¿Tú te miras en los espejos? Porque yo lo que veo es a una mujer muy atractiva.

—Será porque me miras con buenos ojos —dijo sonriendo mientras se apartaba un mechón de pelo de la frente.

A Toño la cabeza le empezaba a pesar. No había bebido tanto para sentirse así; un simple cubata no podía tumbarlo de esa manera. De pronto, notó la boca de ella besando la suya. Igual todo se debía a que se encontraba embriagado por su belleza. Quería seguir besando aquellos labios gruesos que tanto le gustaban, pero los ojos se le cerraban.

—¿Te ocurre algo, mi amor? —su voz sonaba de repente tan lejana que le costaba seguir su conversación.

—No me encuentro bien —consiguió articular. Le había llamado amor. Pero ¿qué le estaba pasando?, ¿por qué se sentía tan cansado de pronto?

—Duerme, cariño. Y perdóname —fueron las últimas palabras que escuchó.

Los ojos se le cerraron y su mente se fue apagando con la idea de que Sonia le había echado algo en la bebida. Ya no fue capaz de ver nada. El mundo se convirtió en un lugar negro donde la oscuridad lo presidía todo. Por la puerta del comedor aparecieron dos tipos con las armas en la mano. Eran Marcelo y Lorenzo que se encontraban dentro de la casa.

—Hay que matarlo y deshacerse de él —dijo Lorenzo.

—No lo matéis, por favor —imploró Sonia para que no lo hicieran.

—Don Carlo no quiere más errores. Y este se está acercando demasiado —la voz de Lorenzo sonaba amenazante—. No podemos dejarlo que siga suelto y lo descubra todo.

—Pero igual os vale más vivo que muerto —matizó Sonia, intentando que recapacitaran—. Mientras lo tengáis vivo, sus compañeros se lo pensaran antes de haceros algo.

—Sonia tiene razón —añadió Marcelo—. Va a ser un engorro, pero este tipo puede ser nuestro seguro de vida.

—Si alguien te pregunta —dijo Lorenzo—, no lo has visto.

—Lo sé —respondió Sonia—. Bastantes problemas tengo yo como para tener más.

—Ya sabes que don Carlo no perdona a los que lo traicionan —la

voz de Marcelo sonaba amenazante.

—No voy a decir nada. Ya lo sabes. Le debo demasiado a don Carlo.

—Recuérdalo bien si alguien viene.

—¿Tu criada hablará? —preguntó Lorenzo mientras le lanzaba una mirada a la mujer que en ese momento pasaba por allí.

—Ella no dirá nada. Os tiene demasiado miedo y sabe que, si habla, lo que le espera es la muerte.

—Déjaselo claro, por si se le olvida —sonó la voz de Marcelo.

—Lo haré. Pero, por favor, marchaos de esta casa —imploró

—¿No tienes miedo, Sonia? Antes no nos lo tenías. Incluso te gustaba jugar con nosotros cuando el viejo no se enteraba. Te gustaba que todos te deseáramos.

—¡Eso es mentira! —exclamó furiosa.

—No seas tan arisca, mujer. La edad te está cambiando. Antes eras más dulce.

—Contigo, nunca. Siempre me has dado asco.

Un gesto de repugnancia recorrió el rostro de aquella mujer solo de pensar en las palabras de Lorenzo. Se acordó de cuando tuvo que abofetearlo un día en su casa. El italiano la visitaba en esos tiempos con el fin de protegerla porque ella era una de las muchas amiguitas que don Carlo tenía en aquellos años. Aunque Sonia eso no lo sabía; pensaba que él la quería y que abandonaría a su mujer por ella.

La actriz se había pasado años intentando olvidar aquello. Entonces era joven y quería llegar a ser alguien; le había prometido que don Carlo la haría llegar muy lejos. Y cumplió su palabra. La lanzó al estrellato, aunque no llegaron a casarse. Él nunca dejó a su mujer y cuando se aburrió de ella, porque llegaron otras más jóvenes, la abandonó a su suerte. Y desde entonces, Sonia vivía mucho más tranquila, pero sin los grandes proyectos cinematográficos que antes tenía e incluso rechazaba por no poder compatibilizarlos.

Aquel día venían de una de las fiestas privadas que don Carlo organizaba en una de sus casas con sus amiguitos. Mientras la acariciaba y la besaba delante de todo el mundo para que todos vieran que la gran estrella del cine italiano era suya, Sonia notó cómo Lorenzo la miraba con lujuria. Aquel hombre le daba asco. Cuando llegaron a casa, el italiano la empezó a sobar; sentía su aliento apestoso sobre ella, sus manos que se deslizaban por su cuerpo acariciándole los pechos. Sonia gritó, pero él parecía más excitado todavía. Le abofeteó con todas sus fuerzas y este retrocedió un poco. Todavía recordaba sus palabras. Nunca se le olvidarían.

—¿Te crees mejor que yo, zorra?

—Si vuelves a hacerlo, se lo diré a Carlo y serás hombre muerto.

—Díselo. A él ya no le importas una mierda.

—Eso es mentira. Él me quiere.

—Pero qué tonta que eres —dijo riéndose malvadamente—. Él mismo me ha dado permiso. Tú ya eres vieja para él. Le gustan más jóvenes que tú.

—No puede ser. Eso no es verdad. Él me ama.

—No ama a nadie. Si acaso a su mujer. Pero nunca la dejaría por una puta como tú —dijo mientras la volvía a coger de la cintura y la atraía hacia él para seguir acariciándola.

Aquellas palabras se quedaron clavadas para siempre en su corazón. Luego Sonia estuvo con otros hombres, pero de ninguno llegó por completo a enamorarse; una manera de no encontrarse sola. Sin embargo, por este policía, Toño, había empezado a sentir algo que no podía controlar, por más que lo había intentado con todas sus fuerzas. No quería que le hicieran nada, pero no sabía cómo evitarlo.

Cuando unos años antes don Carlo se puso en contacto con ella y le dijo que quería que fuera a Águilas a investigar aquel asunto, no le hizo ninguna gracia verse implicada otra vez en sus asuntos. Pero no podía negarse. Sabía lo que estaba en juego y que a ellos nunca se le puede decir que no…

Sonia vio cómo ataban a Toño y lo amordazaban para meterlo en el maletero del coche. Iban a cargárselo. Ella intervino para pedir que la dejaran a ella actuar. Le echó en la bebida tal cantidad de sedantes que hubieran sido capaz de dormir a un elefante. Y ahora su vida dependía de aquellos dos matones sin escrúpulos, que si se veían perdidos no dudarían en quitárselo de encima.

CAPÍTULO XXI
BUSCANDO A TOÑO

I

Esa mañana el cabo Labores tenía una sensación extraña. No sabía bien a qué se debía, pero se había pasado la noche en vela. Igual era por la cantidad de cafés que se tomaba al cabo del día. Su mujer le había preguntado en numerosas ocasiones, pero siempre evitaba decirle la verdad. Y esta era que estaba preocupado. Desde que tuvo que entrar a jugarse la vida para salvar a Sergio, el sueño se le había alterado. Él no era un hombre de acción, era un tipo tranquilo, y ese día su vida corrió peligro. Cuando por fin parecía que su vida había vuelto a la tranquilidad este maldito asunto le volvía a quitar el sueño. Prefería no preguntar demasiado cuando veía a Toño, Sergio y a los otros; sabía que estaban todos metidos en aquel maldito tema.

Los reunió a todos en una pequeña sala donde realizaban aquellas reuniones improvisadas para repartir el servicio. Allí estaban Dani, Ana, Manolo, Ricky y Sergio, pero no Toño y eso era muy raro. No solía faltar al trabajo y si alguna vez lo hacía, avisaba antes.

—¿Alguien sabe dónde está Toño? —preguntó con tono malhumorado.

—Igual se ha dormido el caimán —dijo Dani coreado por la risa de todos los que estaban allí.

—¡Patricio! —gritó el cabo—. Patricio, ¿es que no me escuchas?

Patricio asomó su cabeza por el hueco de las escaleras para no tener que estar a gritos con el cabo

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Ha llamado Toño diciendo que llegaba tarde o que se encontraba malo?

—No ha llamado nadie.

—Igual ha ido a ver a la italiana y se ha quedado dormido —dijo Ana sonriendo—. Ya sabes que le tiene ganas a esa tía e igual la noche se le ha alargado más de la cuenta. Ya sabéis la fama que tiene.

—¡Patricio! —volvió a gritar el cabo.

—Dime —dijo Patricio volviendo a asomar por el hueco

—Llama a Toño y dile que mueva su culo y que se venga inmediatamente para el cuartel.

—Sí, cabo —respondió la ronca voz de Patricio el agente de puertas—. Vamos a llamarlo.

—Mientras viene Toño, vais a hacer pareja Ricky y Sergio, Manolo y…

—Cabo —se escuchó la voz de Ricky desde el lado contrario de la mesa donde se encontraba sentado Sergio.

—Dime.

—Si no le importa, me puede poner con otro —dijo mientras miraba a Sergio.

—¿Ocurre algo? —preguntó el cabo Labores—. Porque si hay algún problema, se habla. No quiero tonterías en este turno.

—Nada, simplemente que, si no le importa, póngame hoy con otro compañero que por lo menos me cuente las cosas que pasan y no esté guardando secretos.

—Joder, Ricky. Ya estamos otra vez con lo mismo —protestó Sergio—. Ya os dije por qué no os lo conté.

—Vuestros líos me importan una mierda mientras el servicio no se vea alterado. ¿Comprendido? —dijo la voz seria del cabo.

—Comprendido —afirmó Sergio.

—Bueno, como iba diciendo, hoy van a ir Manolo y Dani, Ricky y Ana. ¿Te parece bien así, Ricky, o quieres hacer tú las parejas?

—Me parece bien, cabo.

—Y mientras no venga Toño, haremos pareja Sergio y yo.

—Cabo —se escuchó la voz de Patricio—. Toño no coge el teléfono. Lo he llamado varias veces y no contesta.

—Es muy raro —dijo Manolo—. Este viene hasta con fiebre. Que anda que no se ha corrido fiestas y al día siguiente lo teníamos aquí como si viniera de dormir toda la noche.

—Sí que es raro. Algo tiene que pasarle para que no coja ni siquiera el teléfono —añadió Sergio un poco intranquilo.

—Llama a la casa de sus padres, Patricio, para ver si está allí —levantó la voz el cabo Labores.

—No cogen el teléfono, cabo. Ya sabe que son mayores y a estas horas igual están durmiendo todavía.

—Venga. A empezar el servicio —despidió la improvisada reunión con cierta preocupación ante la extraña ausencia de Toño.

Todos fueron abandonando la habitación, pensativos, pero sin dar demasiada importancia al asunto. Igual Toño se había corrido una fiesta la noche anterior y esa mañana estaba en la cama de alguna mujer. Desde la separación llevaba unos años desatado, tirándole a todo lo que se le ponía por delante. No obstante, siempre cumplía con

sus obligaciones y era de los primeros en entrar al servicio y de los últimos en irse.

El coche del cabo en vez de dirigirse a la zona centro, donde solía ir a tomar café, se encaminó en sentido contrario hacía la zona de los molinos. Eran calles estrechas y por muchas no se podía circular en coche. Allí arriba no había ningún bar.

—¿Dónde vamos a tomar café? —preguntó Sergio—. Porque por estas callejuelas no conozco que hayan montado ningún negocio.

—No vamos a ningún bar. Vamos a casa de Toño para ver qué es lo que está pasando — se veía en su cara que se encontraba preocupado. Sabía perfectamente que el peligro se cernía sobre los policías desde el asesinato del pizzero y más cuando supieron lo del robo banco en Italia, con la mafia implicada. El cabo Labores tenía muy claro que no dudarían en quitar de en medio a ningún policía que se pusiera en su camino.

—Me parece bien. Lo he estado llamando y no me ha cogido el móvil; apagado o fuera de cobertura. Estoy preocupado por si le hubiese pasado algo.

—Es muy raro. Este hombre tendrá sus cosas, pero formal para venir a trabajar es como él solo.

—No he querido comentar nada delante de los compañeros, pero ayer me dijo que iba a visitar a la italiana. Si no está en su casa igual deberíamos pasarnos por la de ella.

—Si no está, te coges a Manolo y Dani y os acercáis. Yo tengo que ver unas cosas por el ayuntamiento con el alcalde y no puedo ir. Pero quiero que me tengas informado.

—Lo que tú mandes, Pepe.

Conforme subían hacia El Molino las calles se iban estrechando. A esas horas no se veía demasiada gente por la calle. El sol empezaba a asomar por el horizonte cuando el coche llegó a una casa blanca con poca fachada que se encontraba en la parte alta. Desde aquel lugar se divisaba gran parte del pueblo. El cabo tocó en la puerta de la vivienda y pasados unos cinco minutos se dejó ver la figura de un hombre que rondaría los setenta y tantos años; delgado, con un fino bigote en la cara y mechón de pelo ondulado que caía sobre su frente. Era la viva imagen de Toño con unos cuantos años más. Llevaba puesto un pijama de invierno con sus correspondientes zapatillas. Se podría deducir que había saltado de la cama al oír el ruido de los golpes contra la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre alarmado—. ¿Le ha pasado algo a Antonio?

Se hizo extraño a los policías escuchar a aquel nombre. Posiblemente era una de las pocas personas que lo llamaba así. Desde pequeño empezaron a llamarlo Toño en la escuela y con ese nombre se

quedó.

—Es lo que tratamos de averiguar —dijo el cabo—. ¿Sabe si ha dormido esta noche en casa?

—Yo cuando me acosté no había venido todavía, pero me imagino que estará en su habitación. Pasen ustedes que voy a despertar a este gandul.

Los policías se quedaron en el pasillo que daba entrada a la vivienda, el cual se encontraba lleno de pequeñas fotografías del pueblo. Vieron que el hombre desaparecía en un pequeño patio que daba a la habitación de su hijo. Se olía a humedad dentro de las paredes de aquella casa. Posiblemente provenía del agua que se filtraba a través del cabezo que tenía detrás. Muchas de aquellas casas solían tener problemas de filtraciones. Momentos después el hombre volvió a aparecer con el semblante serio.

—No está en casa. Esta noche no ha venido por aquí. Tiene la cama sin destapar. Mi hijo no suele hacer estas cosas. ¿Puede haberle pasado algo?

—No, no. Seguro que estará con alguna chica. No se preocupe. Ayer mismo me dijo que iba a visitar una. Ya sabe que desde que se divorció anda un poco perdido —las palabras de Sergio salían de su boca sin mucho convencimiento con el fin de intentar que el hombre no se preocupara—. Igual se ha entretenido más de la cuenta.

—Voy a despertar a mi mujer para decírselo, la pobre se va a intranquilizar mucho.

—No le diga nada, hombre —afirmó el cabo mostrando una de sus sonrisas—. Ya lo buscamos nosotros y en cuanto lo encontremos se lo decimos. Este Toño es un juerguista. Ya lo conoce usted que es su padre.

—Dígale cuando lo vean que nos llame. Este hijo nuestro va a acabar con nosotros. Mira que dejar a una mujer tan buena como la que tenía para estar ahora persiguiendo todas las faldas que se le ponen por delante.

—En cuanto lo veamos, le decimos que lo llame. Usted no se preocupe —siguió hablando el cabo para calmarlo—. Vamos a buscarlo a la casa de esa mujer.

—Llámennos, por favor.

—Claro que sí —sentenció Sergio—. En cuanto lo encontremos se lo decimos.

Cuando regresaron al coche, los policías divagaban sobre lo raro que era todo. Mientras descendían con el coche por aquella carretera, ninguno de los dos se atrevió a exteriorizar sus pensamientos; pero la preocupación de antes se había acentuado aún más.

—Sergio.

—Dime, Pepe.

—Búscalo y encuéntralo. Esto no me gusta nada.

—Lo encontraré.

—Alguien le ha tenido que hacer algo.

—Esperemos que te equivoques, Pepe —respondió Sergio a pesar de que sabía que posiblemente tenía razón toda la razón.

II

Habían conducido los dos coches hasta el nuevo escondite que le habían preparado; una pequeña nave de teja que en otros tiempos había servido para guardar ganado, alejada de las miradas curiosas de la gente. No sabían qué hacer con aquel policía. Su sentido común les decía que lo mejor era matarlo y quitarse ese marrón de encima porque ahora iban a necesitar a una persona que se encargara de vigilarlo. Eso no suponía ningún problema porque Lucas buscaría a uno de los hombres de don Carlo. Aunque igual aquella mujer tenía razón y era mejor dejarlo con vida por si pudieran utilizarlo como moneda de cambio.

Toño se había despertado y se encontraba dentro del coche dándole patadas al maletero. Se hubieran bajado y le hubieran pegado un tiro allí mismo, pero no podían. Llamaron a Lucas comunicándole que le mandara a alguien. Cuando llegaron al lugar, allí esperaba un tipo joven junto a una motocicleta. Prepararon sus pistolas, aunque pronto se dieron cuenta de que se trataba del que debería vigilar al policía.

—Buenas, chicos —dijo a modo de saludo—. Me manda Lucas. ¿Dónde está el paquete?

—Va en el maletero —afirmó Marcelo—. El gato se encuentra rabioso, así que ten cuidado. Tápate la cara para que no te reconozca.

Abrieron el maletero y allí se encontraba Toño atado de pies y manos y con una cinta en la boca. Lo cogieron entre todos para sacarlo ante la oposición del policía. Con los dos pies consiguió darle una patada a Marcelo que salió despedido un par de metros. Finalmente, lograron dominarlo y le propinaron unos cuantos golpes para que se calmara.

—Estate quieto —advirtió Marcelo lleno de rabia—. No me des la alegría de tener que vaciar el cargador en tu cuerpo. No te pienses que me lo voy a pensar demasiado.

—No lo mates todavía —escuchó la voz de Lorenzo mientras lo arrastraban hacia el interior de aquel lugar—. Ahora mismo vale más vivo que muerto.

—Coge los coches y escóndelos —le comentó Marcelo a la tercera persona que permanecía en un segundo plano.

Por la cabeza de Toño pasaba la idea de su muerte. No creía que pudiera salir vivo de aquella situación y todo por imbécil, por enamorarse de una persona que lo había cegado por completo. Porque ya era consciente de que Sonia estaba metida en todo aquel asunto, aunque no sabía por qué. Le había echado algo en la bebida para que perdiera el sentido. No se lo había esperado. Estaba tan confiado... Y ahora estaba seguro de que viviría sus últimos días en la tierra. Se le ocurrían mejores maneras de pasarlos; en este caso no podía elegir. Así que, salvo que sucediera un milagro, lo tendría complicado para salir de todo aquello. Sus compañeros lo echarían de menos. Pero la pregunta era si tendrían el tiempo suficiente y la sagacidad para poder dar con él. Nunca se había visto en una situación tan complicada como la que tenía delante. Debería esperar una pequeña oportunidad si es que esta se presentaba para intentar escapar.

Los italianos lo arrastraron hacia el interior de un corral de ganado. El ambiente estaba aún impregnado por el olor de estos animales. En un lado, Toño vio balas de paja apiladas, por lo que imaginó que todavía lo seguían utilizando. Ya dentro, le colocaron una cadena que se encontraba cogida a un poster de hierro y le quitaron la mordaza.

—Si estás pensando en gritar, puedes hacerlo —dijo Lorenzo—. Aquí nadie te va a escuchar.

—¡Mis compañeros darán conmigo y os pillarán!

—Lo dudo mucho, pero si eso ocurriera, igual te encontrarán muerto —respondió riéndose Lorenzo.

—¿Ella está metida en todo este asunto?

—¿Te gusta la vieja? —preguntó entre risas Lorenzo.

—¡Y a ti qué te importa, cabrón! —gritó lleno de rabia Toño.

—Hubo un tiempo en el que estaba muy buena. Ahora, para la edad que tiene, no está mal. Pero es por todos los retoques que lleva en su cuerpo. Aunque te confieso que yo todavía me la tiraba.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? No entiendo qué pinta ella en todo esto.

—Te lo voy a decir porque seguramente no vas a poder contárselo nunca a nadie. ¿Sabes quién es don Carlo?

—Sí. Un asesino entre otras cosas.

La mano de Lorenzo se levantó y la dejo caer sobre la cara de Toño propinándole un par de bofetadas que hicieron que su nariz sangrara.

—No vuelvas a hablar así nunca más del jefe. Como te decía, don Carlo, que es una de las personas más importantes de Italia, estaba casado, pero se enamoró de Raffaella. ¿También sabrás quién es? Me imagino.

—Si es la que pienso, sí.

—Raffaella, que por aquel entonces empezaba a tener un gran éxito, no quiso saber nada de él. Lleno de rabia, se propuso buscar a una chica y convertirla en tan famosa o más que la propia Raffaella. Pensó en usar su dinero y sus influencias para lanzarla al estrellato y hundir la carrera de la otra por rechazarlo. Y ahí aparece tu amiga, que por aquel tiempo empezaba como cantante. La cambió por completo para que fuera parecida a Raffaella. Y entre tú y yo, lo consiguió y si es posible hasta la mejoró. Luego usó sus influencias y la introdujo en varias películas y le grabó varios discos. La popularidad de Sonia creció como la espuma. Consiguió igualar la fama de Raffaella. Pero el problema es que Sonia se enamoró del jefe y empezó a pedir un sitio en su mesa y no solo en su cama. Y cuando eso paso, se la quitó de encima.

—Menudo cabrón —apostilló Toño—. Aprovecharse así de la chica.

—Y menuda puta tu amiga por aceptar todo eso, ¿no crees? ¿O que piensas que ella no sabía con quién se acostaba? Lo hizo para hacerse famosa. Y la zorra lo consiguió.

—No vuelvas a hablar así de ella.

—Eres más tonto de lo que aparentas. Te has enamorado de ella como un imbécil.

—Si estuviera suelto te demostraría lo tonto que soy. Pero por suerte para ti, no voy a poder demostrártelo hoy. Aunque ya tendremos otra oportunidad de arreglar nuestras cosas.

—Va a ser que no, vaquero… El resto ya lo sabes. Tu amiga empezó a tener menos éxito. No porque el jefe hablara con nadie sino porque ya tenía que demostrar su talento. Y ella de talento interpretativo va algo justa. Empezó a hacer películas menos importantes. Algunos *spaguetti westerns* y cosas de ese tipo. Cuando se metió en los cuarenta y tantos ya no le salían ni esos papeles. Trabajó en varias películas donde salía ligerita de ropa. No sé si las llegaste a ver...

—Sí, algunas he visto.

—Eran muy malas. Todos las veíamos por el morbo de ver a Sonia enseñando las tetas.

—Todos tenemos altibajos en nuestros trabajos.

—Y cuando se dio cuenta de que su carrera iba cuesta abajo y sin frenos empezó a escribir y a salir en la televisión. Habló con don Carlo y este, por los viejos tiempos, le echó un cable y le consiguió un programa de televisión. Y ya sabes lo que pasa cuando te hacen favores.

—Que hay que pagarlos, tarde o temprano.

—¡Bingo! Pues ya sabes por qué ella está metida en todo esto.

—Me engañó bien.

—Dale las gracias de que no estés muerto. Si no hubiera sido por ella, ya estarías bajo tierra. No quiso que te liquidáramos.

—Si salgo de esta, encima se lo tendré que agradecer —toda la ira que tenía salía en ese momento por la boca de Toño sin poder controlarla.

—Tú mismo. Pero creo que, si te matamos, ella lo iba a sentir —dijo riéndose mientras dejaba a Toño sumido en sus pensamientos—. Me parece a mí que le gustas.

III

Sergio había dejado al cabo Labores en la puerta del Ayuntamiento de Águilas. Todavía no era el momento de ponerlo en conocimiento de la Guardia Civil porque no sabían lo que había ocurrido. Antes había hablado por la emisora con Manolo para quedar en el cuartel para salir en dirección a la casa de la tal Sonia. Esa mujer escondía algo y tenían que comprobar si Toño había estado el día anterior con ella. Patricio, mientras tanto, estaba llamaba a todas las personas que lo conocían por si lo hubiesen visto en las últimas horas. Pero los resultados eran negativos. Se había hecho gota de agua y nadie sabía nada de él.

—¿Tú crees que le ha pasado algo? —preguntó Manolo a Sergio, sacándole de sus pensamientos.

—Algo tiene que haber pasado porque esto no es normal en Toño. Puede ser muchas cosas, pero profesional en su trabajo como el primero. Y si hubiera faltado por algún motivo, hubiera llamado.

—¿No se lo habrán cargado? —habló Dani desde el asiento de atrás del vehículo, verbalizando en voz alta lo que pasaba por las cabezas de todos nosotros.

—No seas gafe —dijo Manolo pegando un respingo en su asiento. Mientras, Sergio permanecía callado y pensativo.

—Es que perfectamente pueden haberle hecho algo los que mataron a Federico —la voz de Dani seguía expresando lo que los demás no querían decir.

—Esperemos que no le haya pasado nada —logró decir Sergio, sumido en negros pensamientos—. Y lo encontremos con vida.

—¿Y se sabe quién puede ser el asesino? —preguntó Dani.

—No. Estamos a ciegas todavía. Yo pienso que Bruno tuvo algo que vez en todo esto y tengo muy claro que los dos italianos posiblemente han sido los que han cometido los dos asesinatos. Y te diría más: Silvio y Lucas posiblemente los han ayudado. Si fuera por mí, los metía ahora mismo en un calabozo hasta que confesaran dónde están los otros dos. Pero María tiene gente vigilando sus movimientos.

—Entonces ya lo tenéis resuelto —dijo Manolo con una amplia sonrisa—, aunque las cosas evidentes no siempre son tan claras como aparentan.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sergio.

—Que lo blanco no siempre es blanco. Depende de quién lo esté mirando.

—Joder, Manolo. No me toques los huevos, que ahora estoy más preocupado por otras cosas.

—No te cabrees, hombre. Lo que digo es que a veces las cosas no son tan evidentes como aparentan. E igual es cualquier otra persona de la cual no se sospecha.

—Chicos, ¿por qué no nos centramos en encontrar a Toño? —sonó la voz de Dani desde el asiento de atrás interrumpiendo la conversación.

—Tienes razón —sentenció Sergio.

La casa de campo de Sonia apareció detrás de un montículo. Junto a ella, dos coches aparcados. Además de un perro atado a una cadena no se veía a nadie más circulando por allí. Conforme se acercaban, Sergio se fijó en la silueta de una mujer que se encontraba en la terraza hablando con el móvil. Parecía bastante nerviosa porque no paraba de moverse de un lugar a otro. Al ver llegar a los policías, paró su trasiego y se quedó mirando hasta que aparcaron al lado de la puerta de entrada. Tenía buen gusto el viejo. Estaba todavía muy guapa. Y el vestido azul claro que llevaba por encima de las rodillas le resaltaba su espléndida figura. Antes de que los policías bajaran del coche, ya la tenían a ella en la puerta.

—Buenos día, *signores* —comentó a modo de saludo. Tenía unos ojos azul cielo grandes y era normal que hubiera enamorado a media Italia por su belleza. La primera vez que la vio, Sergio no se fijó en todos aquellos detalles. Pero seguía siendo una preciosidad.

—Buenos días, señora Ricci—habló Manolo mientras le cogía la mano y hacía un gesto raro como de ir a besársela.

—Qué galantes sois los policías aquí —dijo sonriendo, o porque le hacía gracia o porque de verdad le parecía galante la actitud del agente—. Pasen al salón, por favor.

La sala estaba llena de viejas fotografías de ella con grandes actores de la época tanto italianos como Franco Nero, Alberto Sordi, y otros americanos como Clint Eastwood o Burt Reynolds; y de varios discos colgados en las paredes en sus respectivos cuadros y premios de cine. Aquella mujer hubo un momento en el que tuvo el mundo a sus pies. ¿Y por qué alguien así acaba en un pueblo como este?, una persona que se ha codeado con la gente más importante del mundo. Algo no cuadraba en todo aquello, pensaba Sergio.

—Siéntense, por favor —dijo mientras llamaba a su criada—.

¿Qué toman?

—Un café con leche, por favor —respondió Sergio.

—Lo mismo —expresó Manolo.

—Pues que sea otro —dijo Dani.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó Sonia mientras los miraba con aquellos ojos que acentuaban aún más su belleza.

—¿Conoce a Toño? —preguntó Sergio de forma directa.

—Ay, Toño. Claro que sí —el policía vio en la mujer un ligero asomo de preocupación que disimuló muy bien.

—¿Estuvo ayer por aquí?

—Vino por la tarde para hacerme una visita y preguntarme cómo me encontraba. Es todo un caballero —intentaba ser convincente pero su voz titubeó durante una décima de segundo, lo suficiente como para que Sergio se diera cuenta de que no decía toda la verdad sobre lo que había pasado.

—Es que ha desaparecido y no lo encontramos —apuntó Manolo.

—Toño, ¿ha desaparecido? —su voz sonaba sorprendida—. ¿Lo han buscado?

—Desde ayer tarde no se sabemos nada de él. No coge el teléfono, no está en ningún sitio conocido. Estamos preocupados —añadió Sergio—. Si pudiera ayudarnos... Sabemos que pensaba venir a verla.

—No puedo ayudaros mucho. Estuvo tomando unas copas de vino, pero me dijo que tenía que marcharse porque tenía una pista. Me enfadé un poquito porque estábamos muy bien, aunque comprendí que era su trabajo

—¿Y sabe que pista seguía? —preguntó Dani—. ¿Le dijo hacia dónde iba?

Permaneció callada durante unos momentos como no sabiendo que decir. Su cabeza en ese momento se debatía entre decirnos algo que nos pudiera ayudar a encontrarlo, lo que podría suponer ponerse ella en peligro, o no decir nada, lo que podría significar la muerte de Toño.

—Creo que comentó algo de dos italianos —dijo después de un rato—, pero no sé nada más. Os lo aseguro. Me gustaría poder ayudar más porque me cae muy bien, pero no se me ocurre otra cosa.

—¿Y le dijo donde podían estar? —preguntó Sergio intentando disimular la ansiedad que le recorría el cuerpo—, ¿o alguna otra cosa que nos pueda ayudar a saber dónde se encuentra?

—No, nada. Solo algo de una casa en el campo. Pero no recuerdo más, lo siento.

Sonia se quedó pensativa antes de volver hablar, pero en el último instante, permaneció en silencio. Aquella mujer sabía más de lo que contaba. Sergio no sabía aún qué relación podía tener con el caso y no dudaba de que, a su manera, había querido ayudar a los policías. No

obstante, guardaba algún secreto que, de saberlo, podría llevar a los policías a la localización de Toño.

Los agentes, de regreso al coche, vivían la situación con total incertidumbre. Cuando iban a subir al vehículo, Dani se agachó y del suelo cogía algo; un móvil con aquella carcasa con la figura de John Wayne que solo podía ser de una persona. Estaba totalmente destrozado, como si la rueda de un coche hubiera pasado por encima y lo hubiera reventado. Toño no se había ido tan tranquilo como aquella mujer decía. Algo gordo tenía que haber pasado para que su móvil se encontrara destrozado y tirado en el suelo

—Deberíamos hablar otra vez con ella —aconsejó Manolo—. Esta mujer no nos está diciendo la verdad.

—Si hablamos con ella, nos volverá a mentir. Hablará, pero no con nosotros —aseguró Sergio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dani.

—Lo que sea necesario para salvar a Toño.

—No te metas en más líos que tu cupo ya lo tienes cubierto por ahora —dijo Manolo mientras lo miraba pensativo.

—No te preocupes por mí. Lo importante es encontrarlo a él y encontrarlo bien.

IV

Los favores siempre hay que pagarlos, aunque hay veces que no queda más remedio que pedirlos. Y este era uno de esos momentos. Con la Policía, Sonia no iba a hablar nunca, pero otras personas no tenían por qué ser tan delicadas para interrógala y el tiempo corría en su contra. Aquella mujer había mentido y Sergio no sabía el motivo. Se lo pensó mucho antes de hacer la llamada, pero el temor de que le pudiera pasar algo a Toño pesaba más que lo que pudiera suceder.

—Hola. Necesito un favor.

—¿Qué te pasa?, te noto preocupado.

—Toño ha desaparecido.

—¿No sabéis dónde está?

—No. Pero hay una persona que puede que lo sepa o al menos sabe lo que pasó.

—¿Y por qué no le preguntáis vosotros?

—Ya lo hemos hecho y nos ha engañado. El móvil de Toño estaba tirado en el suelo roto en la puerta de su casa.

—¿Quién es?

—Sonia Ricci.

—¿La actriz?

—Sí.

—¿Esa está metida en este tema?
—No sé de qué manera, pero lo está.
—¿No era también cantante?
—Sacó varios discos.
—No te preocupes que esta noche me cantará alguna cosa.
—Espero que lo consigas.
—Dime dónde tengo que buscarla.
—Vive en el campo. Dame un toque y te llevo hasta el sitio.
—Ok. Esta noche te aviso. Y recuerda una cosa.
—¿Qué?
—Me debes una y te aseguro que me lo cobraré.
—Lo sé.
—Pues no lo olvides.
—Lo llevo en cuenta.
—Ya me encargaré yo de recordártelo.

El resto del día, Sergio lo pasó preguntando por todos los sitios que solía frecuentar. Visitó los bares a donde solía ir, las casas de sus familiares. Cualquier lugar donde pensaba que podía estar, aunque en todos ellos encontraba el mismo resultado: nadie lo había visto hacía ya un par de días. El agente dada vez tenía menos esperanzas de hallarlo con vida. Además, ya se había dado parte al cuartel de su desaparición, pero se había convertido en una sombra que nadie lograba encontrar. Las horas iban pasando y la maldita llamada no se producía por lo que los nervios de Sergio crecían por momentos en aquellas tensas horas.

CAPÍTULO XXII
LOS ACONTECIMIENTOS VAN DANDO RESPUESTAS

I

Tres coches circulaban en el silencio de la noche; sospechoso que a esas horas de la madrugada se vieran un vehículo por aquellos caminos de tierra. La suerte fue que no se tropezaron a nadie. Iban a un lugar muy poco transitados por lo que escaparon de las miradas curiosas. Cuando llegaron a la altura de una vivienda ubicada en medio de la nada, el coche que iba delante se paró. Bajó una persona que se dirigió a los otros dos coches indicándoles que allí se encontraba su objetivo. Una de las ventanas del vehículo que iba detrás se abrió y, cuando la persona se acercó hasta ella, alguien sacó una mano y cogió la cabeza durante un par de minutos para finalmente introducirla. El primer coche permaneció en el sitio mientras los otros dos arrancaron apagando las luces y dirigiéndose hacia la casa, que estaba a oscuras salvo por una minúscula luz que surgía del interior.

—Señora, si no necesita nada más, me voy a acostarme.

—Que descanses, Lucinda. No necesito nada.

—Cualquier cosa que le apetezca, me llama.

—No se preocupe. Yo me voy a quedar un rato trabajando en el libro que estoy escribiendo.

—No se acueste muy tarde.

—Gracias, Lucinda.

Sonia permaneció en su pequeño despacho sumida en sus pensamientos. No tenía que haber aceptado la ayuda de Carlo. Él nunca hacía nada de manera desinteresada y ahora lo estaba pagando. Le pidió que hablara con Federico y que le introdujera una cosa en la bebida que solo era un narcótico para que confesase. Pero cuando empezó a dormirse, llegaron ellos y le dijeron que se marchara, que ya no la necesitaban. Y al final aquello le costó la vida al pobre. Ella no lo sabía. No era ninguna asesina y no podía quitarse de la cabeza su imagen bondadosa charlando con ella sobre todo lo que había pasado

en Italia. Aunque ahora sí que podía ser cómplice de otra muerte. Sonia tenía el convencimiento de que cuando consiguieran su objetivo, Toño solo pasaría a ser un recuerdo. Y aquel tipo simpático le gustaba. Pero si hablaba con la Policía y se enteraban los italianos, sería el final de su vida. Ella siempre había sido una sobreviviente que había llegado lejos por saber dirigir bien sus pasos. Ahora estaba cansada, cansada de que aquel hombre siempre la utilizara, de que siempre la engañara para lograr sus objetivos. Un ruido entorpeció sus divagaciones, aunque no le prestó demasiada atención. La botella de vino que llevaba en el cuerpo también tenía su parte de culpa. Y ya empezaba la segunda. Solo la bebida conseguía mantenerla tranquila. Escuchó entonces un grito que provenía de la habitación de Lucinda, pero fue muy breve. Una pesadilla, quizás. De pronto, irrumpieron en la habitación varias personas. Se levantó e intento coger el teléfono para llamar, pero, el que parecía el jefe, un tipo con una verruga en la cara, le dio un empujón que la volvió a sentar.

—¿Qué? ¿Ibas a llamar a tu novio? —dijo riéndose—. ¿Es que no te valemos ninguno de nosotros?

El asombro no salía de la mente de Sonia. ¿Cómo habían conseguido entrar dentro de la vivienda sin que ella se hubiera dado cuenta? Los contó. Eran seis y una mujer que permanecía detrás de ellos con una sonrisa en la cara; llevaba un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo: pelo rizado, ojos grandes y expresivos, rasgos agitanados, pero muy guapa.

—Soy una admiradora suya, señora Ricci. Me gustaban mucho sus canciones cuando era joven. Anda que no habré yo cantado la de *Amore* o *Ama como te*. Cuando me dijeron que la iba a conocer, me emocioné y todo. No sabe lo nerviosa que me puse al enterarme de que tenía que visitarla. Para mí es usted una diva a la altura de Raffaella Carrá.

—Si quería un autógrafo, no es la mejor manera de pedirlo —dijo Sonia, recomponiéndose e intentando parecer tranquila.

—Me hubiera decepcionado mucho en no recibirlo. Y a mí me gusta tener las cosas que quiero. Creo que, en cierta manera, nos parecemos un poco. Además, de esta forma hasta me puede cantar alguna cosa.

—No creo que nos parezcamos mucho, joven. Y no estoy para cantarle a nadie con el susto que me han metido en el cuerpo.

—Creo que más de lo que se piensa. Las dos hacemos lo que sea por conseguir lo que queremos y usted tiene algo que yo quiero.

—Coja lo que desee y márchense. Si vienen a robarme, no tengo demasiado en casa para que se lleven. Les indicaré dónde están las joyas y el dinero, y después se largan.

—Pero mujer, ¿es que nos toma por unos vulgares ladrones? —

preguntó el tipo de la verruga con una sonrisa sádica en la cara.

—Entonces ¿qué quieren? —dudó sobre las intenciones de unos gitanos.

—Ya se lo he dicho. Soy admiradora suya. Me gusta mucho todo lo que hace. Y quería conocerla —la voz de la mujer volvió a sonar en la habitación.

—Lo siento, pero a mí las mujeres no me van, si es lo que va buscando.

—Ni a mí tampoco, reina. No se haga ilusiones que no he venido para acostarme con usted —dijo riéndose—. Igual a mis amigos si les gustaría. Chicos, ¿la queréis para vosotros?

—Tiene un repaso —afirmó el de la verruga mientras la abrazaba cuando intentaba escaparse de la habitación—. No huyas, mujer, si te iba a gustar. Todas las mujeres con las que estoy al final vuelven.

—Déjame, por favor —pidió Sonia a punto de echarse a llorar al ver que la cosa se estaba poniendo fea—. Yo no soy ninguna de las putas con las que tratas.

—Yo he estado con muchas mujeres y no con todas he pagado. Si lo probaras, estoy seguro de que repetirías —la voz de José sonaba melosa mientras le apartaba el pelo de la nuca con la punta de una navaja y la olía—. Eres muy guapa para la edad que tienes.

—¡Lucinda! Llama a la Policía. ¡Lucinda!

—Lucinda está muy ocupada con un amigo mío —dijo la mujer—. Ya sabe que las latinas son muy fogosas.

—¿Qué quieren? —preguntó Sonia presa de los nervios.

—Solo hablar —respondió la mujer mientras se sentaba en una silla frente a Sonia.

—¿De qué? ¿Qué os puede interesar que yo sepa?

Su cabeza intentaba pensar en que querían y quién sería la mujer que se movía como una reina entre aquellos hombres. Estaba asustada. En la casa no había nadie para poder defenderla y parecían peligrosos; capaces de quitarle la vida a cualquiera si se lo propusiesen. Había oído hablar de bandas que se dedicaban a ir por las casas de campo, aunque siempre cuando estaban vacías. Y, además, no parecían de esa clase de elementos.

—La verdad es que tenemos un amigo en común y estoy preocupada por él —volvió a hablar la mujer con tono apesadumbrado, como si se encontrara preocupada por algo.

—No creo que frecuentemos las mismas amistades.

—Te sorprenderías de las amistades que yo tengo yo —dijo Trinidad—. Vamos a hablar de Toño. ¿Lo conoces?

—Sí, claro que lo conozco.

—Mi amigo está desaparecido y la última vez que se supo de él venía hacía aquí a hacer manitas contigo. Toño también es muy

fogoso y se ve que le has entrado por el ojo. ¿Qué me puedes contar?

—Poca cosa. Estuvo aquí, pero se marchó.

Trinidad le lanzó una mirada a José, quien respondió con un guantazo a Sonia que la lanzó contra el suelo. Dos de las personas que estaban allí la cogieron en brazos y la levantaron. La cara de la atacada reflejaba terror y el miedo le recorría todo el cuerpo; los supuestos atracadores no se andaban con tonterías y seguro que le seguirían pegando hasta que confesara.

—Por favor, no me peguen más, por favor —rogó temblando de miedo cuando volvió a ver la mano de José levantándose—. En la cara no, por favor.

—Vamos a ver, bonita —intervino Trinidad con tono alegre, como si estuvieran las dos en una fiesta—. Si esto es muy fácil. No tienes por qué complicarlo. Solo tienes que decirnos qué paso con nuestro amigo.

—Carlo —articuló Sonia, desesperada.

—¿Qué dices, reina? —preguntó la mujer acercándose a ella.

—¿Conoces a don Carlo?

—¿Don Carlo? —preguntó la mujer—. José, ¿tú conoces a algún Carlo?

—Pues como no sea el Carlos —respondió.

—¿Qué Carlos? —preguntó Trinidad

—El Carlos, jefa. El de los cupones. El que nos blanquea el dinero.

—No. Seguro que no es ese Carlos. ¿Quién es, guapa?, ¿algún actor famoso con el que estás saliendo?

—No. Es el jefe de la familia. La famosa mafia italiana.

—He escuchado su nombre, pero no tengo el gusto de conocerlo. Cuando hables con él le das recuerdos de la Trini. Igual él no me conoce, pero si me toca mucho los ovarios me podrá empezar a conocer. Que se quede en Italia y que no venga a tocarnos las narices a los españoles que ya nos las tocamos nosotros bastante.

—¿No le tienes miedo? —preguntó Sonia incrédula porque aquella mujer no se hubiera asustado al oír su nombre.

—¿Miedo? —dijo riéndose—. Miedo me debería tener él a mí. Porque si él controla parte de Italia, yo controlo todo el Levante de España y lo puedo joder bastante. Canta y no me hagas perder más la paciencia. Te lo he pedido de muy buenas maneras. No me gustaría tener que ir cortándote a trozos para que comprendas que esto va en serio.

—No me hagas nada. No me corte, por favor —lloraba viendo que aquello iba en serio.

—Pero si yo soy muy buena, mujer… Y no te voy a hacer nada. Pero mi amigo se ha enfadado. No le gusta que ninguna mujer lo rechace.

—¿Qué paso con Toño? —pregunto José poniéndose serio—.

Suelta lo que sabes.

—Estuvo aquí. Yo estaba reunida con dos hombres de don Carlos que están buscando las autoridades por ser sospechosos de un asesinato. Cuando lo vieron llegar, ellos se pusieron nerviosos porque sabían que era policía. Habían coincidido con él en el entierro de Federico. Pensaron en matarlo, pero les convencí de que era mejor drogarlo y que se lo llevaran como rehén por si las cosas se ponían peores. De esa manera conseguí salvarlo. Pero esos son asesinos y no sé el tiempo que lo van a tener con vida.

—Ya nos vamos entendiendo —dijo Trinidad—. Ahora solo falta que nos digas dónde lo tienen y no sabes lo felices que nos iremos de aquí.

—No lo sé. Os lo juro —vio cómo la mano se volvía a levantar—. Por favor, no. Os digo la verdad. No sé dónde lo tienen. Pero no me pegue en la cara.

—Ay, payita. Me lo estás poniendo muy difícil. Y con lo bonita que tú eres. Mira que yo no quiero que te la destrocen. Pero es que la vida de mi amigo vale mucho más.

—De verdad que no lo sé. Pero hay quien puede saberlo.

—¿Quién? —preguntó José.

—Silvio y Lucas. Antes los tenían en una casa, en el campo. Pero sé que ya no están allí. No sé dónde se esconden ahora; tiene que ser en alguna propiedad de ellos. Preguntadles.

—Te creo —dijo Trinidad—. O eres muy buena actriz o me estás diciendo la verdad. Y quiero pensar que es lo último. No me gusta que me tomen por tonta. Y si vuelvo por aquí, que sea para tomarme una copita de ese vino tan bueno que tienes allí.

—Encontradlo vivo. No me perdonaría nunca que le pasara nada por mi culpa.

—Lo intentaremos, aunque antes tienes que hacer una cosa para mí.

—¿Qué? —preguntó Sonia temerosa.

—Nos tenemos que hacer una fotito juntas. José saca la cámara y haznos una foto a las dos y procura que salgamos bien guapas. Que me hace ilusión tener una foto contigo —dijo sonriendo—. La voy a sacar en grande y la voy a poner en el salón de mi casa para que vean las personas importantes que son mis amigos.

—Sí, sí, ahora mismo —dijo Sonia deseando que se marcharan.

—Pero alegra esa cara, mujer. Que se van a creer que vas a un entierro o que te estoy amenazando.

—Perdona. Ya sonrío.

—Y después me tienes que firmar este disco, que me vas a hacer muy feliz. Y antes de que me vaya, dame el número de móvil.

—Sí ahora mismo.

—El tuyo me hace mucha ilusión, guapa. Así podemos hablar de vez en cuando. Pero quiero el número de los dos que se llevaron a Toño.

Poco rato después, los dos coches salieron en dirección hacia Águilas. Pararon a la altura del otro vehículo que permanecía con las luces apagadas en la oscuridad de la noche. Le contaron todo lo confesado por la actriz y se marcharon del lugar con el mismo sigilo con el que llegaron. Mientras, en aquella casa, Sonia cerró todas las puertas, sumida en las dudas de si debería llamar a Lorenzo o era mejor callarse. Si lo llamaba igual mataban a Toño. Por lo que, tal vez, era mejor permanecer en silencio y esperar para ver como transcurrían las cosas. Debía coger sus cosas y marcharse, pero si lo hacía, Carlo la encontraría y sabría que lo había traicionado. Las dudas no dejaban de rondarle por la cabeza.

II

Esa misma noche, en otro punto de Águilas, otras personas también actuaban...

El coche camuflado permanecía en la puerta del domicilio de Fazio y Evelina. Era noche cerrada y no se veía a nadie en la calle. El sueño empezaba a hacer mella en el guardia civil que se encontraba dentro. Había estado alternando *Supergarcía* con *El Larguero* en la radio. Ahora echaban los típicos programas aburridos donde salían personas contando sus problemas. La voz de la presentadora era melodiosa. Uno se la podía imaginar como una belleza que se escondía detrás de las ondas para no ser vista.

El agente vio aparecer a un tipo vestido de oscuro por la esquina que iba pegando tumbos de un lado a otro. Pensó que sería el típico borracho que se recogía a su casa a altas horas de la madrugada. En una de las esquinas se paró y parecía que estaba meando. Sonrió pensando en la suerte que tenía aquel hombre. Él, si hubiera podido, también estaría tomándose una copa y no pasando frio a solas delante de aquella casa donde habían apagado las luces hacía ya unas horas y donde no se observaba nada. Un coche, con una pareja de compañeros, había pasado hacía una hora delante suya. No había estado bien, fumaron unos cigarros y hablaron durante un rato. El borracho siguió su marcha tranquila, sujetándose de vez en cuando en alguna pared, como intentando no caerse. Al llegar a la altura del coche, tropezó. El guardia civil bajó la ventanilla para llamarle la atención.

—¡Eh! Ten cuidado con el coche que me lo arañas.

—Peerdoon —dijo el hombre con la voz tomada por el alcohol.

—No pasa nada, hombre. Pero ten cuidado, que no vas a llegar a casa.

—¿Estoy en mi casa?

—No tengo ni idea de dónde vives.

El hombre se puso a mirar para todos lados como si estuviera buscando su vivienda y no terminara de encontrarla.

—No la veo.

—Búscala y vete a acostarte que hoy ya has bebido lo suficiente.

—¿Tiene fuego? —preguntó el hombre intentando torpemente sacar un cigarro para ponérselo en la boca.

—Sí, un momento —dijo el guardia civil mientras se rebuscaba en el bolsillo de la chaqueta un mechero.

Todo ocurrió muy rápido, más de lo que hubiera querido el guardia, que no se enteró de nada. Un cuchillo atravesó la ventana y le cercenó su cuello. El cristal del vehículo se rompió con el codo del atacante; numerosos cristales quedaron esparcidos por el suelo. Un coche encendió las luces a la señal del borracho que, de pronto, pareció recobrar toda la lucidez. Los dos individuos forzaron la puerta de la vivienda y se adentraron en su interior. La conocían bien porque ya habían estado en ella unos días antes; sabían dónde se encontraba la habitación que buscaban. Subieron las escaleras intentando no hacer ruido. En su interior, dos personas dormían plácidamente en la cama. Cogieron un espray y rociaron a la mujer, que no se enteré de nada. El hombre se despertó y cuando vio a los dos tipos delante de su mujer, se incorporó de la cama y metió la mano en un cajón para coger algo que había en su interior. La patada de Marcelo al cajón le pilló los dedos dentro, haciendo que gritara de dolor. Aquel grito podía despertar a los vecinos. Le rociaron la cara con el mismo espray y permanecieron en silencio rogando que no hubieran llamado la atención de nadie. Con gran esfuerzo consiguieron bajar los dos cuerpos e introducirlos en el coche.

—Joder, cómo pesa el gordo —dijo Lorenzo—. No hay quien lo mueva.

—Arrástralo, no vayamos a hacernos daño.

—Hay que marcharse lo antes posible —comentó Lorenzo.

—¿Has cogido sus móviles? Ya sabes que van a hacer falta.

—Tengo los dos.

—Pues arranca y vámonos —anunció Marcelo.

Salieron de la urbanización cuando llegaba hasta el lugar una patrulla de la Guardia Civil. Alguien habría avisado o bien por el grito o porque habían sido vistos. Aunque si hubiera sido por eso ya los tendrían parados. Cogieron la carretera y desaparecieron rápidamente hasta perderse en el campo.

La pareja de la Guardia Civil llegó a lo que, para ellos, sería un

aviso rutinario. Lo raro de todo aquello era que el compañero que estaba de paisano en el sitio no los hubiera llamado. Seguro que se había quedado durmiendo y no se había enterado de nada... Allí localizaron el coche camuflado, junto a la esquina de la vivienda. Vieron la silueta de su compañero sentado dentro del coche, inmóvil. ¡Joder!, pensaron los dos guardias. Ya tiene un sueño bastante profundo para no despertarse. Parecía mentira que lo hubieran metido en la Judicial mientras ellos tenían que estar patrullando la calle y bregando con todo el mundo. Estacionaron el coche al lado de la puerta del chalé y mientras uno se quedaba junto a la puerta, el otro se acercó para despertar a su compañero. Lo primero que le extrañó cuando fue ver los cristales en el suelo. La ventana se encontraba rota. Algo pasaba allí que no cuadraba. Conforme fue acercándose más vio el corte en el cuello de su compañero y la sangre deslizándose por su torso y empapando la chaqueta.

—Joder, joder. Luis, que se lo han cargado —le dijo a su compañero.

—¿Qué dices?

—Lo que te digo. Lo han matado. Le han cortado el cuello.

—¡Hostias, puta! Llama al teniente ahora mismo.

—Mejor llamamos al agente de puertas y que él se encargue de llamarlo.

—¿Quién habrá sido el cabrón que ha hecho esto?

—Pobrecillo, menuda manera de morir.

—Y lo malo es que deja mujer y dos hijos. Vaya mierda de trabajo que tenemos.

—No podemos hacer ya nada por él. Vamos dentro de la vivienda para ver qué nos encontramos.

—Solo falta que tengamos más muertos. ¿Aquí no fue donde entraron a robar hace unas semanas?

—Me pilló de servicio… Sí que fue aquí.

—Pues igual la otra vez no venían a robar. ¿Quién vive en esta casa?

—Fazio, el de la heladería.

—¡Son buena gente esa familia!

—Ten cuidado cuando entremos por si encontramos a los que han matado al compañero. Yo no voy a tener ninguna piedad como tenga oportunidad.

—Me parece correcto.

Los dos se alejaron con precaución del vehículo intentando no tocar nada. La emisora seguía hablando en el silencio de la noche. No se veía que hubiera intentado defenderse; lo ocurrido le había pillado por completo de improviso. Como no podían hacer ya nada por él, se dirigieron a la vivienda. La puerta de fuera estaba forzada. La de

dentro también. Las luces estaban apagadas. Buscaron el interruptor y dieron luz. La vivienda no parecía que hubiera sido saqueada. No había nada tirado por el suelo, ni nada fuera de su sitio. Con las pistolas en las manos recorrieron todas las instancias. No se escuchaba a nadie. La parte de abajo estaba totalmente vacía. Subieron las escaleras con precaución por si aparecía alguien. Examinaron las habitaciones, todas intactas excepto la habitación donde dormía el matrimonio. Allí, la cama deshecha. Nada más entrar, la nariz del agente notó un olor raro que no supo distinguir. No observaron que hubieran registrado nada en la habitación. Fueron conscientes de que, los intrusos solo querían coger al matrimonio.

Los agentes, entonces, escucharon la llegada varios vehículos. Miraron por la ventana y vieron que era el coche que solía llevar el teniente y el coche de la Judicial. Los cuatro guardias civiles se bajaron y se acercaron al coche haciendo corrillo alrededor del teniente.

—Hijo de pu… Hay que atrapar a quien le ha hecho esto a Fulgencio. Quiero a todos los guardias de servicio, pero para ya. Quiero un coche en cada salida de la población y una pareja preguntando casa por casa para ver si han visto algo. Porque, joder, han tenido que ver algo. Si nos han avisado será por algún motivo. Llamad a los locales y que busquen gente de donde sea. Todo esto está relacionado. La desaparición de Toño, el rapto de esta gente y la muerte del compañero.

—Sí, teniente —respondió al cabo que le acompañaba—. Pero ¿qué coche paramos?

—Todos. Quiero que registréis todos los coches, si no se han escapado ya. No será difícil pillarlos. A esta hora no hay demasiados vehículos circulando por la carretera.

—Ahora mismo los mando.

—Llamad al juzgado y que empiecen a moverse. Esto no se puede quedar así. María, intenta sacar alguna huella o cualquier cosa que puedas encontrar en el vehículo. Y que alguien se acerque a la casa de su mujer. Pobrecilla. Vaya palo que se va a llevar.

—A sus órdenes, teniente.

—¡Teniente! —se escuchó la voz del otro cabo.

—Dime.

—En el juzgado ya están avisados. Los compañeros están empezando a coger el servicio y desde la Policía nos comunican que ya han hablado con su oficial y que, por lo pronto, viene el cabo Vicente con las dos parejas que se encuentran de servicio. Pero que van a buscar alguna más. Que se ponen bajo sus órdenes para lo que las necesite.

—Pues que empiecen a preguntar por todas las casas.

Dos parejas de la Policía Local de Águilas llegaron hasta lugar. Los habían avisado del asesinato de un guardia y el rapto de dos personas y se disponían a ayudar en todo lo que estuviera en sus manos. Además, su compañero seguía sin aparecer. El oficial había sido informado y se disponía a coger el servicio para encargarse personalmente del asunto. Los compañeros estaban llegando para ayudar en todo lo que pudieran.

—Buenas noches, teniente —dijo el cabo Vicente—. ¿Qué necesita que hagamos?

—Podéis ir casa por casa preguntando para ver si alguien ha visto algo.

—Nos ponemos ahora mismo en marcha. El oficial y el resto de los compañeros vienen en unos minutos.

—Muchas gracias.

María se acercó con algo que había encontrado al lado del vehículo mientras iban llegando hasta el lugar más coches de policías y guardias civiles. Ante tal tumulto, los vecinos empezaron a salir a la calle para ver qué sucedía.

—Teniente, hemos encontrado un cigarro tirado al lado del coche y no es una marca de la que tienen aquí en España.

—¿No eran italianos los que estaban metidos en la muerte de Federico?

—Lo eran.

—¿Puede ser italiano?

—Puede que lo sea.

—Pues esos tienen que ser. Buscad a las personas que los están ayudando y detenedlos. Quiero detenidos antes de que acabe el día.

—Vamos ahora mismo a las viviendas de dos que sospechamos que están metidos en este asunto y nos los llevamos para el cuartel para hacerlos hablar.

—Teniente —se escuchó la voz del cabo Vicente, que venía de hablar con unas personas.

—Dígame, Vicente.

—Buscamos un Peugeot 406 de color oscuro. Lo llevan dos personas de estatura más bien alta y han metido en el maletero a dos personas.

—Buen trabajo, cabo. Pónganse bajo las órdenes de María. Hay que detener a unas personas.

A continuación, pasó por la emisora toda la información que se había recopilado. Se encontraban a partes iguales: entristecidos y rabiosos. Tenían que atrapar a aquella gente como las ratas que eran y, si oponían resistencia, acabar con ellos como se acaba con los animales peligrosos. Pero había que encontrar con vida a Toño y al matrimonio. Y, sobre todo, había que vengar a su compañero.

CAPÍTULO XXIII
LAS COSAS SE PRECIPITAN

I

Aquella mañana, los habitantes de Águilas se despertaron con el movimiento de numerosos coches patrulla. No habían visto tanta gente uniformada en su vida. Para entrar y salir de la población se producían unas colas interminables de vehículos. Se estaba parando y registrando a todos los coches que coincidían con el que buscaban o a los vehículos donde iban dos hombres y se podía pensar que eran los sospechosos. En la ciudad, se veían los coches rotulados pasar de un lugar a otro buscando algo que solo ellos sabían.

Las casas de Silvio y Lucas, dos dúplex adosados en la zona de El Rubial, se encontraban vigilados por una pareja de guardias civiles desde hacía varios días. No los habían visto salir por lo que deberían encontrarse allí. Ellos serían los primeros en caer y después caerían todos los demás. María se había dirigido al lugar con Felipe y con una pareja de la Policía: Ricky y Ana. Pararon el coche junto al de los compañeros que estaban en la puerta.

—¿Están dentro? —preguntó María.

—Salir, no han salido —dijeron los dos guardias que se encontraban bastante aburridos por las horas de espera—. ¿Están metidos en la muerte del compañero?

—Sí —afirmó de manera seca María—. Vamos a la vivienda. Vosotros vigilad la parte de atrás —señaló a los que estaban en el coche—. Felipe, quédate con la compañera en la puerta de la cochera.

—¿Y si intentan escapar? —preguntó Ana un poco nerviosa por la situación.

—Atravesadle el coche en la puerta para que no puedan salir. Vamos a tocar —dijo María— y si intentan sacar algún arma, quiero que no los matéis. Los necesitamos vivos.

Ricky dejó su dedo apoyado en el timbre; nadie dio señales de vida. Aporreó la puerta y el resultado fue el mismo. Nadie asomaba por la puerta. Se miraron con caras preocupadas.

—¿Se habrán marchado? —preguntó Ricky.

—¡Cómo coño se van a marchar! —exclamó María cabreada mientras cogía la emisora para hablar con los compañeros que estaban en la parte de atrás de la vivienda—. ¿Los habéis visto salir?

—María, te aseguro que desde ayer al mediodía no han salido.

—Pues no abren, joder. O nos están tomando el pelo o las casas están vacías.

—Imposible, nadie ha salido. De todas formas, todos los días viene una empleada del hogar a limpiar.

—Localizadla ahora mismo y me la traéis para que abra la vivienda.

—Sé dónde vive. Si hay alguna pareja libre, pueden pasar por su casa —dijo uno de los guardias.

—Dime la dirección y que se acerque algún compañero de la Policía para traerla.

Pocos minutos después, apareció un coche de la Policía a gran velocidad. El tiempo corría en contra y no se podía perder el poco del que se disponía. En el interior del vehículo iba un agente y una mujer de mediana edad que parecía un poco asustada.

—Buenas tarde, María —dijo Julio, el policía que traía a la mujer —. Esta es Joaquina, la mujer que se encarga de limpiar las dos viviendas. Ayer le dijeron que se tomara un par de días libres.

—¿Tiene las llaves? —preguntó de manera un poco abrupta María.

—Sí —dijo la mujer presa de los nervios—. ¿Qué ha pasado?

—Tenemos que comprobar una cosa dentro de la vivienda. Abra.

—¿Y esto es legal? No quiero tener problemas con los señores.

—Tenemos la orden judicial para poder entrar —dijo María, que sacó un papel, aunque lo volvió a guardar sin dar tiempo a que lo viera.

La mujer se veía muy nerviosa. Las manos le temblaban y no conseguía abrir la cerradura. Ricky le pidió las llaves y abrió la puerta. Nada más entrar, un pequeño perro se abalanzó sobre la puerta. Pero al ver que era gente que no conocía, retrocedió y se metió debajo de un sofá. La vivienda estaba vacía. Se veía ropa revuelta tirada encima de la cama y las mesitas abiertas. Su propietario la había abandonado de manera precipitada. En la casa contigua, el resultado fue el mismo. El armario estaba abierto y faltaban prendas. Varios zapatos se encontraban tirados por el suelo. Pero la pregunta que rondaba la cabeza de todos era: ¿cómo lo han hecho? ¿Cómo habían conseguido escapar sin que dos guardias, en perenne vigilancia, se diesen cuenta?

—Vosotros —dijo María indignada, dirigiéndose a los dos guardias —. ¿Cómo se han escapado?

—Te juro, María, que no han salido.

—Magos no son para desaparecer de esta manera. Recordad,

joder. ¿Qué ha ocurrido en estas veinticuatro horas?

—Los de los electrodomésticos —se escuchó la voz de Julio a las espaldas.

—¿Qué electrodomésticos? —preguntó María a punto de estallar de impaciencia.

—Ayer tarde estaba haciendo una notificación en la vivienda de enfrente y llegó una empresa de electrodomésticos que bajo un congelador a la vivienda.

—¿Es cierto? —preguntó María.

—Si —dijo uno de los guardias avergonzado—, pero no pensábamos… Además, se marcharon pasada una hora.

—Eso es cierto. Al rato se llevaron otro congelador viejo —siguió hablando Julio—. Es muy fácil que pudieran estar escondidos en el interior.

—¿No te acordaras qué tienda era? —preguntó Ricky.

—Electro La Manga —dijo Julio—. No eran de la población.

—¡Joder! —exclamó María—. Que localicen a esa empresa ya y que me digan qué vehículo y qué repartidores mandaron a esta casa.

—Voy a hacer las gestiones ahora mismo —confirmó Felipe.

Felipe, tras conversar con alguien vía móvil, regresó con la cara seria; no iba a dar una buena noticia. Todos estaban impacientes. ¿Qué habría descubierto?

—María. Las dos personas que mandaron son de confianza. Son el hijo del dueño y un sobrino.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —dijo María dando paseos nerviosos de un lado a otro intentando aclarar su mente—. Porque aquí algo no va bien.

—Los chicos y la furgoneta no aparecen desde ayer —dijo Felipe —. Lo han denunciado esta mañana en el cuartel de la población donde viven.

—Ahora que lo dices —se volvió a escuchar a Julio

—Venga, habla —pidió María

—No caí en ese momento… Las personas que salieron iban vestidas igual que las que entraron, pero no eran las mismas. Eran más recios. En ese momento no caí, pero ahora con todo esto me doy cuenta de que eran diferentes.

—¿Y vosotros eso no lo visteis? —dijo María.

—No, lo siento —el guardia se estaba derrumbándose por momentos.

—Pero hay más —continuó Julio.

—¿Qué?, coño di lo que sabes que me va a dar algo —sonó la voz de María.

—Los que trajeron el congelador deben estar dentro. Porque los que salieron lo llevaban como si no pesara mucho. Si hubieran ido

dentro no habrían podido mover más de ciento cincuenta kilos más lo que pese el congelador.

—Bajad ahora mismo al garaje y registrad los coches. Venga, vamos.

Todos a una bajaron la rampa que daba ascenso a la puerta del garaje comunitario dejando fuera a la mujer y a Ana. Se pasaron las matrículas de todos los vehículos que había en el interior. Cuatro resultaron ser de los dos hermanos. Se miró en el primero y no se vio a nadie en el interior. Estaba cerrado al igual que su maletero.

—Reventad el maletero —pidió María.

—Pero, María… —dijo Felipe—. No podemos hacerlo.

—Que lo reventéis. Yo asumo lo que pase.

—Nada —dijo Ricky después de estar un rato forzando el maletero y conseguir abrirlo.

El segundo vehículo, un Mercedes, se encontraba aparcado al lado del otro. Tampoco se veía nada a través de los cristales. Cuando se empezó a hacer palanca para forzar la cerradura se escucharon unos golpes que provenían del interior. Un joven en ropa interior completamente atado y amordazado se hallaba dentro. Cuando consiguieron sacarlo, indicó en qué vehículo estaba su primo.

—¿Estáis bien? —preguntó Ricky.

—Con hambre y ganas de ir al baño —dijo uno de ellos.

—¿Qué es lo que os ha sucedido? —pregunto María.

—Fue todo como una película. Le subimos a estos tipos un congelador y cuando nos dimos cuenta nos estaban apuntando con dos pistolas. Al principio pensamos que nos iban a robar y a quedarse el congelador por la cara. Pero nos hicieron quitarnos la ropa. Como no nos fiábamos de las intenciones, pusimos objeción, que uno no sabe qué pervertidos hay por el mundo. Ya sabe. Y a nosotros no nos van los rollos con tíos.

—Sigue —dijo María impaciente.

—Pues le pegaron a mi primo y a mí me apuntaron en la cabeza. Nos dijeron que a ellos les daba igual que nos encontraran vivos o muertos. Que nosotros elegíamos la forma en que queríamos que nos encontraran. Luego nos ataron y nos amordazaron. Se vistieron con nuestra ropa y nos bajaron hasta el garaje. Y el resto ya lo saben.

—Gracias —asintió Felipe mientras María ya emitía una orden de búsqueda de la furgoneta con la que se habían escapado.

II

Silvio y Luca llevaban varios días observando al coche situado en la puerta de su casa. Sabían que eran sospechosos y que, tarde o temprano, los detendrían. Marcelo y Lorenzo habían comentado el

plan que tenían en mente para llevarlo a cabo, por lo que sabían que solo contaban con unas horas para poder escapar. Se les había ocurrido una manera de poder marcharse y la pusieron en práctica lo antes posibles. Habían estado dudando en matar a aquellos dos jóvenes, pero al final decidieron que era mejor dejarlos vivos y no cargar con más muertes. Condujeron la furgoneta hasta Alicante. Allí la abandonaron y consiguieron otro coche para poder seguir hasta la frontera. Quedaban muchos kilómetros para poder cruzarla y pocas horas antes de que se dieran cuenta de la jugada que habían preparado. Mientras se daban cuenta y lo coordinaban todo, tenían la esperanza de poder escapar.

—Esperemos que no nos encontremos un control y que se nos joda todo —dijo Silvio—. No me gustaría que tuviéramos que liarnos a tiros.

—A mí lo que me jode es que, después de tantos años, hemos dejado un montón de propiedades en el pueblo.

—Por eso no hay que preocuparse, ya las venderemos —comentó Luca—. Ahora lo importante es no acabar en una cárcel.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Silvio—. Me había acostumbrado a esta vida y no quiero tener que volver otra vez a estar jugándomela.

—Ya sabes que una vez que se entra, no se puede salir —sentenció Luca.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de ya de que no estamos?

—Si no lo han hecho ya, no tardarán mucho.

Habían dejado atrás Figueres y la frontera cada vez la veían más cerca cuando, de pronto, en la orilla de la carretera vieron dos coches de la Guardia Civil que estaban parando vehículos; podía ser el típico control rutinario o puede que la foto de los italianos ya estuviera por todas las comisarías de España y los estuvieran buscando. Se miraron y aminoraron la marcha del vehículo. Los guardias, en cuanto chequearan la matrícula del coche, verían que había sido robado y no tendrían escapatoria. Un guardia ya estaba levantado la mano, señalando el lugar donde tenían que estacionar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Luca.

—¡Acelera!

El giro que dio el vehículo dejó sorprendidos a los guardias; el coche aceleraba y se daba a la fuga a gran velocidad. La sorpresa del principio dio lugar a la rabia. Se montaron en los vehículos iniciando la persecución por aquella carretera estrecha. Parecía que de un momento a otro alguno de los vehículos se iba a salir de la vía y a estrellarse contra un árbol. Los individuos conducían como desesperados sabiendo que si los pillaban acabarían pasando muchos años en la cárcel.

—No hay forma de quitárselos de encima. ¡Acelera! —solicitó

Silvio.

—Esto no corre más. Joder, nos vamos a matar. ¿No es mejor entregarse? —preguntó Luca. En ese momento, Silvio sacó la pistola y tras bajar la ventanilla, comenzó a disparar a sus perseguidores, que ya estaban respondiendo de la misma manera—. ¿Estás loco? Vas a conseguir que nos maten.

—Cállate y apriétale a este trasto que ya nos queda menos.

—Yo no quiero morir. Voy a parar.

El arma de Silvio apuntó a la cabeza de Lucas durante unos segundos.

—Si paras, te mato.

—¡Has perdido la cabeza!

—No. Soy el único que la tengo en su sitio. Deja que se peguen a nosotros y cuando llegues a aquel cruce que se ve en la carretera, giras a la izquierda. Los dejaremos atrás unos minutos. Cuando vayan a reaccionar igual hemos conseguido despistarlos.

El coche hizo un brusco giro y se metió por un camino de tierra. La marcha era lenta porque la vía estaba llena de socavones. Los vehículos patrulla seguían detrás de ellos. El tiempo que habían ganado era demasiado escaso. De repente, una gran roca cortaba el camino impidiendo seguir. La única solución era entregarse o escapar a través de los árboles del bosque. Silvio salió y echó a correr entre la vegetación. Luca abrió los brazos y espero a que llegaran los guardias civiles. Lo tiraron al suelo y le pusieron las esposas, mientras el resto se adentraba en el bosque detrás de Silvio. Luca escuchó un disparo, luego otro y otro y así varios más hasta que se hizo el silencio, solo roto por el cantar de los pájaros. Desde dentro del vehículo donde se encontraba esposado vio cómo los guardias cargaban con el cuerpo de una persona. Era su hermano. ¿Qué le habría pasado por la cabeza para escapar de esa manera? Ahora su vida se había acabado y posiblemente también la suya porque dentro de cuatro paredes lo tenía complicado para sobrevivir. ¡Con los años que tenía ya! Cuando saliera sería un viejo acabado y con pocas cosas por las que valiera la pena vivir.

III

Adriano llevaba camuflado en Águilas desde que don Carlo lo sacó de Estados Unidos para encargarle que continuara aquella misión. Muchas cosas habían cambiado en él en todos aquellos años. Dejó de ser el joven inocente que pretendía escalar en aquella organización, para convertirse en un despiadado asesino. Y ahora veía su vejez acercarse. Si hacía repaso de su vida, se daba cuenta de que no tenía

nada. Mientras, don Carlo cada día era más rico y tenía más poder, ¿qué tenía él? Unos cuantos miles de euros para aguantar unos años.

Le habían encargado conseguir aquellos papeles de la manera que fuera y lo iba a hacer. Pero había trazado un plan para conseguir solucionarse la vejez.

El corral de ganado se empezaba a divisar en el horizonte. Lo había comprado con un dinero que le había pedido a don Carlo. Había pensado que, cuando todo esto estallara, las propiedades de Silvio y Lucas serían las primeras que iban a registrar. Pero nadie los buscaría por el momento por lo que contaría el tiempo suficiente para poder llevar a cabo el plan y largarse antes de que lo pillaran.

No podía dejar ningún cabo suelto por lo que Fazio, Evelina y aquel policía tenían que morir y posiblemente también sus compañeros.

Cuando vieron llegar el coche, aparecieron en la puerta tres personas con sus armas en la mano, que se relajaron tras comprobar que era él.

—Hombre, Adriano. Ya era hora de que te presentaras —dijo Marcelo.

—No he podido antes, ya sabes que no puedo despertar sospechas. ¿Cómo están los que tenéis ahí?

—Se encuentran bien. El policía está dando todo el follón que puede. Pero bien.

—¿Se sabe algo de Luca y Silvio? —preguntó Lorenzo.

—Silvio ha muerto y a Lorenzo lo han detenido cuando intentaban escapar. La noticia ha salido en todas las televisiones.

—Joder, esto se está complicando —confesó Lorenzo—. Hay que terminar ya con esta historia y marcharnos lo antes posible.

—Ya queda menos —dijo Adriano fríamente—. Vamos dentro.

Cuando accedieron, vieron a tres personas amarradas a los respectivos postes. Se encontraban con las cabezas agachadas intentando descansar. Al fondo, balas de paja apiladas en un montón, tal como las había dejado él. Ante el rumor de la conversación, los secuestrados comenzaron a abrir los ojos. La sorpresa inicial pasó a la indignación cuando vieron a quién tenían delante. Ellos lo conocían por otro nombre.

—Maldito cabrón —dijo Fazio—. Asesino. Era tu amigo.

—Yo también me alegro mucho de verte —dijo Adriano sarcásticamente—. Te veo bien. Se ve que te está sentando bien hacer dieta.

—¿Cómo le has podido hacer eso a Federico? —preguntó Evelina.

—Es trabajo —la cara de Adriano se ensombreció pensando en Federico—. Yo solo cumplo órdenes.

—Cómo nos tenías engañados a todos, maldito —la rabia de Fazio

iba creciendo por momentos.

—Nunca hubiera pensado que tú eras un asesino —sonó la voz de Toño—. Hubiera apostado por mucha gente. Pero he de reconocer que por ti nunca. Y yo no suelo fallar con los tipos como tú.

—He aprendido a ser un buen actor… Espero que os hayan tratado bien mis amigos.

—Muy bien. No tenemos queja —hablaba Toño intentando mantener la calma—, aunque la comida ha dejado un poco que desear

—La próxima vez le diré a mis compañeros que contraten un cocinero para que os den de comer —se rio por su ocurrencia.

—¿Y vamos a salir vivos? —preguntó Toño sabiendo que de aquel individuo no podía creerse nada.

—Todo depende de cómo se porten vuestros amigos. Traedme a ese —dijo, señalando a Fazio.

Lorenzo y Marcelo lo cogieron por los sobacos y se los llevaron hasta un rincón de aquel lugar ante las protestas y gritos de Evelina que pensaba que el amor de su vida podía morir de un momento a otro. Fazio chillaba insultándolos a todos mientras lo arrastraban hasta el rincón, sin que sirvieran para nada sus quejas.

—No lo matéis —se oía la voz de Delia secundada por las risas de los hombres que allí se encontraban—. No lo matéis.

—Evelina —susurraba Toño a su lado—. Evelina, escucha.

—Lo van a matar, Toño. ¡Fazio, mi amor! —volvió a gritar.

—Cállate, mujer. No lo van a matar.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Delia serenándose un poco.

—¿Tú crees que, si estos asesinos quisieran matarlo, se iban a esconder? Lo hubieran matado delante de nosotros sin importarles nada. No sé lo que buscan, pero esos quieren otra cosa.

—¿Estás seguro?

—Totalmente —dijo de manera firme ocultando que también pensaba que cuando consiguieran lo que buscaban, no iban a salir vivos de aquel recinto donde se encontraban metidos.

—¿Y qué pretenderán?

—Nos enteraremos cuando lo traigan.

—Y encima ese mal nacido que nos ha engañado a todos. Tantos años confiando en él y resulta que era el que estaba detrás de todo esto.

—Ya le llegará su hora. Por aquí tenemos un dicho: a todo cerdo le llega su castigo. Y a este le llegará. Si salgo vivo, ya me encargaré de que me las pague.

—Ojalá que lleves razón. Debe pagar toda la confianza y el mal que ha hecho.

—Lo pagará —dijo Toño mientras pensaba que la pena iba a ser que igual él no iba a poder disfrutar de ese momento. Sabía que sus

raptores eran unos asesinos y que, en cuanto no los necesitaran, todo se acabaría. Había pensado muchas veces en su muerte y nunca tuvo miedo de que llegara. Ahora que la tenía tan cerca, le daba respeto; nunca se está preparado del todo para que llegue ese momento. La muerte, que es caprichosa, aparece cuando ella quiere, no cuando a uno le apetece. Y la maldita oportunidad para escaparse no terminaba nunca de llegar. Había probado a soltarse de aquel maldito poste y no lo había conseguido. Todavía le quedaba una pequeña esperanza, pero cada vez la veía más lejana.

IV

Lo arrastraron por aquel inmundo local de ganado. Notaba cómo el barro se pegaba a su ropa. Por su cabeza solo pasaba la idea de su muerte. Oía sus risas malignas mientras su mujer pedía por él. Lo único que lamentaba es que ya no despertaría por las mañanas y ver su cara preciosa. y darle un beso de buenos días mientras ella le decía lo tonto que era. Si hacía un repaso de su vida, había sido feliz. Estaba con la mujer más maravillosa que jamás se pudo imaginar. Tenía un hijo estupendo. Las cosas le habían ido bien en estos años. Pero ya se estaba terminando todo. Si lo habían apartado a un rincón lejano de aquel recinto, era para terminar con su vida. No podía ser para otra cosa.

—Sentadlo —dijo Adriano, que parecía ser el jefe de todos ellos.

En el local había varias sillas de plástico de las que habitualmente se venden para poner en las terrazas de las viviendas o de las que hay en los bares o heladerías de cualquier población costera.

—¿Tenéis el teléfono? —preguntó a los otros.

—Aquí lo tienes—dijo Marcelo mostrando un móvil.

—Id a vigilar a los otros. Yo me quedo con él. Si os necesito ya os llamo.

Los dos abandonaron aquel trocito de nave mirándose de reojo sin comprender muy bien para qué pretendía quedarse a solas con el prisionero. No se fiaban demasiado de aquel hombre que don Carlo había mandado para que coordinara el tema. Sabía que era peligroso. En América le habían puesto el nombre del «Sanguinario» y el mote se ajustaba a su fama como anillo al dedo.

—Bueno, amigo Fazio. ¿O mejor te llamo Salvatore?

—Puedes llamarme como quieras. Yo a ti te llamaré cabrón; el nombre se te queda como anillo al dedo.

—Vamos a hacer una llamada con tu teléfono. Dime la contraseña del móvil.

—No te voy a dar nada.

—Es una lástima—dijo suspirando Adriano—. No quería hacerle nada a esa mujer tan bella que tienes. Pero no me importaría nada meterle un tiro en esa cabecita tan bonita que tiene.

—No le hagas nada, por favor —gimoteo Fazio—. A ella, dejadla tranquila.

—Pero si no tiene que pasarle nada, hombre —dijo sonriendo malvadamente—. Si es tan fácil como decirme la contraseña y darme un par de números.

—¿Qué números quieres? —preguntó derrotado Fazio.

—Quiero el número de tu hijo y el de tu amigo Ángelo.

Por la cabeza de Fazio pasaban un montón de ideas. Si le daba el teléfono de Ángelo y conseguían los papeles que buscaban, podía ser el final para ellos. Porque no estaba muy seguro de que los dejaran con vida cuando consiguieran lo que buscaban. Lo mejor era darle los números e intentar ganar tiempo para ver si alguien conseguía dar con ellos; seguro que los estaban buscando y más teniendo a uno de los suyos retenido.

—Te lo daré. La contraseña es 2374.

—Te estás dando cuenta que está siendo muy fácil —dijo mientras desbloqueaba el móvil y se ponía a mirar las últimas llamadas—. Mira. Aquí está el primer número. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Se llama Francesco.

—¡Qué bonito! —exclamó riéndose—. Tu primo estaría orgulloso de ti.

—Lávate la boca antes de mencionar su nombre —dijo levantando la voz.

—Cállate ya. Que piensas que yo no tengo corazón y que no me dio lastima. Pues claro que me la dio. Pero es mi trabajo y tengo que hacerlo.

A continuación, se alejó unos pasos mientras el teléfono sonaba varias veces y una voz sorprendida hablaba al otro lado del hilo.

—¡Papá! ¿Eres tú?

—Lo siento. No soy tu padre. Pero estoy con él.

—¿Están bien?, ¿dónde los tienes?

—Están bien, pero pueden estar mal. Todo depende de ti. ¿Cómo quieres que sea?

—¿Quién es usted? —preguntó Francesco.

—Soy Dios —dijo la persona echándose a reír—. Soy el que hace que tus padres vivan o mueran.

—¿Qué quiere?

—¿Cuánto vale la vida de tus padres para ti?

—¿Cuánto dinero quiere para que los deje vivos?

—Digamos que con doscientos mil euros me conformaría por no matarlos.

—Intentaré reunirlos —afirmó Francesco al otro lado del teléfono.

—Sé que los tienes. Tu padre ya vino bien montado de Italia. Llevo muchos años detrás de él y creo que me merezco el tener un poco de lo que él tiene.

—¿Cómo sé que están vivos?

Adriano se acercó a Fazio y le puso el teléfono al oído para que pudiera oír la voz de quien estaba al otro lado. Cuando vio el número en la pantalla se le rompió el corazón de pensar en que le pudieran hacer algo a su pequeño.

—Dile algo a tu hijo —dijo Andriano.

—¿Hijo?

—Papá ¿estáis bien?

—Sí. Estamos bien por ahora.

Antes de que la conversación se alargara más, le retiro el teléfono del oído y se alejó otra vez para que nadie pudiera escucharlo.

—Ya has visto que están bien. Si quieres que salgan de esto vivos, quiero el dinero para mañana.

—Lo tendré.

—Y otra cosa. Si avisas a la Policía o a la Guardia Civil, están muertos.

—No avisaré a nadie, pero ¿cómo sé que no los matará?

—No lo sabes. Alguien pasará mañana por tu casa a recoger el dinero entre las once y las doce. Si alguien lo sigue, si no tengo noticias suyas, si ocurre algo raro… Despídete de ellos.

—No lo sabrá nadie.

—Eso espero —sentenció mientras colgaba el teléfono y sonreía.

Cuando volvió otra vez con el teléfono en la mano, Fazio estaba llorando como un niño pequeño al que le han quitado alguna cosa importante. En un gesto extraño, Adriano lo abrazó durante unos segundos intentando calmarlo como si fueran unos amigos que se conocen de toda la vida y le mostrara su comprensión.

—No te preocupes. No va a pasar nada. Siempre que tu hijo cumpla su parte.

—No le hagas nada. Él es joven, A mi puedes hacerme lo que quieras. Yo ya soy viejo, no me importa morir.

—Puedes estar tranquilo. Ahora hay que llamar a tu amigo Ángelo. ¿Cómo lo tienes en el teléfono?

—Como «La Sombra» —dijo Fazio avergonzándose por el mote que le había puesto.

—La sombra —la carcajada sonó por todo el recinto—. Nunca mejor llamado. El hombre sin rostro. Ese ha sido el más difícil de localizar. Mira que yo lo conocí cuando era un crío y si lo he tenido a mi lado ni siquiera lo he reconocido. Ha sabido encenderse bien de todos nosotros.

—Siempre ha sido muy prudente. Ha sido el más listo de todos.

—Y muy listo, pero ahora se descubrirá.

Ansiaba hablar con la persona que estaba al otro lado. Era el más difícil de localizar de todos. De hecho, no tenía ni idea de quién era. A Francesco lo había localizado rápidamente. Fazio le costó un poco más. Pero Ángelo, el pequeño Ángelo, siempre había sido demasiado listo. Se lo notó en la cara la vez que coincidió con él en la casa de su padre. Sin conocerlo de nada había mostrado repulsión por él y ahora por fin iba a terminar el circulo que años antes había empezado. El teléfono sonó.

—¿Quién es? —preguntó la voz del otro lado sabiendo que no podía ser Fazio el que estaba llamando.

—Ángelo, amigo mío.

—¿Nos conocemos? —la voz del otro lado le resultaba extrañamente conocida, no le ponía cara, pero sabía que había oído esa voz en algún sitio.

—¿Ya me has olvidado? Creía que nos habíamos hecho amigos cuando nos vimos en la casa de tu padre hace ya muchos años.

—¡Asesino! Eres un asesino. Tú mataste a mi padre ¿verdad?

—Ya hablaremos de eso, amigo mío. Pero vamos a hablar de lo quiero yo ahora. El pasado es pasado.

—¿Y por qué debo darte algo yo a ti?

—Por una razón muy simple: porque no tienes otra opción si quieres que tus amigos vivan.

—¿Qué quieres?

—Quiero doscientos mil euros y esos malditos papeles que te llevaste del banco junto a los que te dio tu padre. Si me entregas todo, nadie más tiene por qué morir. Mañana a las doce y media nos veremos en el bar de los hijos de Braulia. Si se te ocurre llamar a alguien, tus amigos morirán. ¿Lo tienes claro?

—Sí.

—Y una última cosa.

—Dime.

La voz se transformó en un susurro que solo pudo escuchar la persona que hablaba y la que escuchaba al otro lado de la línea. Para el resto de personas que estuvieran cerca fue un auténtico misterio imposible de descubrir.

CAPÍTULO XXIV
LA RESOLUCIÓN

I

La persona que iba en el coche estaba preocupada. Por primera vez en su vida no sabía cómo actuar para salvar la vida de sus amigos. Siempre había sido una persona con recursos que había sabido salir de todas las situaciones que se le habían planteado y ahora no sabía qué hacer. Si con entregar los dichosos papeles y darle el dinero pudiera salvar la vida de sus amigos, no lo hubiera dudado. Pero no se fiaba de aquel ser que la primera vez que lo conoció le pareció una serpiente.

El edificio donde vivía el hijo de Fazio se encontraba delante. Le habían dicho el piso donde vivía y se disponía a tocar en el portón. Cuando llamó a la puerta, esta se abrió. Subió por el ascensor hasta la vivienda. La puerta de la vivienda se encontraba entreabierta. Asomado a ella se hallaba un joven que conocía de las veces que había estado en la heladería; la viva imagen más que de su padre de su tío Francesco, e incluso tenían el mismo nombre.

—¿Tú eres el que viene a por el dinero? —preguntó Francesco de manera despectiva.

—Sí, vengo a por él.

—Conoces a mi padre. ¿Cómo has podido hacerle algo así?

—Yo no tengo nada que ver con su secuestro —dijo Ángelo—. Estoy tan preocupado como tú por ellos. Quiero que vuelvan vivos. A mí también me han pedido dinero por sus vidas.

—¿Tú no eres uno de esos asesinos? —preguntó Francesco.

—No. Yo conocí a tu padre cuando éramos pequeños y a tu tío Francesco. Éramos inseparables.

—¿Tengo un tío?

—¿Nunca te han hablado de él tus padres? Es normal que no te lo hayan contado. Era muy peligroso que lo supieras.

—¿Quién era?

—Tú lo conocías.

—¿Mi padre también robo el banco? —preguntó de repente Francesco al que de pronto le vino a la cabeza todo lo que había

pasado.

—Tu padre fue uno de los ladrones junto con Francesco. Perdón, tú lo conoces por Federico. Él era tu tío.

—Nunca me dijo nada mi padre —se notaba consternado por la información que estaba recibiendo.

—La otra persona que estaba metida en el robo fui yo. En cierta manera, ellos se metieron por mi culpa. A Federico ya no lo voy a poder salvar. Pero te prometo que a tus padres los sacaré con vida de donde se encuentre, aunque eso me cueste la vida.

—Me han dicho que si informamos a la Policía los mataran.

—Lo sé y si no lo hacemos posiblemente también lo hagan. De esas personas no puede uno fiarse. Es una decisión complicada de tomar.

—¿Y todo esto por qué?

—Por unos papeles que tengo en mi poder y que ellos quieren. Llevan persiguiéndonos toda la vida. Creímos que habíamos conseguido despistarlos, pero al final siempre aparecen.

—¿Y quiénes son los que os buscan?

—Gente muy peligrosa.

—Pero ¿quiénes son?

—La mafia —un extraño silencio que se podía cortar con un cuchillo se hizo en aquella estancia entre los dos, mientras le acercaba el macuto donde iba el dinero—. Si esos papeles salieran, caerían todos los peces gordos de esa organización. Muchos ya estarán muertos, pero hay otros que siguen ahí. Y lo que más les importa es que en todos esos papeles vuelvan a su poder. Vienen muchísimas cuentas de las que tienen por todo el mundo.

—Quiero ir contigo.

—Es mejor que no vengas. Estoy seguro de que nos están vigilando y, si ven algo sospechoso, darán la orden de matarlos.

—Sálvalos.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Mientras salía de aquella casa, Ángelo iba dándole vueltas a la cabeza. Intentaba trazar un plan para poder salvar a sus amigos. Cogió el teléfono y llamó. La conversación con la persona que estaba al otro lado duró unos diez minutos. Temía lo que iba a pasar cuando tuviera delante a aquel asesino. Llevaba una pistola con él y temía no poder controlarse y vaciar el cargador en su estómago. Pero no podía. Eso supondría la muerte de sus amigos y él era la única oportunidad que ellos tenían. No debía fallar. Tenía que sacarlos del lío donde los metió hacía ya muchos años. Y la única persona que podía decirle donde se encontraban era aquella alimaña.

II

Cada vez que se sentaba frente a aquel mar viendo las vistas impresionantes del peñón desde el paseo, era como si lo viera por primera vez. Pero aquel día no era capaz de apreciar todos aquellos pequeños detalles. Las gaviotas que buscaban en la playa algún resto de comida le distrajeron durante un momento la mente. Soplaba un ligero vientecillo que se hacía llevadero por el magnífico sol que ese día había, lo que invitaba a que las personas salieran a las terrazas a disfrutar. Se sentó en una mesa que estaba vacía y al momento salió Delia con una amplia sonrisa.

—¿Qué te pongo? —pregunto amablemente.

—Ponme un expreso. ¡Cómo nos gusta en nuestra tierra! —dijo Ángelo guiñándole un ojo.

Observó a las personas que a esas horas circulaban, intentando averiguar quién sería la que había quedado con él. Saludó a varios transeúntes que a esa hora estaban haciendo su paseo diario. Desde una ligera distancia otra persona, observaba todos los movimientos que se estaban produciendo. Llevaba ya más de media hora sentado en un banco del paseo con su periódico en la mano analizando todo lo que allí ocurría. Vio llegar a una pareja abrazada y dándose besos. El hombre portaba una sudadera con un gorro en la cabeza; alto, complexión media, perilla y andaría sobre los treinta y tantos. La chica aparentaba ser más joven que él. Llevaba su pelo rubio suelto y unos pantalones vaqueros que acentuaban su figura. Se sentaron en una mesa y pidieron unas tostadas y un zumo para desayunar. Un barrendero se afanaba para limpiar los papeles que había tirados por el suelo.

Varias parejas de ancianos tomaban su café mientras hablaban tranquilamente. Su mirada se distrajo ante la llegada de una persona que conocía perfectamente. Se sentó en la mesa contigua a la parejita. No observaba nada fuera de lo normal, pero ahora le venía a la mente que no sabía cómo era la persona con la que tenía que reunirse. Marcó un número y al instante el que acababa de llegar cogió su móvil de la mesa.

—Dime.

—¿No se lo habrás dicho a nadie?

—A nadie.

—Eso espero. Si me pasa algo te puedes despedir de tus amigos.

—Te he dicho que no se lo he dicho a nadie.

—Eso está bien. Has cambiado mucho en estos años que han pasado —dijo la voz del otro lado del teléfono. Observaba cómo la persona que estaba en la mesa giraba la cabeza de un lado a otro intentando averiguar quién era—. Nos vemos ahora.

Varias personas pasaron andando tranquilamente, pero ninguna se paraba delante de la mesa donde se encontraba. Vio a alguien conocido, que rondaría los cincuenta, pasar por delante de la mesa. Al llegar a su altura lo saludó con un gesto y siguió caminando. Nadie se acercaba. ¿Dónde demonios estaba? ¿Quién era? Porque podía ser cualquiera de las personas que se encontraban allí. La persona que antes había pasado por su lado se había ido andando hasta el puente de madera que había junto a la rambla y volvía tranquilamente andando; parecía hacer su rutina habitual de paseo. Pero esta persona iba andando muy tranquilamente observándolo todo. En el balcón de uno de los pisos que daba a la playa vio a un viejete con su bata de invierno levantada hasta el cuello y sus zapatillas. Llevaba una gorra de visera que le tapaba media cara. Se encontraba fumándose un cigarro. Su instinto no le decía que hubiera nada peligroso. Se acercó a la mesa donde estaba y se sentó en ella.

—Buenos días, Ángelo. ¡Cuánto tiempo sin vernos!, aunque la verdad es que tampoco tanto. Pero nunca me hubiera imaginado que eras tú —dijo mientras permanecía con una de sus manos metida en el bolsillo.

—Yo tampoco me hubiera imaginado que tú eras el asesino de mi padre y de Francesco —dijo furiosamente.

—Entonces es que lo hemos hecho bien, ¿no crees? ¿Tienes mi dinero y los papeles?

—Los tengo aquí —dijo Ángelo señalando una bolsa de deporte que llevaba—. Pero antes me gustaría preguntarte unas cosas.

—Hablemos. No tengo prisa. Aunque cada veinte minutos tengo que llamar a mis amigos para que vean que todo va bien.

—¿Dejaréis a mis amigos vivos cuando consigáis lo que buscáis?

—Una vez que tengamos lo que queremos, ¿por qué no los vamos a dejar vivos?, ¿qué ganamos nosotros con matarlos? Lo que espero es que no se te haya ocurrido sacar una copia de ellos. Aunque mi imagino que si no lo has mandado ya a un periódico es porque no piensas hacerlo.

—¿Para qué iba a hacerlo? Lo pensé durante mucho tiempo, pero eso hubiera sido todavía peor. Los he mantenido porque mientras estuvieran en mi poder, no nos mataríais.

—Eso es lo que te ha mantenido vivo todo este tiempo.

—¿Y por qué matasteis a Francesco? —la voz sonaba dolida.

—Por tu culpa, amigo mío. Por tu culpa. Le pedimos los papeles y nos dijo que no los tenía, que los tenías tú. Se negó a decirnos quién eras. Por más que lo torturamos, no soltó prenda. La verdad es que los tenía bien puestos. Si alguna persona me ha dado lastima de matarlo fue a él. Pero mis amigos le tenían menos aprecio que yo. Y menos paciencia también —habló Adriano—. Fue una lástima.

—¿Y mi padre?

—Tu padre, como bien sabes, tenía unos papeles comprometidos para ciertas personas y quería publicarlos. Se le dio la oportunidad de no hacerlo. Tú sabes que estuve en tu casa hablando con él y lo respetamos. Pero cuando pasaron unos años, nos enteramos de que seguía recopilando información para sacarla a la luz. Era demasiado cabezón. Y se le dio a elegir.

—¿Qué elección le disteis?

—Una muy fácil. O él o sus hijos, y decidió que tenía que ser él. Pero nos engañó y nos dio solo parte de los papeles. Los otros los escondió suficientemente bien para que no los encontráramos en la casa por ningún lado.

—El viejo era muy listo.

—O muy tonto. Porque todo esto podía haber terminado de otra manera.

III

Si alguien se hubiera fijado en aquella mesa, nadie hubiera jurado que eran dos enemigos irreconciliables que tenían muchas cuentas pendientes que se habían ido acumulando a lo largo de los años. Parecía más bien la reunión de dos colegas que llevaban tiempo sin hablar y se estaban poniendo al día.

—Yo también he perdido cosas en estos años —confesó Adriano entristeciéndose.

—¡Tú! —exclamó Ángelo

—¡Sí, yo! Tú no eres el único que ha perdido algo en todo este tiempo.

—¿Qué has perdido tú? Porque yo lo he perdido todo: mi familia, mis amigos, mi vida. Siempre escondiéndome para que no me encontrarais como si fuera una rata a la que hay matar.

—Yo también he perdido en toda esta historia muchas cosas. Perdí a mi hermano.

—¿Y qué tiene que ver tu hermano con todo esto? —lo dijo como si él conociera a su hermano y tuviera que lamentarlo.

—Mi hermano se llamaba Marco, ¿no sé si te sonará el nombre? Trabajaba en un banco y un día cometió la tonta idea de robarlo junto a otros tres.

—¿Marco era tu hermano?

—Sí, ese mismo Marco que atraparon. Cuando tu padre se suicidó, a mí me mandaron a Estados Unidos por lo que no pude guiarlo en la vida. Él no era como yo. Era débil. Tenía demasiados vicios y no pensaba a quien se enfrentaba. En la cárcel se lo quitaron de encima.

Lo sé. Pero no pude hacer nada. Nunca conocí a su familia.

—Entonces, Braulia, Delia…

—Sí, son mi familia. Pero ellos nunca han sabido que existo. Cuando mi hermano se casó, yo ya estaba lejos. Ellos nunca han sabido de mi existencia. Ni lo sabrán. Estoy cansado de esta vida, Ángelo. Por eso el dinero. Creo que yo también me merezco un trozo del botín para comenzar una nueva vida.

—¿Y seguiste trabajando para ellos después de todo lo que sabes?

—¿Y qué otra opción tenía? ¿Que me mataran a mí también? No es fácil salir de todo esto una vez que has entrado.

—Y ahora con el dinero, ¿piensas empezar una vida?

—Si todo va bien, lo haré. Lo tengo todo pensado y ahora me tengo que marchar. Ha sido un placer hablar contigo, pero entrégame el maletín.

Estaba a punto de cogerlo cuando, de pronto, notó algo duro que se clavaba en sus costillas. Estaba acostumbrado a esa sensación y sabía que lo que tenía detrás era un arma. Se maldijo internamente por no haberse dado cuenta. Tantos años escapando de situaciones peores que la que ahora tenía y saliendo ileso…, para que en un pueblucho de mala muerte lo hubieran atrapado como un novato. Miró la cara sonriente de la persona que tenía delante y la rabia le consumía. Le habían puesto el trozo de queso delante y no se había dado cuenta de que la trampa estaba allí detrás suyo.

En un momento, el barrendero dejó de barrer y se acercó hasta ellos. El viejo del balcón se quitó la bata y despareció dentro de la vivienda. A su alrededor se juntaron varias personas con las armas en la mano ante el asombro de los que en aquel momento se encontraban allí.

—Buenos días, cabrón —dijo quien momentos antes estaba con la joven—. ¿Sabes quién soy?

—¿Eres tú, Sergio? —preguntó antes de volver la cabeza.

—Soy yo. ¿Dónde tienes a Toño?

—No te lo voy a decir. Despediros de vuestros amigos porque no los vais a ver más. Habéis cometido el error más grande de vuestras vidas. Por cierto, bonito disfraz. No te había reconocido.

—De eso se trataba —afirmó Sergio mientras apretaba aún más el arma contra las espaldas de aquel hombre—. No sabes las ganas que tengo de apretar el gatillo ahora mismo.

—¿Y quién es la preciosidad que te has buscado de amiga? —preguntó sonriendo como si no le afectara lo que estuviera pasando—. Si te aburres de ella, dímelo.

—¡Cállate! —expresó Ana—. Y ve llamando a tus amigos para decir que todo va bien.

—¿Y por qué tendría que hacer algo así? ¿Qué ganó yo con eso?

—Si nos ayudas, nosotros te podemos ayudar a ti —aclaró el cabo Labores que había dejado su puesto de vigilancia en el balcón y ya se encontraba en la calle—. Queremos recuperarlos con vida. Si colaboras, te dejaremos al margen todo lo que podamos.

—Cabo —dijo Ricky todavía vestido de barrendero—. Vamos a ayudar a esta cosa, por llamarlo de alguna manera.

—No nos queda otra si queremos salvar a Toño —dijo el cabo Labores—. Ahora se trata de intentar que salgan vivos.

—Os recuerdo una cosa —la sonrisa maliciosa de Adriano se mostraba en su cara—. Tengo que hacer una llamada y si queréis que la haga me tendréis que dar algo a cambio.

—¿Qué quieres? —preguntó el cabo Labores.

—Tengo una idea y quiero ser yo quien la lleve a cabo —su voz parecía la de una serpiente, si es que estas supieran hablar.

—Haz la llamada, joder —levantó Sergio la voz presa de los nervios—. Luego en el cuartel ya negociaremos lo que haga falta.

—¿No iréis a negociar? —preguntó Ángelo—. No os podéis fiar de él.

—Ahora no se trata de solucionar vuestras rencillas. Ahora lo importante es otra cosa —la voz del cabo Labores sonaba con más resolución de lo que le había visto nunca. Por su cabeza solo pasaba la idea de poder salvar a Toño. Se conocían desde que eran jóvenes y habían compartido muchas cosas juntos.

La mirada de triunfo apareció en su cara mientras metía la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba y de la que extrajo un pequeño móvil. Estuvo jugueteando un rato con él ante la desesperación de todos los que allí congregados. Luego marcó y habló durante unos segundos.

—Según lo previsto —dijo.

—Estupendo. ¿Has matado a Ángelo? Ya sabes que el jefe los quiere muertos a todos —dijo la voz del otro lado.

—Sí.

—Fantástico. Ya nos queda menos para llegar a casa.

—Os vuelvo a llamar en un rato como hemos acordado.

CAPÍTULO XXV
UN DESENLANCE Y UN TRUCO

I

El cuartel parecía un hervidero de gente. El preso se encontraba metido en una sala junto con el teniente, el oficial de la Policía, la cabo María, el cabo Labores y algunos agentes. Parecía un rey al que sus súbditos se acercaban a saludar. Se encontraba tranquilamente comiéndose un bocadillo; el resto, a su alrededor desesperados porque el tiempo corría en su contra.

—¿Has terminado ya? —preguntó el oficial, perdiendo la paciencia.

—Un café, por favor —dijo sin responderle—. Que sea cortito. Con poca agua.

—Déjate ya de payasadas —dijo el teniente perdiendo los nervios —. Has matado ya a tres personas. Te van a caer tantos años que no vas a salir de la cárcel hasta que seas viejo.

—No, no, teniente —dijo tranquilamente moviendo la cabeza—. Así no vamos por buen camino.

María se acercó a él dispuesta a abofetearlo. Por su cabeza pasaba tanto la muerte de Federico como la de su compañero. Levantó la mano para hacerlo cuando escuchó la voz del detenido.

—Ten cuidado, guapa. Te puedes hacer daño y como me toques un pelo te vas a encontrar tres muertos más.

—Ya terminará esto —dijo María parando la mano que ya se dirigía hacia la cara de Adriano.

—Si tú supieras la cantidad de personas que me han dicho lo mismo a lo largo de la vida… —se echó a reír como si le hiciera gracia la situación.

—¿Qué quieres? —preguntó el oficial.

—Quiero un trato —sentenció Adriano—. No pido mucho. Tan solo un trato entre caballeros.

—¡Suelta ya lo que quieres! —levantó Sergio la voz sin poder controlarse—. No estamos para perder tiempo mientras la vida de tres personas penden de un hilo.

—Tranquilo, compañero —se escuchó la voz de Julio—. Deja que hable.

—Quiero que me dejéis marchar cuando esto termine.

—Y yo quiero ser millonario y no lo soy. Eso no es posible —dijo el teniente.

—Vamos a ver —dijo dejando esparcir sus palabras—. Yo no he matado a nadie. A Francesco yo no lo mate. Que estaba allí, sí, pero no lo mate. El de Cartagena no tenía ni idea de lo que le iba a pasar. Tampoco creo que se haya perdido demasiado. Y lo de vuestro compañero fue una lástima. No pensaba que estos animales iban a hacer eso. Es lo que ocurre cuando te mandan burros que no piensan al hacer las cosas.

—Seguro que tú no sabías nada —afirmó María—. Pobrecillo que sus hombres no le informan de lo que van a hacer.

—Yo no he dicho que no me informasen. He dicho que yo no sabía nada de todo eso. Por lo tanto, se me puede considerar inocente de todos esos crímenes.

—Tú de inocente tienes poco —dijo Sergio enfadado.

—Lo único que puedo prometerte —recalcó el teniente— es que, si nos ayudas y conseguimos sacarlos con vida, te dejaremos al margen de todos los muertos. Solo podremos que colaboraste con ellos y no creo que te caiga demasiado.

—No es el mejor de los tratos, pero tampoco tengo muchas opciones.

—¿Cómo podemos entrar al sitio donde se encuentran y que no nos vean? —preguntó en un susurro el cabo Labores.

—De ninguna manera. Allí no podéis entrar sin que os vean.

—Maldito seas. Nos estas tomando el pelo —recalcó Sergio—. Desde un principio sabía que tú no querías colaborar con nadie. Como muera Toño, te juro que te mato con mis propias manos.

—¡Dinos cómo podemos entrar! —gritó Ricky en un ataque de rabia cogiéndolo de la pechera.

La fama que tienen las personas que trabajan para la mafia de que no hablan, no se sabe hasta qué punto será verdad. A aquel tipo parecía que le resbalaban las amenazas. Posiblemente estaba bastante acostumbrado a estas situaciones. Cogió la taza del café que le habían traído y le pegó un pequeño sorbo, paladeándolo. Hizo un gesto de aprobación hacia todos los allí presentes. Muchos le hubieran pegado ya varios tiros, si no fuera porque la vida de varias personas estaba en sus manos.

—Muy bueno. No todo el mundo sabe hacerlo —dijo con satisfacción.

—¿Y qué se te ocurre? —preguntó el oficial intentando sacarle lo que pensaba.

—La única manera de poder sacarlos con vida es que yo entre. Seguiremos el plan como lo teníamos establecido. Yo me tomaré los papeles y el dinero y se los llevaré a mis compañeros. Cuando eso pase, el plan es marcharnos y dejarlos a ellos atados hasta que los encuentren. Cuando salgamos y las personas estén a salvo, solo es cuestión de que nos esperéis en el camino y nos paréis para detenernos. Si me dejáis la pistola que me habéis quitado puedo intentar reducirlos antes de que usen las armas.

—Eso no te lo crees ni tú —se adelantó Ricky—. Para que nos dispares con ella.

—Te vamos a dejar la pistola para que la uses contra nosotros —se rio Julio—. ¿Pero es que nos tomas por tontos?

—Necesito, aunque sea un cuchillo, para defenderme. Ellos llevan armas y yo tendré que defenderme de alguna manera si la cosa se pone seria.

Los dos mandos se retiraron a un lado de la habitación. Parecía que había discrepancia por los gestos y las voces que se escuchaban entre los dos. Si lo dejaban marchar siguiéndolos para encontrarse con sus compañeros, no veían mayor problema en dejarle el cuchillo. Allí había gente armada y si tenían que matar a alguien lo iban a hacer igual con cuchillo o sin él. Podía ser que cuando llegara al sitio, los traicionara y que allí se montara una auténtica carnicería. Pero lo que tenía claro. Es que no había otra forma de sacarlos con vida.

—Te dejaremos el cuchillo —dijo el teniente—. ¿Qué más necesitas?

—Necesito mi coche para llegar hasta el sitio. Si no sospecharían.

—De eso nada—dijo el oficial.

—Oficial, me permite usted —intervino Sergio mientras pensaba lo que iba a decir.

—¿Qué quieres, Sergio?

—Yo puedo ir con él en el coche metido en el maletero. Cuando estén distraídos entraré y os avisaré para que podáis entrar.

—Es muy arriesgado, Sergio —dijo Ricky que por un momento parecía que se le había pasado el enfado que tenía con el policía.

—Vosotros estaréis cerca. Confió en vosotros si pasa algo.

—¿Sabes? —planteó el teniente dirigiéndose a Adriano que permanecía en silencio escuchándolo todo—. Si intentas algo, allí va a ocurrir una masacre. No dejaremos que os escapéis.

—Lo sé.

—¿Dónde están? —preguntó el cabo Labores.

—Se encuentran en un corral de ganado. Podéis rodearlo. Yo os indicaré donde se encuentra. Pero ya sabéis que tenéis dos formas de hacerlo. Una primera donde va a morir todo el mundo. Y otra, donde hay posibilidades de que no haya ningún muerto.

—Que sí, cojones —dijo el teniente cabreado—, que ya te hemos dicho que vamos a hacerlo de esa forma.

—Si nos engañas —terció María—, te aseguro que vas a ser el primero en caer ya me encargaré yo de que sea así.

—Guapa. Sé lo que me juego —respondió, guiñándole un ojo.

Un teléfono sonó en la sala y rompió el hielo. Era el de Sergio. La llamada era de una persona que siempre sabía demasiado. Alguien desde dentro del cuartel ya se encargaba de tenerla informada en todo momento de lo que ocurría.

—Sergio.

—Dime.

—No hagas tonterías. Te quiero vivo.

—No te preocupes, Trini.

—Júramelo.

—¿Es que te importo?

—Tú no me importas nada, imbécil. Solo me gusta acostarme contigo —su risa intentaba ser despreocupada pero no lo consiguió del todo—. Sería una lástima que le pasara algo a ese cuerpo.

—Tendré cuidado. Mejor no te pregunto cómo te has enterado.

—No preguntes. Pero vuelve de una pieza. Porque si no te matan esos, te mato yo —intentó bromear con la situación.

—Trini…

—¿Qué?

—Hablamos cuando todo esto termine.

—Dentro de unos días voy a ir a Águilas. No es por ti. Por si es lo que estás pensando. Tengo que ir por negocios, pero de paso quiero echar un rato contigo. Así que espero verte cuando vaya —dijo mientras colgaba el teléfono.

II

La tarde estaba ya avanzada y el sol había perdido su fuerza; empezaba a esconderse tras las montañas. Un coche circulaba por el camino de tierra flaqueado por algún almendro medio seco y algunas plantas de tomillo o romero que se apilaban a los lados. Dentro del vehículo iban dos personas y cada una de ellas llevaba su propio pensamiento. El dispositivo se había puesto en marcha un rato antes y el recinto a donde se dirigía el coche se encontraba rodeado por varios coches de policías y guardias civiles que se encontraban cortando los caminos de huida. Varios agentes se habían camuflado la más cerca posible del corral de tal manera que no habían sido vistos por los que se encontraban dentro.

—Cuando lleguemos, te avisaré para que no hagas ruido —dijo la persona que conducía.

—No te preocupes que el primer interesado en que no me descubran soy yo —dijo Sergio—. No me apetece nada morir hoy.

—Ya sabes lo que hemos hablado. Espera media hora. Cuando se pase ese tiempo, entras y me ayudas a detenerlos y avisas a tus compañeros.

—¿Los vas a dormir como quedamos?

—Sí. Los invitaré a beber y en la bebida echaré unos somníferos. Si todo sale bien se dormirán. Pero si la cosa se complica, espero que entres.

—Tú haz tu parte que nosotros haremos la nuestra —un escalofrió recorrió a Sergio el cuerpo mientras pensaba en lo cerca que estaba el final y en lo peligroso que era todo. Ahora se arrepentía de haberse ofrecido voluntario, pero se lo debía a Toño. Si hubiera sido en caso contrario, él hubiera hecho lo mismo—. Procura que no le pase nada a ninguno de los tres si quieres salir bien de todo esto.

—Lo llevo en cuenta.

Escuchaba a los compañeros hablar por la emisora mientras ocupaban sus posiciones para cuando llegara el momento de entrar. No estaban acostumbrados a aquel tipo de dispositivos, pero se había preparado una tela de araña por donde nadie podía salir. Lo que era imprevisible de saber es si habría alguna baja o si aquellos asesinos antes no matarían a los rehenes. Sergio pensó en cómo lo estaría pasando Toño. Seguro que estaría jodiendo todo lo que pudiera a aquellos tipos. Llevaba el revólver en la mano, pero lo tocó con la otra para asegurarme que lo tenía. No se fiaba nada de la palabra de aquel tipo. Pero ¿qué iba a hacer? Como no tuvieran un helicóptero dentro, era imposible que ninguno pudiera salir. Y no se veía en él la intención de que quisiera morir.

El ruido del motor se volvió aún más fuerte, como si estuviera subiendo alguna pendiente y le costara un poco hacerlo. En las películas todo es muy bonito, pero los maleteros no son para nada cómodos. De pronto, Sergio escuchó la voz de Adriano.

—Silencio, ya estamos.

Sergio se calló, rezando para que a nadie se le ocurriera abrir el maletero. Un sudor frío le recorría la frente mientras apuntaba hacia la puerta del maletero por si de pronto alguien aparecía. El coche fue disminuyendo la velocidad hasta que el motor se paró. Una puerta se abrió y luego se cerró. Luego solo se escucharon unas voces en el exterior.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó una voz.

—Todo bien Marcelo. Vamos dentro —solicitó Adriano—. En breve lo estaremos celebrando.

A Sergio le era difícil escuchar la conversación que mantenían aquellos tipos…

—Tapadle las bocas para que no griten. No quiero escuchar sus lloros cuando los matemos —rio Adriano secundado por las otras tres personas que allí se encontraban.

Marcelo trajo una cinta de carrocero y varios trapos y empezó a tapar las bocas de las tres personas que estaban atadas.

—¿Es el final? —preguntó Toño antes de que la cinta le tapara la boca.

—Para ti sí —rio cruelmente Marcelo.

—Os van a atra…. —la cinta cortó sus últimas palabras.

—Tenía ya ganas de matarlos. Han dado todo el follón que han podido. No aguantaba ya más tonterías. Dentro de poco estaremos en nuestra Italia. La echo de menos todos los días —se escuchó la voz de Lorenzo.

—Vamos a tomar un trago para celebrar que todo ha ido bien —la voz de Adriano sonaba jovial mientras hablaba con sus compañeros—. Tengo una botella de Grappa que está deseando que la empecemos y no la bebamos.

—Pues no lo digas más y ábrela —rio Marcelo.

Los cuatro hombres se juntaron en una pequeña mesa de plástico que había en la parte de atrás. Adriano sacó una botella que llevaba en un macuto junto a varios vasos de plástico. La conversación se mantenía distendida entre ellos. Por fin, don Carlo, después de tantos años persiguiendo aquellos papeles, los iba a conseguir. Cuando llegaran a Italia iban a ser recibidos con honores.

—¡Por nosotros! —exclamó Adriano levantado el vaso y esperando a que sus compañeros bebieran.

—¡Por nosotros! —asintieron los otros tres haciendo coro.

De repente, empezaron a encontrarse mal. Un sudor frío recorría sus cuerpos mientras notaban como se le paralizaban los miembros de su cuerpo. Vieron como allí de pie seguía Adriano con su vaso en la mano sin probar. Por la cabeza de todos ellos pasó la misma idea. Aquel tipejo los había traicionado. No conseguían moverse. Solo Marcelo tuvo el tiempo suficiente para poder sacar la pistola y disparar. Sus ojos ya no veían con claridad. Lo percibía todo borroso y su cuerpo se tambaleaba. Vio cómo sus compañeros permanecían tirados en el suelo, inmóviles. Volvió a hacer un último intento por matarlo antes de perder el conocimiento. Notó como se acercaba lentamente hacía él con un cuchillo en la mano. Lo que le hubiera echado en la bebida lo tenía paralizado. Cayó al suelo y ya no fue capaz de sentir las tres puñaladas en el estómago que le habían asentado.

Desde dentro del maletero, Sergio percibió el ruido de lo que parecía un disparo. Se escuchó por la emisora la voz del cabo Labores comunicándole al resto de agentes que se fueran acercando con la

mayor precaución posible al lugar. Tenía que ver qué era lo que estaba pasando en aquel lugar por lo que abrió el maletero con precaución y saltó fuera, escondiéndome detrás. Miró a su alrededor y no vio nada delante, solo la entrada al corral. Por detrás vio a varios compañeros que empezaban a avanzar hacia donde él estaba. De pronto, un nuevo disparo rompió el silencio que había en aquel lugar. Una breve carrera llevó a Sergio hasta la puerta de entrada. Asomó la cabeza mientras preparaba el revólver; vio a tres personas atadas, vivas porque intentaban moverse. Escuchó la voz del cabo a través de la emisora.

—Espérate, Sergio. Estamos llegando, no hagas tonterías.

—Los tengo a la vista. No veo a nadie. Voy a entrar.

—Te ordeno que esperes.

Pero Sergio no podía. Tenía que entrar y ver lo que estaba ocurriendo. Llegó hasta las tres personas que estaban atadas y amordazadas. Nadie asomaba para intentar matarlos ni a ellos ni a él. La mirada de Toño era un poema mientras le quitaba la mordaza. Nunca lo reconocería; ya pensaba que su vida se había acabado en aquel corral de ganado.

—¿Estás bien, compañero? —preguntó Sergio.

—Bien. Un poco entumecido por las horas que llevo atado.

—¿Qué está pasando?

—No tengo ni idea. Se han ido hay detrás y se han escuchado disparos.

—Voy a mirar. Los compañeros vienen detrás.

—Te sigo —dijo incorporándose.

Por el rabillo del ojo, Sergio vi a varios compañeros de la Policía y de la Guardia Civil que se apestillaban en la puerta. El policía siguió introduciéndose en el interior de la nave. Pronto distinguió la figura de tres almas tiradas en el suelo. Una de ellas presentaba sangre en la zona de la barriga. Ninguno de los dos que estaban boca arriba era Adriano; el otro no iba vestido como él. Tenía una constitución más gruesa. Sergio tomó el pulso a unos de ellos mientras miraba para todos lados; no lograba encontrarlo, al igual que no lograba localizar al condenado de Adriano. En esas, escuchó a Toño a su lado.

—Compi, ¿cómo nos engañó el maldito Enrico? ¿Dónde se ha metido?

—No puede estar lejos. Este sitio está rodeado. Si hubiera intentado salir, lo hubieran atrapado. Debe de estar escondido aquí dentro. Tenemos que encontrarlo.

—Déjamelo a mí, tengo una cuenta pendiente con él —dijo con un brillo especial en su mirada.

—¿Dónde está? —preguntó la voz del teniente.

—Se ha hecho gota de agua —respondió Toño—. No se ve por

aquí.

—Quiero que se registre cada palmo de esta nave. Y los que estáis fuera, manteneos atentos por si intenta salir —gritó el teniente a pleno pulmón.

—¿No tenéis el perro? —preguntó el oficial—. Pues traedlo, no se nos puede escapar.

Quedaron mirando cómo Fazio y Evelina se abrazaban a su amigo Bruno que había permanecido fuera mientras todo se solucionaba. Los policías registraron cada centímetro de aquel lugar sin resultado ninguno hasta que trajeron el perro y este marcó en el montón de balas de paja que había al fondo. ¡Por fin lo tenían! Cualquier tipo de trato que hubieran realizado con él se había roto desde el momento en que había matado a otras tres personas. Las balas de paja se fueron retirando una a una hasta que en un momento dado en el suelo vieron lo que parecía una puerta de madera atada con una cuerda. Se abrió con precaución y descubrieron un maldito túnel al que se bajaba por unas escaleras hechas con troncos de maderas. Sergio contó tres peldaños. Se introdujo con Manolo, Toño y otro guardia. El túnel llevaba hasta dentro de un invernadero donde había otra puerta igual a la que habían entrado. La puerta se encontraba abierta. No había ni rastro del tal Adriano o como lo llamaba por aquí Enrico. En el piso del invernadero se percibían unas huellas que parecían de una bicicleta.

—¡Maldita sea! —gritó Manolo—. Se ha escapado con una bicicleta. No puede estar muy lejos.

—En el invernadero que está a quinientos metros de la casa —pasó Sergio el comunicado por la emisora—. Ha huido por aquí y posiblemente va en una bicicleta.

Toño salió corriendo hacia la puerta del invernadero siguiendo las huellas que había dejado la bicicleta.

—Peinad toda la zona —se escuchó la voz del teniente—. Que se pongan controles en las carreteras y que se registren todos los vehículos que salgan de la población. No puede escaparse.

—Llamad a todos los compañeros que no estén de servicio y decidles que necesitamos que cojan el servicio y controlen todas las salidas —era la voz del oficial hablando con Patricio.

Se pasó su foto por las comisarías de España y se procedió a su búsqueda durante varios días con resultado negativo. Había jugado con todos. Lo tenía todo preparado desde un principio y había conseguido huir. En su favor, había que reconocer que era listo y lo tenía todo estudiado. La bicicleta se encontró tirada a la entrada de la población junto a un camino de tierra; se habría escapado en algún coche que tenía escondido, por eso su insistencia en ir él solo. Tenía claro que iba a ser difícil pillarlo. Aquel hombre llevaba muchos años

pensando en la manera de fugarse si la cosa se ponía mal.

EPÍLOGO

En un lugar de Italia, varias semanas después de todos los sucesos que se han contado, en la casa del capo de la familia mafiosa más importante del país, varias personas se hallaban reunidas en el despacho del cabecilla.

—Buenos días, Adriano —dijo don Carlo mostrando la sonrisa de pez que ponía en su cara cuando se encontraba contento—. ¿Los tienes?

—Claro que sí, don Carlo —respondió Adriano mostrando una amplia sonrisa—. Ya se ha acabado todo.

—Por fin los tengo, después de tantos años. ¿Qué ha pasado con los compañeros?

—Esos malditos policías los mataron. Yo pude escapar de milagro de aquel infierno. Nos sorprendieron y no les dieron ninguna posibilidad. Pude escapar por un túnel que tenía preparado.

—Déjamelos —pidió don Carlo alargando la mano para coger los papeles. Conforme iba mirándolos, su mirada pasaba de los papeles a la cara de Adriano. De repente, los tiró contra la mesa visiblemente cabreado—. ¡Qué mierda es esta! ¿Me tomas por tonto?

—¿Qué pasa, don Carlo? —preguntó Adriano sin saber qué sucedía.

—Estos son los papeles de Sonia, junto con algunas fotocopias.

—No puede ser —murmuró Adriano que de pronto comprendió que lo habían engañado y le habían dado unos papeles que no tenían ningún valor.

—Y esta maldita carta donde dice que esté pendiente de las noticias. ¿A qué juegas?

—Le juro que no lo comprendo —Adriano no terminaba de saber qué había pasado. Lo único que le cabía en la cabeza era que el maldito Bruno se la había jugado.

—Cogedlo y ya sabéis lo que tenéis que hacer con él. No quiero volver a verlo nunca —dijo Don Carlo. Varios hombres que lo redujeron y lo metieron en un coche gris ante su impotencia.

Un par de días después apareció un coche totalmente calcinado con tres cadáveres dentro. Uno de ellos llevaba tres tiros en la cara. Si había sido un ajuste de cuentas y habían matado a esa persona, nadie

podía saber que había pasado para que el coche ardiera y los otros dos murieran quemados por el fuego; imposible hallar su identidad.

Los medios de comunicación de todo el mundo recibieron una información sobre un escándalo que implicaba al mayor banco de Italia con el dinero negro que movía la mafia. Parece ser que llevaban muchos años lavando el dinero y blanqueándolo. En los días posteriores se procedió a la detención de varias personas implicadas en aquel escándalo, entre ellos don Carlo y su hijo, condenados a bastantes años de cárcel.

Y mientras Bruno, unos días después, recibió un sobre con un periódico dando la noticia de la muerte de las tres personas. Pero ¿quién podía tener interés en que recibiera el periódico con esa noticia? ¿No habría conseguido escapar vivo? Muchas preguntas con la única respuesta de que había sido él quien le había hecho llegar el periódico.

Toño seguía aprendiendo italiano a marcha acelerada, después de que Sonia fuera interrogada y la dejaran en libertad.

Y Sergio se encontró dos mensajes en el móvil. Uno: «Necesito verte. Esta noche paso por tu casa. No sé si soy capaz de aguantar más esta vida que llevo». El otro, de otra persona diferente, decía: «Lo he dejado. Necesito verte esta noche». Una decisión con dos caminos que podían marcar una parte de la vida de una persona. Y es que la vida es eso, una toma de decisiones constantes que te puede llevar por un camino u otro según la elección y no siempre se toma la correcta. Muchas veces solemos equivocarnos o no nos damos cuenta hasta que pasa un tiempo. Pero la vida al fin y al cabo es eso.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que me han apoyado: Conchi, Jorge, José, Antonio, Paqui, Cati, Rosa, Manuel, Lola, Ana, Juani… Sois muchos y me llevaría varías paginas poneros a todos. Pero todos estáis en mi mente y en mi corazón. Muchas gracias por leerme.

A mi compañero Antonio Buitrago «Tolín», por los muchos momentos y enseñanzas que aprendí de él a lo largo de los muchos años de servicio.

A mi mujer, por su santa paciencia.

A mi madre, porque ha sido un pilar fundamental en mi vida, siempre apoyándome.

A mi padre que, aunque ya no está, nunca se ha ido.

A mis hijos Cristian y Alexis porque sin ellos la vida no sería igual de interesante.

A mi familia, primos, sobrinos, etc, por su apoyo.

A mi editor Javier Salinas, por confiar en mí y darme esta oportunidad.

A Ginés Sánchez García, por la magnífica imagen que sirve de portada a este libro.

Y, sobre todo, a las personas que confiaron en mí y de una manera u otra me animaron a seguir: Manuel, Rosa, Pepe, Belén...